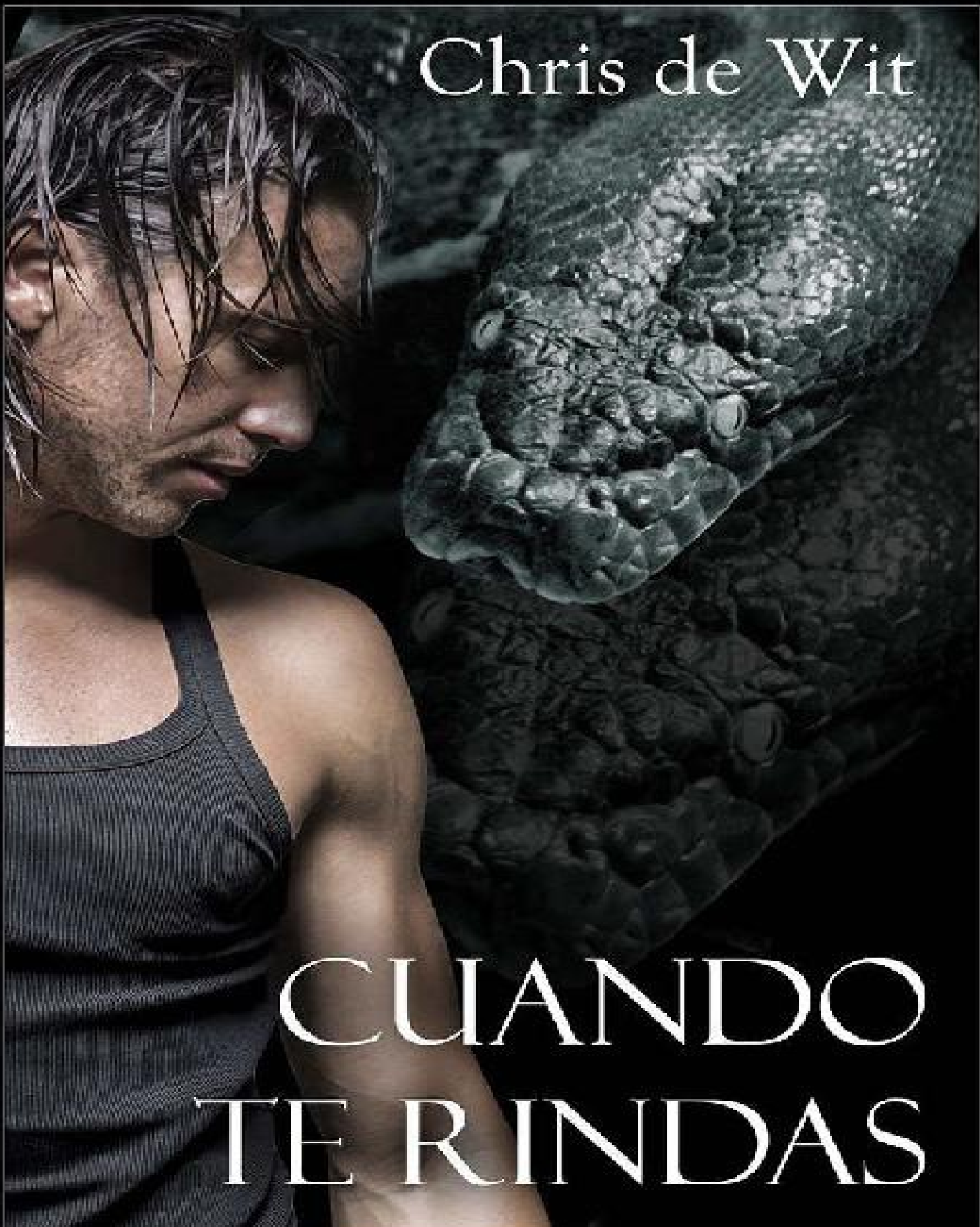


*Selecta*

Chris de Wit

CUANDO  
TE RINDAS



Cuando te rindas  
Los Silverwalkers 3

*Chris de Wit*

*Selecta*

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

Para ti, mi amor, que siempre me alumbras  
con tu magistral genialidad y tu inagotable humildad.

## Prólogo

*Ciudad de Buenos Aires, Argentina*

—¿Desea una copa, señor Chavanel?

El hombre se dio vuelta y la miró. Brenda Mori contempló los ojos negros, casi sin vida, que sobresalían del rostro pálido, clavarse en los de ella. Con un tremendo esfuerzo, exigió a su corazón ralentizar sus latidos. Era consciente de que ese ser, en toda su belleza, podía llegar a ser uno de los seres más despiadados que conocía y no tendría piedad de ella si descubría quién era.

Gustav Chavanel continuó su escrutinio por el uniforme que le había sido entregado de manos de los organizadores del evento, y Brenda esperó que no hubiese nada fuera de lugar. Llevaba una camisa blanca con chaleco, moño y pantalones negros, y el cabello atado en un rodete bastante grueso debido a la abundancia de su cabellera caoba. Luego de soportar el escrutinio del hombre durante un rato, este, sin contestar, tomó de la bandeja que Brenda sostenía entre sus manos una copa de coñac y volvió a darle la espalda.

Sin alejarse demasiado de la figura esbelta de Chavanel, Brenda evaluó la gente que se había congregado esa noche en uno de los edificios más altos de la ciudad de Buenos Aires, la Torre Le Parc, ubicado en el exclusivo barrio de Palermo Nuevo.

Contempló los rostros de los hombres, que excedían en amplia mayoría a los de las féminas, y su cuerpo comenzó a vibrar en respuesta a aquellas presencias siniestras. Respiró hondo y se obligó a centrarse en su objetivo.

De ello dependería su futuro. Y el de alguien más.

Chavanel era el centro de atención de esa noche, y la cantidad de hombres que intentaban hablar con él así lo demostraba. Todos vestían de negro, incluso las pocas mujeres, en una evidencia visual de lo que en verdad anidaba en las almas de aquella gente.

La fiesta se desarrollaba en la planta baja de la torre, donde las puertas del salón se abrían en toda su majestuosidad hacia la terraza, que culminaba en un muy bien cuidado espacio verde y dos elegantes piscinas. La música suave acompañaba el murmullo de la gente que comentaba las proezas de Chavanel y su idónea elección para ser el nuevo y legítimo jefe de los caídos, tras la muerte del anterior. Si bien hacía ya casi un año que Chavanel se había transformado en el director de la banda distribuida por todo el mundo, recién ese día había sido posible juntar a todas las organizaciones para reafirmar su mandato.

Brenda había planificado durante mucho tiempo su asistencia a esa fiesta, ya que significaba la oportunidad que había estado esperando para apoderarse de aquello que buscaba desde hacía varios años. Y no podía desaprovecharla. En ese preciso momento, vio a Chavanel depositar el vaso vacío de coñac sobre una mesa a su lado y, sin demora, se puso en acción para evitar que otra camarera le ganase de mano.

Con pasos apresurados, llegó a la mesa y tomó el vaso con rapidez. Lo colocó en la bandeja y se alejó hacia el cuarto de baño para el servicio donde ingresó raudamente en uno de los cubículos y cerró la puerta con traba. Depositó la bandeja sobre la tapa del inodoro y de los bolsillos internos de su chaleco extrajo un frasquito con un polvo, cinta adhesiva, un pedazo de cartón, una miniespátula y dos pequeños pomos, que colocó sobre la bandeja. Se hincó sobre una rodilla, mientras oía que de vez en cuando ingresaba alguna de sus compañeras a hacer sus necesidades en los retretes vecinos.

Brenda tomó el vaso y echó el polvo sobre el cristal. En un instante, la huella digital de Chavanel se hizo visible sobre su superficie. A continuación,

colocó un pedazo de cinta adhesiva sobre la huella llena de polvo y, a los pocos segundos, lo extrajo con cuidado y constató que la impresión hubiese quedado grabada sobre su extensión. A un costado mezcló sobre el pedacito de cartón un poco del contenido de los dos pomos, silicona y un endurecedor, hasta obtener una pasta homogénea. Con una pequeña espátula, tomó la suficiente cantidad de ese material y lo distribuyó sobre la cinta. Luego de unos quince o veinte segundos, desprendió la lámina de silicona, comprobó que la huella digital de Gustav Chavanel se había imprimido en ella y la guardó en uno de los bolsillos. Arrojó el material remanente en el tacho de basura y salió.

Se dirigió a la habitación que a todas las camareras se les había designado para poder cambiarse de ropa y se quitó de inmediato el uniforme, que reemplazó por un conjunto deportivo negro, zapatillas y guantes del mismo color. Una vez hecho esto, tiró el atuendo al incinerador de la torre para evitar dejar rastros y se encaminó hacia la escalera de servicio.

El piso al que debía ir era el veinticinco, por lo que se mantuvo a buen ritmo, gracias al entrenamiento al que tenía acostumbrado a su cuerpo. Mientras subía los peldaños a toda prisa, la música y el murmullo de la charla de los invitados se volvía cada vez más imperceptible. Se mantuvo así hasta que llegó a destino. Allí, se topó con la puerta, de la que sabía, tenía cerradura biométrica. Sacó con sigilo la pequeña placa de silicona con la huella digital de Chavanel y, depositándola sobre el lector de seguridad, rogó que este la reconociese. Cuando escuchó el mecanismo de traba desacoplarse y la puerta ceder sin que ningún sistema de alarma se pusiera en funcionamiento, se atrevió a respirar hondo.

Con sigilo ingresó a la oficina a oscuras y, aprovechándose de su poderosa visión nocturna, comenzó a buscar por todos los rincones. Abrió con cuidado cajones, armarios y cómodas, sin éxito. Al final, se encontró con una pequeña biblioteca con libros de toda clase de géneros y formatos, entre los cuales se sintió atraída por el brillo de uno en especial. Se acercó a este y lo tomó entre

las manos. Al abrirlo, los ojos de Brenda, que veían más que muchos, se llenaron de las imágenes de unos majestuosos navíos vikingos cuyas tripulaciones luchaban entre sí. Perpleja, escuchó el sonido de espadas y gritos de los combatientes, que se enfrentaban con rabia y fiereza, pero lo que más le llamó la atención fue la sensualidad que captó en aquella pelea. Desconcertada, focalizó la mirada en el texto y, en un danés muy antiguo, comenzó a leer y a memorizar la historia narrada en esas páginas. Mientras lo hacía, la imagen de un coloso con una serpiente tatuada en la mejilla se presentó frente a ella y la dejó sin aliento. Sin comprender quién era esa figura que parecía de leyenda, se obligó a memorizar la historia escrita hasta que, al llegar al desenlace, se dio cuenta de algo: por alguna razón, la última página del libro había sido arrancada y, con ella, el final.

Sin poder hacer nada por reparar la situación y para evitar levantar sospechas, Brenda colocó el libro en su lugar.

Siguió buscando alguna señal que le revelase dónde hallar lo que necesitaba encontrar, hasta que dio con unas marcas en el piso, que parecían ser producto de algo grande que hubiese sido arrastrado por encima de él. Elevó la mirada, hasta que se detuvo en un mueble hermético empotrado contra la pared, cuyo frente estaba tachonado de varios pequeños mosaicos de metal. Colocó su mano sobre él y utilizó su don de percepción. Este le permitía identificar el aura de los dedos que habían tocado el trasto con anterioridad, como si muchas lucecitas se prendiesen y le mostrasen las maniobras hechas por manos ajenas. Y en ese segundo, supo de qué se trataba.

Los dedos fueron desplazándose con cuidado por el costado del mueble hasta que, de una ranura casi imperceptible, extrajo una especie de clavo bastante largo sin cabeza. Era un abridor. Lo tomó con meticulosidad y buscó lo que el aura de otros dedos le señalaba. Entre la unión de dos mosaicos del frente, detectó una hendidura en especial, sobre la que presionó con la punta del abridor. Enseguida, uno de los pequeños mosaicos de metal se abrió hacia arriba, emitiendo un fuerte chasquido, y la puerta del mueble se abrió en



silencio sobre las marcas del piso. Ante los ojos de Brenda, se manifestó una caja fuerte con otro lector biométrico. Volvió a utilizar la lámina de silicona y también esa puerta se abrió.

Buscó entre los papeles y el dinero que había en su interior hasta que descubrió una serie de expedientes. Los hojeó y, a medida que lo hacía, el rostro de Brenda se tornaba más adusto hasta que llegó a uno donde el corazón pareció detenerse. Supo que dentro del próximo encontraría lo inevitable. Lo abrió con rapidez y se topó con unas cuantas hojas escritas por computadora y la foto de la cara de un niño. Se quedó eclipsada con su mirada por unos momentos, hasta que se obligó a regresar a la realidad. Colocó el expediente entre sus pantalones y acomodó todo como estaba.

Salió al balcón y se apoyó sobre la baranda que le llegaba a la altura del estómago. Pegó un salto y cayó con los pies sobre esta y, manteniendo un perfecto balance, sacó del bolsillo de su pantalón dos argollas metálicas unidas por un dispositivo. Respiró hondo la brisa que golpeaba su rostro mientras enganchaba una de las argollas en uno de los hierros de la baranda. Aferró la mano a la segunda argolla y contempló la ciudad de Buenos Aires en todo su esplendor.

Y, al instante siguiente, saltó.

# PRIMERA PARTE

# Capítulo 1

*México, un mes después*

Chavanel caminaba a lo largo de los pasillos blancos e impecables, interrumpidos por puertas dobles de vidrio esfumado. Por detrás lo seguían cuatro guerreros armados que no quitaban la vista de él. A medida que avanzaban, Gustav saludaba con una inclinación de cabeza a los diferentes profesionales de la clínica, quienes de inmediato bajaban el rostro en señal de respeto y subordinación. Luego de un tramo en el que dominaba el inconfundible olor a antisépticos y productos de higiene, los hombres se detuvieron frente a una puerta de hierro. Uno de los guerreros se adelantó y se inclinó de la misma forma que el personal médico lo había hecho antes, y dijo en voz muy baja:

—Su señoría, usted es el único autorizado para ingresar a esta habitación.

Gustav asintió con un movimiento de cabeza y colocó el ojo sobre un dispositivo de reconocimiento del iris. Una luz roja escaneó el órgano hasta que cambió a color verde. A continuación, un mecanismo de destraba permitió la apertura de la puerta.

Cuando ingresó al recinto, se encontró con que era del mismo color de los pasillos, con dos sillones negros dispuestos al frente de un ventanal. Se acercó y contempló a través de este un bosque tropical con árboles y palmas exuberantes, por entre los cuales una cascada caía con todo su poderío.

—Has venido —dijo una voz por detrás.

Gustav se volvió y observó la cama ortopédica empotrada en la pared, donde yacía el cuerpo de un hombre cubierto de vendas que lo hacían semejante a una momia. A su lado, los visores de unos aparatos eléctricos conectados a esta a través de numerosos cables iban detallando sus signos vitales.

Con el aire aristocrático que lo caracterizaba, Gustav se acercó al borde de la cama.

—No puedo creer que estés vivo —murmuró, y una suave humedad impregnó los ojos negros.

Brad Drage se sacudió en una pequeña carcajada que se transformó en un gemido de dolor.

—Tengo el cuerpo tullido, pero sobreviviré.

Gustav aspiró profundo y se aproximó un poco más.

—Cuando vimos el estado en que había quedado la fundación luego del enfrentamiento ocurrido entre los silverwalkers, tus hombres y tú, pensé que te había perdido. Y creí que me volvería loco de verdad. Primero Sácritos y después tú. Era demasiado.

—Él y yo siempre tuvimos algo en común —murmuró el hombre.

—El amor enfermo por una mujer.

Una nueva risotada, que culminó en un acceso de tos, inundó el recinto.

—Alcánzame un poco de agua, por favor —solicitó Brad.

Gustav se apresuró a tomar una jarra de cristal y verter el líquido en un vaso, que le acercó a la boca. Cuando se hubo tomado el agua, el convaleciente agradeció y cerró los ojos por un rato. Hasta que volvió a abrirlos.

—Gustav querido, nuestras vidas son bastante catastróficas —dijo con un dejo de diversión.

Gustav asintió. Él siempre había estado enamorado de Sácritos, el antiguo jefe de los caídos, que solo había tenido ojos para Aniel, una de las hijas de Ronan Mitchels, el más odiado rival de Brad. Este detestaba a Ronan porque,

desde que había visto por primera vez a su esposa Ana, la había amado e intentado hacerla suya por todos los medios.

—Lo sé.

—Fíjate que hasta el último instante en que pensé que iba a morir en aquella fundación, mi amor por Ana fue lo que me redimió, tal vez un poco, ante sus ojos y también lo que me salvó la vida.

—¿Se encontraba ella en el lugar cuando ocurrió el enfrentamiento? — preguntó Gustav asombrado.

—Por supuesto. Ana es una luchadora nata.

—¿Y por qué dices que el amor por ella fue lo que salvó tu vida?

—Porque cuando Ronan estaba a punto de acabar conmigo con su espada, Ana me rogó que les dijera dónde se encontraba la pequeña Rosarito, la niña que luego el silverwalker Damián y su mujer, Maia, adoptaron. Y como te imaginarás, así lo hice, porque prefería morir mil veces como un héroe a los ojos de mi amada a que me recordara con rencor. Pero en ese momento se produjo el derrumbe de la fundación, así que Ronan, en lugar de acabar conmigo, se apresuró a salvar a Ana y a sus dos hijas.

—Entonces ¿has podido confirmar que Aniel y Maia son hermanas?

—Por completo.

—¿Quién es Ana, entonces? Hasta donde sabemos, es humana, pero si unida a Ronan, que es un miembro de la Estirpe de Plata, ha dado a luz a Aniel y a Maia, que son híbridas, hace de este caso una peculiaridad.

—Yo me encargaré de Ana apenas me reponga, Gustav. Tengo los mismos interrogantes que tú. Pero les exijo a ti y a tus hombres que no la toquen. Ella es mía.

—¿Y Ronan?

—Iré por su cabeza.

Gustav se lo quedó mirando durante un rato hasta que asintió.

—Te llevará tiempo reponerte, Brad.

—Sabes que soy más fuerte que ustedes, Gustav. Mi origen es de la Estirpe.

—Sí, pero la energía de los caídos también ha prendido en ti. Y no es tan poderosa como la que tenías cuando vibrabas como un guerrero puro de la Estirpe.

Brad hizo un gesto que pareció un encogimiento de hombros.

—No importa. Ahora se trata de ser mejores estrategas que los malditos silverwalkers y los jefes de la Orden Superior de la Estirpe.

Gustav regresó al lado de la ventana y, con las manos entrelazadas a la espalda, contempló la exótica vegetación y la cascada.

—¿Sabías que Ronan ha sido ascendido a jefe? —preguntó.

—No, pero me lo temía. Adora respetar las reglas.

—Y hacerlas respetar —murmuró Gustav.

Una risa baja volvió a inundar el recinto.

—Por favor, no puedo mover el cuerpo demasiado sin que me duela hasta el alma.

Gustav se volvió y lo observó.

—¿Cómo continuamos, Brad?

Este emitió un suspiro y lo miró a través de los ojos que alguna vez habían brillado con el destello plateado de la Estirpe, pero que ya casi había desaparecido.

—Hay dos símbolos que hemos perdido.

—Los de las dos hermanitas guardianas Mitchels.

—Exacto —contestó Brad—. Pero ahora nos quedan los otros tres que debemos evitar que se nos escapen de las manos.

—Conocemos dos posibles guardianas de estos.

—Jackie Thygesen y Brenda Mori. —Gustav volvió a asentir—. Hay que ir tras ellas para atraparlas y asegurarnos de que en verdad lo son.

—Cuenta con ello, Brad. —Y volvió a mirar a través de los vidrios.

Un breve silencio se alzó entre ambos hombres, interrumpido por los gritos de unas guacamayas de plumaje rojo que pasaban volando por la zona.

—¿Cómo van los guerreros que estás preparando?

–Entrenando duro. Se rumorea que aquel del que hablamos poco antes de que sucediese tu tragedia habría sido encontrado.

–Vigílalo bien, Gustav.

–No te preocupes.

Brad asintió.

–Entonces déjame reposar tranquilo. Estoy muy dolorido.

Antes de despedirse, Gustav se inclinó sobre el enfermo y susurró:

–Agradezco que te hayas salvado, amigo mío. No habría sabido qué hacer sin ti.

## Capítulo 2

*Aarhus, Dinamarca*

Apenas escuchó el portero eléctrico, Brenda salió corriendo de su habitación para ir a atenderlo. No veía la hora de poder abrazar a su amiga Jackie, a quien no había vuelto a ver desde hacía muchos meses.

—¿Eres tú, cariño? —preguntó por el auricular.

—Sí, Bren —contestó la voz sensual que tanto adoraba.

—Pasa. —Apenas dicho esto, apretó el botón del aparato que le permitiría el acceso al interior del edificio.

Mientras esperaba a Jackie, que debería subir por la escalera del edificio hasta el cuarto piso, Brenda se dirigió a la cocina, comenzó a preparar café y a cortar la *drømmekage*, una torta que a Jackie le encantaba y que había comprado en su panadería preferida. Si bien a la vista no era atractiva, apenas uno se llevaba un pedazo a la boca, la combinación perfecta de harina de coco, vainilla, leche endulzada y *brun farin*<sup>[1]</sup> provocaba en la mayoría de las personas un encantamiento que hacía que desearan degustar un pedazo más. O muchos. Y a Brenda le constaba que Jackie podía llegar a resistir a cualquier cosa en la vida, salvo a un pedazo de su torta predilecta.

Suspiró. Solo rogaba que su amiga se encontrase bien, aunque se sentía bastante tranquila porque en todo ese tiempo solo la había «visto» unas pocas veces.

Brenda, al igual que Jackie, Aniel y Maia, sus tres amigas del alma que se



conocían desde muy jovencitas y compartían un pasado de mucho dolor, contaba con ciertos dones que le posibilitaban saber cuándo alguna de las chicas se encontraba en verdadero peligro o si la necesitaban por alguna razón. Uno de ellos era la comunicación a través de visiones y de sueños que podía llevar a cabo con las jóvenes, aunque Jackie había sido siempre con la que con mayor facilidad podía lograrlo. Por eso la llamaban *la amiga fantasma*, ya que solo se aparecía ante ellas cuando su don se lo advertía.

Así que, cuando, poco más de ocho meses atrás, había tenido una visión sobre Jackie en la que se veía muy preocupada, Brenda la localizó en un disco de la ciudad de Aarhus, donde residía. Ahí, ambas mantuvieron una sorprendente conversación sobre Aniel y Maia, en la cual Jackie le aseguró que las dos jóvenes se encontraban bajo una terrible amenaza, por lo que ella necesitaba viajar a la brevedad para ayudarlas. Al parecer, Aniel se había enamorado de un tipo llamado Gabriel Trost, que pertenecía a una banda de forajidos conocidos como los *silverwalkers*, también llamados los *caminantes*, quienes serían los cazadores de las guardianas de unos símbolos que ellos necesitaban encontrar. Según su amiga, Trost mantenía prisionera a Aniel en un lugar remoto de Argentina debido a que la creía una de ellas. A su vez, Maia era perseguida por otro silverwalker, un tal Damián Di Mónaco, quien iba tras un segundo símbolo. Pero no todo quedó allí, sino que Jackie le confesó que un tercer cazador había puesto la mirada en ella misma y que había estado rastreándola por todo el mundo por creerla guardiana de un tercero, lo cual la sumergió en un caos económico. Y por esa razón, aún no había podido llevar a cabo el viaje.

Horrorizada por lo que Jackie le había contado, Brenda, que en aquel entonces estaba llevando a cabo una misión crucial, le entregó dinero para que pudiese pagarse un pasaje a Buenos Aires. Aún recordaba la charla:

—*Jackie, te daré el dinero que necesitas para viajar de inmediato.*

—*¿Estás loca?*

—*No. Tengo algunos ahorros y te los doy con todo gusto.*

—Pero...

—Jackie —la interrumpió—, las cuatro hemos sido inseparables desde niñas, y nos hemos acompañado y protegido las unas a las otras en las buenas y en las malas, así que acepta el dinero que te ofrezco. No podré ir contigo a Buenos Aires de inmediato porque estoy en una misión secreta muy especial, pero me uniré a ti lo antes posible.

De esa forma, ambas se habían puesto de acuerdo en que el objetivo de la travesía sería, primero, liberar a Aniel, y segundo, que esta y Jackie se desplazasen con urgencia a Ciudad de México, donde Maia residía, para que todas se reuniesen junto con Brenda en la fundación, el hogar de Maia, donde las cuatro habrían de idear un plan para no caer en manos de los maleantes que iban tras las chicas.

El problema surgió cuando Brenda llegó a México y no encontró señales de ninguna de ellas. Si bien en un principio esta había estado muy preocupada, el hecho de que no hubiese visualizado a Jackie o a alguna de las otras muchachas la mantuvo callada.

La modalidad de trabajo de Brenda había requerido que hiciese un trato especial con ellas, las cuales hasta la fecha lo habían respetado bastante bien: ninguna de las tres debía intentar comunicarse con ella, porque Brenda solo se presentaría ante ellas de la manera que le pareciese conveniente y siempre de acuerdo con lo que sus visiones dictaminasen. Sabía que, de vez en cuando, las muchachas habían roto esa regla y habían intentado comunicarse vía *mails* o teléfonos móviles, pero Brenda se había mantenido en lo estipulado. Tenía sus razones, aunque la principal de ellas era que debía proteger a sus amigas a toda costa.

Pero unos cuatro meses después, Brenda había tenido un sueño en donde había visto a Maia acostada en una cama en un hotel de Argentina bastante precario, clamando por la presencia de sus amigas.

—¡Yo no quiero esto para mí! —había gritado Maia frente a un espejo—. No, por favor..., otra vez no... ¿Dónde están mis amigas? Las necesito

tanto...

De inmediato había llamado a Jackie, que apenas atendió le explicó que la misión en México había fracasado, pero que los detalles se los iba a hacer saber cuando pudiesen estar frente a frente y no a través de un teléfono. Por completo de acuerdo con Jackie, Brenda se había apresurado a explicarle lo que había visto en su visión, y esta, de inmediato, había prometido hacerse cargo de Maia. Por último, alrededor de tres meses atrás y luego de otro sueño, Brenda había logrado dar con Jackie, que se encontraba en Canadá.

—¡No sabes, Bren! —había exclamado su amiga—. Mi cazador casi logró atraparme en Ontario, pero un milagro hizo que fuese capaz de despistarlo.

—Por Dios, Jackie, escúchame: esta noche, en una videncia, te revelaré el paradero exacto de la llave de mi apartamento en esa ciudad, y podrás quedarte todo el tiempo que sea necesario hasta que estés por completo segura de que el tipejo ha dejado de buscarte.

A partir de ese instante, no había sabido de Jackie hasta que, esa misma madrugada, la volvió a percibir, otra vez en Aarhus, diciéndole que necesitaba verla con urgencia. Apenas se había despertado, la había llamado, y al enterarse de que se encontraba en la localidad, habían acordado verse en su apartamento. Sus pensamientos fueron interrumpidos por unos golpes suaves a la puerta.

—¡Adelante! —exclamó Brenda, sabiendo que la vivienda no era tan grande como para que su amiga no la escuchase.

Entretanto se limpiaba los restos del azúcar oscuro de las manos con un repasador, oyó que la puerta se abría, y cuando se dirigió a la sala se encontró con su pelirroja adorada, que con los brazos abiertos y una sonrisa de oreja a oreja se abalanzaba sobre ella. Ambas se estrecharon en un fuerte abrazo y se quedaron así durante unos minutos. Siempre era de esta manera entre las dos y con sus otras amigas. Las cuatro se tenían un amor inconmensurable y, cada vez que se reunían, se producían esa clase de demostraciones de cariño. Se conocían de pequeñas y la vida las había unido a través de los duros pasados

que compartían y que todavía ninguna había logrado sanar.

«Quizás nunca», reflexionó.

—¡Bren, mi amor! —exclamó Jackie con la cabeza enterrada sobre su hombro.

—Loquita mía...

Jackie se separó de golpe y la miró con picardía.

—Estás preciosa, como siempre.

Sus ojos de gata resplandecieron. Eran tan verdes que podían hipnotizar tanto a personas como a animales, y las pestañas negras y largas los destacaban en su rostro casi perfecto. Lo gracioso era que para Jackie su belleza representaba una molestia, debido al tremendo poder de atracción que ejercía sobre el sexo opuesto, cuyos miembros se acercaban como imanes. Su amiga nunca había sentido especial devoción por los hombres, y la máxima interacción que se había permitido con ellos había sido a través de las clases de *wrestling* y *kickboxing* que daba en universidades y campos deportivos, incluso en gimnasios privados, o cuando había participado de competencias mixtas nacionales e internacionales. Pero desde que tenía memoria, Brenda jamás le había conocido pareja alguna o un amigo de verdad. Y Jackie justificaba lo primero diciendo que ella simplemente no tenía tiempo para esas estupideces, y lo segundo, con su absoluta falta de confianza en cualquier varón.

—Mira quién habla —contestó Brenda, y ambas rieron—. ¿A que no sabes lo que tengo para ti? —preguntó con picardía. Los ojos de Jackie se abrieron con curiosidad y la sonrisa se le volvió más deslumbrante—. Aquello a lo que no puedes resistir —señaló intentando darle una pista.

Y el gritito de alegría que su amiga pegó le indicó que había descubierto la respuesta.

—¡Ven! Siéntate, que traigo el café y tu sorpresa.

Mientras preparaba la bandeja, escuchó que Jackie preguntaba desde el comedor si necesitaba ayuda.

—No —contestó—. En cambio, me gustaría que te fijaras en mi apartamento nuevo y me dieras tu opinión.

Luego de un par de minutos y con la bandeja en la mano, se dirigió al comedor, donde Jackie miraba hacia todas direcciones con una expresión de satisfacción.

Debido a que la profesión de Brenda le exigía desplazarse de forma asidua a distintas partes del mundo, no podía evitar tener algunos puntos clave de emplazamiento. Aarhus y Ontario eran dos de ellos. Hacía poco los grupos secretos para los que trabajaba le habían asignado ese *loft*, que le había resultado una monada desde el primer momento que ingresó en él. Era de un blanco inmaculado, con un gran número de ventanales de diferentes formas, rectangulares y triangulares, y también de tamaños. Estos hacían del hábitat un espacio lleno de luz. Brenda lo había decorado con un estilo minimalista, con dos lámparas PH blancas, llamadas así por haber sido diseñadas por el arquitecto danés Poul Henningsen, y que constaban de un sistema de varias pantallas basado en cálculos matemáticos acerca de cómo se refleja la luz. En la sala había una mesa de vidrio con cuatro sillas de diseño exclusivo, cuyo color hacía juego con el resto del apartamento. Sobre las paredes colgaban unas pinturas con tonos contrastantes, que iban de los rojos y los verdes a los celestes, y contra una pared, descansaba un sofá de color negro con varios almohadones rojos y blancos.

—Esta vez tus amiguitos se han esmerado —dijo Jackie, que se quedó sin habla cuando clavó la vista en lo que Brenda depositaba sobre la mesa—. ¡Ya sabía yo que me ibas a mimar!

Brenda distribuyó los utensilios para el café y, junto a estos, dos recipientes de porcelana que contenían leche y miel respectivamente, para finalizar con la torta.

—Especialmente encargada para ti, amiga de mi corazón.

—Bren, ¡te adoro! —Y degustó golosa un primer pedazo que Brenda colocó en su platito.

En tanto servía sendas tazas de café, Brenda dijo:

—Bueno, ¿me darás tu veredicto?

Tuvo que esperar a que su amiga tragase el inmenso bocado que se había metido en la boca, y que se notaba que le encantaba.

—Déjame decirte que tu panadero se ha lucido como nunca —aclaró Jackie con los ojos cerrados, que abrió a los pocos segundos—. Gracias de verdad, cariño. —Brenda respondió con una enorme sonrisa y de inmediato Jackie prosiguió—: Respecto al *loft*, y como te dije antes, se nota que tus amigos encubiertos no han escatimado en gastar una fortuna. Me encanta, Bren. Es sofisticado, de muy buen gusto y hecho con los mejores materiales. ¡Una verdadera belleza!

—Yo pensé lo mismo. Tú sabes que en mi trabajo no siempre recibimos los mejores lugares para vivir, al ser temporales.

Jackie estuvo de acuerdo mientras cortaba otro pedazo de torta.

—Me habías dicho que esta ciudad era uno de tus puestos de asentamiento, así que ¿quizás este lugar se convierta en tu morada permanente?

—Por lo pronto mantendré esta vivienda todo lo que pueda. —Contempló a su amiga, que parecía sentirse en el cielo con lo que comía. Pero sabía que debía abordar el tema que en realidad las había reunido—. Tu mensaje de esta mañana me dejó inquieta.

Jackie paró de comer y la expresión de su rostro le demostró a Brenda que lo que su amiga iba a decirle iba a ser grave. La ansiedad típica que experimentaba cuando se trataba de algo que pudiese estar perturbando a algunas de sus amigas regresó a ella.

—¿Recuerdas que viajé a Argentina para liberar a Aniel con el dinero que me prestaste?

—Sí. Y habíamos quedado en encontrarnos en Ciudad de México, cosa que nunca sucedió. Luego por teléfono me aseguraste que todo había salido mal.

La cabellera roja llena de bucles, que se asemejaban a tirabuzones, se movió cuando Jackie asintió.

—No sabes lo que descubrí, Bren.

Al contemplar el semblante pálido de su amiga, su ansiedad se transformó en escalofrío.

—Por Dios, habla.

La escuchó inhalar profundo, como si intentara reunir fuerzas para comenzar a relatar.

—Logré dar con Aniel. Pero...

—¿Pero?

—Aniel está embarazada de Gabriel Trost.

Brenda se levantó como un resorte de la silla y comenzó a caminar de un lado a otro, apabullada. Y gritó furiosa:

—¿La violó ese hijo de puta?

Jackie negó con la cabeza.

—Te conté hace tiempo que Aniel estaba enamorada de ese tipo.

—Entonces... —Brenda se detuvo con un nudo en la garganta.

—Aniel y Gabriel están juntos y se adoran, Bren.

—¿QUÉ? —Ella misma se sorprendió del tono bravo de su voz.

—Tuve una pelea terrible con nuestra amiga en un hotel de Buenos Aires —contestó con pesar—. Me la quise llevar conmigo, como tú y yo habíamos acordado, pero, a raíz de su negativa, nos fuimos a las manos. Tú sabes que yo amo a Aniel, así que la cuidé a pesar de todo. Pero en medio de la trifulca, me di cuenta de que Aniel estaba agotada de una manera que no solía suceder con ella, y cuando la obligué a detenerse, me confesó que Gabriel era todo para ella y que era el padre del hijo que llevaba en su vientre. A todo esto, el caminante, que se encontraba en la misma habitación que Aniel y yo, se había liado a golpes con Metanón Lemark.

—¿El cazador que te sigue a ti? —preguntó Brenda perpleja.

—Sí. En un principio, Gabriel intentó defender a Aniel de mí, por lo que, cuando íbamos a enfrentarnos, surgió Metanón de la nada y se fueron a las manos.

—¿Te defendía?

Jackie asintió con la cabeza.

—Aún no sé por qué. Pero de lo que no te haces una idea es de lo que presencié cuando Aniel comunicó que estaba embarazada. Primero, Gabriel y Metanón dejaron de luchar en el acto y yo me quedé congelada, pero después, y no me preguntes cómo, vi con mis ojos lo que no olvidaré jamás, Bren. Esos dos, cuando se miran, parecen hipnotizados. Hay algo mágico que los une de una forma desconocida. ¡Si el silverwalker hasta lloró de felicidad!

Brenda se sentó en el sofá mientras exhalaba el aire de los pulmones, y se hizo un nuevo silencio entre ambas. Se inclinó hacia delante y, con los codos apoyados sobre los muslos, se tomó la cabeza con las manos. «¿En qué estabas pensando, Aniel?», pensó desesperada. Eso solo auguraba que la perderían quizás para siempre.

—Dime qué más pasó —solicitó alzando el rostro y clavando los ojos en los que lucían más verdes y felinos que nunca.

—Después de eso, hui. Por supuesto, con Metanón detrás. Viajé a México desesperada, con la intención de, al menos, salvar a Maia, pero cuando llegué a la fundación, las monjas me dijeron que había salido de viaje a Argentina. ¡Te imaginarás mi desazón! Tomé otro vuelo, y en Buenos Aires me llamaste y me contaste que Maia yacía en un hotel de Santa Fe y que necesitaba de alguna de nosotras. Partí hacia esa provincia y la encontré en el lugar exacto que me habías dicho. Yo había alquilado un auto y nos marchamos hacia Buenos Aires. En el viaje, Maia me explicó que unos soldados que pertenecían al ejército argentino la habían rescatado del silverwalker Damián y la habían llevado con ellos a dicho hotel. Pero esos tipos resultaron ser gente contratada por los caídos, los acérrimos enemigos de los silverwalkers.

»Cuando intentamos escapar de ellos, Metanón en un auto y Damián en un helicóptero, también nos esperaban para interceptarnos. Sufrimos una persecución despiadada, donde caídos y silverwalkers iban tras nosotras. La cuestión, y para resumírtelo, amiga, es que, en medio de una ciudad rural,



tuvimos que detener los vehículos, y se produjo un terrible enfrentamiento entre los dos bandos con nosotras en el medio. Ese tal Damián, que, te puedo asegurar, está encaprichado con Maia, aterrizó sobre un descampado y, apenas bajó, comenzó a pelear de una forma feroz contra sus enemigos. Cuando me di cuenta de que estaba ocupado derribando caídos, me escabullí con Maia y logré apoderarme del aparato. Sabes que puedo pilotar. En ese preciso momento, cuando nuestra amiga intentaba subirse al helicóptero, uno de los caídos la atrapó y, luego de una breve lucha, le dio un terrible golpe en la mandíbula, que la desmayó. Y aquí viene lo más insólito, cariño. — Brenda, que a esta altura del relato sentía que ya no le quedaba sangre en las venas, contuvo el aire esperando lo que vendría a continuación—: El silverwalker se convirtió en un monstruo espantoso.

—No puede ser, Jackie —balbuceó.

Su amiga extrajo del bolsillo del pantalón el teléfono móvil, donde comenzó a buscar algo. Y cuando lo encontró, se lo tendió.

—Mira, y dime qué ves.

Brenda clavó la vista en la pantalla, donde se reproducía un vídeo filmado por Jackie mientras pilotaba el helicóptero. Al escuchar su voz espantada y ver las imágenes, se quedó sin aliento. Una cosa titánica llevaba a Maia desmayada entre sus garras. Era una bestia espeluznante, de dimensiones extraordinarias a lo conocido en animales terráqueos, que gritaba furiosa, como advirtiendo a sus enemigos que estaba dispuesta a defender con la vida a su presa. El vídeo culminó cuando la bestia y Maia desaparecían en medio de la nada, como si se hubiesen vuelto invisibles.

—Dios bendito...

—Lo mismo dije yo, Bren.

—Maia con esa monstruosidad. —Al decir esto, Brenda se levantó y comenzó a caminar de un lado a otro como ya lo había hecho antes.

—Tenemos que ir al Delta y rescatar a nuestra amiga —puntualizó Jackie—. Además, estoy segura de que Aniel debe de estar allí. Debemos convencerla

de que regrese con nosotras.

–Pero has dicho que está embarazada. No sé si oírás razones.

–Debemos intentarlo, Bren. No podría dormir tranquila si no lo hago.

Brenda, muda, comenzó a rascarse la cabeza por los nervios. Jackie la miraba esperando su respuesta. ¿Pero qué podía decirle? Detuvo su andar y se volvió hacia ella.

–Debes ir tú, Jackie. Yo estoy en medio de una misión que no puedo dejar atrás.

Jackie negó con la cabeza y se levantó para detenerse frente a ella.

–Bren, por favor. Se trata de las chicas.

Los ojos de Brenda se humedecieron. ¿Qué podía hacer? Lo que estaba a punto de hallar en otro país también era demasiado importante para ella.

–Te juro que lo sé. Solo te pido que vayas primero y empieces a buscarlas. Yo me uniré a ti en unos días.

Jackie pareció impacientarse.

–Bren, el silverwalker Metanón me viene persiguiendo desde hace casi un año. No podré sola. Necesito que me ayudes.

Brenda le dio la espalda porque no quería que su amiga notase las lágrimas que comenzaban a caerle por las mejillas. «Esto es una verdadera mierda», pensó. Sin darse la vuelta contestó:

–Es que estoy en algo crucial, Jackie. Algún día te lo explicaré. Y prometo ir al Delta apenas pueda.

Jackie la tomó de los hombros y la miró con esos ojos increíbles que podrían derretir a cualquier ser que tuviese un corazón en el pecho.

–Me pides que me enfrente a cinco silverwalkers, uno de ellos obsesionado conmigo; a una Aniel que, estamos casi seguras, se negará a venir; a Maia, que ha caído en manos de una bestia, y encima a dicha cosa mitológica. ¿Qué más esperas de mí?

Brenda suspiró. Y en ese instante se dio cuenta de que lo que decía su amiga era verdad. Jackie podía ser una mujer con enormes agallas, pero no

estaba entrenada lo suficiente ni acostumbrada a situaciones extremas como ella. Y se sintió vencida.

–No puedo decirte que no, amiga.

Jackie la abrazó y se quedó así hasta que la escuchó susurrar:

–Gracias.

## Capítulo 3

*Delta del río Paraná, Argentina*

Maia había despertado esa mañana con una sensación rara en el estómago, como si algo no encajara. En un principio lo había relacionado con los sucesos vividos en los últimos meses, donde las emociones aún luchaban por acomodarse. Pero un ansia profunda de felicidad balanceaba sus temores. Se sentía amada, por primera vez en su vida, como jamás hubiese imaginado. No solo tenía el amor de sus padres y de su hermana, sino también el de Damián, que no descansaba en su esfuerzo por hacerla dichosa. La mimaba, le daba seguridad y, sobre todo, libertad. Las cadenas del pasado habían sido eliminadas, y juntos comenzaban a construir una comunión sólida e inquebrantable.

Pero ese día se notaba diferente y no sabía por qué.

—Maia —escuchó que una voz la llamaba. Se volvió sabiendo a quién encontraría.

Aniel venía hacia ella, con una sonrisa radiante en el rostro. Su panza se había vuelto voluminosa. Hacía poco que Gabriel y ella habían decidido conocer el sexo del bebé y, a través del símbolo que los dos manejaban, un octaedro sagrado, habían podido detectar el alma que estaba llegando. Y era un varón. Maia le devolvió la sonrisa y la recibió con un fuerte abrazo.

—Me encanta que hayas venido a visitarme —le susurró al oído.

—¿Dónde está Rosarito?

—En casa de unos amiguitos en Buenos Aires. Pasará el fin de semana con ellos.

—¿Damián la ha llevado?

—No. Lo ha hecho Ruryk. —Aniel rio a carcajadas—. Cuando estábamos a punto de salir con la niña, se nos adelantó y nos dijo que tenía muchas ganas de pasar tiempo con su «sobrina».

—Se ha tomado muy en serio su papel de «tío».

—Me ha impresionado. Ruryk siente una especial fascinación por Rosarito.

—Bueno, ¿quién no la siente? —contestó Aniel asintiendo con la cabeza—. Acuérdate de tu gran locura por ella desde que la conociste.

—Era mi gran debilidad en la fundación de México.

—También es comprensible, hermanita. Fuiste tú la que la rescató de un cubo de basura en las calles de esa ciudad cuando era solo una bebé.

Los ojos de Maia se humedecieron recordando aquel suceso. Aún se horrorizaba al pensar en cuál hubiese sido el destino de la que después se convertiría en su hija si ella no la hubiese escuchado llorar en el interior de ese recinto.

—¿Puedo sentarme? —preguntó Aniel mientras se apoltronaba en el sofá.

Maia sonrió. Damián, Rosarito y ella habían ido a pasar unas semanas a la organización. Como los Di Mónaco vivían en la capital de Buenos Aires y el trabajo de Damián exigía que viajase de forma permanente hacia el Delta, donde el resto de los silverwalkers vivían, muchas veces Maia y Rosarito se sumaban para acompañarlo y, de paso, quedarse a pasar tiempo con su hermana y tía.

—Por supuesto, cariño. ¿Te traigo algo de beber? —Aniel estaba casi al final del embarazo y se la notaba muy agotada.

—No, siéntate conmigo. —Y golpeó con suavidad sobre el sofá a su lado.

Cuando Maia así lo hizo, Aniel le preguntó:

—¿Cómo va tu vida de recién casada, hermana?

Los ojos de la joven se llenaron de un brillo plateado que evidenciaba la

dicha que sentía.

–Feliz. Por completo.

–Sé muy bien que Damián es un esposo maravilloso. No hay manera de que uno no se dé cuenta. Pero me gustaría que me cuentes, ¿es un buen padre?

–Impresionante —contestó con una sonrisa enorme—. Ama a Rosarito con toda su alma. Y ni te cuento ella. Es difícil que se duerma si antes no recibe unos mimos de él; pueden ser masajes en los piecitos, lecturas nocturnas, juegos e incluso cantarle.

Ambas rompieron en carcajadas.

–¡Quién hubiese dicho que ese grandotote feroz se hubiese transformado en un esposo y un padre ejemplar! —exclamó Aniel absorta. Maia asintió pensativa.

–Muchas veces tengo miedo de que toda esta felicidad desaparezca, Any —expresó Maia que, desde niñas, siempre la había llamado así.

–¿Piensas en los caídos?

Asintió con vehemencia.

–Sobre todo en Brad Drage. Hay algo en mi interior que me dice que no ha muerto.

–Creo que en el fondo todos lo pensamos, Maia, pero hasta que no surjan señales de él, no podemos caer en especulaciones. Sería muy desgastante para todos nosotros.

–Te juro que lo sé. Es más, trato de no tocar el tema con Damián, porque se pone tan furioso que después se pasea toda la noche vigilando las puertas y ventanas de nuestro hogar.

–Más que furia, es ansiedad, Maia.

Unas pequeñas lágrimas comenzaron a desbordarse por sus ojos casi transparentes.

–Créeme que lo entiendo —susurró limpiándoselas con los dedos—. Porque tampoco sería fácil para nuestra hija. A Dios gracias, ella no recuerda el día que tuvo lugar el enfrentamiento de los caídos con nuestros señores álmicos y

los demás guerreros de la Estirpe en la fundación. Tampoco ha registrado el derrumbe ni la cantidad de cadáveres.

Aniel le tomó una mano y se la apretó.

—Al menos Drage tuvo un poco de humanidad al drogarla antes de que todo estallara.

—Es increíble, pero así parece.

Ambas se quedaron calladas un rato, sumidas en sus pensamientos. Hasta que la voz de Aniel interrumpió el silencio.

—Extraño a Jackie y a Brenda. No sabes cuánto lamento que no puedan estar con nosotras.

Maia suspiró y supo que no podía estar más de acuerdo con su hermana.

—Yo también, Any. Muchísimo. Pero los jefes de la Orden nos tienen prohibido contactarlas.

Aniel se refregó la cara con una mano, como si con ese gesto intentara aclarar las ideas.

—Bueno, yo no diría que está prohibido hacerlo, sino más bien que se trata de que no debemos influir sobre las decisiones respecto a los señores álmicos.

—No sabemos si ellas lo son de alguien. Tampoco tenemos idea de si pertenecen a la Estirpe.

Su hermana asintió con vehemencia.

—Tienes razón. Pero es que Jackie...

—... es la señora álmica de Metanón, ¿no? —contestó Maia en su lugar.

—Así parece.

—¿Y Brenda?

Aniel hizo una mueca de preocupación con la boca.

—Sería una locura si Ruryk o Triel fuesen sus señores álmicos. Además, en el mundo hay millones de miembros masculinos de la Estirpe de Plata. ¿Por qué debemos pensar que solo un silverwalker podría ser el de Brenda?

—Porque hasta ahora todos los involucrados giran en torno a nosotras, Aniel. La risa de su hermana la animó.

—Pues sería muy divertido ver a Ruryk dejar de babear por cuanta fémica se le cruza en el camino y transformarse en un tipo fiel.

—¿Y si es Triel?

Aniel emitió un resoplido.

—¡Eso sí que sería apoteósico!

—Sea lo que fuere, Any, solo quiero que sepas que siempre estaré aquí para protegerlas a ti y a las demás chicas. Si alguna está en peligro, no dudaré en presentarme ante ellas.

Aniel la miró con mucho respeto y asintió.

—Lo mismo yo.

Y juntaron las manos como si con ello hicieran un pacto de por vida. Se miraron a los ojos y, emitiendo un fulgor incandescente, murmuraron al unísono:

—*Ni estas unu.*

Que quería decir «somos una» en esperanto. Después, Aniel le brindó una deslumbrante sonrisa.

—Tenía pensado ir a Buenos Aires para visitar a mamá y, de paso, comprar ropa al pequeñín. Me encantaría que vinieses conmigo. Podríamos tomarnos este fin de semana como una especie de regalo para que las tres podamos hacer lo que se nos dé la reverenda gana.

—¡Claro! Dormiríamos en casa.

Maia se sintió excitada. La idea de pasar un hermoso momento con Ana, su madre, y con Aniel en Buenos Aires, con los innumerables negocios de alta moda, era una gran tentación.

—No nos vendrían mal nuevos vestidos y ropa interior muy *sexy*. —Cuando Aniel dijo esto, la expresión de su rostro se hizo sugerente y atrevida. Maia emitió una carcajada al dar por sentado lo que quería transmitirle—. Aunque me vea como una ballena.

—¡Estás divina! —carcajeó Maia—. Y no me dejas otra alternativa —contestó asintiendo.



Aniel era la misma loca linda de siempre y se llenaba de ilusión al imaginar a las tres causando estragos en distintos *shoppings* de Buenos Aires. La ayudarían a encontrar la ropa más excitante que volvería aún más loco a Damián, quien la hacía sentir la mujer más bella de la Tierra.

No pudo reprimir otra carcajada que se sumó la de Aniel, quien parecía haberle leído los pensamientos.

—Lo pasaremos estupendo, ya verás.

—Pero ¿qué dirán Gabriel, Ronan y Damián? Sabes que son en extremo protectores.

Aniel, como si nada, afirmó:

—Nosotras iremos a Buenos Aires.

—Pero... —balbuceó Maia.

—Yo puedo cuidarlas —dijo Aniel.

—¿Estás loca? ¡Estás embarazada! ¿Qué pasaría si se apersonan los caídos?

—Sabes bien que mi embarazo no ha impedido que me enfrente a ellos.

—Pero ahora estás en un estado más avanzado y no cuentas con la agilidad de antes. Debemos hablar con Gabriel y preguntarle qué opina al respecto. No me perdonaría jamás si te ocurriese algo.

Aniel se acercó y le dijo con suavidad:

—Hablaremos con nuestros compañeros para que te quedes tranquila. Pero nada ni nadie impedirá que compremos ropa para el bebé y para nosotras.

\*\*\*

Maia miraba a Damián, que manejaba con el semblante endurecido. Sabía que estaba preocupado y también enojado con ella porque había apoyado los planes de Aniel. Cuando Gabriel se enteró de la idea de su esposa, puso el grito en el cielo y se negó con rotundidad. Lo mismo que Damián. Como Maia siempre había visto a Gabriel comportarse con su hermana con profunda devoción, le resultó impactante verlo transformarse en un león

rugiente. Pero lo que más atónita la había dejado fue la reacción de Aniel, que había enfrentado a su marido sin amilanarse. Cuando Gabriel constató que cualquiera de sus argumentos era refutado por ella, emitió un rugido espantoso como preámbulo a lo que sucedería a continuación. Tomó a su esposa de la muñeca y la llevó a rastras hacia el interior de la biblioteca, donde cerró la puerta con un estruendo. Nada pudo impedir que todos en la casa oyesen los gritos de la pareja. Maia se había sentado en el sofá del comedor, donde esperó por horas a que esos dos parasen de pelear, pero, por lo visto, aquella discusión iba a ser eterna. Ninguno parecía estar dispuesto a ceder.

Damián, por su parte, se quedó mudo, caminando de un lado a otro de la sala, también a la espera de la culminación de la terrible discusión. En todas esas horas, la había mirado un par de veces con tal furia que Maia no se había atrevido a emitir una palabra. En verdad, comprendía que los caminantes estuviesen rabiosos, porque en realidad tenían terror de que fuesen atacadas por los caídos. Gabriel le había expuesto a su esposa todas las consecuencias de una decisión como aquella, pero Aniel no había transigido un ápice. Para ella era más importante que las tres mujeres pudiesen gozar de un tiempo juntas para reivindicar y solidificar los lazos de familia.

—Estás fuera de tus cabales si crees que te dejaré ir con nuestro bebé — había bramado Gabriel en un principio; pero luego de unas horas de combate verbal, Damián y ella escucharon al caminante decir—: De la única manera en que pueden ir a Buenos Aires es si lo hacen acompañadas por Damián y por mí. Ronan también está furioso y nos espera en la capital.

—¡Esta salida era solamente para nosotras tres! —gritó Aniel.

—¡No osarás poner en peligro a todas las mujeres de la casa, incluidos tú y nuestro hijo!

—¿Crees que soy una irresponsable? ¡Sé perfectamente defenderme a mí misma y a los míos como la silverwalker que soy!

—¡En este momento no eres una silverwalker, sino una tonta mimada!

De inmediato, se escuchó la explosión continua de una seguidilla de objetos de vidrio y porcelana estampados por toda la habitación, y que ahogó las maldiciones de Gabriel.

—Espero que no gane —susurró Damián con voz gélida.

Al final no supieron en qué términos había acabado el terrible enfrentamiento de la pareja, ya que Damián y ella se habían retirado a descansar sin hablarse. En la madrugada, Maia escuchó que la puerta de la biblioteca se había abierto y cerrado con furia, y los pasos pesados de Gabriel y los ligeros de Aniel se perdieron a la distancia, con seguridad al partir hacia la cabaña en la que habitaban a doscientos metros de ahí.

Maia volvió a arrellanarse en el asiento del vehículo mientras observaba la camioneta negra de Gabriel, que viajaba por delante con Aniel a su lado. Habían partido hacía una hora hacia Buenos Aires, donde se encontrarían con Ana y Ronan. Damián seguía sin dirigirle la palabra desde el día anterior, lo cual la sumía en la peor de las miserias.

Esa mañana, Gabriel llegó con el rostro endurecido, que hacía juego con el de Damián. Maia miró de inmediato por encima del hombro corpulento de su cuñado, tratando de percibir la figura de Aniel, pero no había ni rastro de esta. Luego de que los dos caminantes intercambiaron pocas palabras que Maia no había alcanzado a oír, Gabriel salió de la casa y Damián la tomó de la muñeca obligándola a seguirlo. Afuera descubrió la camioneta de la pareja aparcada delante de la puerta y con el motor encendido. En su interior iba sentada Aniel del lado del acompañante, con anteojos oscuros y una expresión de hielo. Cuando Aniel la vio, se quitó las gafas y, sin que Gabriel y Damián la descubriesen, le guiñó un ojo. Cuando Maia iba a responder con una sonrisa, su hermana ya se las había colocado de nuevo para regresar a su rol de mujer fatal. Al mismo tiempo, Gabriel ingresó al vehículo para partir a toda velocidad. Por su parte, Damián la había hecho subir a un jeep Grand Cherokee, en el cual salieron tras Gabriel. Si bien había hecho el intento de llevar también a Rosarito, esta les solicitó poder quedarse a ver unas películas

con su tío Ruryk.

Maia suspiró entristecida. No había sido su intención que aquello terminara de esa manera, pero ya iba siendo hora de que sus señores álmicos entendiesen que Ana, Aniel y ella podían afrontar la vida sin que corriesen tras ellas para defenderlas. Así y todo, la pelea entre Gabriel y Aniel había concluido en un empate: ellas irían de compras, pero con sus guardianes al lado.

Lo que más lamentaba era que Damián estaba empeinado en no hablarle. Había intentado unas pocas veces decirle algo, pero él ni siquiera parecía haberla escuchado. Poco a poco, la tristeza fue convirtiéndose en rabia, porque Maia se sentía tratada de manera injusta. Podía ser que su hermana y ella fuesen irritantes porque querían hacer algo demasiado arriesgado para los ojos de los caminantes, pero ellas, después de todo, habían sobrevivido muchos años, demasiados, a la persecución de los caídos, así que no veía la razón a tanta furia en Damián y en su negación a hablarle. ¿Acaso creía que ella sería una sumisa toda la vida? ¿Que, a partir de ahora, cada vez que él no estuviese de acuerdo, la trataría de esa forma tan absurda? Si era así, estaba completamente equivocado. Y de repente, la rabia se transformó en furia.

—¿Sabes qué, Damián? —dijo en un tono siniestro que hasta a ella le sorprendió. Y debió de ser así, porque logró captar la atención de Damián, que la observó de reojo—. Sí, ya sé, no quieres escucharme, pero no me importa. —Lo miró y detectó un brillo glacial en los ojos—. Es más, entiendo que Gabriel y tú estén furiosos con nosotras, pero igual te informo: si esta es tu manera de resolver un desacuerdo conmigo, entonces me temo que aún no has aprendido nada. —Y negó con la cabeza—. Nunca conseguirás algo de mí de esta forma. No soy una niña, ni una inútil, y menos, una indefensa palomita. Si estás rabioso conmigo, de acuerdo, pero eso no te da derecho a ignorarme como si fuese un objeto invisible. En todo caso, dime que, si bien no puedes hablar conmigo ahora, podremos hacerlo más tarde para buscar soluciones. Por supuesto, siendo condescendiente y explicándolo con buenos

modos. Me niego a ser utilizada como uno de los sacos de boxeo de tu gimnasio. —Y con el dedo índice apuntó al enorme pecho—. Jamás aceptaré que se me ignore de nuevo, ¿me comprendes? De eso ya he tenido bastante en mi vida. Además, te has llenado la boca diciéndome cuánto me amas y no sé qué más, hasta tal punto que he llegado a creerlo, pero de esta forma, solo me recuerdas todo aquello por lo que he luchado de manera encarnizada para dejar atrás. ¡No soy invisible! Y si no me dices algo ahora, entonces ¡te juro que seré yo la que no te dirigirá la palabra en la vida!

Exhalando el aire de los pulmones, Maia miró a través de la ventanilla el paisaje, que se manifestaba como un borrón sin formas definidas. Esperó, pero ningún sonido fue expulsado de los labios del caminante. Derrotada, colocó la cabeza contra el reposacabezas del asiento y cerró los ojos para intentar dormir hasta llegar a Buenos Aires. En medio del sopor que antecede al sueño, escuchó la voz grave de su señor álmico:

—Me gusta cuando te enojas.

Maia contuvo la sonrisa que amenazaba salir de sus labios. Faltaba poco para que Damián trascendiera las fronteras del enojo. Era cuestión de un poquito de tiempo, nada más.

\*\*\*

Damián cayó rendido en el sofá de su habitación y cerró los ojos sin poder creer que, al final, todo había salido bien. Sonrió. Debía reconocer que había resultado una tarde encantadora para las mujeres, y, aunque pareciese mentira, también para ellos. Ana, Aniel y su preciosa esposa habían entrado en todos los negocios de ropa que se les había ocurrido y habían comprado diferentes prendas, calzados, accesorios y, por supuesto, la ropa del niño. Si bien Gabriel, Ronan y él habían estado enfurecidos en un principio, al final no habían podido dejar de reconocer que ver a sus señoras álmicas tan felices suponía un bálsamo para ellos. El enojo de Gabriel con su esposa fue

cediendo hasta que al final su amigo también participó en la elección de la ropa para el bebé.

Damián no podía creer lo que una tarde de compras podía significar para esas tres guerreras. Si hubiese sabido el efecto burbujeante y estimulante que provocaba en ellas, hubiese aceptado mucho antes y con gusto ser expuesto a esa tortura. Aunque debía ser honesto: no lo había sido del todo. Ronan había alquilado una limusina manejada por un chofer, que les había permitido beber unos tragos en los cuantiosos bares de los *shoppings* entretanto esperaban a que las chicas hiciesen las compras. Finalizada la tarde y después de innumerables horas, todos habían regresado a la casa que tenían con Maia y su hija. Las mujeres llenas de risas y de bolsas en las manos, y ellos tres, borrachos como cubas.

Volvió a sonreír. Tres guerreros de la Estirpe de compras con sus señoras álmicas era algo que no podría revelar a los demás. Pero ¡joder, que habían recibido su recompensa!

Aniel y Gabriel se llenaban de arrumacos; Ronan y Ana sonreían tomados de la mano, y Maia y él compartían besos más que jugosos, aunque habían tratado de ser prudentes por la presencia de los padres de las chicas. Cuando el vehículo se detuvo en las puertas del hotel, los seis hicieron un brindis por lo bien que había culminado todo. Aniel con una gaseosa y los demás, con *champagne*.

Apenas Damián y Maia se despidieron de los Trost en la puerta de su habitación, supieron que esos dos iban a dedicarse a recuperar el tiempo que habían perdido en estar enojados.

Y él esperaba lo mismo con Maia. Cuando la vio salir del cuarto de baño, se le desencajó la mandíbula y el miembro se le alzó como un cohete. Llevaba una lencería tan erótica que no podía salir de su estupefacción. Tragó saliva y el corazón comenzó a latirle desaforado. Al contemplarla acercarse como una pantera, con movimientos lentos y sensuales, y sentarse a horcajadas sobre él, su control estalló, y antes de abalanzarse sobre su precioso regalo pensó que,

muy pronto, organizaría otra salida de compras con las mujeres.

## Capítulo 4

**E**l sonido del motor de la camioneta alquilada por Jackie y Brenda en la ciudad de Buenos Aires, y que había costado lo suyo, reflejaba el esfuerzo que hacía para atravesar la zona de islas y arroyos del delta del río Paraná. No obstante, la caja de doble tracción y las ruedas especiales permitían al vehículo atravesar las zonas fangosas, espejos de agua de cierta altura y los caminos casi vírgenes dominados por piedras e irregularidades naturales.

Antes de viajar al Delta, Jackie y Brenda se habían interiorizado de las especies de los reinos de la naturaleza existentes en el lugar, algunas de las cuales, se atrevían a reconocer. Por ejemplo, los sauces con ramas pendulares tachonadas de hojas de color verde claro, apenas retorcidas en los bordes, le daban el aspecto de cabelleras lánguidas que caían al borde del camino. También los ceibos de los que su amiga Aniel les había hablado desde que eran pequeñas. Muchas veces les había mostrado fotos de esos árboles de troncos retorcidos y ramas con espinas, cuya belleza la constituían las flores que se disponían en inflorescencias arracimadas de color rojo como la sangre.

«La flor del ceibo fue declarada flor nacional de la República Argentina en el año 1942», les había explicado Aniel con mucho orgullo en su momento. Y podían constatar la verdad de esas palabras. Brenda escuchó el suspiro de Jackie.

—Este lugar me hace recordar los escenarios de muchas de las novelas de Christine Feehan.



Asintió. Donde echasen un vistazo podía divisarse el agua de color marrón, característica del río Paraná, y que conformaba diferentes escenarios: los esteros y bañados donde predominaba el agua estancada, o bien los varios arroyos caudalosos, que se dividían en múltiples brazos a lo largo de los kilómetros que el río recorría.

—Se nota que estás acostumbrada a los paisajes daneses, Jackie. Tienen otro tipo de belleza.

—Es verdad. ¡Fíjate ahí a la derecha! —exclamó esta, señalando con la mano hacia un arroyo que corría paralelo al camino que transitaban y en el que se divisaban camalotes y repollitos de agua. Habían leído que eran especies muy invasoras y que dificultaban el recorrido de las embarcaciones debido a la alfombra verde y compacta que las ramas y hojas entretejían.

—Las flores lilas de los camalotes son preciosas, Bren, y dan un toque mágico al paisaje. —Jackie suspiró otra vez—. Pero ahora necesitamos centrarnos en ubicar la guarida.

—De acuerdo. —Y dicho esto, Brenda volvió a sacar el mapa que su amigo John Carter había diagramado en un papel, luego de una noche de copas y baile.

John era un agente encubierto que trabajaba junto con ella. Si bien Brenda jamás había estudiado para ser una agente, la brillante capacidad estratégica y su prodigiosa destreza física y mental, la habían hecho una mujer muy buscada por los servicios secretos de los países. Y John había sido el agente que se había unido a ella para llevar a cabo misiones ordenadas por distintos Gobiernos. Brenda no se había involucrado en las cuestiones gubernamentales en sí, pero cuando aceptó encargos de este tipo, no solo lo hizo porque respondían a las normas y valores que a ella la representaban, sino también porque eran propósitos que la impulsaban a luchar por que el planeta se transformase en un lugar más seguro y con una mejor calidad de vida para las futuras generaciones.

Entonces, Brenda vivía viajando y John la acompañaba la mayoría de las

veces. Sabía que él estaba bastante enamorado de ella, pero el corazón de Brenda nunca había tenido dueño, y parecía que seguiría permaneciendo así, lo cual John, a regañadientes, había terminado por aceptar. Por eso, una noche en la que tomaban una cerveza juntos, luego de una misión, él le había dicho que prefería tenerla como amiga que perderla de su vida. Para Brenda, esas palabras significaron un alivio, porque, si bien John era increíblemente apuesto, ella no sentía nada por él, salvo un enorme cariño. Y así estaban las cosas. A su vez, a John le habían asignado en el pasado varias incursiones en el delta entrerriano como agente, aunque no relacionadas con los silverwalkers. De esta manera, pudo dibujar en un mapa las coordenadas de la que, John suponía, podía llegar a ser la guarida de acuerdo con las características que Brenda le había detallado y con lo que él conocía de ese grupo de guerreros.

—¿Estamos muy lejos? —preguntó Jackie, concentrada en el manejo.

—Me gustaría consultar el GPS del teléfono celular, pero la mala señal de este lugar lo hace imposible. De acuerdo con lo que John ha dibujado, diría que no.

—Por las dudas marcharé a menor velocidad para que nadie detecte el ruido del motor. ¿A cuántos kilómetros estimas que estamos?

Brenda no contestó de inmediato, sumergida en la lectura del dibujo, que no era muy fácil de comprender. No podía olvidar que John había estado bastante bebido cuando lo había esbozado, así que no sabía si era del todo confiable. Pero no se lo diría a Jackie para no preocuparla.

—Alrededor de veinte kilómetros.

Jackie asintió y, sin dejar de manejar, estiró una mano hacia atrás para tomar una jugosa manzana de su mochila, ubicada en el asiento trasero. Hacía demasiado calor en el interior de la camioneta, aun cuando el aire acondicionado estaba al máximo.

—Repasemos la información, Jackie.

—Comienza tú.

Brenda sonrió y le quitó la manzana para darle un mordisco. Enseguida se la devolvió con una sonrisa pícaro.

—Pasaporte, tarjeta de crédito, teléfono celular, navaja, pistola... —Mientras Brenda iba haciendo el recuento de lo más importante que debían salvar en caso de un ataque, Jackie asentía sin dejar de mirar el camino por delante.

De repente, ambas comenzaron a sentir una vibración en sus cuerpos y se miraron preocupadas.

—¿Te pasa lo mismo que a mí? —preguntó Brenda a Jackie.

—Creo que sí. Los músculos me vibran como si estuviesen conectados a un enchufe. ¿Qué sucede?

—¿Nunca te ocurrió antes?

—Sí, Bren, pero no con la intensidad que experimentaba Aniel. Maia me contó una vez que a ella le pasaba algo similar, aunque no tan fuerte.

—Pues a mí me ha sucedido en muchas ocasiones, lo cual indica que estamos detectando la presencia de alguien que no es de nuestro agrado.

Un sudor frío comenzó a invadir el rostro de Jackie.

—Por favor, que no sea el demonio rubio —murmuró—. No he llegado hasta aquí para encontrarme de nuevo con él.

Brenda la miró preocupada.

—El venir a la guarida de los silverwalkers tenía sus riesgos, Jackie.

—Lo sé, pero ellos son cinco, así que espero que nos topemos con algunos de los otros cuatro. Sabes que no soporto a...

Las palabras de Jackie fueron interrumpidas por la aparición a toda velocidad de un vehículo Wrangler Rubicon, que se detuvo frente a ellas. Jackie clavó los frenos y Brenda y ella observaron con atención a los tipos sentados en el interior del jeep. Un gigante rubio, de unos dos metros de alto, descendió del vehículo, y Brenda supo que jamás olvidaría la expresión del rostro de su amiga cuando esta lo vio. El aspecto del tipo era descomunal. No solo era inmenso, sino que miraba a Jackie con una mezcla de hambre y venganza. ¿Acaso sería...?

—Metanón Lemark —confirmó Jackie con un susurro muy bajo.

Pero para lo que Brenda no estaba preparada era para toparse con el compañero del rubio, que también eligió hacerse visible. Contuvo el aire en los pulmones, incapaz de articular palabra, mientras contemplaba el rostro mitológico cubierto de manera parcial por la imagen de la cara de una serpiente. Y entonces recordó la visita al despacho de Gustav Chavanel y el libro que había tenido entre las manos.

«Dios». Respiró hondo y continuó detenida en la estampa del coloso. Era de la misma altura que el rubio, pero manifestaba una masa muscular más voluminosa. Los ojos negros del individuo se posaron sobre ella. Nunca había visto mirada más helada. Por su trabajo, se había enfrentado a individuos de todas las calañas habidas y por haber, pero esos ojos revelaban un vacío que podía amedrentar a cualquiera. Llevaba el cabello lacio y negro recogido en una media cola estilo samurái, que le caía hasta mitad de la espalda. Iban armados con pistolas y navajas, pero el moreno ostentaba, además, un látigo que colgaba de la cintura.

—Volvemos a encontrarnos, bruja —dijo el rubio, y emitió una irónica sonrisa de medio lado.

Ante la palabra «bruja», que era la manera en que el caminante siempre llamaba a su amiga y que esta detestaba, el cambio en la expresión de Jackie fue abismal. Pasó del asombro a emitir a través de las pupilas el reflejo diabólico que caracterizaba su furia y que causaba estragos entre los hombres. Los hombros de Jackie se elevaron y cuadraron para erguir la espalda y sacar pecho, en una clara demostración de que estaba lista para aplastar a ese entrometido. Brenda hizo lo mismo. Ellas no se amedrentarían ante sus colosales estampas.

—Todavía no has aprendido, rubito —contestó Jackie con voz irónica.

La risa del silverwalker desapareció, y un gesto adusto y amenazante surgió en su lugar.

—Pues tú pareces haberte arrepentido de seguir huyendo y, al final, has

venido a caer en mis brazos. No esperaba semejante regalo de tu parte.

Jackie emitió una carcajada que Brenda conocía muy bien. Era la que manaba de su boca antes de lanzarse a una buena pelea.

—Espera, por favor —susurró Brenda en un intento de que solo Jackie la escuchase. Esta se mordió los labios, lo cual confirmó que había oído sus palabras. Sabiendo que su amiga estaba a punto de abalanzarse a la garganta de Metanón, Brenda se apresuró a decir a los dos individuos—: Queremos saber dónde está Maia.

Dichas esas palabras, Brenda se asombró del cambio que sufrió la mirada del guerrero de cabello oscuro. El vacío de las pupilas fue reemplazado por las llamas de una poderosa hoguera, la cual desapareció de inmediato.

—Maia está bien —aseveró el rubio.

—¿Y cómo sabemos que hablas en serio? —preguntó Jackie con los ojos entornados.

El tipo se encogió de hombros.

—Visiten nuestra guarida.

—Puede ser una trampa, queridito.

Metanón sonrió de nuevo, esta vez con toda la boca.

—Averígualo.

Brenda y Jackie se miraron dudosas. Sabían que era una trampa, pero, a la vez, podía ser la oportunidad que necesitaban para dar con Maia. Eran dos expertas luchadoras, y Maia, quizás, había aprendido algo de las clases de defensa personal que Jackie le había impartido en el pasado. Lo que parecía ser una catástrofe podía llegar a convertirse en el medio necesario para rescatar a su amiga. Y, quién sabía, quizás también a Aniel.

—Vamos con ustedes.

\*\*\*

Ante la respuesta de Brenda, Jackie cerró los ojos y sintió la mirada

hambrienta y complacida de Metanón. No podía negar que era tan apuesto que la dejaba sin respiración, pero también, y sin ninguna duda, era tan irritante como un grano en el culo. Hacía demasiado tiempo que venía escapando de él, pero había llegado el momento de entrar en su territorio. Si el precio para rescatar a Maia era ese, entonces ella lo pagaría con creces. Abrió los ojos, miró a Brenda y asintió apenas con la cabeza.

—Iremos en nuestro coche —anunció Brenda con firmeza. Jackie pensó que cuando su amiga se ponía dura, era memorable. Y al Goliat de pelo largo parecía gustarle, por más que intentara disimularlo; miraba a Brenda de la misma manera en que el rubio lo había hecho con ella innumerables veces, lo cual la había confundido y hecho enojar.

—No —replicó por primera vez el silverwalker de piel aceitunada, y Jackie comprendió de inmediato por qué ese tipo hablaba muy poco. La voz era tan profunda y grave que debía de asustar hasta al peor de los espíritus malignos. Y ni hablar de los ojos: emitían un resplandor plateado tan helado que sobrecogería a cualquier ser a la redonda. Ese sujeto era letal, y estaba segura de que Brenda debía de haber llegado a la misma conclusión que ella.

—Insisto —dijo Brenda. Jackie la miró, admirando su bravura, pero debía de estar loca si desafiaba a ese titán.

El rostro trigueño se pobló de ángulos rectos, y Jackie pensó que había llegado el momento de enfrentarse a una buena pelea para mantener la vida.

—No —volvió a decir el caminante.

—Entonces no nos dejas otra opción —contestó Brenda, que colocó el cuerpo en posición de ataque. Y Jackie la acompañó.

El desafío era contundente, y ambos silverwalkers parecían decididos a no dar el brazo a torcer. Cuando hicieron amago de ir hacia ellas, emergió de entre la vegetación frondosa un tercer hombre tan alto como los dos tipos, pero con una sonrisa llena de hoyuelos.

—Así que estaban de fiesta sin mí —exclamó con picardía.

—No te metas, Ruryk —siseó Metanón, que no dejaba de devorar con la

mirada a Jackie.

El silverwalker emitió una carcajada que hizo que su rostro se mostrara aún más simpático.

—Juro que los dejaré actuar como deseen, pero en caso de que ustedes pierdan, no dejaré que estas preciosuras se me escapen.

En ese instante, Jackie habló por lo bajo a Brenda.

—Escucha, Bren. Lo que voy a decirte a continuación es patético, pero creo que no nos queda más remedio que ir en el vehículo de ellos. No podemos gastar nuestras fuerzas en estos tres, porque debemos reservar nuestras posibilidades para rescatar a Maia. Además, no sabemos dónde queda la bendita guarida. Aunque tu amigo haya dibujado ese mapa que traes, no estamos seguras de que sea exacto. Vayamos con ellos y veamos después cómo escapar con Maia y, ojalá, también con Aniel. —Brenda contempló poco convencida a su amiga—. Vamos, Bren —insistió—, sé que tu orgullo de guerrera te exige pelear, pero debemos esperar.

Apenas terminó de hablar, Jackie oyó a su amiga exhalar el aire de los pulmones. Sin ninguna duda, había estado sometiendo a su cuerpo a un estado de gran tensión desde hacía un buen rato. Observó a los tres hombres y se asustó de la mirada del moreno sobre su amiga. Solo rogaba que ese tipo no llegase a ser para Brenda la misma pesadilla que Metanón suponía para ella.

—Está bien —aceptó Brenda a regañadientes.

Con las mejillas acaloradas, Jackie la codeó y le susurró al oído:

—Te prometo que apenas nos topemos con Maia, lucharemos para escapar de allí.

Brenda asintió con la cabeza, sin apartar la mirada de los dos enemigos frente a ellas.

—Hemos cambiado de opinión. Ustedes ganan —anunció esta.

Comenzaron a caminar hacia el vehículo y, al pasar por al lado de los dos hombres, ninguno de ellos amagó con tocarlas; se sentaron en los asientos

traseros. El de sonrisa fácil se acomodó junto a ellas, y los otros dos lo hicieron en el asiento del conductor y acompañante respectivamente.

Metanón inició la marcha del vehículo a la vez que activaba una especie de teléfono ubicado en el tablero. Cuando una voz masculina muy seria atendió del otro lado, el rubio anunció que con ellos viajaban dos pasajeros extras. Apenas la voz le dio el OK, Metanón dejó de hablar y se concentró en el manejo. Durante un buen rato recorrieron diferentes caminos cubiertos de vegetación y grava en los cuales, más de una vez, se toparon con zorros grises que cruzaban la vía de un lado a otro. El calor seguía siendo insoportable y la elevada humedad lo volvía aún más sofocante. La tensión en el recinto era absoluta, aunque aplacada por la sonrisa del silverwalker sentado junto a ellas. Cada vez que el sujeto veía algún animal, con el dedo los señalaba. Parecía un guía de turismo, ajeno a la guerra fría que se había desatado entre ellas y los otros dos.

Luego de una hora, se abrió paso frente a ellos una casa enorme con varios galpones alrededor. Era rectangular, con techo plano y varias ventanas. No era elegante ni cálida, sino que se asemejaba a un bloque de acero abandonado en medio del verde natural que lo rodeaba. Apenas el vehículo se detuvo, del interior de la guarida surgió la figura de otro gigante, uno de cabello aleonado, que hizo palidecer el rostro de Jackie, ni bien ella lo reconoció. Y le musitó al oído:

—Te presento al amante de Aniel.

\*\*\*

—Tenemos visita —escuchó decir a Ruryk por detrás con el tono afable que lo caracterizaba.

El sujeto las observó y Brenda admiró los ojos color miel bien claros y las pestañas larguísimas, el único toque femenino de ese rostro que parecía esculpido por los dioses. Cuando el hombretón dirigió la vista hacia Jackie,



saludó con un tono bajo de voz:

–Jackie Thygesen.

–Gabriel Trost —contestó su amiga con los ojos más felinos que nunca. Sabía que estaba preparada para largar zarpazos apenas tuviese la menor oportunidad.

El silverwalker se quedó un rato observando a Jackie, pero después se dirigió hacia ella.

–Y tú debes de ser Brenda Mori.

–Así es —contestó neutral. No quería demostrar agresividad, porque para eso ya estaba Jackie, cuyo temperamento era volcánico. Necesitaban mantener un ambiente en lo posible controlado porque ellas eran solo dos y, ante un enfrentamiento, no tendrían posibilidades.

De la misma manera que había hecho con Jackie, Gabriel se quedó observándola unos instantes hasta que habló a las dos de un modo solemne:

–Bienvenidas a nuestro refugio.

–¿Dónde están Maia y Aniel? —preguntó Jackie sin devolver el saludo.

Brenda cuadró la mandíbula. Su amiga estaba dejándose llevar por la furia en vez de por la estrategia. Tendría que hablar con ella y recordarle que, antes de iniciar el viaje, Jackie le había prometido seguir sus instrucciones. Pero su temperamento protector le seguía jugando malas pasadas y podría echar por tierra la delicada misión que tenían por delante.

Como era de esperar, el rostro del silverwalker se endureció y los ojos resplandecieron con un brillo metálico.

–Después del último encuentro que tuvimos en el hotel de Buenos Aires, deberías recordar que ese tipo de información solo le atañe a la Estirpe de Plata.

–A nosotros nos importa un cuerno tu Estirpe, mastodonte —siseó Jackie—. Solo nos interesan nuestras amigas, que, estamos seguras, están aquí.

–Jackie... —susurró Brenda por lo bajo, tratando de que los demás no la

oyesen, lo cual, sabía, era improbable. Pero su compañera de aventuras era puro fuego y demasiado explosiva.

—¡Dinos dónde están, maldito carcelero estirado! —Y sin que pudiese impedirlo, la vio acercarse con furia a Gabriel, que la observaba sin que se le moviese un pelo.

Cuando Brenda iba a reaccionar para detenerla, vio una sombra que, como un borrón, pasó al lado de ella, y enseguida llegaba hasta su amiga, a la cual aferró desde atrás. Brenda contuvo el aliento. Metanón.

Jackie comenzó a insultar y patalear en el aire intentando deshacerse de los brazos del caminante rubio, que, como amarras, la sujetaban. Sabía que Jackie lo odiaba, pero el tipo parecía empeñado en no dejarla en paz.

—¡Déjame, pedazo de mierda!

—Por favor, ¡ya basta! —exclamó Brenda, y se dio cuenta de que Triel, que nunca le había quitado la vista de encima, lo hacía con mayor intensidad en ese momento.

—Esa mujer te tiene loco, Meta —exclamó Ruryk divertido.

Metanón y Jackie, ajenos a todos, continuaban con el salvaje forcejeo, lo cual la obligó a gritar:

—¡Detente, amiga!

Y de repente, sobrevino el silencio. Jackie la miró confundida, sin entender que ella solo estaba intentando protegerla.

—¡Pero si es a él a quien debes amonestar!

Brenda contempló al caminante que, alto y fuerte como una muralla, no solo retenía a Jackie con fiereza: sus ojos brillantes tampoco perdían detalle de ella.

—¿Qué demonios pasa aquí?

La voz de un quinto silverwalker a su espalda apabulló a Brenda. Al darse vuelta, otra vez quedó impactada. Un coloso, quizás el más grandote de todos, se personó en el lugar. Llevaba el tatuaje de un dragón en el rostro y el cabello rapado, a excepción del centro de la cabeza, donde descansaba una

banda de pelo negro que llegaba a la nuca, desde donde la cabellera se entretejía formando una trenza que caía por la espalda. Al detenerse frente a ellas, Brenda tragó con fuerza. Y cuando la piel de Jackie se volvió más pálida que de costumbre, supo que había sufrido la misma impresión que ella. Al menos ya no luchaba contra Metanón y se había quedado en silencio.

—Buscamos a Maia y a Aniel —contestó antes de que lo hiciese Jackie.

—Me llamo Damián Di Mónaco. Y solo puedo contestar acerca de Maia —dijo el gigantón—. Ella no está aquí.

La voz de Jackie volvió a ganarle a la suya.

—¡A mí no me engañas!

Brenda tembló cuando vio cómo el sujeto observaba a su amiga como si fuese una mosca molesta que, en breve, aplastaría con la palma de su mano sin ningún tipo de piedad. Pero Gabriel pareció adivinar la intención de su amigo, porque dijo de inmediato:

—Tanto Damián como yo agradecemos la preocupación que tienen hacia nuestras esposas, pero lamentablemente ellas deben permanecer ajenas a la presencia de ustedes en este recinto.

«¿Esposas?», balbuceó Brenda en su interior. Y miró a Jackie, que hizo lo mismo con ella. Al ver la desolación en el rostro de su amiga, supo que debía ser reflejo del suyo propio.

—¿Maia y Aniel están casadas con ustedes?

Cuando Gabriel y Damián asintieron sin mover un músculo de sus rostros, Brenda cerró los ojos al mismo tiempo que escuchaba el gemido de Jackie.

—¡Son unos bastardos mentirosos! —chilló su amiga y reanudó la lucha entre los brazos poderosos de Metanón.

—Es la verdad —aseveró Gabriel alzando un poco la voz, lo que provocó que Jackie se detuviese otra vez.

—¿Y el embarazo de Aniel?

—Muy bien, gracias.

—¿Y Maia? —continuó preguntando, pero esta vez a Damián. Antes de que

este llegase a contestar, agregó furiosa—: La última vez que la vi, iba en los brazos de un monstruo espeluznante. Y ese bicho eras tú.

Damián, con el ceño fruncido, caminó con toda su imponencia hacia Jackie, pero el gruñido de Metanón lo detuvo. Brenda se sorprendió de esa actitud del rubio.

—No pienso responder a tamaña acusación.

—Sé que no eres humano, bestia peluda.

—Jackie, por Dios —suplicó Brenda. Era imperioso obtener la mayor información posible, pero su amiga se empeñaba en llevar la conversación por un terreno escabroso—. Y usted, Gabriel —se dirigió al que parecía más accesible de los dos—, escúcheme. Solo queremos tener una entrevista con nuestras amigas. Las cuatro nos hemos cuidado desde pequeñas, y de la única forma en que podremos quedarnos tranquilas será cuando sepamos de las propias bocas de Maia y Aniel que están bien. Nada más.

Gabriel y Damián se miraron, y a Brenda no le cupo duda de que se estaban comunicando de alguna forma que ellas no podían detectar. Al rato, el caminante aleonado contestó:

—Aniel, mi mujer, está en el período final de su embarazo y no quiero que nadie la perturbe. El amor que ustedes sienten por ella es correspondido por completo. Pero el bienestar de mi esposa y de nuestro hijo es una cuestión de prioridad para mí.

Y la voz de Damián agregó:

—Maia se está adaptando a nuestras vidas y se encuentra muy bien.

—No esperes que te creamos —advirtió Jackie.

Tratando de evitar un posible descalabro, Brenda se apresuró a decir:

—Les prometemos que, si nos dan la oportunidad de hablar con ellas, solo durará el tiempo que ustedes estipulen. —Gabriel y Damián volvieron a mirarse, y Brenda percibió que algo había logrado con sus palabras—. Por favor —suplicó.

Los ojos de su amiga se agrandaron como platos, ya que sabía que ella

jamás rogaba, pero las vidas de Aniel y Maia valían semejante esfuerzo. Luego de un tiempo de profundo silencio, Gabriel asintió con la cabeza.

—No cuestionarán el tiempo que establezcamos.

Brenda aceptó sin dudarlo.

—Por supuesto.

—Y el encuentro no será hoy.

—Pero... —balbuceó Jackie.

—De acuerdo —se precipitó a contestar Brenda. Por nada del mundo perdería esa oportunidad.

Damián y Gabriel se alejaron tras despedirse con un breve movimiento de cabeza.

—Suéltame —siseó Jackie a su carcelero, quien, a regañadientes, la liberó. A continuación, su amiga, a una velocidad increíble, giró y le ensartó un puñetazo en la mandíbula que lo hizo perder el equilibrio, sin llegar a caer al piso. La risa de Ruryk no pasó desapercibida a nadie.

Brenda se acercó a toda prisa a Jackie y la tomó de la muñeca.

—¡Vamos! —ordenó, y mirando a Triel y a Ruryk preguntó—: ¿Podríamos descansar un rato?

Triel la miró en tal forma que a Brenda le pareció que la desvestía de manera despiadada. Con la boca apenas torcida en lo que simulaba una sonrisa, el caminante asintió.

—Sígueme.

Mientras lo hacían, oyeron al caminante rubio emitir su sentencia.

—Cuida tus espaldas, bruja.

Al percibir la tensión en los hombros de su amiga, Brenda la arrastró al interior de la casa.

\*\*\*

—Gracias por avisarme —dijo Damián.

Gabriel lo miró y asintió con la cabeza. Cuando había visto a Metanón, Triel y Ruryk llegar a la guarida con las amigas de su esposa, había mandado un mensaje telepático a Damián para que extremase los cuidados hacia las señoras álmicas de los dos. En el estado en que su adorada Aniel se encontraba, se negaba a exponerla a aquel encuentro. Sabía lo que ella sufría por no poder contactarse con las jóvenes, pero él era consciente de que aún no había llegado el momento para una reunión. Jackie y Brenda desconocían el poderoso vínculo de los señores álmicos y estaban convencidas de que los miembros de su casta eran sus enemigos, lo cual era un error. En medio de la discusión con las jóvenes, Damián le había enviado un mensaje mental en el que casi le había ordenado que respondiese que sí a la propuesta de las dos chicas de ver a sus esposas, aunque más tarde deberían reunirse para discutir qué diablos hacer. Y, ante el ruego de Brenda, Gabriel había terminado por decidirse. Era prioritario calmar a las fieras hasta que ellos pudiesen idear un buen plan de acción.

## Capítulo 5

**B**renda y Jackie acomodaron sus respectivas mochilas en una cómoda de la habitación.

—¡Odio a ese tipo! —siseó Jackie mientras cerraba el cajón donde había colocado sus pocas prendas. Brenda se acercó.

—Lo sé. Pero ahora debemos pensar en Aniel y Maia. Ya te quitarás las ganas de darle unos buenos coscorrónes más adelante.

La carcajada de Jackie, tan contagiosa, la hizo imitarla, y como si ya no necesitasen hablar más del tema, contemplaron la gigantesca cama de dos plazas.

—Espero que me aceptes a tu lado —dijo Jackie sin dejar de reír.

—Cuando Triel dijo que la reemplazarían por dos de una plaza y escuchó que le decíamos que no hacía falta, se quedó bastante confundido.

—No tienen ni idea de dónde y de las veces que hemos dormido juntas —aseveró Jackie—. Además, estos tipos son tan enormes que todos los muebles están hechos a sus medidas. ¡Mira, por Dios, dónde duermen! Parece una pileta de natación. Ni siquiera nos encontraremos en el medio.

Y volvieron a reír. De repente, el semblante de Brenda cambió y se quedó en silencio.

—Conozco esa expresión. Algo que no me has dicho te preocupa.

Brenda la miró y murmuró con dulzura.

—Tú siempre me captas, amiga.

–Bueno, si tú y yo nos comunicamos a través de los sueños, no te sorprendas si puedo percibir tus inquietudes.

Brenda asintió y se apartó. Miró a través del ventanal y contempló el paisaje agreste y salvaje que las rodeaba. Hacía mucho calor y el sol brillaba con un fulgor inusitado.

–Triel —dijo muy despacio— lleva un tatuaje que he visto con anterioridad. Escuchó los pasos de Jackie, que se detuvieron detrás de ella.

–¿Puedes contarme un poco más?

Brenda se dio vuelta y, una vez más, se quedó sin aliento al contemplar la figura de su amiga. Era bellísima, y lo que la hacía más atractiva es que no tenía la menor idea de lo que ocasionaba en la gente. Usaba su hermosura como un arma contra sus enemigos para atraerlos y hacerlos caer en sus fauces, pero el corazón era impenetrable, salvo para sus amigas. Y se sintió bendecida por ser una de ellas.

–Hace un tiempo leí un capítulo de un libro de historias populares de vikingos y, al hacerlo, se me apareció la imagen de la serpiente tatuada que lleva el silverwalker.

–Tus videncias siempre han revelado algo, Bren.

–Es lo que debo tratar de averiguar.

–¿Y qué es lo que decía esa leyenda?

–No sé si llamarla así, Jackie, porque, como te dije, son narraciones populares. En ellas puede relatarse la vida de personajes reales que han existido en la historia de un país, aunque tengan a su vez un componente místico.

Jackie estuvo de acuerdo haciendo un gesto de la cabeza.

–¿Me puedes contar qué es lo que había escrito en ese libro? Conozco tu memoria prodigiosa.

–No es para tanto.

–Vamos, Bren. ¿En cuántos minutos memorizas los infinitos informes que te pasa la organización y te los acuerdas al detalle?



—Muy poquitos —contestó sonriente. Jackie la conocía muy bien.

—Bueno, a ver. Ilústrame con la historia.

—Te aclaro que la última hoja parecía haber sido arrancada, por lo que desconozco el final.

—No importa.

Brenda se dirigió a la cama, donde se sentó con Jackie, que hizo lo mismo a su lado. Y empezó su relato, que resumió en pocas palabras:

—Según *Gesta Danorum*[2], Alfhild, hija del Rey Siward Geatish de Geatland, era una escudera virgen que contaba con su propia flota de barcos de vikingos, y cuyas tripulaciones estaban constituidas por jóvenes mujeres pirata que navegaban a lo largo de las costas bálticas.

»Como una joven princesa, la cámara donde habitaba Alfhild estaba custodiada por un lagarto y una serpiente que se encargaban de asustar a los enemigos.

»Un día, un príncipe danés llamado Alf llegó con sus navíos a las tierras de Geatland en busca de la guerrera Alfhild. Había escuchado rumores sobre ella y, atraído por la belleza y la gallardía que, la gente aseguraba, la joven tenía, se había lanzado a los mares para encontrarla. Apenas se bajó de su barco, se topó con los animales guardianes, a los que enfrentó y venció después de una terrible batalla.

»Pero Alfhild, aconsejada por su madre, huyó de Alf vestida como un hombre. Este y su amigo escocés, Borgar, salieron tras la joven con sus guerreros por el mar danés hasta que finalmente dieron con ella y con la marina de guerra en la costa del sur de Finlandia. Después de algunos combates mortales a bordo de los barcos, Alf se encontró peleando con su espada contra un guerrero al que logró golpearle el casco. Al caérsele, Alf se dio cuenta de que el guerrero que lo enfrentaba no era otra que Alfhild. Alf y Borg ordenaron a sus hombres detener de inmediato la lucha.

—¿Y qué más? —preguntó Jackie, ansiosa por el relato, cuando Brenda se detuvo.

—Ya te dije que faltaba la última hoja.

—Pero ¿qué tiene que ver Triel con esta historia?

Brenda se encogió de hombros.

—No lo sé, amiga.

Jackie se levantó y susurró:

—Te ayudaré a descubrirlo.

Brenda se paró y la miró con deleite. Sabía que Jackie era la mujer más generosa del planeta.

—Gracias, tesoro.

Y con una sonrisa, la abrazó.

\*\*\*

Un suave golpe a la puerta interrumpió la charla entre las jóvenes, que se miraron con asombro.

—¿Te das cuenta de que ya empiezan a molestar? —cuchicheó Jackie con fastidio—. ¡Después dicen que las mujeres somos las curiosas!

Brenda no pudo evitar sonreír ante su amiga, quien era adorable, pero que no podía ocultar sus problemas con el género masculino. La infancia de Jackie no había sido fácil por culpa de las maquinaciones de un hombre muy perverso y, lamentablemente, su amiga había crecido sin haber aprendido a confiar en ninguno.

Un nuevo golpe las obligó a reaccionar.

—¿Quién es? —preguntó Brenda alzando un poco la voz.

—Metanón.

Brenda fue consciente del abrupto cambio de expresión en el rostro de su amiga. Ese tipo sacaba lo peor de ella, y sus ojos de gata así lo manifestaban.

—Es un plomazo, te lo dije —masculló entre dientes.

—No podemos evitarlo, Jackie. Dejémosle sacarse las ganas; total, las que decidiremos qué decir seremos nosotras.

—¿Puedo pasar? —Ante la insistencia de Metanón, Brenda hizo lo que, sabía, sería inevitable:

—Adelante.

Jackie la fulminó con la mirada, pero comprendía que era una reacción propia de su bronca hacia ese rubio que la venía siguiendo desde hacía tanto tiempo. Cuando la puerta se abrió y apareció el silverwalker, Brenda no tuvo dudas de que entre esos dos había algo más que la furia derivada de las persecuciones. El caminante no solo era impresionante a la vista, sino que encima, cuando miraba a su amiga, las llamas del infierno parecían estallar en sus ojos. La observaba con tal apremio que Brenda entendió en ese instante que Jackie, si no se protegía de forma adecuada, iba a tener que enfrentarse a inconvenientes que no serían de su gusto. Y quizás la misión de ella sería recordárselo.

El guerrero se detuvo en medio de la habitación sin apartar la mirada de Jackie.

—Vengo a hablar contigo —dijo en un tono grave. Ese hombre irradiaba una seguridad apabullante a través de cada uno de sus poros.

Jackie se levantó de la cama y se acercó a él. Si bien era muy alta por su ascendencia danesa, no hacía sombra a la enorme masa muscular del caminante. Pero Jackie era de una temeridad irrefrenable, la cual era una de las cualidades que Brenda más admiraba de su amiga. No se achicaba ante nada ni nadie, menos que menos frente a un hombre. En la evidente guerra declarada entre ambos, ella dudaba de quién en realidad saldría perdiendo.

—¿No te han bastado los más de siete millones de kilómetros que has tenido que atravesar para intentar cumplir con ese propósito y haber fracasado? Como parece que no, entonces te lo digo bien clarito y cara a cara: no quiero saber nada de ti. —Sonrió con ironía—. Si me ves aquí es porque Brenda y yo así lo hemos decidido, por ende, lo que suceda de aquí en más seguirá el mismo patrón. Si no lo has entendido, entonces las neuronas de tu cerebro, como me figuraba, son bastante lerdas.

La figura del caminante se irguió como un mástil, haciendo que el pecho se le adelantara de forma amenazante. Brenda sacudió la cabeza, impactada de que su amiga permitiese que su odio hacia ese tipo gobernase la situación.

—Jackie... —la llamó como ya lo había hecho en varias ocasiones, en un intento por hacerla recapacitar, pero la voz controlada de Metanón la interrumpió.

—Insisto.

La larguísima cabellera pelirroja se movió de un lado a otro como las cortinas de terciopelo de una ventana expuestas a la brisa del mar.

—No.

Jackie se dio vuelta y, dándole la espalda, comenzó a caminar hacia el otro lado de la habitación.

—¿Tienes miedo de enfrentarte a mí?

Brenda cerró los ojos sabiendo que ese tipo había dado en el clavo. El cuerpo de Jackie se detuvo y, en un giro abrupto, volvió a acercarse. Cuando estaba a pocos centímetros de él, se alzó sobre las puntas de los pies y acercó la nariz a la del hombre.

—Varias veces te enfrenté con los puños, cabrón —siseó, con los ojos alargados y brillantes.

—No me estaba refiriendo a nuestras batallas, Jackie.

Los ojos de su amiga se agrandaron, y Brenda supo que no tendría muchas posibilidades. Ese tipo la había pillado por su costado más vulnerable: el orgullo. Antes de que su temperamental compañera contestara y terminara de cavar su propia fosa, Brenda intervino.

—Dialoga con él, cariño. Acuérdate de lo que dijimos antes de que este señor llegara y manéjate desde allí.

Brenda rogó que lo recordara: «Dejémosle sacarse las ganas; total, las que decidiremos qué decir seremos nosotras».

Jackie sonrió y caminó unos pasos hacia atrás.

—Habla —ordenó petulante.

Metanón respiró profundo.

–Vayamos a la habitación de al lado.

En un primer momento, pareció que Jackie se negaría, pero al siguiente emitió una mueca irónica.

–Donde tú desees, mi amor.

Brenda contuvo la respiración pensando que, decididamente, Jackie estaba loca, porque no dejaba de provocar al guerrero.

Con los ojos entornados, Metanón apartó el cuerpo a un lado y señaló la puerta con la mano como si fuera un caballero que le concedía el paso primero a la dama. Jackie salió de la habitación y Metanón, antes de cerrar la puerta e ir detrás de su amiga, la miró a ella y masculló:

–Gracias.

\*\*\*

Cepilló el cabello una vez más, esperando que aquello terminase de calmarla. Se había dado una ducha, no solo porque la necesitaba luego de un viaje tan largo, sino más que nada porque aliviaría su resquemor por el encuentro entre Jackie y Metanón. Su amiga despreciaba al sujeto y este a su vez disfrutaba con provocarla. Y no era una buena combinación.

Como si hubiese necesidad de confirmar sus especulaciones, los gritos de Jackie la aturdieron y Brenda se levantó del asiento como un resorte. Salió corriendo del cuarto y en el pasillo se topó con Gabriel, que venía con pasos apresurados, seguro que alertado por los chillidos e insultos de Jackie. Brenda abrió la puerta de la habitación y se encontró con Metanón, que estaba forcejeando de nuevo con su amiga.

–¡Déjala! —bramó.

Jackie se sacudió como una culebra, pero el rubio parecía no dispuesto a liberarla. Hasta que la voz de Gabriel tronó:

–Suéltala, Metanón.

Este lo miró con furia.

–¿Y tú me lo pides? ¿O acaso debo recordarte que a ti te pasó lo mismo?

La expresión de Gabriel se volvió taciturna. Brenda imaginó que el caminante recordaba alguna batalla que habría librado con Aniel. Y las palabras que emitió confirmaron sus sospechas.

–Justamente porque sé de qué se trata, te ruego que la sueltes.

La ceremoniosa voz de Gabriel surtió efecto. A regañadientes, Metanón liberó a Jackie y se echó hacia atrás enseguida, quizás en un intento de evitar un posible ataque de ella.

Pero Jackie, en cambio, siseó:

–La próxima vez, te cocino las pelotas.

Al pasar a su lado, su amiga la tomó de la mano y las dos abandonaron la habitación.

## Capítulo 6

El ruido de la puerta al cerrarse provocó que varios pares de ojos clavasen la mirada en esa dirección. Triel y Metanón ingresaron a la sala de reuniones y se sentaron alrededor de la mesa, donde Ruryk, Gabriel y Damián los habían estado esperando.

—Disculpas por la demora —dijo Metanón de forma solemne—. Pero debía hacerme cargo de una salvaje.

La risa baja de algunos de los demás caminantes acompañaron las palabras de Metanón, que mostraba una ligera palidez en las mejillas. Triel, a su lado, mantenía el semblante serio que lo caracterizaba.

—Por favor, comencemos —solicitó Gabriel, que, como era costumbre, mostraba su aptitud de líder.

Gabriel era el caminante más balanceado de los cinco, y el que tenía una mayor capacidad para la comunicación y la reflexión. Por ello, desde el principio de la existencia de la casta de los silverwalkers, él había sido el que había asumido el rol de mayor liderazgo en el grupo, hecho que los demás aceptaron con gusto. Cada uno de los guerreros era consciente de las respectivas fortalezas que los caracterizaban y estas eran aceptadas y aprovechadas al máximo por el resto, sin discusión.

Cuando Gabriel estuvo seguro de que los asistentes a la reunión tenían toda la atención puesta en él, comenzó a hablar:

—He solicitado esta reunión a los fines de que Metanón y Triel nos informen

a los demás miembros de la casta acerca de la presencia de Jackie y Brenda en la guarida y de los pasos para discutir de aquí en más.

Los amigos se miraron y, con un movimiento casi imperceptible de cabeza del silverwalker moreno, el caminante rubio comenzó a hablar.

—Triel y yo estábamos trabajando en nuestras oficinas cuando uno de los detectores de extraños situado a quince kilómetros de aquí comenzó a emitir una señal de aproximación de algo o de alguien. Cuando llegamos al monitor, nos sorprendimos, en especial yo, porque no podía creer que ante mis ojos tuviera a la mujer a la que he estado persiguiendo durante más de un año y que, además, junto con la amiga, se acercaba a la guarida. Sin perder un segundo, nos montamos en uno de los vehículos y salimos a su encuentro.

—¿Vinieron las jóvenes por propia voluntad?

—Sí —contestó Metanón—. Al principio la pelirroja, como es su costumbre, comenzó a desafiarme, pero después la amiga y ella aceptaron venir a la guarida sin chistar.

—Buscaban a Maia y a Aniel. —Por primera vez la voz grave y profunda de Damián se elevó para expresar una afirmación, más que una pregunta.

—Exacto.

Gabriel y Damián se miraron con preocupación. Ambos eran conscientes de que la presencia de las muchachas en la guarida podría significar un problema con sus respectivas señoras álmicas, el cual no estaban seguros de cómo podrían llegar a sortear. Ellos conocían bien el profundo amor que sus esposas sentían por las amigas, y lidiar con las órdenes que los jefes de la Orden habían impuesto sobre ellas podría ser un tema delicado de manejar. Y detestaban herir a sus mujeres.

La voz de Damián se alzó clara y rotunda:

—No quiero que se acerquen a Maia. Ella recién está adaptándose a su rol de mujer silverwalker y a comprender nuestra raza. No puedo exponerla a esto.

—Comprendo tu punto de vista, pero, de alguna manera, es necesario que les brindemos algo de lo que las chicas buscan para tranquilizarlas y evitar que



se transformen en un mayor obstáculo —dijo Ruryk, que siempre había sido un gran defensor de las mujeres. En realidad, de todas.

—La bruja es la guardiana de un símbolo, Ruryk.

—Créeme, lo sé —contestó este haciendo una mueca con la boca—. Y en la persecución te ha humillado de todas las formas posibles.

Los ojos de Metanón se llenaron de flamas, por lo que Gabriel se apresuró a intervenir:

—No discutamos entre nosotros. Debemos ponernos de acuerdo en cómo continuar con las metas de la casta. Tenemos viviendo con nosotros a la guardiana de un símbolo, lo cual exige que debe permanecer aquí.

—No permitiré que se me escape —sentenció Metanón con los ojos entornados.

—¿Y cómo la retendremos? —preguntó Ruryk con una mirada de diversión.

—Lo mejor sería actuar como si estuviésemos dispuestos a aceptar el encuentro de ellas con Maia y Aniel, y, de esa manera, prolongar su estadía de forma pacífica todo lo que podamos a la vez que intentamos obtener la mayor cantidad de información posible —contestó Gabriel.

—¿Crees que Jackie es idiota? Se dará cuenta de inmediato —contestó Metanón moviendo la cabeza de un lado para otro.

—Entonces dime tú cómo hacerlo.

—Deberíamos encerrarla.

—A la amiga también. —La voz gruesa de Triel se elevó por primera vez.

Gabriel contempló a los dos guerreros. Metanón hacía mucho tiempo que estaba cachondo con la pelirroja, aunque nunca lo había llegado a reconocer. Y lo comprendía mejor que nadie. Gabriel estaba seguro de que Jackie era la señora álmica de Metanón, y por ende la territorialidad que demostraba hacia ella le recordaba a la suya cuando se trataba de Aniel. Y con Jackie presente en el ámbito de su amigo, este haría todo y más para que la joven no se le escabullera de las manos. Incluso mantenerla prisionera, aunque en el fondo le desagradase.

Pero el que lo desconcertaba era Triel. Este comenzaba a mostrar actitudes hacia la otra amiga de Aniel, la de melena caoba, bastante diferentes a como normalmente lo habría hecho con el resto de las mujeres. Si bien las que se atrevían a encararlo eran féminas osadas, capaces de soportar la frialdad de Triel, también eran las que habían aceptado que jamás obtendrían más atención por parte de él que la necesaria para follarlas. El corazón de Triel había muerto hacía cientos de años, y por eso Gabriel se preguntaba por qué el gigante oscuro irradiaba una particular y casi imperceptible aura de curiosidad y atención por Brenda Mori. No obstante, lo que más le preocupaba era la dirección que estaba tomando la conversación, y él, igual que Damián, sabía el porqué.

—Un momento —solicitó levantando la mano para detener la charla—. Me niego por completo a que encarcelemos a Jackie y a Brenda. Una acción de ese tipo provocaría una reacción por parte de ellas que no deseamos.

—No solo de ellas —agregó Damián, confirmándole a Gabriel que él albergaba sus mismos temores—. Maia y Aniel se pondrían furiosas.

La carcajada de Ruryk los sacó a todos del silencio que siguió a las palabras de Damián.

—Mujeres silverwalkers. ¡Dios! Temibles de verdad.

Y continuó riendo mientras los demás permanecían absortos en sus pensamientos.

—Debemos averiguar también, y de una vez por todas, si Jackie es miembro de la Estirpe o no —dijo Metanón de repente, interrumpiendo a Ruryk—. El brillo de su aura es más transparente que el de Aniel y Maia, por lo que es posible que haya algún tipo de alteración genética en su genoma, como ha sucedido en los de sus esposas —expresó Metanón, mirando a Damián y a Gabriel.

—¿Y Brenda? —preguntó Triel—. Ella quizás también sea miembro de la Estirpe y, quién sabe, tal vez otra guardiana.

Gabriel y Damián clavaron la mirada en el caminante. Hacía poco que ellos

habían estado hablando de esa posibilidad, y ahora el hermano de Damián, con sus palabras, constataba que también había barajado la misma hipótesis.

—Sería bueno tenerlo en cuenta —respondió Gabriel.

—Entonces deberemos convencer a las jóvenes para que se queden aquí. Podríamos mentirles y decirles que Aniel y Maia debieron partir de la guarida de forma urgente, pero que regresarán en un par de días.

—¿Y si luego de escuchar lo que sugieres, ellas deciden irse de todas formas? —preguntó Metanón.

—Déjame a mí —contestó Ruryk muy sonriente.

—Ni se te ocurra... —amenazó el rubio.

—Está bien, amigo. No importa cómo, algo se nos ocurrirá. Lo importante es que permanezcan en la guarida y que mantengamos un buen diálogo con ellas hasta que, al cabo de unos días, les avisemos que Aniel y Maia se han demorado y así las obliguemos a prolongar la estadía mientras intentamos descubrir algo que nos acerque al dichoso símbolo y a quiénes son ellas en realidad.

—Sabes bien que no permitiremos que nuestras esposas se reúnan con las jóvenes, entonces, ¿qué pasará si no logramos obtener ninguna información al cabo de ese tiempo? —preguntó Damián cauteloso.

Triel se levantó de golpe de la mesa y se dirigió a la puerta. Gabriel lo llamó, molesto, debido a su atrevimiento de querer dejar la reunión sin que la discusión hubiese terminado y se hubiese llegado a una conclusión. El caminante se volvió y lo miró.

—Ustedes discutan lo que se les ocurra, pero yo voy a ir a averiguar lo más importante.

—¿A qué te refieres? —interrogó Gabriel.

—A si Brenda Mori pertenece a la Estirpe de Plata o no.

Gabriel se levantó con recelo y se acercó a él.

—¿Y qué harás?

Triel lo miró con los ojos negros como el vacío de la oscuridad.

–Sacaré a relucir sus emociones.

–Conozco tus maneras.

La tensión del recinto se volvió casi insoportable hasta que Triel rompió en una carcajada baja.

–Entonces acéptalas de una vez —susurró con la voz más helada que de costumbre.

Y, sin dejar de sonreír, abrió la puerta y abandonó el lugar.

## Capítulo 7

*México*

—¿Cuántos han ingresado, Jerome?

—Dos mil, señor.

Gustav abrió la carpeta que el subordinado había dejado sobre el escritorio de su despacho y comenzó a hojearla. Se tomó su tiempo para saber de dónde provenían los nuevos futuros caídos que de forma reciente habían sido incorporados y registrados en las filas de su ejército.

—Ha aumentado el número de niñas esta vez —expresó sorprendido.

—Hemos observado que en algunas situaciones el uso de ellas implica una ventaja.

—Me gustaría escuchar un poco más al respecto.

—En general despiertan menos sospechas y, en el caso de las niñas mayores, pueden ocultar dispositivos de ataque o suicidas debajo de la ropa y dar el aspecto de estar embarazadas. Además, a la hora de un enfrentamiento pueden llegar a ser más sanguinarias que los ejemplares masculinos.

Gustav asintió.

—¿Cuándo saldrá el próximo grupo de guerreros para conseguir más niños? —preguntó.

—Estamos esperando a que se finalice la construcción de tres nuevas guaridas en Bolivia, India y Nueva Zelanda para poder llevarlos allí.

—¿Y para cuándo estaría previsto eso?

—Un mes, señor.

Gustav asintió. Con las nuevas instalaciones, podrían acrecentar en forma exponencial el número de alojados.

—¿Y dónde tienen pensado rastrear esta vez?

—Los conflictos bélicos en Tailandia, Siria, Irak y Nigeria nos han dado la oportunidad de apoderarnos de muchos pequeños que han quedado sin hogar o con madres que apenas pueden alimentarlos. Así que la idea es continuar rastreando en esas zonas, y también en Níger, Chad y Camerún, donde se están produciendo innumerables combates.

—Bien —contestó, y de inmediato quiso saber—: ¿Qué me puede decir de las aptitudes de los nuevos críos? ¿Algunos que destaquen?

El caído afirmó con la cabeza.

—Si bien hay varios excelentes, hay uno que es increíble.

—¿Uno solo? —inquirió Gustav.

Le resultaba casi imposible que entre dos mil infantes y adolescentes solo uno de ellos hubiese llamado la atención sobremanera al jefe de entrenamiento del ejército.

—Su destreza es impresionante. Hacía mucho tiempo que no veía un manejo del cuerpo como el que lleva a cabo este muchacho. Además, su aspecto difiere al de los demás.

—¿Cuántos años tiene? —Gustav comenzaba a sentir mucha curiosidad y quería enterarse de todos los detalles.

—Catorce.

—¿Y qué lo diferencia de los otros?

—Parece americano o europeo.

—¿Recuerda su nombre?

Jerome negó moviendo la cabeza de un lado a otro.

—No, pero su número es el 745. Creo que se trata del chico que usted mandó a buscar hace unos cuantos meses. Pero debería confirmarlo.

Gustav hizo un registro de la lista que tenía enfrente y, cuando llegó al

número que le había dicho Jerome, leyó en voz alta:

—Seber Mori. —Al pronunciar ese nombre, Gustav sonrió complacido—. En efecto, Jerome. Este jovencito perteneció a nuestras filas hasta no hace mucho tiempo, y hemos estado rastreándolo por todo el mundo. —Los ojos de Jerome se agrandaron ante sus palabras—. Fue secuestrado por nuestros hombres hace más de cinco años en Estados Unidos y fue entrenado de la mejor manera. Pero no sabemos cómo, hace aproximadamente un año que desapareció sin que supiésemos si había sido raptado o si había escapado por propia voluntad.

El subordinado agachó la cabeza.

—Discúlpeme, por favor. Desconocía los detalles de la historia, pero, de todas maneras, debería haber verificado la identidad del muchacho de inmediato.

—¿Sabe si opuso resistencia para venir hacia aquí?

Jerome levantó la mirada.

—Todo lo contrario. Cuando nuestros hombres lo encontraron en Laem Chabang, trabajando en el restaurante de un inmigrante, el chico aceptó venir. Ahora me doy cuenta de que debieron haberle explicado que habían sido enviados por usted.

—Es la orden que emití en todas las organizaciones. ¿Y cómo se ha comportado desde que arribó aquí?

—Sin ningún inconveniente. Como le expliqué, lleva los entrenamientos de la mejor manera. Diría que hasta los disfruta, cosa que no todos hacen.

—¿Lo ha interrogado?

—Tenemos una entrevista mensual con cada uno de los pequeños, y esperaba a ver cuál era su reacción durante este tiempo antes de someterlo a un interrogatorio.

—Me gustaría verlo en persona mientras lleva a cabo el adiestramiento.

El caído sonrió.

—Al verlo con sus propios ojos, estoy seguro de que comprenderá mis

palabras. A propósito, en este instante hay un grupo de muchachitos en el campo de deportes, entre los cuales se encuentra este 745. Si desea...

—Voy con usted —aseguró antes de que el caído pudiese terminar la frase. Pero antes de partir, Gustav extrajo de la carpeta la hoja donde se encontraba toda la información sobre el chaval y se la colocó en el bolsillo de la chaqueta.

Salieron con determinación del recinto y, en tanto atravesaban los pasillos de la guarida, Gustav pensaba que hacía más de cinco años el jefe de los caídos había sido Sácritos, y ese niño había llegado a ser su preferido porque había detectado grandes cualidades de guerrero en él. Quizás también había estado enterado de quién era en verdad Seber Mori, pero a raíz de su muerte, acaecida hacía un año, se había llevado esa información con él.

Dejaron el edificio atrás y cruzaron el descampado, en cuyo lateral se divisaba una gran cantidad de cabañas de construcción más precaria, donde habitaban tanto los nuevos como los más veteranos futuros soldados. Por delante de unas barracas que se elevaban a lo lejos, aparecía un predio en medio de la vegetación, en donde un grupo de unos doscientos niños, de diferentes nacionalidades y vestidos de negro, practicaban artes marciales. Cuando estaban a unos veinte metros, Gustav se detuvo, y lo mismo hizo el caído a su lado.

—Dígame cuál es —susurró con la parsimonia que lo caracterizaba.

Jerome sostuvo la mirada en el grupo y a los pocos segundos informó señalando con el dedo:

—El que está combatiendo con el muchacho más grandote que tiene el pelo atado en varias trenzas. Fíjese, porque este es uno de los mejores en la disciplina y tiene veintidós años.

—¿No es una diferencia de tamaño exagerada entre ambos? El contrincante tiene casi dos veces más masa muscular.

Jerome negó con la cabeza.

—Le aseguro que no.



Gustav detuvo los ojos sobre Mori y se entretuvo con el despliegue increíble de los movimientos que el chico llevaba a cabo. Los giros del cuerpo a una velocidad extraordinaria lo hacían temerario, así como los saltos y la descarga de golpes furiosos, unos tras otros, que no se detenían y atormentaban a su rival.

—Es increíble —murmuró.

—Espere —sugirió Jerome.

Y así lo hizo. Al cabo de treinta segundos, el chiquillo dejó despatarrado y casi desmayado al muchacho, que casi lo doblaba en tamaño. Lo más curioso fue que el pequeño, apenas había visto a su rival en ese estado, se apresuró a ir hacia él para ayudarlo a levantarse.

—Es empático —aventuró.

Jerome asintió con la cabeza.

—Eso puede ser un problema.

Gustav continuó mirando al jovencito, que hablaba con el otro, quien ya se había incorporado del suelo.

—Quiero que me presente un informe de Mori cada semana. Sus hábitos, su alimentación, quiénes son sus amigos. Todo. Y ponga dos hombres a vigilarlo. Debemos extremar las precauciones para evitar que escape, si esa había sido su intención.

—Como usted ordene, señor.

Gustav saludó con un movimiento de cabeza y se retiró, pensando en que ese crío podría convertirse en una de las mejores armas para la organización.

## Capítulo 8

### *Delta del río Paraná*

—¿Qué miras?

—¿No es evidente? A ti —contestó el hombretón con el rostro adusto, apoyado sobre el marco de la puerta del gimnasio de la guarida. Destacaba en su figura el látigo que siempre llevaba colgado a un costado de la cadera.

—Entonces deja de hacerlo o bien retírate. Estoy entrenando y me pones nerviosa.

—Cuando te enfadas, tu acento extranjero en español se vuelve más marcado. Me gusta.

—Por favor, ¿puedes dejarme tranquila?

Triel se acercó con pasos pesados y firmes.

—¿Cuál es el verdadero motivo de la venida de ustedes? —preguntó sin ningún preámbulo.

—No sé de qué me hablas.

Un lado de la comisura de la boca de Triel se elevó apenas.

—Jackie siempre había logrado escapar de Metanón de una manera humillante para él, pero, de repente, no solo ha venido ella, sino que también tú, lo cual no es una buena señal.

—Jackie ha estado preocupada por Maia y Aniel con toda razón. Y yo estoy donde las chicas necesiten de mí.

—¿Y si la que necesita algo eres tú? ¿Quién viene a ti?

—Me basto conmigo misma.

—Por lo que tengo entendido, tus amigas estarían más que dispuestas a ayudarte si se lo permitieses. Sin embargo, tú desapareces de forma continua. ¿No te llaman acaso *la amiga fantasma*?

El rostro de Brenda se mostró sorprendido por lo que el sujeto sabía de ella.

—No pueden ir adonde yo voy.

—¿Y qué te parece si tú y yo jugamos un rato? Sería divertido ver cómo te defiendes de mí.

Brenda lo miró asqueada.

—Eres un primate. ¿De verdad me crees tan estúpida como para entrar en una pelea que no deseo llevar a cabo porque, primero, no existe un motivo y, segundo, porque no le encuentro ninguna lógica? Me importa un rábano si te gano o no y, menos, lo que a ti te parezca.

Triel emitió una sonrisa irónica.

—Pues yo diría que una pequeña muestra de lo que sabes hacer sería bueno para que yo descubra tu verdad, Brenda Mori.

—¿De qué me hablas?

—De que te la das de agente encubierta, aunque no lo seas.

—Vete al diablo —siseó encabritada.

—¿Con ese temperamento cazas a tus víctimas?

—Veo que no hay manera de razonar contigo, así que me voy. Eres en verdad una molestia.

Cuando pasó al lado de Triel, este la tomó del brazo y la giró. Al hacerlo, la cólera de Brenda estalló, quebrando el umbral de tolerancia que la caracterizaba, y se sacudió con energía. Al soltarse, tomó la muñeca del guerrero y la arrastró con el semigiro de su cuerpo, por lo que el caminante perdió equilibrio; de inmediato, y con las dos manos unidas, Brenda descargó contra el enorme esternón un primer golpe, y luego otro en la nuca, que hizo que Triel cayese de bruces al suelo, casi sin aliento.

Brenda lo contempló satisfecha, pero de inmediato se obligó a salir de la

habitación; cuando iba llegando a la puerta, escuchó una sonora carcajada. Al darse la vuelta, vio a su enemigo sentado en el piso, moviendo la cabeza de un lado a otro.

–Sabía que no podía ser así de simple la cosa. Eres lo que yo pienso.

–Dios mío, ¿entonces tienes algo ahí dentro? Cuando te pegué en la cabeza, me di cuenta de que sonaba a hueca —exclamó irónica.

–Trabajas de manera independiente, ¿no? Y la gente que desea tus servicios te contrata sin chistar —prosiguió Triel, ignorando el comentario de ella.

–Déjame en paz.

Tenía tal furia que necesitaba irse, huir de la presencia de ese sujeto que sacaba lo peor de ella. Al dar apenas un paso hacia la salida, Triel, a velocidad sobrenatural, se incorporó y se colocó entre ella y la puerta.

–Salvo que me ganes, de aquí no te vas —le advirtió con una sonrisa que a Brenda le resultó perversa.

Hastada, quiso propinarle una trompada en la cara, pero Triel le detuvo el antebrazo con el suyo en el aire. Cuando intentó golpearlo con el otro puño, Triel la aferró del bíceps con la mano libre que le quedaba. Se miraron por un segundo y, al hacerlo, la mueca divertida en el rostro diabólico hizo que Brenda sintiera deseos de matarlo. Y actuó.

Con los brazos de ambos enredados, saltó lo más alto que pudo por encima de Triel y, girando como una pelota, cayó detrás de su espalda. Como Triel no la había soltado, la siguió con un mismo salto y giro del cuerpo para caer y quedar frente a ella otra vez. Apenas hubo estabilizado los pies en el suelo, Triel la empujó con los brazos de acero y Brenda, sin poder evitarlo, cayó de espaldas sobre la colchoneta. Al instante siguiente, el coloso se abalanzó sobre el cuerpo de ella y le aferró las dos muñecas con una mano por encima de la cabeza. Al sentir la piel de él como si fuera la continuación de la suya, Brenda, impotente, pensó que moriría de la rabia. Lo miró con todo el odio del que fue capaz y él le devolvió la mirada con un brillo diferente.

Tragó en seco, consciente de que ambos respiraban agitados por la lucha. Y

por algo más. Al menos para ella. Un calor desconocido comenzó a envolverla como una hoguera y, mientras se miraban desafiantes, sucedió lo que Brenda jamás hubiese imaginado: los labios carnosos de Triel descendieron sobre los suyos y comenzaron a explorar el interior de su boca.

En un principio, ella no reaccionó, porque estaba pasmada por lo que el sujeto le hacía y, lo peor, por cómo su cuerpo respondía sin que fuese capaz de impedirlo. Se sentía húmeda por fuera y por dentro; los músculos y huesos de ese hombre la excitaban como nadie lo había hecho.

Rabiosa consigo misma, comenzó a retorcerse por debajo de la prisión del mastodonte, en un intento por ganar algún espacio que la ayudase a ejecutar un movimiento que le permitiese sacárselo de encima. Pero él se aferró aún más, presionando el cuerpo contra el de ella en todo su peso. Por completo inmovilizada, su agresor siguió besándola. Brenda gimió desesperada y se obligó a pensar en algo que la ayudase a huir, pero la lengua de ese tipo producía estragos en ella. Intentó besarla con mayor profundidad, pero cuando Brenda giró la cabeza para evitarlo, él siguió con la suya sus movimientos y no se lo permitió.

Se sintió perdida. La mole de hierro, imposible de derribar, la atacaba con la boca, que devoraba la suya. En un último intento por salvar el orgullo, Brenda mordió con fuerza la lengua del caminante, lo cual provocó un gruñido en este. Al apartarse un poco de ella, la miró con recelo; la sangre de la lengua le había ensuciado algunos dientes grandes y blancos y le daba una apariencia demoníaca. Enseguida, y contrario a lo que esperaba, el idiota estalló en una fuerte carcajada.

Desconcertada, Brenda observó cómo tomaba el látigo de su cadera, y con este le envolvía las muñecas para atárselas a un equipo de entrenamiento ubicado por detrás de ella. Presa y sin posibilidad de escapar, Brenda explotó de ira.

—¡Hijo de puta! —gritó, y se sacudió como una potranca salvaje. Triel le aferró las mejillas con las manos y, en un tono que hubiese paralizado a

cualquier héroe de la historia de la humanidad, le advirtió:

–Voy a volver a besarte, pero si me muerdes de nuevo, llenaré tu interior con aquello que me cuelga entre las piernas y que me está volviendo loco en este momento.

Dicho esto, incrustó los labios sobre los de ella, esta vez sin piedad. Con la mano aferrada a su nuca, la obligó a acercar el rostro al de él. La besó enloquecido, sin privarse de nada.

Triel solo quería sentir a esa mujer que, desde que la había visto por primera vez, le había hecho hervir el alma y la polla. ¡Y su voz! Tampoco podía controlar el salvajismo que se desataba en él cada vez que olía su perfume a lavanda y solo anhelaba lamerla, conocer el sabor de la piel, acariciar las partes duras y tiernas del cuerpo labrado por años de entrenamiento. Y no le importaba otra cosa más que satisfacer el deseo que amenazaba con hacerle perder el poco equilibrio que tenía.

Cuando oyó el gemido que salió de la garganta de ella y sintió la piel cálida raspar la suya con el intenso corcovo que le siguió, Triel abrazó sus tobillos con los de él y profundizó el ataque de los labios. Quería atravesarla con su miembro y que ambos estallaran en pedazos, porque, si no lo hacía, él estaba seguro de que se perdería del todo. Fuera de sí, tomó el escote de la camisa de Brenda con las manos y lo abrió haciendo saltar los botones por todos lados. Contempló los pechos enhiestos debajo del sujetador: grandes, firmes, naturales, llenos de vida y de lugar para alimentar vidas en el futuro. Imaginar que esos pechos pertenecían a otro que no fuese él lo sacó de quicio. No entendía qué le pasaba, pero, aunque era consciente de que debía apartarse de esa fuente de sensualidad y anhelo de noches de sexo duro, bajó la cabeza y comenzó a lamer la zona donde ambos globos se unían. Los acercó entre sí con las manos para degustarlos mejor.

«¡Dios!», exclamó por dentro. Mientras seguía escuchando los gemidos de la mujer a lo lejos, bajó una mano al calor de su pubis. La espalda de la chica se arqueó, y los pechos le llenaron las pupilas. Sin saber bien lo que hacía,

Triel se sentó a horcajadas sobre ella y la desató. Libre, le pasó un brazo por debajo de la cintura para arquearle la espalda aún más y provocar que la salvaje cabellera ondulara de un lado a otro. Con la mano libre comenzó a acariciar la fuente inagotable de placer y, durante mucho tiempo, o al menos es lo que a él le pareció, lo único que se escuchó fue la succión de su boca por encima del sujetador de Brenda, así como los gemidos y gruñidos de los dos. Con urgencia, subió la mano de la cintura hacia el cabello y lo envolvió en un puño para echarle la cabeza hacia atrás y exponer así la belleza de su garganta. Al olfatearla, la esencia de lavanda le inundó las fosas nasales en un claro intento de llegar a los rincones más recónditos del cuerpo y del alma. Esa mujer era una droga, una terrible necesidad. Y le daba miedo.

Triel emitió un bramido y apartó a Brenda como si le tuviese asco. La miró tirada en el piso, con los ojos emitiendo un brillo plateado como nunca había visto en una mujer de la Estirpe.

«Entonces Brenda es... ¡Mierda!», juró para sí, y la contempló un instante. Parecía narcotizada, incapaz de articular una palabra. Respiraba profundamente, como si intentara que la vida ingresase a través de los pulmones. Verla allí, sin la camisa, con los senos llenos y los pezones erectos y enarbolados debajo del sujetador, lo devolvió a la realidad.

Jurando, se miró lo que tenía entre las piernas y un dolor agudo le recordó lo grande que se le había puesto al intimar de esa manera con ella. Él siempre disfrutaba de las mujeres, pero jamás había perdido los papeles como con esa en especial. Algo debía de estar mal en él.

—Brenda —la llamó preocupado. Seguía respirando hondo, pero no lo miraba a él, sino hacia algún lugar a sus espaldas. Se dio la vuelta, pero no detectó nada. Volvió a clavar la mirada en ella—. ¿Qué te pasa? —insistió. Pero no respondía—. Brenda, ¡joder!

Le palmeó las mejillas con las manos para que regresara. Después de repetirlo varias veces, y cuando pensaba que debería pedir auxilio, los ojos de Brenda se posaron sobre los de él. Y al hacerlo, Triel se sintió como la vez en

que había sido apresado por los caídos y lo habían torturado hasta casi la muerte: desnudo, impotente y despojado de todo.

Aterrado, se dio cuenta de que las interminables murallas que él había levantado para proteger su alma parecían querer caer, una por una, con todo el peso de los ladrillos de rabia y dolor que él, durante siglos, había utilizado para construirlas. Contempló impotente cómo su interior se hacía polvo en un instante de inesperado encuentro, y cuando creía que no tendría manera de defender lo más sagrado de él, alguien gritó a sus espaldas:

—¿Qué le estás haciendo a mi amiga?

Triel giró la cabeza y se topó con Jackie, quien observaba con el ceño fruncido la escena que Brenda y él desplegaban ante ella. Y por detrás se unieron los demás guerreros silverwalkers.

—¡Hermano! —exclamó Damián.

Triel se apresuró a colocar su enorme cuerpo de espaldas a todos para cubrir la visión de la piel de Brenda mientras le acomodaba la camisa.

—¡No la toques, maldito cretino! —gritó Jackie, e intentó abalanzarse contra él. Pero antes de llegar a su lado, Triel se levantó y la miró con tal furia que la pelirroja quedó paralizada. Un bufido de Metanón, parado detrás de ella, le advirtió a Triel acerca de lo que su amigo haría con él.

—No sé lo que le pasa a tu amiga.

—Tú no entiendes nada.

Jackie se acuclilló al lado de Brenda. La estrechó entre sus brazos.

—Por Dios, ¿qué le sucedió? —bramó Gabriel.

—No tengo ni idea —repitió Triel aparentando una indiferencia que distaba de sentir.

Cuando terminaba de hablar, Jackie ayudó a Brenda a levantarse del piso. Se la apreciaba más tranquila, pero aún vulnerable.

—La llevaré a mi habitación

—Las acompaño —dijo Metanón.

Si bien en un principio Jackie frunció el ceño ante las palabras del



caminante, al final pareció recapitular y aceptó su compañía. Cuando se hubieron marchado, Gabriel se acercó a Triel y lo miró enojado.

–Deja a esa joven en paz. Las reglas de la guarida son muy claras. No traemos mujeres para satisfacción personal.

–Aniel vivió mucho tiempo aquí, si mal no recuerdo.

Gabriel se aproximó y quedó a dos dedos de distancia del rostro de Triel.

–Estás hablando de mi señora álmica y de mi esposa.

–Pero en un primer momento no fue así, Gabriel. Ustedes eran cruentos enemigos.

–Sabes muy bien por qué traje a Aniel a la guarida. Era la única manera de protegerla de los caídos. Además, me enamoré de ella desde el principio, lo cual dista mucho de lo que puede ocurrirte a ti. A no ser...

–Ni se te ocurra suponerlo.

–¿Tienes miedo de que Brenda pudiese ser tu señora álmica?

–¡¿De qué hablas?! Sabes muy bien que yo no creo en esas sandeces. Lo que las profecías han revelado funciona para ti y para Damián. Pero no para mí.

–Sin embargo, parecías embobado por ella.

–¿Le viste las tetas? Son increíbles.

Gabriel entornó los ojos con furia.

–No me gusta que hables así de las amigas de mi mujer. Por favor, respétalas, lo mismo que a este lugar.

Y sin decir más, Gabriel abandonó la habitación y dejó atrás a un Triel que, intranquilo, se preguntaba qué diablos le había sucedido a Brenda.

## Capítulo 9

**B**renda captó cuando Jackie se sentó sobre la cama, a su lado. Tenía la frente apoyada sobre sus dos manos y los codos sobre los muslos. No podía creer lo que había hecho, y menos aún entendía por qué se había comportado como una mujer casi sin escrúpulos. Siempre había sido cuidadosa en extremo y, si bien en un principio se había sentido atraída por el moreno de cara tatuada, no justificaba la forma pavorosa en que se había entregado a él, tirada en medio de una colchoneta en el piso. ¡Y era su enemigo!

Gimió, y al hacerlo, Jackie le pasó el brazo por los hombros.

–Amiga, aquí estoy. Por Dios, quiero saber que estás bien.

–Me siento fatal.

Jackie la abrazó bien fuerte, pero no logró calmar la rabia que albergaba hacia sí misma.

«¿En qué diablos estabas pensando, Brenda?», se preguntó sin saber qué responder. Alguna que otra vez había flirteado con unos pocos muchachos e incluso había intercambiado algunos besos con ellos, pero jamás se había revolcado de la manera en que lo había hecho con el silverwalker. Apenas este había apoyado sus labios en los de ella, se había conectado a él como nunca en la vida le había pasado con nadie. Ni siquiera con Jackie, que, de sus tres amigas adoradas, era con quien podía comunicarse a través de videncias y de sueños. Además, una de las reglas básicas y terminantes en su profesión era la de no involucrarse con las personas relacionadas con las

misiones. Podía llegar a hacerlo como objetivo de estas, pero sin que por ello implicase alguna clase de interés. Pero lo que había ocurrido hacía un rato hizo enardecer su sangre y su cuerpo casi al punto de hacerlos estallar. Y era la primera vez que rompía las normas de su trabajo, y se sentía devastada.

—Te conozco y sé que has sacado el látigo —le dijo Jackie al oído—. No te des tan duro, amiga mía.

Brenda se obligó a levantar la cabeza y la miró.

—Estoy muy rabiosa conmigo misma —explicó, sin apartar la vista del rostro bellísimo que la miraba con el amor más generoso que conocía.

Jackie apenas sonrió.

—¿Puedo saber qué sucedió? —le preguntó con cautela. Brenda se detuvo un instante pensando en qué explicar y cómo. Porque ni ella misma lo entendía—. Podrás ordenarte apenas lo expreses. —Al escuchar aquello de los labios de su amiga, tomó una decisión. Peor ya no podía resultar.

—Triel me besó.

Los ojos de Jackie se volvieron dos líneas aceradas.

—Es un hijo...

—Yo lo dejé. No es solo culpa suya —aclaró. Debía ser justa.

Jackie la miró asombrada.

—¿Quisiste...?

—¿Besarlo? —completó la frase, como para aprovechar la ráfaga de valentía que de repente se había apoderado de ella—. Al principio ni loca, es más, luché contra ello. Pero cuando el maldito lo logró, caí en sus brazos.

—Me muero si te pasa lo que a Aniel —balbuceó Jackie.

—Gracias por tu voto de confianza.

Jackie sacudió la cabeza de un lado a otro con determinación.

—¡Soy una bruta! Perdóname, por favor. Ahora el látigo parezco ser yo.

—No te preocupes —contestó. ¿Qué otra cosa podía decirle?

—¿Hay alguna explicación?

Brenda se encogió de hombros.

—Lo único que sé es que ese sujeto me hizo caer en un abismo desconocido para mí. —Jackie asintió y la esperó—. Te juro que nunca me había sucedido que cuando un varón me besaba, podía oír la circulación de su sangre y el arrullador sonido del aire en sus pulmones.

—¿A qué te refieres? —La expresión confusa del rostro de Jackie debía de ser igual que la de ella—. Me imagino que me estás explicando en forma gráfica lo ocurrido para que lo entienda.

Negó con la cabeza.

—Lo que te estoy diciendo es literal.

Su amiga respiró hondo.

—Nadie puede escuchar algo así.

—Pues, por lo visto, yo sí —insistió Brenda sabiendo que aquello debía de resultarle una completa locura.

Las manos de Jackie apartaron a un lado sus bucles pelirrojos que le caían sobre el rostro en un gesto que Brenda conocía: lo hacía cuando estaba nerviosa.

—A ver, expláyate más.

—Pero no me interrumpas —advirtió, cansada de dar explicaciones. Solo quería olvidar el momento.

—Te lo prometo.

—Como te dije, cuando Triel me besaba, no solo podía oír de manera muy nítida lo que te expliqué antes, sino que, además, visualicé una espiral de energía que ascendía desde los dedos de nuestros pies a la punta de nuestras cabezas y nos unía a un nivel diferente a todo lo que he conocido, Jackie.

—¿Una espiral? —repitió su amiga sin apartar la mirada.

—Sí —afirmó—. Nacía del interior de nuestros cuerpos y se expandía con fuerza hacia todas direcciones. Y al envolvernos a los dos como en un abrazo, el comportamiento de Triel se volvió mucho más intenso.

—Pero eso sucede con cualquier tipo que se esté poniendo cachondo, Bren.

Era obvio que Jackie no la comprendía.

—No. Esa espiral nos ensamblaba. Era como si... —titubeó intentando encontrar las mejores palabras para explicarlo— intentase que nuestras almas se acercasen.

—¡Ah, bueno! —exclamó frustrada su amiga—. Ahora empiezas con tus clases de filosofía hindú y te mato —le advirtió.

—Te pedí que no me interrumpieses.

La expresión del semblante de Jackie le causó gracia, porque podía pasar de la furia total y comportarse como un demonio a echar las orejas para atrás como si fuese un cachorrito. Y en ese preciso instante parecía lo último.

—Perdona. Sigue

—No sé cómo explicarte algo que no has vivido, cariño. Pero no solo fue eso, sino que, en medio de todo, pude percibir lo que en otra ocasión he experimentado: gritos de voces masculinas y femeninas, y también el choque de muchas espadas. Era como si de repente me hallara en medio de una pelea en una época antigua.

—¿Una batalla? —preguntó Jackie, cuyo rostro lucía fascinado por lo que iba relatando.

—Sí. Y sentí el ruido del mar.

—¿Cómo si se tratase de una contienda en un barco? —Brenda asintió—. Pues lo que describes me recuerda a la historia que me contaste antes. La del príncipe danés y la guerrera.

—Es verdad.

—¿Y qué más?

—Al final, un grito furioso y desgarrador de un monstruo, o algo así, estalló en mis oídos. También vi sus ojos, que se asemejaban a los de una serpiente.

—¡Qué asco! —exclamó Jackie con un gesto de repugnancia.

—Bueno, a mí me encantan los reptiles.

—No importa si nos gusta o no el bicho que viste, Bren. La cosa es dilucidar por qué mierdas te pasó todo eso en medio de una buena revolcada.

—¡No lo llares así! —exclamó Brenda molesta.

Su amiga podía ser la chica más divina del mundo, pero a veces lo que salía de su boca se le iba de las manos. Jackie se echó para atrás y la miró con curiosidad.

—¿Y de qué otra forma quieres que lo haga?

Brenda se levantó y comenzó a pasearse furiosa por la habitación. Estaba fuera de sí porque no tenía ninguna explicación para lo que había sucedido y Jackie se mostraba más irritante que nunca.

—¡No me preguntes a mí! Lo único que sé es que están sucediendo cosas que podrían estar relacionadas. La serpiente del tatuaje de Triel es similar a la de mis visiones. Y estas parecieran estar conectadas a la historia popular vikinga. De todas formas, y como ya te dije, no estoy segura.

Y se sentó otra vez en la cama. Jackie la miró y le tomó la mano.

—No tengo la menor idea de todo esto, Bren, pero te prometo que lo averiguaremos.

Brenda le devolvió el apretón.

—Gracias, tesoro —dijo con sinceridad—. Igual, nuestra tarea debe estar centrada en localizar a Aniel y a Maia.

Jackie levantó una ceja de la manera en que solía hacerlo, y que dejaba a cualquier hombre a la redonda postrado a sus pies.

—Si ese idiota con la serpiente en la cara te aborda de nuevo, se las verá conmigo.

Brenda sonrió.

—Si llegase a ocurrir una próxima vez, no permitiré que me encuentre con la guardia baja. Te doy mi palabra.

\*\*\*

Brenda se dirigió, con cuidado de no llamar la atención de los demás, hacia lo que, según recordaba, era una sala que comunicaba con una cocina. Aprovechando que Jackie descansaba en la habitación, decidió ir en busca de

quien, ojalá, la ayudara a despojarse de la mortificación que sentía después de lo sucedido en el gimnasio.

Suspiró profundo. No era una cobarde y, si bien lo que iba a hacer rayaba en lo arriesgado, necesitaba enfrentarse al problema de todas maneras. Además, aunque no le importase lo que los otros caminantes pensasen acerca de su conducta, no necesitaba sumar más inconvenientes a todo lo que ya de por sí resultaba muy enredado. Y si los otros comenzaban a catalogarla como una buscona, entonces podrían devenir comportamientos semejantes de parte de ellos, y era lo último que necesitaba. Conocía de memoria lo que ocasionaba en el sexo opuesto, pero su trabajo, y en especial la misión que tenía por delante, la obligaba a poner las cosas en su lugar.

El olor de la piel de ese guerrero le impregnó las fosas nasales. Aún recordaba lo excitada que se había sentido al percibirlo sobre ella y, una vez más, su intimidad comenzó a palpar ante la posibilidad de encontrarse con él.

«Pareces una enferma sexual, ¡por Dios!», se reprochó desesperada. Si el captar el aroma masculino provocaba en ella tal desenfreno, entonces en verdad estaba metida en un tremendo lío. ¿Y si a él le pasaba lo mismo? ¡No quería ni imaginar!

Sumida en sus pensamientos, no se dio cuenta de que chocó contra un muro. Se detuvo, ayudada por unas manos enormes que la sostuvieron de los hombros. La vibración inequívoca comenzó a envolverla y se sintió perdida. Alzó los ojos y se topó con los de ébano que la escrutaban con curiosidad. No pudo evitar observar cómo las aletas de la nariz del hombre se dilataban, por lo que estaba segura de que le estaba pasando lo mismo.

—Necesito hablar contigo.

La boca del silverwalker se curvó en un vestigio de sonrisa.

—Pero qué honor me hace la señorita —contestó irónico.

Brenda se apartó para mantener distancia. Su cuerpo clamaba por abalanzarse sobre el que tenía enfrente, lleno de músculos y curvas duras,

para tocarlo. Pero debía impedirlo como fuese.

—He venido a decirte que lo que sucedió en el gimnasio ha sido una locura sobre la cual no tengo ninguna explicación. Pero quizás tú puedas ayudarme a comprenderlo.

El gigante emitió una risotada.

—No soy un consultor sentimental —contestó con los párpados entornados. Ese tipo era decididamente cruel, y ella debía ir con cuidado.

—No estoy hablando de nada romántico. Solo quiero explicarte que cuando me... —se detuvo, consciente de la vergüenza que le daba decir aquello— tocaste y me besaste, pude captar algo en ti que yo no había experimentado con otra persona.

La expresión del caminante se volvió feroz.

—No quiero saber nada acerca de eso, Brenda.

Al decir aquello, se sintió morir. Pero era imperante descubrir si ese mastodonte había sentido lo mismo.

—Concédeme solo un minuto —insistió, y cuando comenzó a relatar lo que tenía en mente, sus palabras captaron el interés de Triel, quien la observaba con cautela y ya no con ironía—. Y además escuché el ronroneo del aire en el interior de tus pulmones. ¡Entiéndeme bien! —se apresuró a decir ante la cara de fastidio de él, porque parecía que estaba narrando un episodio de alguna novela romántica y no era ese su objetivo—. Estoy hablando a nivel celular, Triel.

Y de súbito, el confundido era él.

—No sé de qué hablas —contestó con la mirada más viva que nunca. Un centelleo acerado cubría sus pupilas. Uno que había visto en sus amigas y en sí misma algunas veces.

—¡Yo tampoco! Y por eso estoy aquí.

—Pues a mí no me apetece seguir platicando sobre un tema que no tiene importancia.

—¡La tiene! ¿Es que no entiendes? —machacó Brenda—. Entre tú y yo se



produjo algo que escapa a la razón y a cualquier cosa que, al menos yo, haya vivido. Y no tiene que ver con los sentimientos, sino con algo más que no sé cómo interpretar.

—Espero que no estés confundiéndote.

Ella se detuvo y lo miró con seriedad.

—Lo que sucedió allí dentro no ocurrirá otra vez.

Una furia inusitada cubrió con tintes plateados los profundos ojos negros.

—Nunca digas nunca, Brenda.

—El que se empecina en malinterpretar las cosas eres tú —exclamó agotada—. Pude captarte, Triel. Fue como ingresar en tu interior y recorrer cada una de las fibras de tu ADN celular, ser parte de cada órgano y tejido que compone tu organismo. Podía escuchar el palpitar de tu corazón con un sonido amplificado, como si alguien hubiese estado tocando un tambor a mi lado; también el recorrido de tu sangre por las arterias y las venas, incluso la turbulencia que se producía ante el aumento de la velocidad a causa de tu excitación. Y el perfume de tu piel me conectó a una espiral de energía que jamás había visto y que se elevaba...

—¡Basta! —lo escuchó tronar.

—Tú no lo viviste, ¿verdad? —preguntó defraudada.

Él negó con la cabeza.

Bajó la vista al darse cuenta de que había cometido un terrible error: se había expuesto a ese sujeto. Ella era una persona preparada para enfrentarse a enemigos despiadados, la buena estrategia siempre había sido su arma más eficaz para poder salir triunfante en sus misiones, pero, como nunca, se dio cuenta de que lo que acababa de hacer no era más que una verdadera estupidez. Se había manejado desde la impulsividad y la imperiosa necesidad de entender lo que había experimentado una sola vez en su vida y solo con ese hombre. Si bien su trayectoria amorosa no podía considerarse demasiado rica, tampoco deseaba menospreciar los besos y algún que otro encuentro bastante apasionado con algunos chicos que le habían atraído bastante. Pero

nada se había comparado con lo sucedido con Triel. Por supuesto que había visto y leído acerca de lo que a muchas personas les ocurría cuando se encontraban con otras con las cuales se producía una atracción febril; incluso lo que ciertas teorías psicológicas opinaban sobre ello, casi como una clase de psicopatía. Pero nunca había escuchado algo parecido a lo de ella. No podía negar que, al principio, al percibir el olor de la piel trigueña, se había sentido muy excitada, casi como si hubiese caído bajo los efectos de un estupefaciente que la había sumergido en un absoluto descontrol, pero lo que había visto y oído después la había dejado sin capacidad de reacción. Cuanto más la había besado y acariciado Triel, más nítidas se habían hecho esas imágenes. Y el sonido de las espadas y los gritos desesperados de varones y mujeres...

Respiró hondo. Había sido una ilusa por tratar de hablar un tema así con él. Debía recomponerse y salir de ese lugar con la mayor dignidad posible.

—Olvida todo lo que dije, por favor —murmuró.

Enojada consigo misma, intentó retirarse, pero Triel se interpuso frente a ella.

—Debo advertirte una cosa —dijo parsimonioso, y Brenda lo miró con recelo mientras se acercaba y la envolvía con su voraz energía—. Eres una mujer bellísima y tienes una figura por la que cualquier ser del género masculino se volvería loco —susurró como si quisiese llegar al centro íntimo de su pelvis—. Pero no te equivoques. —Sabía que lo que diría a continuación tendría toda la intención de pulverizarla—. Jamás se te ocurra pensar que lo que sucedió entre tú y yo en ese gimnasio tiene algo que ver con mis sentimientos. No hay una sola mujer sobre este planeta que tenga ese poder sobre mi persona. Así que, por tu bien, espero que no te sientas atraída hacia mí. —Y sonrió como un demonio—. Porque lo podrías pasar muy mal. Yo no veo en ti más que una excepcional figura hecha para la lujuria.

Al escuchar aquello, algo muy dentro de ella se partió en miles de pedazos.

—Eres un narcisista empedernido que no ha entendido una mierda del

verdadero mensaje que he querido transmitirte —alegó con frialdad—. Así que apártate, porque quiero salir de aquí.

El fulgor de las pupilas de Triel se volvió tan fuerte que su toque pareció querer desnudarla. Algo que no podía definir había quedado plasmado en ella en el suelo de aquel maldito gimnasio, y una angustia poderosa comenzó a envolverla. Se sentía tan atraída por el silverwalker que la desquiciaba. Se asemejaba a lo que había leído en libros y visto en películas de vampiros, los cuales, después de morder a sus presas, ejercían un completo control sobre ellas.

Levantó la barbilla y esperó sin apartar la mirada de la de él. Supo que estaba excitado por el aroma que emanaba de sus poros y la profunda respiración que intentaba controlar. Pero no podía hacer otra cosa que alejarse de él. O caería despedazada por las fauces de su propio desprecio.

Lo oyó emitir una suave carcajada y, apenas se apartó a un costado, ella se retiró conteniendo la respiración.

## Capítulo 10

—Necesitamos hablar con ustedes.

La voz grave de Gabriel interrumpió la conversación que Aniel y Maia mantenían sobre la adaptación de Rosarito a su nueva vida. Se encontraban sentadas en el sofá de la cabaña del matrimonio Trost ubicada a doscientos metros de la guarida principal. Antes de casarse, Damián y Maia habían adoptado a la niña y la habían sacado de la fundación en México, donde Maia también había vivido, para llevarla a Buenos Aires, donde los tres habían comenzado una nueva vida en familia.

—Pasa, mi amor. ¿Qué sucede? —preguntó Aniel en tanto observaba a Maia levantarse de prisa del sofá y dirigirse a los brazos de Damián, que la envolvieron con la devoción a la que Aniel ya se había acostumbrado del guerrero, quien reverenciaba a Maia.

Gabriel se acercó a ella y, sentándose a su lado, le pasó el brazo por encima del hombro. Con la mano izquierda le tocó el vientre, que en el último mes había crecido demasiado y le dificultaba los movimientos.

—Primero dime si te encuentras bien, mi dulce —le susurró al oído, y como le provocó cosquillas, Aniel comenzó a reír.

—Hoy casi no he podido caminar porque tengo las piernas muy hinchadas. Pero no me quejo.

—Nuestro bebé tiene ganas de conocer a sus padres —dijo Gabriel bromeando.

—Y a sus tíos —agregó Maia con una enorme sonrisa.

—¿Dónde está Rosarito? —preguntó Damián con curiosidad.

—Con Ruryk. Creo que le estaba enseñado algo de carpintería —contestó Maia.

Damián asintió y, sentándose en una silla, acomodó a su señora álmica sobre la falda. Estrechándola entre sus brazos anunció:

—Jackie y Brenda están en la guarida.

Ambas jóvenes exclamaron a la par:

—¿QUÉ?

—Maia, ¡ayúdame a levantarme, por favor! —pidió Aniel preocupada. Pero Gabriel negó con la cabeza.

—No, cariño. Espera...

Cuando Maia hizo el intento de acercarse a ella, Damián envolvió la cintura de su esposa con un poco más de fuerza.

—Damián, te lo ruego, déjame —suplicó Maia sin dejar de mirarla. Aniel intentaba deslizarse por los almohadones del sillón hacia delante para poder levantarse, pero su esposo la detenía con un brazo sobre el abdomen.

—¡Gabriel! —chilló frustrada—. ¡Quiero ver a mis amigas!

—Sabes las reglas —le recordó Gabriel con pena.

Aniel conocía por completo a su marido y sabía que odiaba mortificarla. Al observar a Damián, percibió en sus ojos el mismo sentimiento hacia su hermana que el que captaba en los de Gabriel por ella. Y se detuvo.

—Está bien —asintió con tono conciliatorio—. Maia, será mejor que los escuchemos.

Esta interrumpió enseguida el intento de escapatoria de su esposo y asintió. Ambas se quedaron quietas y en silencio. Los caminantes inspiraron hondo y Gabriel comenzó a hablar:

—Jackie y Brenda han estado aquí desde hace unos pocos días...

—¿Y recién hoy te decides a decírmelo? —preguntó Aniel pasmada.

Gabriel miró a Damián y balbuceó:

—¿Por qué diablos te escuché? —El color negro de los ojos de Damián refulgió con un destello plateado.

—Te recuerdo que en ese momento parecías atormentado por las dos cotorras que querían desollarnos vivo —gruñó.

—¿Pueden explicarnos de qué están hablando? —quiso saber Maia.

—Muy simple —expresó Damián con esa voz tan grave que podía llegar a asustar a los fantasmas más aterradores. Salvo a ellas—. Las mujeres venían hacia la organización con la intención de averiguar sobre ustedes. En verdad, no tenemos la menor idea de cómo se enteraron de que estaban aquí. Cuando fueron interceptadas por Triel, Metanón y Ruryk, las jóvenes exigieron poder verlas, y, aún no entiendo cómo, esos tres aceptaron traerlas aquí. Cuando Gabriel y yo las recibimos y nos informaron sobre el objetivo de su presencia, les advertimos que seríamos nosotros los que decidiríamos cuándo habría un encuentro con ustedes. En realidad, nunca fue nuestra intención que algo así se llevase a cabo, pero como las chicas estaban histéricas y Gabriel un tanto apabullado, le dije a él a través de un mensaje mental que aceptara. Total, después veríamos qué podríamos hacer.

—La próxima vez lo haré a mi manera... —masculló Gabriel.

Damián aparentó no escuchar las palabras de su amigo y continuó diciendo:

—Por eso estamos aquí. Debemos ponernos de acuerdo con los pasos que seguir.

Aniel suspiró. Estaba hastiada de no poder reunirse con sus amigas por temor a quebrantar una de las benditas reglas de la Estirpe de Plata. Lamentablemente, su abuelo Johan, uno de los jefes superiores de la Orden Superior de la Estirpe, había sido el que les había explicado el tema a Gabriel y a ella cuando el primer símbolo, el octaedro sagrado enviado al mundo por los venerables antepasados de la Estirpe, se había hecho manifiesto cuando ambos habían reconocido y aceptado el extraordinario amor que los unía como señores álmicos. Y aún recordaba sus palabras:

«Es primordial que de aquí en más ayuden a los demás guerreros

silverwalkers cuando se produzca el encuentro con sus señoras álmicas, ya que algunos de ellos deberán afrontar desafíos que serán aún más arduos que los de ustedes. Pero lo más importante: no pueden revelar lo ocurrido entre ustedes esta noche, ya que, de hacerlo, podrían influir en las decisiones de los demás caminantes y sus compañeras. Y la Estirpe de Plata solo aceptará la unión de aquellos señores álmicos que hayan expresado con absoluta libertad la intención de permanecer unidos en el futuro. Porque es una elección que debe ser hecha desde la propia voluntad y no desde la obligación. Respetar esta consigna marcará la gran diferencia en lo que suceda de aquí en más en la casta y en la Estirpe. Sean ejemplo. Es la mejor manera de ayudarlos».

Aniel se tocó el vientre y cerró los ojos. Gabriel y Damián intentaban cuidarlas a su manera y ella entendía el porqué. El encuentro de las dos parejas había sido demasiado duro y angustiante, y comprender el significado del vínculo de los señores álmicos había implicado un gran esfuerzo por parte de los cuatro. Por eso, cuando por fin habían alcanzado la estabilidad, Brenda y Jackie se presentaban y generaban el terremoto de sentimientos en ellas que era inevitable, y que provocaba pesar y preocupación en sus esposos. Abrió los ojos y habló:

—Ninguno de nosotros sabe si algunas de las personas de allí afuera son posibles señores álmicos, Gabriel. Y es verdad que Maia y yo hemos preferido mantenernos alejadas de Jackie y Brenda por temor a influenciarlas en caso de serlo. Pero no puedo evitar sentir un terrible cargo de culpa porque, de igual manera, tendríamos que permanecer apartadas de Triel, Ruryk y Metanón. Sin embargo, no es así. Casi compartimos la vida con ellos.

Gabriel la miró con esos ojos increíbles que, desde el primer día, la habían enloquecido y que tenían el poder de desarmarla por completo. Sobre todo, cuando irradiaban tanta ternura como en ese instante.

—Los caminantes conocen el tema, mi amor —contestó con voz suave—. En cambio, tus amigas no. Además, ellas están convencidas de que nosotros

somos sus enemigos y que nuestro único interés ha sido y sigue siendo atrapar a las guardianas de los símbolos que estamos buscando desde hace un siglo. Es decir, a ustedes.

Maia, que a esa altura se había recostado sobre el pecho inmenso de su esposo, que la mantenía abrazada y le acariciaba la mejilla con una de las manos, susurró:

—Estamos casi persuadidos de que Jackie es una guardiana, aunque no podemos asegurar lo mismo sobre Brenda, salvo lo que nuestro padre captó hace tiempo en una de sus videncias.

Damián asintió con la cabeza.

—Exacto. Que Brenda podría ser una.

—Más allá de todo —agregó Gabriel—, hay dos situaciones que debemos tener en cuenta. Una que venimos sospechando desde hace mucho y otra que he registrado en estos días.

—¿A qué te refieres? —preguntó Aniel. Conocía la sagacidad de Gabriel a la hora de detectar detalles que a la mayoría se le pasaba por alto.

—Metanón está fuera de sí con la presencia de Jackie, y Triel se está comportando de forma extraña.

Damián emitió una suave carcajada.

—Me había parecido lo mismo con respecto a mi hermano, aun cuando no estaba seguro. Pero, por lo visto, a ti tampoco se te ha escapado.

—¿Pueden ser más claros? —preguntó Maia.

—Todos sabemos que Metanón está chiflado por Jackie, aunque no quiera reconocerlo —contestó Gabriel.

—Hummm..., no sé si lo último es tan así —dijo Damián dudoso—. Nuestro amigo ha dejado entrever en varias oportunidades la sospecha de que Jackie es su señora álmica.

—Tienes razón —aceptó Gabriel—. Entonces digamos que no lo ha dicho de forma oficial.

—Pero ¿y Triel? —La curiosidad de Maia se asemejaba a la de ella, y estaba



segura de que su preocupación también.

—Se siente atraído por tu amiga, no hay duda —afirmó su esposo—. Pero por supuesto que lo va a negar.

Su hermana y ella se miraron con espanto. No podía existir una peor combinación que Brenda y el hermano de Damián. Aniel se habría atrevido a aventurar que el que podría haberse sentido tentado por Brenda hubiese sido Ruryk, pero jamás Triel, a quien la idea de emparejarse con alguien siempre le había resultado aberrante.

Hacía más de un año, los jefes de la Orden Superior habían revelado a los silverwalkers una parte de las profecías sobre las que el Gobierno de la Estirpe se regía. Esta anunciaba la existencia de cinco mujeres llamadas «señoras en la Tierra» o «señoras álmicas de plata», cada una de las cuales estaría destinada a un guerrero silverwalker para que juntos atravesasen el denominado «camino del reconocimiento». Pero Triel no había creído ni una sola de estas palabras.

«Por tu bien, Brenda, espero que ese odioso al que adoro con el alma no sea tu señor álmico», pensó Aniel.

—Y no quiero que exponamos al bebé a más sobresaltos —aclaró Gabriel con dulzura.

Al escucharlo, Aniel percibió cómo su corazón se derretía.

—Ni a nuestra hija Rosarito —estuvo de acuerdo Damián—. Jackie y Metanón viven teniendo trifulcas, y Triel, desde que se fijó en Brenda, está hecho un idiota. Quizás ustedes no se den cuenta porque esconde sus sentimientos por completo, pero a nosotros, que lo conocemos bien, no se nos escapa que algo apenas perceptible ha prendido en él. Por supuesto que puede ser solo algo pasajero, pero tengo mis serias dudas.

—¿Y qué opinan sobre lo que mencionó nuestro padre acerca de Brenda? —quiso saber Aniel.

Gabriel se encogió de hombros y fue el primero en responder.

—No sé qué decir, salvo que las videncias de Ronan siempre han sido

acertadas.

Todos quedaron en silencio, sumidos en sus propios pensamientos. Hasta que la suave voz de Maia se alzó:

—Any, sabes que amo a las chicas. —Ante las palabras llenas de angustia de su hermana, Aniel no pudo dejar de asentir—. Pero por primera vez me atrevo a decir que deberemos priorizar sobre nuestras amigas a otras personitas, que son Rosarito y el bebé. —Los ojos se le llenaron de lágrimas porque sabía que la decisión que Maia estaba tomando en ese instante le estaba costando lo mismo que a ella—. Así que deberíamos partir lo antes posible de aquí.

Aniel se limpió las lágrimas con los dedos mientras Gabriel le besaba las mejillas húmedas.

—Será solo por un tiempo, mi amor —le susurró al oído, y ella asintió en medio de un torrente de lágrimas que seguía cayendo de sus ojos.

Maia, a quien Damián estrechaba con fuerza entre sus brazos, también sollozaba afligida. Luego de un rato de consuelo por parte de sus amados esposos, Aniel balbuceó:

—Ayúdame a incorporarme, Gabriel.

El caminante se levantó de inmediato, pero, en vez de asistirle para que se pusiese de pie, se inclinó y la levantó en brazos. Aniel sonrió en tanto enlazaba los brazos alrededor del enorme cuello para sostenerse.

—Lo que tú quieras, princesa —contestó su esposo.

Damián y Maia, parados y de la mano, los contemplaban con una sonrisa.

—¿A dónde iremos? —preguntó Aniel mirando a Gabriel.

—A nuestra casa en Buenos Aires —contestó Damián antes de que Gabriel pudiese responder—. Y propongo que sea esta noche, cuando las chicas estén durmiendo.

Aniel asintió, lo mismo que Maia, a quien Damián le tomaba la cara con las manos para darle un beso con extrema ternura.

—Confía, mi dulce —le pidió Damián sobre los labios.

—Solo espero que nos perdonen —susurró Maia con los ojos llenos de lágrimas.

Aniel respiró hondo y rogó a Dios por que así fuese.

## Capítulo 11

«¿Qué haces?», preguntó Jackie con curiosidad utilizando el don telepático que tenían.

Brenda no contestó, concentrada en lo que estaba haciendo. Se había despertado con las voces de hombres que hablaban y cuando fue hacia la ventana para ver de qué se trataba, divisó a algunos de ellos en medio del jardín, apenas distinguible por la oscuridad de la noche. Pero mientras lo hacía, algo en el marco de la ventana le llamó la atención. Algo que ya conocía y que se presentaba de forma frecuente cuando estaba de misión.

Un impulso, un centelleo nacido dentro de ella la dirigía hacia objetos que sus dedos debían tocar para poder detectar el aura que desprendían y la información que contenían. De esa manera, apoyó las yemas de los dedos sobre la madera del marco y detectó, sin ninguna duda, las energías de Aniel y Gabriel en esa habitación. Y aún se sentía apabullada por lo que había percibido. Al principio, una furia visceral, así como mucho dolor y angustia, que respondía a una estructura distorsionada de energía, pero, poco a poco, dicho patrón había dado lugar a otro de gran equilibrio y armonía. Uno que la llenó de un éxtasis desconocido. Ello solo podía indicar que Aniel debía de haber sufrido mucho cuando Gabriel la había apresado, aunque, por lo visto, después las cosas cambiaron. Y por eso no estaba segura de que Aniel aceptase irse de la organización con ellas. ¿Y qué pasaría con Maia?

«¿Escuchas lo mismo que yo?», insistió su amiga.

«Sí», señaló Brenda, absorta en tan maravillosa sensación.

El ruido de las sábanas y los pasos rápidos de Jackie dirigiéndose hacia ella anunciaron lo que ya conocía de memoria: la curiosidad de su amiga. Cuando esta se ubicó a su lado, susurró:

—Lo estás haciendo otra vez, Bren. ¿Has descubierto algo?

Brenda separó la mano del marco de la ventana.

—Así es, cariño.

Jackie sonrió.

—Más te vale que después me lo cuentes. Pero ahora veo que hay cuatro de los silverwalkers fuera de la casa y se los aprecia inquietos. ¡Fíjate! —exclamó—. Señalan con las manos un camino que no logro distinguir hacia dónde se dirige. —Jackie retorció el cuerpo y el cuello para tratar de ampliar la visión del escenario—. ¿Ves más desde tu posición?

Brenda negó con la cabeza, sin separar la vista de las figuras descomunales. Esos hombres eran tan inmensos que Brenda no sabía cómo diablos ellas conseguirían dar con Aniel y Maia. Porque, aunque Gabriel y Damián les habían prometido contactarlas con ellas, aún no había sucedido nada. Y su voz interior, que nunca se equivocaba, le aseguraba que debía ir tras de esos hombres.

—Jackie, voy a por ellos, porque puede que se trate de Maia y Aniel. Tú quédate, por favor.

Apenas había dado dos pasos cuando sintió que Jackie la tomaba del brazo.

—Ni se te ocurra dejarme aquí.

—Pero...

—Necesitas que alguien también te proteja, ¡joder!

Brenda sonrió. Sabía que cuando su amiga estaba dispuesta a algo, nada podría hacerla cambiar de parecer.

—Solo si vas detrás de mí —exigió.

Jackie rio por lo bajo.

—OK, esta vez tú mandas.

Se vistieron y salieron de la habitación. Los silverwalkers no las habían encerrado, lo cual les había dado una cierta tranquilidad. Y aun cuando Damián y Gabriel les habían hecho prometer que se quedarían en la guarida hasta que pudiesen entrevistarse con sus esposas, luego de los resultados desalentadores, las promesas iban a tener que quedar atrás.

—¿Cómo podremos salir sin que nos detecten? —preguntó Jackie—. La alarma debe estar activada.

Brenda sabía a lo que su amiga se refería. Desde el primer día que habían llegado a la guarida, había hecho un registro de cada habitación sin que los hombres se diesen cuenta. Había utilizado el gimnasio y todos los recintos a los que le había sido posible acceder para investigarlos en detalle. Y sus dedos eran mágicos para iluminar lo oculto.

—En efecto. Todas las puertas y ventanas están conectadas a un sistema de alarma apenas visible —contestó Brenda—. Pero hay una portezuela en el último vestidor del gimnasio que ha sido cambiada de forma reciente y a la que, por lo visto, la alarma aún no ha sido acoplada. Así que ese será nuestro punto de fuga.

Jackie la miró con los ojos como platos.

—Bren, siempre me sorprendes con lo que un simple toque de tus deditos puede revelar.

Brenda sonrió. Su don no era una novedad para su amiga. Cuando las cuatro habían jugado a las escondidas de pequeñas, ella había sido la más temida de todas porque con un roce de su mano podía detectar el aura de sus amiguitas, con el consiguiente fiasco que significaba para ellas el ser descubiertas apenas se habían ocultado.

—Vamos, tontita —contestó Brenda con un mohín divertido.

Jackie asintió con la cabeza, sacudiendo la cabellera roja que llevaba recogida en una trenza que le caía por la espalda. Le despejaba la cara, haciendo más visibles sus ojazos de felina. Se dirigieron a toda prisa hacia el gimnasio, pero cuando recorrieron unos metros, escucharon los pasos de

alguien y se detuvieron. Abriendo la puerta más cercana, ingresaron a una habitación.

—Es la de Ruryk —susurró Brenda controlando la voz para que no pudiese ser interceptada.

Apoyaron los oídos sobre la hoja de madera, y la voz de Damián, quien hablaba con alguien por teléfono, se oyó nítida:

—Me quedo en mi oficina buscando lo que hace falta. Apenas hables con ellas me haces una llamada.

Y a continuación, el sonido de las pisadas desapareció detrás de alguna otra puerta que se cerró.

—¿Dónde queda la oficina del tipejo este? —preguntó Jackie muy bajo.

—Para nuestra fortuna, bastante apartada del gimnasio. Igual, roguemos para que nadie venga a por nosotras.

Jackie negó con la cabeza.

—Son las dos y media de la mañana, Bren. Creerán que estamos durmiendo.

Brenda respiró hondo.

—Pues no me fío de estos sujetos.

—Tienes razón.

Cuando salieron con cautela de la habitación, marcharon de nuevo hacia el gimnasio. Una vez allí, se encaminaron hacia el vestidor, donde encontraron de inmediato lo que buscaban. La portezuela, apenas perceptible, se hallaba escondida detrás de una mampara. Con mucho cuidado, los dedos de Brenda rozaron la manija, que, como esperaba, no mostraba ningún indicio de una señal eléctrica del sistema de alarma. Brenda miró a Jackie y, con un dedo sobre los labios, le indicó que se mantuviera en silencio. Su amiga asintió con determinación.

Ya en la intemperie, un calor sofocante les quitó el aliento. Si bien en el interior de la casa los aires acondicionados mantenían una temperatura agradable, afuera la suave brisa de la noche no lograba ni siquiera refrescarlas.

Se agacharon detrás de una fila de arbustos y cuando Metanón y Gabriel echaron a andar por el camino que habían vislumbrado desde la ventana, las chicas comenzaron a seguirlos. Hablaban con voz muy baja entre ellos, lo cual requería que extremasen el sigilo de sus movimientos para evitar ser interceptadas. Cuando habían andado unos doscientos metros, se hizo visible una cabaña, al frente de la cual dos voluminosos vehículos jeep Wrangler se encontraban aparcados. Cuando Gabriel y Metanón arribaron al lugar, Jackie y Brenda se escondieron detrás de unos árboles. Y en ese instante, la puerta de la cabaña se abrió y de su interior surgieron Triel, Ruryk y... Damián.

—¡Pero si ese sujeto estaba en la guarida, Bren! —exclamó Jackie en voz baja—. No tiene alas como para haber llegado hasta aquí.

Brenda se encogió de hombros, tan asombrada como su amiga.

—Te juro que tampoco lo entiendo.

—¿Habría alguna conexión entre ambas propiedades que desconocemos?

—No se me ocurre otra cosa —concordó, atenta a lo que sucedía frente a ellas—. ¡Mira! —murmuró, y al contemplar lo que sucedía delante de sus ojos, estos se le humedecieron sin poder evitarlo. Jackie miró en su dirección y la notó de inmediato tan perturbada como ella.

Detrás de Damián se hicieron visibles las amadas figuras de Aniel, con un embarazo muy avanzado, y de Maia, con una niña de aproximadamente seis años a upa. Brenda contuvo la respiración sin comprender lo que aquello significaba, y estaba segura de que a Jackie debía de estar sucediéndole lo mismo. Pero lo que la dejó más pasmada fue presenciar la reacción de Gabriel y de Damián. El primero abrazó a Aniel con tanta efusividad que parecía ser incapaz de dejarla ir y, cuando se apartó, se arrodilló y besó con delicadeza la panza sobresaliente de Aniel, quien sonreía y le revolvía el pelo con ganas. Por su parte, Damián besaba a Maia con tal entusiasmo que nadie sobre la Tierra se atrevería a poner en duda lo que ese sujeto sentía por su amiga. Y esta, lejos de amedrentarse, le devolvía el beso con la misma pasión. Al separarse, Damián tomó el rostro de la niña con las manos y le dio



un beso en cada mejilla, en tanto la pequeña lo abrazaba del cuello.

Entretanto, Ruryk, acomodado en el asiento del conductor, contemplaba con una leve sonrisa a las personas que se despedían con tanto amor.

Al cabo de unos minutos de murmullos, sonrisas seductoras y caricias devotas, Aniel y Maia se separaron de los hombres y se dirigieron al vehículo. Gabriel ayudó a subir a Aniel en el asiento del acompañante, y Damián, a Maia en uno de los asientos traseros con la niña en su falda. Cuando el caminante oscuro se echó un poco hacia atrás, la voz de la pequeña lo detuvo. Damián se acercó y, luego de hablar unas palabras con la niña y prorrumpir en una suave carcajada, subió al jeep y se sentó al lado de ellas.

—¡Se van, Bren! —exclamó Jackie desesperada—. ¡Tenemos que detenerlos!

Salió de detrás de los arbustos en el mismo momento en que Ruryk ponía en marcha el jeep.

—¡No, Jackie! —gritó Brenda, e intentó tomarla del brazo, pero su amiga era rápida como un lince y ya corría a toda velocidad tras el vehículo.

Brenda juró furiosa contra el temperamento impulsivo de Jackie, ya que, una vez más, las exponía a sus enemigos. Se sumó a la carrera, que, como esperaba, había puesto en alerta a los otros tres silverwalkers, quienes corrían como energúmenos hacia Jackie. Cuando llegó hasta ellos, Jackie ya se encontraba sumergida en una batalla campal con Metanón, por lo que a ella no iba a quedarle más remedio que lidiar con Triel y con Gabriel.

Como la profesional fría y sagaz que era a la hora de enfrentarse a sus enemigos, Brenda se concentró en estos, quienes cargaron como dos toros furiosos contra ella. El primero en llegar fue Gabriel, al cual sorteó dando un salto en el aire con las piernas abiertas en forma horizontal para permitir que pasase por debajo de ella. Apenas cayó al suelo, Triel la esperaba, pero, antes de que pudiese agarrarla, se impulsó otra vez hacia arriba y, apoyando la suela de sus botas sobre el pecho enorme, dio dos pasos y se lanzó hacia atrás en un salto mortal en el aire. Con la fuerza de sus piernas, empujó al

mastodonte, quien cayó despatarrado sobre la hierba.

—¡Mas te vale que no te atrape! —advirtió Triel, lleno de ira, desde el suelo.

En tanto iba cayendo, detectó a Gabriel muy cerca, por lo que aprovechó el impulso y, con los pies, golpeó el rostro del guerrero, quien también terminó derrumbado sobre el pasto. Apenas divisó a Jackie con la mirada, no pudo dejar de sorprenderse. Colgada de un árbol y balanceando las piernas, su amiga las catapultó de lleno en el rostro de Metanón, quien emitió un gruñido de furia.

Al oír la carcajada de Jackie, Brenda meneó la cabeza. Su amiga era, sin lugar a duda, una temeraria. Pero no pudo seguir entreteniéndose con ella, porque una respiración agitada por detrás la obligó a darse la vuelta. Gabriel de nuevo. Brenda levantó la pierna en un ángulo de casi ciento ochenta grados y, como una gimnasta rusa, incrustó el filo de la bota contra la mejilla del guerrero, que giró la cabeza a causa del golpe. En el mismo segundo, detectó a Triel corriendo a toda velocidad en su dirección con una sonrisa divertida. Al localizar de reojo un tacho de basura de tamaño considerable, Brenda lo pateó con todas sus fuerzas, y, como un proyectil, salió disparado hacia la cabeza del caminante, que, al recibir el impacto, se sacudió hacia atrás.

Al volver a buscar a Jackie, la encontró aún luchando con Metanón, quien, con la agilidad de su cuerpo, intentaba detener los puñetazos que le lanzaba. Brenda corrió hacia ellos, pero antes de llegar, los brazos de hierro de Triel la envolvieron de la cintura y la izaron para aferrarla contra su pecho. En el aire, logró patearle el muslo, lo cual provocó que su carcelero perdiese el equilibrio. Al apoyar los pies en el suelo, Brenda giró y, golpeando con el codo la sien trigueña, logró quedar libre. Una vez más, intentó ir en ayuda de Jackie, pero cuando volvió a ser apresada, la voz grave de Triel decidió su final.

—Duerme.

En medio de un vapor que no comprendía de dónde había brotado y que le

dificultaba la visión, Brenda alcanzó a escuchar a Jackie. Envuelta en una aureola transparente y brillante, gritaba furibunda. Y como si la escena frente a ella se desarrollase en cámara lenta, la observó saltar y clavar las piernas en el pecho de Metanón, el cual cayó despatarrado hacia atrás. Cuando su amiga la miró y se dio cuenta de que no podría escapar de la cadena de músculos que la retenía, chilló lastimosamente y, moviendo de un lado a otro la cabellera roja, echó a correr a toda velocidad para desaparecer en medio de la noche cerrada con Metanón por detrás.

Sin poder hacer nada, Brenda cerró los ojos y, en medio de una fría oscuridad, se dejó caer en brazos de su enemigo.

\*\*\*

El sonido de la traba de la puerta de su habitación la obligó a girar la cabeza. Yacía tendida en la cama luego de haberse despertado de un sueño de casi dos horas en el que había caído al escuchar la orden mental de Triel. Nunca se había enfrentado a algo similar, y desconocía si ese don era exclusivo de él o también de los demás.

Al abrirse la puerta, las figuras de Triel y Metanón ingresaron al cuarto, el cual se volvió más pequeño debido a las dimensiones de sus cuerpos. Ella se levantó para quedar de pie frente a ambos. Triel llevaba la cabellera recogida en una media cola, y su rostro se mostraba adusto; en tanto el de Metanón, rabioso.

—¿Dónde está Jackie? —preguntó, inquieta por su amiga.

Metanón empalideció.

—Escapó.

Brenda lo observó tratando de adivinar si lo que le decía era verdad.

—¿Y cómo sé que no me estás mintiendo?

Cuando el rubio hizo el amago de responder, la voz de Triel lo detuvo.

—Calla, Metanón —ordenó, y la miró con sorna—. Tú no estás en posición

de reclamar nada.

Una furia comenzó a ascender por la espalda de Brenda, pero se obligó a mantener la calma.

–Solo quiero saber el paradero de ella.

Triel la observó durante un largo rato hasta que, con voz muy grave, requirió:

–Déjanos solos, Metanón.

Este negó con la cabeza.

–Cuando me diga dónde está Jackie.

Brenda no pudo evitar lanzar una risotada.

–Primero que nada, es exactamente lo que he estado preguntándoles a ustedes. Y segundo, si así fuese, ten por seguro que jamás te lo diría.

Cuando Metanón gruñó, la colosal figura de Triel se interpuso en su camino.

–Dije que te retiraras —repitió amenazador.

Metanón lo miró unos instantes, hasta que asintió. Pero antes de cerrar la puerta, la miró y susurró en una promesa:

–Te juro que la encontraré.

Y sin decir más, los dejó solos.

Triel, que no le había quitado los ojos de encima, hizo un breve mohín de diversión con la cara. Y Brenda supo que ese estúpido se estaba divirtiendo a lo grande.

–Dime ya mismo a dónde fueron Aniel y Maia —puntualizó.

Los ojos negros brillaron y la escrutaron durante un rato.

–Ellas están bien, Brenda.

–¿Aniel está embarazada de Gabriel?

–Sí.

Brenda no pudo evitar morderse el interior de la mejilla, porque ese tipo la ponía nerviosa, y ni hablar de toda la situación. Se trataba, ni más ni menos, que de todas las chicas.

—¿Y quién era esa niña que Maia cargaba en sus brazos?

La expresión del rostro de Triel parecía la de alguien que analiza lo que va a responder.

—No estoy autorizado a dar esa información.

Brenda resopló con rabia. Estaba harta del juego al que el silverwalker la sometía.

—Encontraré las respuestas.

—No voy a dejar que te vayas.

—Y yo no permitiré que me amenaces —advirtió. ¿Pero quién diablos se creía ese fresco?

—Basta ya, Brenda.

—¡Alguien tiene que poder explicarme lo acontecido ahí afuera! —gritó señalando hacia la ventana.

—Ya te aseguré que tus amigas están en perfectas condiciones. ¿Acaso no te diste cuenta de lo contentas que estaban?

La rabia le ahogaba las palabras en la garganta, pero necesitaba saber más.

—¿Y tú? ¿Qué fue eso que hiciste con mi mente?

Triel respiró profundo. Percibía que lo estaba poniendo furioso.

—No pienso decir más.

Y se volvió para salir de la habitación. Tal era la ira de Brenda que por primera vez perdió los estribos frente a alguien en una misión:

—Cobarde —siseó. Y cuando lo vio darse la vuelta como un rayo, no pudo dejar de sentir un cierto resquemor. El odio en la mirada de ese tipo podía congelar a cualquiera que estuviese en llamas. Como ella.

Lo vio acercarse como una tromba, pero se obligó a mantener la vista clavada en la de él.

—¿Qué dijiste? —chistó cuando se detuvo muy cerca de ella.

—¡Responde primero a mis preguntas!

—¡No pienso hacerlo! —bramó él.

—Escuché muy bien un mandato que enviaste a mi mente, aun cuando nunca

había salido una palabra de tu boca. ¿Solo tú puedes hacer algo así o tus amigos también? ¿Eres capaz de leer mis pensamientos?

A cada pregunta que hacía, los ojos de Triel se alargaban más.

—Es inútil, Brenda.

Pero ella no estaba dispuesta a detenerse.

—¿Por qué Damián y Gabriel nos prometieron a Jackie y a mí que podríamos hablar con Maia y Aniel, cuando en realidad no era cierto? —El rostro de Brenda estaba tan cerca del de Triel que pudo captar el perfume de su aliento. Y sus fosas nasales comenzaron a impregnarse de aquel aroma que la volvía loca—. ¡Contéstame, maldito! —Y lo agarró con las manos del cuello de su camisa.

—¿Y qué me dices de lo que te pasa a ti, Brenda? —preguntó el muy bellaco.

—¿De qué hablas?

—De lo que ocultas.

Brenda se echó hacia atrás, asombrada. Estaba segura de que solo la estaba probando para sacarle información.

—No tengo ni idea de a lo que te refieres. Además, yo pregunté primero.

La carcajada de Triel le resultó patética. No podía entender que se sintiese atraída por alguien tan perverso e irracional. Era evidente que, sin saber cómo, ella había perdido la cabeza.

—¿Todavía no te has dado cuenta de quién eres?

—No te hagas el terapeuta conmigo, Triel. Y lo único que sé es que te gusta molestarme. Por ende, llénate de risotadas, que ahora la que se va soy yo.

Cuando intentó salir de la habitación, lo escuchó tronar:

—¡Tu amiga y tú son de la Estirpe!

Brenda se detuvo en el acto y se volvió hacia él.

—Perverso mentiroso.

—¿De dónde crees que has sacado los dones que tienes en tus manos?

Brenda contuvo el aliento. Salvo Jackie, nadie más sabía acerca de sus

capacidades. Entonces, ¿por qué Triel conocía sobre ellas?

–Estás diciendo tonterías.

No quería que se diera cuenta de que había dado en la tecla. Triel se acercó de nuevo y la miró con intensidad.

–Admítelo de una vez, mujer. Tienes dones de videncia también, y cuando tus emociones están a flor de piel, tus ojos y tu cuerpo emiten un brillo peculiar. Corres y luchas muy diferente a una mujer humana, y quizás tengas la sangre plateada o más clara de lo normal. Podrás saltar a varios metros, tanto de largo como de alto, y también tu fuerza es muy superior a la de los humanos. Tampoco debes comer demasiado, una vez al día es más que suficiente. Todo ello es indicio de que eres de la Estirpe. Y Jackie, me juego la cabeza, también debe de tener lo suyo.

La sangre de Brenda se detuvo al constatar que sabía casi todo de ella.

–Tus teorías sobre Jackie y sobre mí me tienen sin cuidado. Lo único que quiero es que me digas cuándo podré ver a las chicas, como Gabriel y Damián prometieron.

–¡Olvídate de eso, Brenda! —exclamó como si la considerara una tonta.

–Insisto. Lo prometieron.

La cabeza de Triel se movió apenas de un lado a otro.

–Pues no va a suceder.

La cólera que atormentaba su interior la obligó a actuar. Girando sobre los talones, quiso salir de la habitación, pero Triel la tomó de los brazos y procuró volverla hacia él. Los mecanismos de defensa se activaron en ella y, agachándose, lo obligó a dar una vuelta sobre su hombro. Cayó despatarrado contra el piso.

Brenda aprovechó esos segundos para tratar de escapar, pero Triel se incorporó de inmediato y la empujó con el fuerte pecho contra la puerta. Intentó golpearlo con el codo, pero el caminante la giró. Cuando quedó frente a él, le envolvió la cara con las manos y la besó. Con furia. Con locura.

«Estoy perdida», pensó antes de entregarse a lo que, sabía, no podría

detener: la pasión arrolladora de ese hombre que la hipnotizaba y la inflamaba con sus caricias y su perfume a masculinidad. La lengua le recorría los labios y las manos inclinaban su cabeza para profundizar los besos. En medio de ese tormento, oyó la respiración agitada y los gemidos expulsados de la garganta de él. Y detectó el instante exacto en que sus bragas se humedecieron y los vellos de la piel se le erizaron. Para evitar lanzarse sobre su atacante, que la encendía como si ella fuese un mechero y él, pura gasolina, se obligó a respirar y a mantener las manos pegadas a la pared. Pero, de súbito, captó lo que tanto había temido.

Nítida y altiva, la espiral de energía comenzaba a ascender desde los pies y, a medida que lo hacía, era como si el sol de un tórrido día de verano intentase calcinarlos. Arqueó la espalda y gimió. La lengua de Triel ingresó en su boca con un ardor oscuro y las manos enormes abarcaron sus senos llenos, pesados e inflamados de deseo. Cuando la espiral llegó a la altura de sus oídos, los gruñidos de Triel le resultaron música creada para adorarla, aunque fuesen enemigos.

«Estás enferma, Brenda», pensó, cautiva de esa perversa enajenación, y volvió a arquear la espalda como si fuese un arco a punto de lanzar una flecha.

—No, el que está enfermo soy yo —lo escuchó decir, como si hubiese leído sus pensamientos, antes de destrozarle la blusa y abrirla al medio para dejar expuestos sus senos, protegidos por el sujetador. Cuando enterró la cara en la profunda hendidura del centro, Brenda perdió la razón.

Lo dejó darse un festín con sus pechos. Los inspeccionó con la lengua y con las manos sin desnudarlos. Parecía que le gustaba cómo se veían así. Cuando ella se curvó hacia atrás, él le envolvió la cintura con un brazo, mientras apoyaba una mano sobre su garganta, para mantenerle la cabeza inclinada contra la pared. Expuesta, lo dejó hacer lo que quisiese, porque no tenía manera de luchar contra ello. Su larga melena se enredó con la de ella, y los ojos irradiaron el particular brillo plateado. Cuanto más hambriento la



degustaba, más intenso se volvía el resplandor de su mirada.

De repente, Triel subió la cabeza de nuevo y llegó a su boca, que atacó como poseído. Brenda entrelazó los brazos alrededor del cuello y se entregó al poder de ese hombre. Las manos de él la tomaron de la nuca y acercaron su rostro todavía más. Las bocas se devoraron y las lenguas bailaron en una danza desenfrenada. Cada célula de su cuerpo entró en ignición, y la sed de pertenecer al gigante oscuro la abrumó.

«¿Pertenecer a Triel?», repitió asombrada. Y de pronto sobrevino una sacudida y luego la desolación.

Aturdida, observó cómo Triel la miraba de lejos, con los ojos llenos de acero y el pecho subiendo y bajando de forma descontrolada. Se quedó detenida un rato esperando que su cerebro comenzase a emitir órdenes, pero seguía tan narcotizado como toda ella. Y a continuación, el semblante de Triel cambió por completo. Parecía asqueado, y ella se sintió morir.

—Quedas oficialmente informada de que eres nuestra prisionera hasta que Metanón halle a Jackie o decidamos qué hacer contigo. Y no te molestes en buscar tu teléfono. Lo tengo yo.

Y como si toda aquella pasión no hubiese existido para él, la dejó sola en medio del cuarto.

Apoyada contra la pared, apenas escuchó la traba de la puerta, deslizó el cuerpo hasta quedar sentada en el suelo. Y las lágrimas comenzaron a derramarse sin consuelo por sus mejillas.

«¿Qué mierda te está pasando, Brenda?», se preguntó desesperada. Y cubriendo el rostro con las manos, comenzó a llorar. Nunca se había sentido de esa manera y estaba asustada. No tenía gobierno de sus actos frente a Triel, y lo que se apoderaba de ella cada vez que terminaba en sus brazos la apabullaba. Y esa cosa que los envolvía..., jamás lo había experimentado con otros hombres. Algo malo debía de existir en su interior. Quizás debería ir a un médico o a un psicólogo, porque... ¡tenía que haber alguien que le explicase lo que le estaba sucediendo!

Golpeó los puños contra el suelo, devastada. Miró hacia el techo y, en medio de su desconsuelo, surgió la imagen de Jackie. Es verdad que estaba muy preocupada por ella, pero también sabía que, si había logrado escapar de Metanón, entonces este no tendría muchas posibilidades. Su amiga había hecho alarde de las veces que lo había humillado con las continuas burlas a su persecución. Y estaba segura de que esta vez no sería la última.

Se obligó a respirar hondo y sacudió la cabeza. No, la que estaba en verdadero peligro no era Jackie, sino ella. Tenía que escapar de inmediato y seguir con la verdadera misión que tenía asignada. O de lo contrario, se volvería loca por completo.

## Capítulo 12

El sonido espeluznante de una sirena la despertó. Se incorporó tratando de entender lo que estaba sucediendo, pero la visión de un estallido de luces y el ruido frenético de balas hicieron que se apresurase a bajarse de la cama. Se acercó a la ventana y miró a través de ella. Una numerosa cantidad de hombres armados hasta los dientes atacaban la guarida de los silverwalkers.

«Caídos», pensó sin dudar. En ese instante, el ruido, parecido al que hacen los fuegos artificiales apenas son disparados, resonó en sus oídos y supo que lo que impactaría sería importante. Y así fue, porque el bombazo cayó muy cerca de la ventana de su habitación y, para protegerse de la explosión de los vidrios, se escondió debajo de la cama. Boca abajo en el suelo, se cubrió las orejas con las manos. Otra estampida de balas respondió al ataque. Los silverwalkers y algunos agentes de la Estirpe que también se encontraban en la casa contraatacaban, pero eran muchos menos que sus enemigos. Además, Damián no había regresado todavía de Buenos Aires, por lo que salir vencedores de aquel enfrentamiento iba a ser muy difícil para los caminantes.

¿Y qué diablos debería hacer ella? había quedado atrapada en medio del fuego cruzado de dos bandos enemigos con los que no quería tener nada que ver, y para salvar la vida, debería ingeniárselas. ¿Quizás apoyar a uno de ellos? Salió con mucho sigilo de debajo de la cama y evaluó el daño del impacto ocasionado por lo que, estaba segura, era un proyectil de bazuca. La ventana había quedado prácticamente destruida y era una cuestión de

segundos que los caídos trataran de utilizarla como salvoconducto para ingresar a la guarida. Y no se equivocó. Por el agujero en la pared se aventuraron ocho hombres vestidos de negro con pistolas a la cintura y cuchillos en las manos. Afuera se seguían sintiendo las explosiones de lo que, de seguro, serían granadas, así como el graznido ininterrumpido de ametralladoras.

Cuando los guerreros se dieron cuenta de su presencia, se detuvieron y la observaron de arriba abajo, primero con curiosidad y luego con lujuria, lo que la llenó de irritación.

—¿Es la chica que buscamos? —preguntó uno de ellos.

—Estoy casi seguro.

«Saben quién soy», pensó enfadada.

Y decidió lo que debería hacer. La puerta de salida estaba clausurada, por lo que el único lugar que tenía para escabullirse era el mismo que los tipos habían utilizado para ingresar a la vivienda. Se lanzó contra los enemigos en un despliegue de movimientos en los que imprimió toda la destreza por la que era conocida en la organización secreta donde entrenaba. Nunca había sabido por qué, pero su cuerpo respondía con una agilidad y velocidad en extremo superior a la de los compañeros con los que se ejercitaba. Comenzó a girar como un trompo en medio de los asaltantes y, confiriendo velocidad a su giro, atacó con puños y patadas a cada uno en sus diferentes partes sensibles, lo que ocasionó la caída de los cuchillos y de varios cuerpos al suelo. Cuando solo quedaban dos sujetos, se arrojó sobre uno de ellos, del cual quedó aferrada por su torso. El impulso que traía le permitió balancear las piernas hacia delante y pegar una patada al otro, que se había acercado para apresarla. Por el golpe en el pecho, el individuo salió expulsado hacia atrás, y, a su vez, logró derribar al hombretón del cual aún seguía sostenida, de espaldas al suelo. Sentada a horcajadas sobre este, aprovechó para descargar una serie de golpes que terminaron por desmayarlo.

Libre, se lanzó por la ventana hacia el jardín. En ese momento, alguien la

tomó del brazo y la escondió detrás de un árbol de gran envergadura.

—¿Estás bien? —le preguntó Triel con la respiración agitada. Un fluido plateado le caía de la nariz. Se notaba que había estado luchando de forma salvaje, por la transpiración y los músculos agarrotados de todo el cuerpo.

—Sí. ¿Dónde están los demás?

—¿Pensabas escapar?

Brenda lo contempló un instante. ¿Qué podía decirle? La verdad era un imposible.

—No me iré de aquí hasta que alguno de ustedes me explique dónde están Maia y Aniel. Así que los ayudaré con estos tipejos.

La risa de Triel le quitó la respiración. Eran tan pocas las ocasiones en que mostraba los dientes que, cuando lo hacía, así fuese con una expresión perversa, la dejaba como miel derretida.

Se obligó a mantener el rostro como si fuese de piedra. Un grito de guerra provocó que los dos se diesen vuelta, y acomodándose en posición de ataque, esperaron al grupo de caídos que venían a por ellos. Apenas los tuvieron a la distancia necesaria, entraron en acción y lucharon a la par. Era la primera vez que lo hacían juntos contra alguien, y a Brenda la experiencia comenzaba a resultarle inspiradora. Los movimientos de Triel eran calculados y precisos, como si respondiesen a algún patrón matemático, y era tal la certeza con la que los emitía, que los enemigos caían derribados como moscas. Y cada vez que un atacante la abordaba, Triel descargaba su furia sobre este, como si le fuese imposible no cuidarla. Sacudió la cabeza de un lado a otro pensando que deliraba.

Lucharon por un rato contra nuevos intrusos que irrumpían de todos lados, sin que a Brenda se le pasara por alto el hecho de que Triel expulsaba por la boca una especie de vapor plateado contra sus enemigos antes de matarlos. ¿Qué sería?

Una explosión inesperada, muy cerca de donde se encontraban, barrió a un buen grupo de enemigos. En medio del humo y los gritos, Brenda pudo

observar cómo Ruryk lanzaba una nueva granada que, al impactar contra otro puñado de hombres, los barría como a gusanos.

De súbito, un titán apuntó hacia ellos con una bazuca entre los brazos.

—¡Quietos! —gritó, y sin saber cómo, todo quedó en silencio. Triel se acercó de manera casi imperceptible y se detuvo a pocos centímetros de ella—. Soy el capitán Schneider —se presentó—. Exijo hablar con alguno de los miembros de la casta.

Brenda imaginó que Triel sería el primero en ir a hacerlo, pero, al contrario de lo que esperaba, no se movió de su lado. En cambio, Metanón fue el que surgió de detrás de unos arbustos con un arma apuntando al sujeto.

—¿Qué quieres?

—Hacer un intercambio.

—Sé más explícito.

Brenda se dio cuenta de que Triel comenzaba a respirar intranquilo. Algo pasaba y no sabía qué. Pero lo que no se imaginaba era lo que la mole diría a continuación:

—Queremos a Brenda Mori.

El corazón se le detuvo. ¿Entonces el objetivo de toda aquella masacre había sido ella? Y antes de poder darse cuenta, Triel se colocó por delante de su cuerpo, como si tratara de que quedase invisible a la vista de todos. Y exclamó con voz glacial:

—¿Y qué le hace suponer que está aquí?

Brenda intentó colocarse a la misma altura que Triel, pero este evitó que lo hiciera al anteponerse otra vez por delante de ella.

—Déjame... —Pero no pudo seguir protestando, porque la mirada furiosa de Triel le advirtió que se quedase callada. Si bien su naturaleza y toda su preparación le exigían luchar por sus propias causas, algo muy dentro de ella le indicó que, por esta vez, se quedase callada.

—Uno de nuestros guerreros la reconoció.

—No haremos ningún trato —contestó Metanón, pero, para su sorpresa,

Triel gritó:

—¿Y cuál es el intercambio que ofrecen?

«Hijo de puta», pensó Brenda. A la menor oportunidad, ya quería deshacerse de ella.

Tragó en seco y se llenó de rabia. Ese tipo sin ninguna duda la detestaba, y estaba segura de que los otros, aunque no se lo habían demostrado de forma tan evidente, jamás pondrían en riesgo la organización por su culpa. Así que la única posibilidad que tenía era la de escapar. Cuando pensaba en cómo podría hacerlo, escuchó la respuesta del caído.

—En nuestras filas tenemos a un niño.

«Dios», gimió por dentro con un nudo en la garganta.

—¿Ahora nos tildan de niñeras? —preguntó Ruryk con una risotada, desde algún lugar en el que permanecía escondido. El intruso pareció molesto con la respuesta del caminante.

—El chico es importante para la joven —contestó—. Por eso, queremos que nos la entreguen a cambio de él.

Brenda intentó una vez más pasar junto al silverwalker, pero este la aferró del brazo con firmeza y dijo en voz alta:

—¿Y eso que tiene que ver con nosotros?

—Quizás nada. Pero ella, en cambio, haría cualquier cosa por ese chiquillo. Y si no viene por propia voluntad, lo mataremos.

Intentó soltarse del agarre de Triel, pero este continuó empeinado en no permitirselo.

—Si no me dejas... —advirtió.

—Cállate —chistó en voz muy baja, y volvió a dirigirse al caído—. ¿Dónde está el muchacho?

—Primero entréguennos a la mujer.

Brenda sintió que la cabeza muy pronto le estallaría. Precisaba descubrir el paradero de su hermano al costo que fuera. Al menos, se había enterado de que podría estar en manos de esos infames, si es que no era una mentira

inventada por el sujeto que tenía enfrente. Pero para confirmar esa nueva información, necesitaba imperiosamente escapar.

—Y tú, maldito, me has quitado el teléfono —bramó en voz baja a Triel. Aún no podía concebir que el muy desalmado le hubiese arrebatado algo tan sustancial sin que ella se hubiese dado cuenta.

—¿A quién quieres llamar? —le preguntó este con un brillo de desconfianza en la mirada.

—No te incumbe.

La voz del enemigo se alzó otra vez en medio de la espesura de la noche.

—¿Qué contestan?

—¡Necesito mi móvil! —insistió Brenda a Triel, quien seguía reteniendo su brazo con la mano como si fuese un grillete.

—Te lo daré cuando me digas con quién quieres comunicarte.

Brenda contempló indignada cómo la miraba con un centelleo en los ojos que no sabía cómo definir, pero que la ponía muy nerviosa.

—Con John Carter —Y de inmediato se arrepintió de contestar.

—¿Y ese quién es?

—Mi compañero de equipo. Trabajamos juntos.

El semblante de Triel se volvió más oscuro que las sombras que los rodeaban.

—Está interesado en ti —gruñó muy cerca de sus labios.

¿Pero qué le pasaba a ese chiflado? ¿Cómo había adivinado lo que John sentía por ella?

—¿Y a ti que te puede importar?

El cuerpo del mastodonte se acercó tanto que se vio obligada a levantar la cabeza. Y la aferró de los hombros con fuerza.

—Todo lo que tiene que ver contigo me interesa.

—Ni se te ocurra... —Pero antes de poder continuar, el muy bellaco chistó entre dientes:

—Apártate de ese tipo. Te lo advierto.



Brenda no podía creer lo que oía. ¿Qué derecho tenía Triel para exigirle algo así? Además, ¿desde cuándo se metía en su vida privada? Y lo que era peor: estaba a punto de obtener una información demasiado vital para ella y no podía seguir distrayéndose con un lunático que... ¡parecía celoso!

Agitó la cabeza, iracunda.

—¡Estoy esperando una respuesta! —volvió a gritar el caído.

—¡La mujer se queda aquí! —contestó Triel.

—¡Voy con ustedes! —gritó Brenda a todo pulmón. Ese tío no manejaría su vida.

Triel la miró con el ceño fruncido.

—¿Estás chiflada?

Sin contestar, Brenda se sacudió de tal manera que tomó por sorpresa a su captor y logró liberarse. Corrió a toda velocidad hacia donde estaba el caído con la bazuca, quien por lo visto tampoco se había esperado su maniobra, porque la miraba embobado. Cuando Brenda saltó elevándose a varios metros de altura, los caídos comenzaron a reaccionar, y los silverwalkers respondieron de inmediato en un intento por defenderla. Brenda cayó como una piedra sobre los hombros del titán, quien perdió el equilibrio. Con los pies en el suelo, volvió a lanzarse contra este de tal forma que, con las piernas enlazadas a su cuello, se lo retorció de tal manera que el caído terminó en el suelo, inconsciente. Reclinándose sobre el hombre, hurgó en los bolsillos de su chaleco, así como en su cinturón, y pudo apropiarse de cinco granadas. A partir de allí, se sumergió en una batalla casi bíblica.

Los silverwalkers demostraron la calidad de luchadores que poseían, atacando y defendiendo como solo ellos podían hacer. Por su parte, Brenda disparó granadas donde hacía falta, lo que provocaba que los atacantes cayeran como hormigas. Cuando se quedó sin municiones, el número de enemigos había disminuido de forma drástica, y los pocos que quedaban eran enfrentados por los caminantes de manera implacable. Intentó atacar a dos hombres que luchaban contra Triel, pero, antes de llegar, un brazo de hierro

le envolvió la cintura y la hizo chocar contra una muralla de músculos. Al instante siguiente, algo frío se incrustaba contra su sien.

—¡Alto o la mato! —gritó un fulano que la encañonaba con un arma.

Cuando Triel, con los dos hombres muertos entre sus brazos, se dio vuelta y la vio, empalideció.

«Estoy viendo visiones», pensó Brenda. Porque ella jamás le había importado al caminante.

—¡Déjala! —bramó este.

Gabriel y Ruryk también pararon la lucha contra los oponentes que yacían en el suelo, desmayados o asesinados, y los contemplaron con mirada glacial.

—Esta señorita se viene conmigo —anunció el demonio a sus espaldas.

—No quedan guerreros de tu raza que puedan ayudarte. Estás acabado.

—Nadie me detendrá.

Pero Brenda, con la velocidad extrema que la caracterizaba, golpeó con la palma de la mano el arma que el caído sostenía y, sin perder tiempo, se giró, le dio un puñetazo en la nariz y, de una buena patada en la cara, lo derribó al suelo.

—Pues yo acabo de hacerlo, bribón —siseó al sujeto desmayado.

—¡Brenda!

El grito de Triel la hizo levantar la cabeza. El caminante corría a toda velocidad hacia ella con la cara transformada y con un resplandor plateado alrededor del cuerpo que no sabía si era producto de su imaginación o del reflejo de la luna. A un costado, y como si fuese en cámara lenta, vio a tres individuos vestidos de negro que surgieron de la nada con sendas pistolas en las manos que la apuntaban. Uno de ellos disparó, pero Brenda, con sus reflejos agudizados, alcanzó a agacharse. Era consciente de que tres armas disparando a la vez contra ella iban a ser casi imposibles de eludir. Miró a Triel, quien seguía corriendo y la observaba como enloquecido.

Y, de repente, algo insólito sucedió. La tierra comenzó a estallar hacia todos lados, como si hubiese entrado en erupción. Los agresores se

detuvieron, asustados por lo que sucedía. Y no solo la tierra, sino que una lluvia torrencial se desató con una furia atroz. De manera drástica, ambos elementos comenzaron a confluír sobre los tres caídos, los cuales fueron quedando, poco a poco, sepultados en medio de gritos de auxilio. Pero nadie se acercó a ellos y, como si fuera arena movediza, el fango se los tragó.

A los pocos minutos, la calma había regresado. Solo se escuchaban unas gotas que caían de las ramas y de las hojas de los árboles, sin que hubiese otra evidencia de lo que acababa de ocurrir. Incapaz de entender lo que había acontecido, Brenda clavó la mirada en Triel, que se detuvo frente a ella y la observaba como enajenado, rodeado del brillo plateado que tanto la impactaba.

—¿Te han hecho daño?

—No —contestó apenas.

Los dedos de una de las enormes manos le recorrieron la mejilla con suavidad hasta que se detuvieron de forma abrupta.

—Vete a la casa y descansa.

Sin una palabra más, le dio la espalada y se dirigió hacia los demás caminantes, que esperaban con un cúmulo de cadáveres para enterrar.

\*\*\*

Después de darse una ducha y quedar limpia de los restos que la tremenda contienda contra los caídos había dejado en su cuerpo, Brenda desechó la idea de irse a dormir y, en su lugar, se dirigió hacia un patio hexagonal de la vivienda, cuyos amplios ventanales le permitirían apreciar la hermosura salvaje del lugar. Se sentó en un banco de azulejos, con la esperanza de encontrar un poco de paz. Respiró hondo y comenzó a recordar lo vivido.

Había sido una pelea despiadada, cruel, y se sentía orgullosa de haber podido demostrar a los caminantes que era capaz de valerse por sí misma y también ayudar en el triunfo cuando de batallas se trataba. Por su parte, debía

reconocer que el poder manifestado por los guerreros había sido memorable. Y el de Triel... implacable.

La figura hercúlea había desplegado una fortaleza extrema, que, como un *boomerang*, había sido lanzada para destruir sin piedad lo que se interponía a su paso. Y mientras enfrentaba a la muerte sin temor, el color trigueño de la piel del guerrero fue reemplazado por el brillo platino que enceguecía a los enemigos.

Suspiró. Contemplantarlo significó experimentar un claroscuro de matices, macabro y luminoso, que la había dejado sin aliento y consciente de que escapar de un enemigo como ese implicaría recorrer un camino plagado de incertidumbres. Uno que ella debería afrontar.

La vibración del cuerpo la hizo elevar la mirada y toparse con aquel al que le había anunciado. Triel se acercaba, deslizándose como una pantera, con tal comodidad y contacto con la tierra que Brenda imaginó que podría haber sido creado por las fuerzas más feroces de la naturaleza. La observaba desafiante, pero también con un halo diferente que no se atrevía a definir.

Cuando llegó a su lado, Brenda levantó la barbilla. Era alto e intimidante. Pero estaba acostumbrada a sujetos de ese tipo. «Aunque no a uno como él», pensó con sinceridad.

—Gracias.

La voz grave y tajante penetró en sus oídos como el arrullo de las aguas. Y la dejó pasmada. Tragó en seco y asintió con la cabeza, sin saber qué responder. El gigante se sentó a su lado y la escudriñó con tal intensidad que la sangre comenzó a circularle a toda velocidad.

—De no haber sido por ti, nos habríamos encontrado en verdaderos problemas.

—Solo me limité a actuar como suelo hacer cuando me enfrento a mis enemigos —susurró, tratando de que no fuera evidente lo afectada que estaba por su agradecimiento.

La expresión del rostro de Triel se volvió pétrea.

—No me gusta pensar que te expones de esa manera cada vez que estás de misión. —Brenda bajó la mirada sin contestar—. Pero, así mismo, tu ayuda ha sido de inmenso valor.

—Aprecio que me lo hayas agradecido no una, sino dos veces. Todo un regalo si pienso que proviene de ti. —Levantó la vista. Una de las comisuras de la boca de Triel se elevó en un gesto que se asemejó a una sonrisa—. Me gustaría hacerte una pregunta sobre algo que me tiene muy intrigada.

—Adelante.

—Se trata de lo que lanzas por la boca. ¿Qué es?

Triel la observó con detención. Parecía evaluar si explayarse o no.

—Es el vapor de plata, un don con el que contamos los silverwalkers. Nos ayuda a camuflarnos, confundir los aromas en derredor y, en el caso de una pelea, nos permite anestesiar a nuestros enemigos antes de darles el golpe mortal.

—Ustedes están repletos de sorpresas.

La siguió contemplando como si tuviera ante sí a una presa capaz de devorar, hasta que de sus labios salió la pregunta que Brenda había temido escuchar.

—¿Por qué los caídos pidieron que te entregásemos a ti a cambio de un niño?

Sintió como si la sangre se le hubiese congelado, y la mueca de Triel le confirmó que se había dado cuenta de que su pregunta había removido algo crucial en ella.

—No lo sé.

—Brenda...

—Es un tema que no te incumbe. Ni a ti ni a ninguno de los demás.

—Esos malnacidos han atacado la guarida como pocas veces antes, y, aunque sabemos que tú eres importante para ellos, también ha quedado en evidencia la existencia de ese niño asociado a ti. ¿Quién es?

—No diré una sola palabra al respecto.

—Podría averiguarlo.

–Inténtalo.

–Aunque quizás sepa quién es.

Brenda se levantó y Triel hizo lo propio para quedar frente a ella.

–No me interesa involucrarme en tus maquinaciones —dijo en voz baja. Le disgustaba el rumbo que la conversación estaba tomando.

–Es tu hermano.

–¡Ni una palabra más, Di Mónaco! —gritó y salió del patio seguida de cerca por Triel. Sabía que no le perdía pisada y, cuando llegó a la puerta de su habitación, la abrió y apenas ingresó, él lo hizo por detrás.

–Debes retirarte de mi cuarto —siseó, vulnerable, cuando lo miró de nuevo.

–Brenda, puedo ayudarte.

–No entiendes, por Dios. Revelar algo sobre él significaría crucificarlo. Y no lo voy a permitir.

–Es evidente que los caídos conocen el vínculo que tienes con ese chico.

–¡Basta, por favor! —exclamó, y la voz se le quebró. Triel se acercó con cuidado.

–Podemos encontrarlo.

–¿A tu lado? De ninguna manera. La que hallará a ese pequeño seré yo, y no les daré a ninguno de ustedes la oportunidad de que le pongan las manos encima.

Triel la escudriñó glacial, y un casi imperceptible movimiento de la mandíbula delató su enfado.

Brenda movió la cabeza de un lado a otro y se volvió. Necesitaba alejarse de él otra vez, aun cuando su traicionero corazón latiese alocado con el perfume de su piel. Al dar unos pasos, escuchó la voz alta y enfurecida:

–Te prohíbo que te vayas.

Brenda se detuvo, impactada por aquella orden, pero, por la misma razón, se obligó a no ceder. Abrió la puerta y, cuando se disponía a salir, la mano fuerte de Triel la tomó del brazo y la arrimó a él sin dejar de examinarla con una mezcla de adoración y rechazo.

—He dicho que no.

La perplejidad de Brenda dio lugar a una cólera sin igual. ¿Quién mierda se creía ese idiota?

—Suéltame —susurró rabiosa, con los ojos entornados.

—No hasta que me prestes atención.

—Siempre que he intentado acercarme a ti me he topado con un muro de piedras, entonces, ¿por qué has cambiado? —preguntó frustrada—. Entérate de que ahora la que no está dispuesta soy yo.

—La suerte de ese chaval depende de ti.

Brenda lo observó impactada.

—Estás de broma, ¿no? ¿Crees que no lo sé? —Triel no contestó—. Te dije que me sueltes.

—No.

Quiso empujarlo, pero Triel, en un movimiento brusco, la arrastró contra la pared, donde la acorraló con el cuerpo enorme. Brenda contuvo la respiración. El caminante buscaba imposibilitar sus peligrosos movimientos, pero lo peor de todo era la agonía que el cúmulo de músculos y huesos comenzaba a generar en ella. Horrorizada, se dio cuenta de que su intimidad se humedecía ante el calor de la piel de él. Asqueada de sí misma, intentó golpearle los testículos con una mano e incrustarle el codo en la garganta, pero Triel le aferró las dos muñecas y se las clavó a cada lado de la cabeza, contra la pared. Los ojos negros se detuvieron en los de ella y Brenda se sintió desfallecer. Si no hacía algo de inmediato, moriría derretida a los pies de ese energúmeno. Obligándose a no rendirse, probó con la rodilla, pero el caminante le aplastó las caderas con las suyas y calzó uno de los fuertes muslos entre sus piernas. Como última salida, Brenda quiso golpearle la nariz con la frente, pero él enterró la cabeza en su hombro, dejándola sin posibilidad de defenderse.

—Eres un hijo...

—Sh... No digas nada de lo cual te puedas arrepentir después.

—¿Estás desquiciado? —gritó tratando de deslizarse hacia abajo, pero Triel la detuvo aprisionándola entre sus brazos con firmeza.

—Sí. Siempre ha sido así, Brenda.

Al oír murmurar su nombre a través de los labios gruesos que colmaban sus noches de sueños calientes mientras dormía, sintió que se mojaba por completo. No podía quedar expuesta. Estaba harta de él y de su desprecio. Y de sí misma, porque su cuerpo y su corazón no entendían.

Indignada, le gritó:

—¡No me importa! Mantente lejos de mí y de cualquier cosa que tenga que ver conmigo.

Triel le examinó los labios con un ardor que jamás creyó posible en un hombre. Siempre supo que los atraía como moscas, pero ese en especial mostraba que la deseaba de una forma primitiva. Y no quería hacerse más ilusiones. El silverwalker tenía un carácter espantoso y le hacía imposible la existencia. Debía aclararse y dejarse de joder. Era una chica con mucho orgullo, y la vida le había enseñado que nada podía obtenerse a la fuerza, porque lo que estaba destinado a uno llegaría de todos modos y sin anunciarse. Y ese sujeto no solo se pavoneaba con gallardía ante sus narices, sino que, encima, era un prepotente que quería imponerse sobre ella aun cuando intentase hacerle creer que quería ayudarla.

—No podrás sola. Necesitas a alguien que te acompañe. Y ese soy yo.

—¿Quién lo ha decidido?

—Yo mismo.

—Me lo imaginaba —murmuró fastidiada.

Triel le sonrió.

—Es la única solución, Brenda.

—Llamaré a John.

El silverwalker la acomodó en la cárcel de sus brazos con vigor y la miró con una furia inusitada. Así y todo, por un instante, le pareció que un viejo anhelo había nublado las pupilas negras.



—Brenda: esto es entre tú y yo. Y lo sabes. Ese tipo no tiene nada que hacer aquí.

—¡No! Evita sumarte, porque no hay espacio para ti.

Triel volvió a sonreír.

—Eres una mentirosa.

—Tú también.

El semblante del guerrero se endureció.

—Nunca te mentí.

—No hablaba de mí —susurró Brenda.

La soltó lleno de ira. Sabía que confrontarlo no era lo mejor, pero no quería que le enmarañara más el cerebro. Demasiado enredada estaba ya su vida, y era hora de alejarse de lo que tanto la perturbaba. Si Triel quería mentirse a sí mismo y escapar de lo que existía entre ellos, entonces que así fuese. Hombres a ella no le faltarían. Además, no quería exponerse más, y menos cuando el futuro de su hermano estaba en juego.

—Me voy —anunció, y lo amenazó con el dedo—: aléjate de mí.

Y desapareció sin mirar atrás.

Triel no atinó a moverse mientras seguía con la vista la figura de Brenda, que se alejaba de él.

Expulsó el aire por la boca y gritó por lo bajo con rabia. Con las manos en las caderas, comenzó a moverse de un lado a otro de la habitación. La muy maldita lo había dejado solo en ese recinto repleto de su aroma sin importarle un cuerno él, y no pudo evitar echar un vistazo hacia la cama que acunaba aquel cúmulo de curvas de pecado y piernas increíbles en las horas de descanso.

Se detuvo, y al inclinarse a tocar con las yemas de los dedos las sábanas de seda, cerró los ojos y respiró profundo. Esa mujer y los terribles celos que sentía por John Carter estaban despedazando su mundo.

Iracundo, sacudió la cabeza. Las profecías no eran válidas para él. No sería el señor álmico de nadie, y menos que menos de Brenda. Había enterrado su

corazón hacía demasiados siglos y no tenía intención de sacarlo del agujero que él mismo se había encargado de cavar y sellar.

El amor por una mujer no era una opción, por más que muchos comenzaran a dudarlo.

«Incluso tú mismo». Al escucharse decir aquello, rompió abruptamente el contacto con las sábanas y se erigió en toda su altura de dos metros. Entornó los párpados, la boca se transformó en una línea de acero y los músculos de la mandíbula parecieron, de súbito, esculpidos a cuchillo. La cólera provocada por sus propias palabras se abrió paso a través de las arterias y venas del cuerpo, y, si no hacía algo para impedirlo, muy pronto estallaría y lo destrozaría.

—Ni se te ocurra creerlo, Brenda Mori —musitó desafiante—. Por nada del mundo sucumbiré al poder que tienes sobre mí.

Y en silencio, abandonó la habitación.

## Capítulo 13

«Brenda».

*E*scucha la voz que le susurra al oído en medio de una bruma que la confunde. Trata de identificar de dónde proviene, pero es imposible detectar alguna figura.

«Brenda», oye otra vez, más cerca. Es él.

«¡Seber!», grita, y comienza a correr tratando de hallar a quien busca desde hace años.

La respiración se acelera, el cuerpo le resulta poco ágil, como si se negase a avanzar, y se obliga a aumentar la velocidad. La neblina la envuelve y millones de gotitas le impregnan la piel y la cabellera. Corre más rápido, pero lo único que vislumbra es una profunda oscuridad; una que le oprime el pecho hasta generarle dolor. Y llanto. La humedad de los ojos le cae por las mejillas mientras intenta percibir alguna señal que la conduzca a él.

«Seber», llama de nuevo, pero es inútil. Estira los brazos para intentar sacudir esa especie de cortina negra que comienza a ahogarla, pero le pesan.

«Debo encontrarte», susurra, como si ese mantra le permitiese aminorar su dolor. Grita una vez más su nombre, pero la tiniebla la paraliza. Y cae de rodillas, vencida.

«Hermano, por Dios. Quiero verte», gime sin poder controlar su tormento. Como si sus palabras hubiesen sido la clave para lo imposible, la bruma se

*disemina con lentitud para dar lugar a unas figuras que comienzan a perfilarse.*

*Se levanta y detiene la mirada en un grupo de niños que practican artes marciales en un descampado. Algunos son muy menudos, otros con cuerpos de mayor envergadura. Pero ninguno deja de ser feroz. Entre estos, caminan unos hombres vestidos de negro cuyos ojos, del mismo color, los observan luchar y les ordenan con severidad hacerlo de forma más aguerrida. Como una mira telescópica, su vista se detiene en un muchachito que batalla con agilidad ante sus contrincantes, quienes caen vencidos al suelo. Y como si hubiese percibido su presencia, se detiene y gira el rostro para clavar la mirada sobre la de ella.*

*«Seber —murmura, y las lágrimas se le acumulan en la boca al contemplar los ojos de color café, como los de ella, y el pelo claro como la miel—. Has crecido, mi amor. —Al decir esto, se limpia las lágrimas con los dedos—. Por favor, dime dónde y con quién estás», suplica sin saber si podrá escucharla. Pero debe intentarlo, porque su amor es tan fuerte que tiene que ser capaz de traspasar las fronteras de las dimensiones.*

*«En México, con los caídos», le contesta, y le muestra un papel entre los dedos con algo remarcado en su interior.*

*«Un mapa», balbucea ella, incapaz de creer en lo que sus ojos registran.*

*El chico asiente y susurra:*

*«Ven».*

Brenda abrió los ojos y se incorporó a toda velocidad en la cama. Sentada, comenzó a hacer la respiración yoga que la ayudaba cuando necesitaba tranquilizarse. Acababa de descubrir que, como le había pasado con Jackie tantas veces, Seber también había podido comunicarse con ella a través de un sueño y le había brindado la información necesaria para comenzar a rastrearlo.

*«Muy pronto, mi amor», prometió limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano.*

Buscó su teléfono, pero enseguida recordó que el maldito de Triel se lo había confiscado. Despotricando, se obligó a recordar lo que había visto escrito y recalcado en el mapa.

«Una coordenada. Solo una de ellas», se dijo. Y volvió a refunfuñar. Si hubiese tenido su teléfono podría haber utilizado un servidor de aplicaciones de mapas, cuyas imágenes le hubiesen dado una mejor idea de dónde encontrar a su hermanito. Sin la otra coordenada, sería difícil ubicar el lugar exacto, pero, al menos, se consolaba con el hecho de saber que México era por donde debía empezar.

Recordó el gran espacio, que se asemejaba a un campo deportivo. También a los entrenadores vestidos de negro y que se correspondían con los enemigos de los silverwalkers, a los cuales ella se había enfrentado hacía dos noches.

Después de la discusión con Triel había estado tan cansada que, apenas había regresado a su habitación, se había acostado a dormir como una dulce palomita. Lo que no esperaba era que, después de lo acontecido, al día siguiente Triel le hubiese informado de que seguía siendo una prisionera, aunque con ciertos derechos.

Respiró hondo y se rascó la cabeza. No entendía por qué ese troglodita pretendía seguir reteniéndola. Pero de lo que sí estaba segura era de que ella había vuelto al punto de partida y, por lo tanto, tendría que salir de ese lugar lo antes posible. Encima, aunque Triel le había dado las gracias, también le había dejado más que claro que él sería quien la acompañaría a buscar a Seber. ¡Como si ella no fuese capaz de rescatarlo sin su bendita ayuda!

«Qué iluso», gruñó para sí. Ese tipo tenía un ego en verdad insoportable. Después del enfrentamiento que habían mantenido, no quería saber nada más de él. Lo único en lo que debía enfocarse era en Seber y, apenas pudiese, en las chicas.

El ruido de unos golpecitos en la puerta la hicieron bajarse rápido de la cama.

—¿Quién es? —preguntó con cautela.

–Ruryk.

Brenda suspiró profundo.

–¿Me esperas dos minutos?

–Sí, por supuesto. Tómame el tiempo que quieras. Si te apetece, te espero en mi oficina.

–Gracias.

A toda velocidad se dio una ducha y después se enfundó en unos vaqueros y una camiseta limpios. Se acomodó el pelo en una cola y, luego de hurgar entre sus pertenencias y colocar en los bolsillos del pantalón lo que necesitaba, salió de la habitación.

Si bien era una cautiva a medias, no podía descuidar el sistema de alarma. Después del ataque de los caídos, la pequeña puerta del vestidor del gimnasio había sido acoplada a este, por lo que no tendría muchas posibilidades de huir sin que estallara la sirena.

Caminó por el pasillo de la casa rogando no toparse con Triel. Cuando llegó a la oficina de Ruryk, la puerta estaba abierta. Ingresó en la estancia, donde el silverwalker escribía algo en su computadora portátil. Apenas este la vio, se levantó de su escritorio y la recibió con la sonrisa que lo caracterizaba y que pronunciaba sus hoyuelos, los cuales, estaba segura, debían de causar estragos entre todas las féminas a la redonda.

–Por favor, siéntate —la invitó señalando un silloncito cerca de una ventana.

–Gracias —contestó, y así lo hizo. De todos los caminantes, Ruryk siempre había sido el de mejor talante para con Jackie y con ella, así que no sentía ningún tipo de animadversión hacia él.

–Te gustará saber por qué te busqué —dijo sentándose de nuevo en su escritorio.

–Exacto.

Ruryk sonrió aún más.

–La verdad es que después de lo sucedido con los caídos, no puedo

quedarme de brazos cruzados.

–¿A qué te refieres?

–A que no estoy de acuerdo con la decisión de Triel hacia ti. Menos cuando, gracias a tu ayuda, pudimos aniquilar a nuestros enemigos.

Brenda se quedó muda de la impresión. Ruryk mostraba un grado de rebeldía hacia su amigo que desconocía. Y que debía saber aprovechar.

–Es para lo que estoy entrenada.

–Lo sé. Pero me interesa tu protección. Los caídos tienen un muchachito que sería de tu interés.

«¡Oh, no! ¿Él también?», pensó. Debería esperar sentado a que saliese algo de su boca.

–No voy a hablar de ello.

Ruryk levantó las manos y se encogió de hombros.

–Por supuesto, Brenda. No esperaba que lo hicieras. Solo me ha resultado muy descortés de nuestra parte que, tras lo que has hecho por nosotros, no haya algún tipo de retribución.

–No adivino lo que intentas decirme.

La expresión del rostro de Ruryk fue tan teatral que Brenda casi no pudo contener la risa. Pero en el último instante logró hacerlo.

–Me gustaría ayudarte con Maia y Aniel.

Lo observó tratando de detectar una mentira. Pero fue imposible. O ese tipo hablaba en serio o era el mejor actor del mundo.

–¿Y cómo lo harías?

Ruryk se levantó y se dirigió a un minibar de donde extrajo dos botellitas de agua mineral. Cuando regresó, le entregó una, la cual aceptó.

–Si tú me dijese algo sobre ese niño, podríamos llegar a un acuerdo con respecto al objetivo que tu amiga y tú habían tenido al llegar a la guarida.

«No es ningún idiota», reflexionó para sí.

–Antes de seguir hablando, te agradecería que me llevases a dar un paseo. Hace dos días que no salgo a ningún lado y me siento fatal. Si quieres

negociar conmigo, te ruego que lo hagamos al aire libre.

—Vamos, Brenda. Esto huele muy mal —aventuró Ruryk, y sonrió.

—Entonces regreso a mi cuarto.

Cuando amagó con retirarse, el caminante se apresuró a decir:

—Está bien. Tú ganas.

Brenda se quedó perpleja.

—¿Y por qué confías en mí? —preguntó curiosa.

—Porque soy el único que puede llevarte hasta Aniel y Maia.

Ruryk no se andaba con rodeos y la confrontaba con lo que más temía: sus amigas. Pero él no sabía, y por lo visto Triel no había abierto aún la boca, que el pequeño al cual se refería era su hermano. Su máxima prioridad.

«Perdónenme», rogó por dentro pensando en ellas.

—Está bien —acordó.

—Entonces acompáñame.

Ambos se dirigieron a la puerta. En el camino no se toparon con ninguno de los demás; Brenda se alegró. Antes de salir, Ruryk se colocó frente a los sensores de la alarma, que, después de examinarlo, hicieron que las hojas de la puerta se abriesen hacia los costados. Salieron al jardín, que tenía varias sendas que se bifurcaban y se perdían de vista en la frondosa espesura. Muy cerca de allí se divisaban afluentes de agua que debían de conducir a los grandes arroyos que Jackie y ella habían visto en el viaje a la guarida. Frente a la puerta principal se hallaba un jeep estacionado, y a un costado se apreciaba la tierra desparramada que durante la noche del enfrentamiento había brotado de las entrañas del terreno y que la había salvado de una muerte segura a manos de los caídos.

Un frío glacial le recorrió la espalda, consciente de que aún no había encontrado una explicación lógica a lo que había ocurrido. Y quizás Ruryk también podía leer las mentes porque, con una mueca de diversión, le aclaró:

—El aluvión de tierra fue obra de Triel. Y la lluvia fue impulsada por Gabriel.



Brenda lo miró, sabiendo que nada le sorprendía de ese lugar y sus hombres aguerridos, con dones especiales. Lo que no comprendía era por qué Ruryk se mostraba tan condescendiente con ella, ni por qué le confesaba las habilidades de sus amigos.

—Todos los caminantes tenemos diferentes capacidades, algunas en proceso de ser esclarecidas, como ha sucedido con Triel —prosiguió, contando con las dos manos entrelazadas a la espalda, mientras caminaban por uno de los senderos.

—¿Nunca había manifestado esa facilidad para manejar la tierra?

Ruryk negó con la cabeza.

—Triel había intentado varias veces probar lo que, sabía, existía en él, pero el elemento no había respondido con tanta claridad como lo hizo dos noches atrás.

—¿Y a qué crees que se debe?

—A las emociones. —Brenda hizo una mueca evidenciando que le resultaba gracioso aquel comentario. Pero Ruryk no parecía pensar lo mismo—. Créeme. No sería divertido para Triel enterarse de lo que te acabo de decir.

Frunció el ceño, asombraba de que Ruryk pusiese a disposición de ella tal información. ¿Sería capaz el gigante oscuro de albergar algún sentimiento además de la apatía en la que parecía vivir?

—No entiendo por qué me cuentas todo esto.

Los hoyuelos de Ruryk se marcaron aún más al sonreír.

—Porque en algún momento te darás cuenta de lo que en verdad está sucediendo. Y como me caes bien, he querido advertírtelo.

Brenda asintió, sin entender. Esos hombres eran extraños y ella debía continuar con su plan.

—Me prometiste ayudarme con Aniel y Maia —le recordó.

—Y tú contarme sobre el pequeño.

Llegaron a un sendero que se internaba en una inmensa arboleda y Brenda se detuvo. Ruryk también.

—Solo dime por qué lo haces —insistió.

—Ya te dije que me caes bien.

—No es suficiente.

Ruryk sacudió la cabellera de color miel, que culminaba en unos bucles sedosos a la altura de la nuca y que le daban aspecto de niño travieso. Brenda no quería imaginarse las catástrofes sentimentales que debía de ocasionar entre las jóvenes. Sin embargo, a ella no le movía ni un pelo.

«Lástima», pensó. Lidiar con Ruryk debería de ser más fácil que con el grandote insufrible.

—Brenda, adoro a mis amigos y los cuido —aclaró Ruryk. Y cualquier expresión amigable en su rostro desapareció y en su lugar se instaló otra que revelaba al verdadero combatiente que existía en él—. Y tú tienes un poder que Triel aún no se imagina.

—¿De qué me estás hablando, por Dios?

—Uno del que tú tampoco eres consciente.

Brenda se lo quedó mirando un instante con el ceño fruncido. Aquello no le gustaba nada. ¿De qué mierdas hablaba ese tipo?

—Perdóname, Ruryk.

—¿Por qué, mi damisela? —Y la miró con los ojos de ensueño.

—Por esto.

Y de una patada brutal y directa debajo de la mandíbula, Ruryk cayó derribado hacia atrás con todo el peso de su cuerpo, sin conocimiento.

Sin perder un segundo, Brenda registró entre las ropas hasta que descubrió una navaja, una pistola y las llaves de un vehículo, de las que se apropió sin chistar. Y del último bolsillo que quedaba del pantalón extrajo lo que menos se habría imaginado.

«Mi teléfono celular», suspiró aliviada.

Le dio pena darse cuenta de que Ruryk había tenido la intención de devolvérselo, y ella, a cambio, le había pagado de la peor manera. Pero era prioritario salir de allí, y lamentaba que el guerrero de rostro pícaro y

angelical hubiese tenido que pagar las consecuencias.

Se incorporó de inmediato y regresó hacia la casa. Se montó en el jeep y del bolsillo de su pantalón extrajo las llaves, que esperaba que fuesen las de este.

«¡Bingo!», exclamó para sí al escuchar el ruido del motor al encenderse. Y apretando el acelerador a fondo, partió a toda velocidad para perderse en la frondosidad del lugar.

## Capítulo 14

*México*

**B**renda caminaba por los pasillos del Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México con la mochila a la espalda. Buscó con la mirada el sector de vehículos de alquiler, que conocía de misiones anteriores en ese país.

Apenas había escapado de la guarida de los silverwalkers, se había comunicado con John para avisarle que su misión iba a dilatarse un tiempo más, y su compañero le había hecho prometer que regresaría lo antes posible para que ambos pudiesen llevar a cabo una nueva tarea, esta vez en Camboya. Y, como otras veces había sucedido, se había mostrado muy disgustado a raíz del silencio que había mantenido desde que había partido hacia el Delta. Brenda, sin dar demasiadas explicaciones, le había dejado bien claro que no aceptaría su actitud paternalista y sobreprotectora.

Si bien la noche de la contienda en la guarida había tenido la intención de llamar a John para que la ayudase con Seber, el que no hubiese podido llevarlo a cabo por culpa de Triel, a fin de cuentas, había resultado ser lo mejor. John tenía una gran tendencia a querer hacerse cargo de ella, lo cual no le gustaba en lo más mínimo. Además, nadie sabía sobre la existencia de su hermano, salvo Triel, quien por alguna razón lo había adivinado. Al menos tenía la tranquilidad de que en ningún momento se lo había confirmado, por lo que esperaba que el caminante se hubiese olvidado del tema.

Los carteles de la agencia de coches la regresaron al presente y se dirigió

hacia allí. Como los empleados la conocían, apenas la vieron le entregaron las llaves de su vehículo preferido en las manos.

—La camioneta Toyota Tundra a su disposición, señorita —le dijo el empleado con una sonrisa.

Brenda agradeció con amabilidad en tanto colocaba las llaves en el bolsillo de su chaqueta y, después de despedirse, se dirigió al estacionamiento de autos.

Durante el camino, rememoró los episodios ocurridos desde antes de abandonar la habitación en la guarida del Delta. Como había tenido la intención de escapar apenas se presentase una oportunidad, había decidido dejar el bolso en la habitación para no levantar sospechas, pero de su interior había extraído el pasaporte y la billetera, que había guardado en sus bolsillos. Apenas había comenzado a hablar con Ruryk, se había dado cuenta de que dicha oportunidad había llegado. Y a partir de allí, todo había sucedido con relativa facilidad.

Conduciendo el jeep, había arribado a toda velocidad al aeropuerto de Buenos Aires, donde lo había dejado aparcado en el estacionamiento. Luego, se había dirigido al sector de venta de artículos en el interior del edificio, donde se había comprado algo de ropa, y finalmente había tomado el primer vuelo a México.

Durante el poco tiempo que había tenido que esperar en la puerta de embarque, había permanecido atenta a la aparición de los silverwalkers, pero, por suerte, al final había logrado partir en el vuelo sin ningún inconveniente. Quizás habían tardado en descubrir su huida o bien no les había interesado ir tras sus pasos, lo cual la traía sin cuidado. Los guerreros habían quedado atrás y ella debía enfocarse en lo más valioso de su vida. Así y todo, no pudo dejar de percibir una sensación de angustia en su interior. El caminante oscuro había resquebrajado algo de ella y no le gustaba una mierda.

Sacudió la cabeza y se obligó a localizar el ascensor. Cuando lo hizo, ingresó en su interior y descendió al subsuelo. Apenas la puerta se abrió, se

dirigió al lugar donde el coche la esperaba. En ese instante, el móvil volvió a sonar. Al mirar la pantalla, no pudo evitar poner los ojos en blanco.

—Hola, John.

—¿Cómo fue todo? —le preguntó con un tono ansioso en la voz.

—Bien.

—Brenda, por favor...

—Sí, ya sé —lo interrumpió antes que le diera un sermón—. Me comunicaré contigo todas las veces que sean necesarias.

—No quiero pasar por lo mismo de la última vez.

—Ya te dije que uno de los caminantes me había quitado el teléfono.

—Debes mantenerte alejada de ese idiota —exclamó su amigo con voz glacial.

—John, «ese idiota», como tú lo llamas, ha quedado en Buenos Aires.

—Aún no me has explicado a dónde te diriges.

—Lo sabrás a su debido momento.

La carcajada de John la calmó. Era un tipo que, si bien era duro y un poco exagerado, también podía ser muy agradable. Y fácil de querer.

—Espero tu llamada.

—Gracias, John. Cuídate.

Y colgó. Rastreó el número del estacionamiento que coincidía con el que estaba grabado en la llave y, cuando lo encontró, sonrió. La camioneta celeste que tanto le gustaba la esperaba en completo silencio. Apretó el control remoto y el titilar de las luces le indicó que las puertas se habían destrabado. Al acercarse, abrió la del conductor y, cuando se sentó frente al volante, escuchó una voz por detrás que le congeló la sangre:

—Hola, Brenda.

Apretó el volante con las manos a la vez que miraba por el espejo retrovisor. Sentado en los asientos de atrás, Triel la miraba con fiereza.

—¿Qué quieres? —preguntó sin darse la vuelta.

—Ir contigo.

Rio apenas.

—Jamás.

Lo escuchó respirar hondo mientras su cuerpo se mantenía tenso como la cuerda de un violín a punto de romperse.

—No tienes otra opción.

—Bájate —ordenó. Lo último que quería era tenerlo cerca. Pero Triel era persistente.

—Voy a ayudarte con el niño.

Ante esas palabras, Brenda se dio la vuelta y descargó toda la furia que le provocaba que ese sinvergüenza la hubiese encontrado y no tuviese la intención de dejarla en paz.

—Esto no te concierne en absoluto, sino solo a mí. ¿Me has entendido? Así que ¡vete!

El rostro de Triel se acercó al de ella con irritación. Al hacerlo, pudo verle el apuesto semblante, que antes había permanecido oculto por las sombras del lugar. Y el calor que tanto conocía y que detestaba comenzó a subirle por la espalda.

«Ni se te ocurra, Brenda», se dijo a sí misma.

—No me voy a bajar de este cacharro —chistó iracundo.

—Lo harás. De lo contrario, te sacaré a patadas, así sea lo último que haga en esta vida.

Y regresó la mirada al frente. Las manos de Triel se posaron sobre sus hombros con firmeza.

—Escúchame, Brenda.

—No. —Se sacudió y volvió a mirarlo por el espejo retrovisor.

—¿Quizás solo deseas la ayuda de John?

—¿De qué diablos estás hablando?

—De ese tonto a quien le dijiste que lo llamarías todas las veces que fuesen necesarias.

Las cejas de Brenda se alzaron por la sorpresa. ¿Cómo había escuchado la

conversación que había mantenido con su compañero? Era imposible, ya que había estado bastante alejada del vehículo.

—No te incumbe un cuerno.

—Opino lo contrario.

—¿Y a mí que me importa? —Estaba agotada y lo único que deseaba era quedarse a solas, porque la cercanía de ese tipo encendía una hoguera que la quemaba.

—No lo quiero cerca de ti.

¿Desde cuándo un hombre quería gobernar sus actos? Y para colmo de males, no uno, ¡sino dos!

—¡Por Dios! Parece que se hubiesen puesto de acuerdo —masculló por lo bajo.

Y una vez más, Triel la impresionó con su increíble audición.

—Encima me llamó idiota. Te aseguro que encontraré la oportunidad de tenerlo enfrente.

Brenda se sopló el flequillo que le caía en la cara, harta de tanta testosterona.

—Lo único que quiero es que desaparezcas.

La sonrisa del caminante le provocó una mueca de fastidio en el rostro.

—Entiende de una vez por todas que me quedaré a tu lado para dar con el chico. Además, ¿tienes la seguridad de que querrá regresar contigo? —El rostro de Brenda empalideció. Había tocado un punto clave que muchas veces le había impedido dormir—. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que lo viste?

—No pienso responderte.

—He tenido acceso a algunos expedientes y sé lo que ese adolescente representa para ti. No fue fácil conseguir esa información, Brenda, porque has logrado mantenerla en secreto quién sabe por qué medios. Pero yo también tengo mis contactos. Hace al menos cinco años que buscas a ese chaval.

Brenda volvió a girarse, pero esta vez acompañada de todo el cuerpo, hasta



que quedó en cuclillas en el asiento del conductor.

—¡Eres un maldito curioso! ¡Bájate! —bramó iracunda.

El pecho del silverwalker se hinchó como un fuelle y acercó la cara hasta casi chocar su nariz con la suya.

—¿No te das cuenta de que los caídos deben de haber imprimido su energía en la de Seber? ¡De seguro tiene lavado el cerebro y considera a sus captores como los dueños de su vida, Brenda! —Y señaló el vidrio de la ventanilla—. No tendrás posibilidad de hacerlo sola allí afuera. No solo deberás lidiar con tu hermano, sino también con un ejército completo de sanguinarios soldados.

Brenda negó furibunda con la cabeza.

—¡NO!

—Déjame ayudarte. —La voz de Triel había pasado de la ira a sonar casi como una súplica. Sin ser capaz de impedirlo, aquello la desarmó. Y, como si se hubiese dado cuenta, el caminante oscuro volvió al ataque—. Te prometo que después me retiraré por donde he venido.

—Estoy acostumbrada a llevar las cosas a mi manera.

—No hace falta que me lo recuerdes.

—Además, ¿por qué haces esto? —quiso saber. Y lo miró con suspicacia.

—Porque Gabriel y Damián me han pedido que te proteja —contestó rotundo—. Maia y Aniel morirían si algo te pasase.

—No te creo.

—Por favor.

Cuando escuchó aquellas palabras, su mundo colapsó.

—Yo...

—Hazlo por ellas, Brenda.

—Ustedes jamás las dejaron acercarse a nosotras, entonces ¿ahora las usas de excusa?

—Antes de irme, a cambio de mi protección a tu persona, acordé con Damián y con Gabriel darles una oportunidad a las cuatro. Así que, como verás, he conseguido tu bendito encuentro con Aniel y Maia.

«Algo similar a lo que Ruryk me explicó», pensó. ¿Quizás habría hablado con Triel y lo había convencido?

—No entiendo por qué ese cambio de actitud de tu parte.

—Sientes un especial afecto por tus amigas y siempre has hecho todo y más por ellas, Brenda. Pues a mí me pasa igual con mi hermano y mis amigos. Antes de tomar la decisión de venir hacia aquí, Damián y Gabriel me manifestaron su profunda preocupación y temor de que sus mujeres colapsaran si algo te sucediese. Aniel está a punto de dar a luz, y me da cuenta de que debo priorizarla. Lo mismo a Maia, que te adora. Y si algo les sucediese a las chicas, afectaría de manera catastrófica a Gabriel y a Damián. Entonces todo lo que acabo de contarte me ayudó a decidirme a viajar y a ofrecerte mi ayuda.

—¿Ruryk te dijo algo?

Triel la miró con recelo.

—Lo suficiente como para que yo reforzara mi nueva postura.

—¿Él está bien? —se atrevió a preguntar.

El caminante asintió sin cambiar la expresión de su rostro. Ella suspiró.

—Vuelvo a decirte que siempre me he manejado sola. Nunca he necesitado de nadie.

—Solo por esta vez, Brenda. Te lo prometo.

Se quedó sin habla ante esa nueva imagen de Triel. Quizás no le había dado la oportunidad de mostrar esa faceta, y se sintió aún más vulnerable.

Sin poder creer lo que salía de su boca, se escuchó decir:

—Está bien. —Pero, horrorizada, se apresuró a agregar—: Apenas termine la misión, me llevarás frente a Aniel y a Maia, con Jackie incluida. Y luego, tú y yo nos separaremos.

Triel asintió con rostro adusto y un brillo acerado en la mirada. Por su parte, ella respiró hondo, temerosa de haberse cavado su propia fosa.

## Capítulo 15

Se tumbó sobre la cama de la habitación.

Brenda y él, tras el acuerdo al que habían llegado en la camioneta, habían salido del aeropuerto de Ciudad de México y se habían dirigido en silencio hacia un hotel que ambos conocían y que quedaba ubicado a poco menos de diez kilómetros. Se habían alojado en habitaciones separadas, una al lado de la otra, con la intención de descansar antes de partir hacia donde, aparentemente, Seber Mori se encontraba prisionero de los caídos.

Triel entrelazó las manos por detrás de la nuca y clavó las pupilas en el techo. Aún estaba bajo la enorme presión que había sentido desde que había descubierto la huida de Brenda en el Delta.

Él había salido a buscar más información sobre la joven, por quien, desde que había arribado a la organización, su corazón latía de forma descontrolada. Olía su perfume en todos los rincones de la casa y, cuando recordaba su figura, su cabellera o sus pechos —«¡Dios!»—, su miembro permanecía erguido por horas interminables, y a la noche le resultaba un infierno poder conciliar el sueño. Se masturbaba en cada ocasión que tenía, aunque jamás había eyaculado. Eso lo tranquilizaba, porque quería decir que Brenda no era su señora álmica.

Hacía más de un año, los jefes de la Orden Superior se habían expedido revelando algo nuevo de las profecías que regían la vida de la Estirpe y que tenía que ver con el anuncio de las mujeres especiales, las «señoras álmicas

de plata», para cada uno de los silverwalker. Aún recordaba las palabras:

*La existencia de estas mujeres a su lado significará, para cada uno de ustedes, alcanzar un estado de plenitud tal que los hará más eficaces en las misiones que lleven a cabo. Elevarán su poder como guías de traspaso de almas, a la vez que tendrán acceso a un conocimiento superior de conciencia sobre la casta y la Estirpe. Y lo más importante: esa reunión será considerada un hecho sagrado hasta tal extremo que solo podrán gozar de una entrega total y absoluta de su ser y de sus cuerpos a su lado. La unión de los señores álmicos es tan extraordinaria que cualquier hecho que afrente contra esta conllevará una serie de implicaciones que podrían llegar a ser extremas en algunos casos. Si ustedes o sus posibles señoras álmicas, por ejemplo, copularan con otras esencias, se desencadenarían reacciones corporales que traerían consecuencias claras en la continuidad de la casta. En ustedes, como hasta ahora, se manifestaría la imposibilidad de eyacular, y en sus señoras álmicas, la esterilidad e, incluso, en la mayoría de los casos, la muerte. Es la manera que tiene la biología de nuestra raza de evitar la reproducción de almas que no sean afines a la casta y de mantener la pureza de la genética silverwalker. En cambio, si deciden encontrar y aceptar a las señoras álmicas que les corresponden, tendrán la posibilidad de procrear. A partir de ahora, la misión de cada uno de ustedes no solo implicará entregar las almas de nuestra Estirpe a los planos superiores y encontrar los símbolos, sino también comprender y aceptar «el camino del reconocimiento». Este implicará el reconocimiento de la pareja complementaria más el acto sublime de la procreación. Una nueva raza de silverwalkers surgirá con una nueva conciencia y comprensión, la cual no solo perfeccionará el modo de operar de la casta, sino que también impulsará su evolución hacia niveles superiores. El reconocimiento por parte de sus señoras álmicas hacia ustedes no necesariamente será un hecho instantáneo. Ellas pertenecen a las almas que están enlazadas a ustedes por un poderoso y delicado entramado de hebras de plata, que permitiría su*

*reunión. Pero no todas ellas son conscientes de esto, por lo que este camino puede demandar tiempo y esfuerzo.*

Por supuesto que él no creía en nada de eso para su vida, porque hacía tiempo que su alma había muerto, pero, de alguna manera, se sorprendía de lo que le sucedía cada vez que estaba cerca de Brenda. Algo diferente se apoderaba de él y lo preocupaba. Pero lo que había experimentado en la guarida de Buenos Aires mientras recababa información sobre ella lo había apabullado.

Entre los expedientes de Brenda, había encontrado uno con varias fotos de su familia. En una de ellas se apreciaban los padres de la muchacha y el hermanito de apenas dos años, sentado en la falda de una Brenda en camino a su adolescencia, quien tenía una expresión muy triste en la mirada. De acuerdo con lo que había leído, sus padres se habían llamado Charles y Mónica Mori, los cuales habían sido pésimas personas, sobre todo el padre, involucrado en tráfico de drogas y alcohol y violento con sus dos hijos, al extremo de haber intervenido la policía varias veces ante las peticiones de auxilio de la niña o de los vecinos. Mónica había sido rusa y Charles descendiente de italianos. Por su parte, Brenda había escapado de su casa a la edad de quince años y nunca se había vuelto a saber su paradero. En el expediente figuraba también que Charles y Mónica habían sido asesinados hacía poco más de cinco años y que, ese mismo día, el niño Seber Mori, de ocho años, había desaparecido. Si bien en un principio se había sospechado que la que podría haber matado a sus padres era la misma Brenda, después se había descubierto que la joven no había tenido nada que ver. Eso último se había explicado en forma muy escueta en un expediente cuyo renglón final terminaba con la impresión de un sello: «Informe confidencial».

Todavía podía recordar la rabia que se había ido apoderando de él al descubrir lo que Brenda había debido atravesar en su niñez. «Tú tampoco la has tenido fácil, Bren», se había dicho. Y algo similar al viejo dolor que existía en su propia alma lo había golpeado de lleno.

Y lo inconcebible había sucedido. Imágenes de Brenda acostada y durmiendo sobre una cama habían venido a su mente de forma sorpresiva. Respiraba agitada y movía la cabeza de un lado a otro, sin ninguna duda sumida en un sueño. Al verla allí, tan sola y vulnerable, un instinto sobreprotector lo había aturdido y también encendido. La figura delgada, los pechos firmes, la cabellera gloriosa y los labios gruesos habían constituido un paquete de lujuria que había impactado en él de una manera que jamás había conocido. Habría entregado toda su fortuna si hubiese podido tocarla, entrelazar las manos en las hebras brillantes, llenarse la boca de los brotes de rosas que coronaban la redondez de sus senos y perder sus manos en las curvas que lo sacaban de su precario equilibrio. Y había comenzado a sudar. A arder en llamas. Las gotas de transpiración se habían deslizado a través de sus sienes mientras, con los ojos cerrados, había ingresado en el interior del sueño de la muchacha. Al hacerlo, se había topado con la imagen de un mapa de México en el que había encontrado impresa una coordenada. Solo una. Y también con la del rostro de Seber Mori, quien había detenido su mirada en Brenda y le había susurrado: «Ven».

Enajenado, Triel había abierto los ojos y había respirado profundo, por completo impactado por lo que todo eso podía significar. Con velocidad sobrenatural, había salido corriendo de aquel lugar y se había montado en su vehículo para regresar a la guarida. Ahí se había topado con Ruryk, quien, sentado en el sofá de la sala del comedor, se recuperaba de un golpe en la mandíbula. Y recordar aquella conversación todavía le encendía la sangre de rabia:

*—¿Dónde está Brenda?*

*Su amigo movió la cabeza de un lado a otro, como si intentase acomodarla en su sitio. Los mecanismos de reparación de sus células estaban actuando y el golpe casi había desaparecido.*

*—Intenté ser agradable con ella.*

*Solo imaginar que Ruryk se sintiese atraído hacia Brenda lo llenó de una*

*cólera casi ingobernable.*

*—Si te has atrevido a tocarla... —siseó, pero no pudo terminar de hablar porque Ruryk lo interrumpió de inmediato:*

*—No es lo que piensas, Triel. —Se masajeó la nuca con la mano y estiró el cuello—. Solo pretendí ser amable porque quería agradecerle el habernos ayudado en la pelea con los caídos, y también le dije que no estaba de acuerdo con tus decisiones y que la ayudaría con Aniel y Maia.*

*—No quiero que interactúes con ella —avisó amenazante.*

*Su amigo levantó las cejas y sonrió.*

*—Te ha pegado duro.*

*—Cállate y dime dónde está.*

*—Escapó en mi jeep.*

*—¿QUÉ? —gritó fuera de sí. Aunque ya lo había intuido con lo que había visto en el despacho de la guarida de Buenos Aires—. ¿Y por qué cuernos no has buscado en el detector de tu vehículo?*

*—Porque fue destruido durante la confrontación con los caídos y aún no había podido repararlo.*

*A partir de ahí, lo único que gobernó sus actos fue la abominable rabia que se apoderó de su cuerpo. Y al final, el espantoso dolor en el pómulo que provocó que cayera sentado como plomo en el suelo.*

*Miró a Ruryk, que ya no sonreía, sino que lo observaba con preocupación.*

*—Debí darte un puñetazo para que parases de destrozar los muebles.*

*Miró en derredor y, tal cual su amigo le había dicho, se topó con varias sillas destruidas y el espejo de la sala hecho trizas. Se miró las manos, llenas de sangre plateada. Había sucedido lo que pocas veces había experimentado con anterioridad, es decir, perder por completo la noción de la realidad cuando tamaña ira se apoderaba de él. «Por culpa de ella», pensó por dentro.*

*Se levantó hecho una tromba y, antes de salir de la habitación, oyó la voz de Ruryk a sus espaldas:*

—¿A dónde vas?

—A buscarla.

*En ese preciso instante, Gabriel y Damián aparecieron en la casa con una expresión grave en los rostros al contemplar los destrozos.*

—¿Se han peleado?

—No —contestó Ruryk, y explicó de inmediato lo sucedido. Al final del relato, Damián y Gabriel se miraron preocupados, y el primero dijo con contundencia:

—Deberemos partir de inmediato a Buenos Aires, porque de seguro Brenda irá tras de nuestras esposas.

—No. Va hacia México en busca de su hermano.

—¿Y eso?

—No tengo tiempo de dar explicaciones, Gabriel. Necesito el jet privado más rápido.

—Cuenta con ello —respondió este, y miró a Damián—. Avisa a nuestra gente que tengan preparado el HondaJet.

*El caminante asintió y a toda velocidad salió de la habitación.*

—Ruryk, consígueme los datos del vuelo donde viaja Brenda. Empaco una muda de ropa y parto de inmediato.

—Claro, Tri-Tri. —Ruryk era el único que se atrevía a llamarlo de esa manera, y lo observó sonreír en tanto se refregaba con los dedos la mandíbula, que ya no tenía ninguna señal del golpe de Brenda—. Ten cuidado, esa chica tiene una patada descomunal.

Después de aquello y de preparar su mochila, había partido en el avión asignado. En plena travesía, Ruryk lo había llamado para explicarle que no había sido fácil detectar el vuelo en el que Brenda había partido porque la muy ladina había utilizado un pasaporte con otro nombre, así que, después de hablar con uno de sus agentes apostado en el aeropuerto de Buenos Aires, este había logrado identificar a la chica por la descripción física, máxime que Brenda era una fémina que no pasaba en absoluto desapercibida. Y como el



avión había hecho una escala en Panamá de varias horas, a él, que era un piloto avezado y pilotaba en ese momento una de las aeronaves más rápidas del mundo en su categoría, no le había resultado difícil superar las horas que el vuelo de cabotaje le había llevado por delante.

De esta manera, apenas había aterrizado en México, se había quedado esperando hasta que horas después había arribado el vuelo de Brenda. No bien esta había puesto los pies en suelo mexicano, los agentes de la Estirpe camuflados en el aeropuerto que la habían seguido le habían transmitido la información necesaria sobre ella. Así, el último mensaje que había recibido sobre la joven era que esta había alquilado una camioneta Toyota Tundra y que, de acuerdo con lo que el empleado al que habían sobornado con dinero había explicado, era de color celeste y estaba aparcada en el estacionamiento número 126. Cuando Triel había llegado al lugar, otro empleado de la misma compañía le había entregado un duplicado de las llaves, lo cual le había costado otra buena fortuna. De esa forma, había ingresado al vehículo, donde se había quedado esperando a Brenda.

Suspiró y se obligó a regresar al presente. Odiaba la sensación que albergaba en su interior y que se había propagado a sus músculos y a sus huesos: la necesidad de verla, de tocarla y de protegerla.

Se levantó de la cama y se dirigió al minibar para destapar una cerveza. Al llevársela a la boca, no pudo evitar preguntarse si Brenda en realidad no había huido de él por la atracción que existía entre los dos. Era una mujer orgullosa, independiente y fuerte, pero parecía que, de la misma manera que le pasaba a él con ella, se sentía vulnerable frente a su presencia.

«¡Joder!», maldijo, y se tomó toda la bebida de un saque. Tras colocarla sobre una mesa de la habitación, arrastró las manos por la cabellera y las dejó entrelazadas en la nuca. Miró al techo, con los dientes apretados y se concentró en la promesa que le había hecho a Brenda en la camioneta.

—Después de esto, Triel, desaparecerás. Y Brenda... —Se detuvo y respiró muy profundo—. Brenda será una anécdota más en tu vida.

## Capítulo 16

**T**riel salió de la habitación y miró su reloj. Las siete y media de la mañana. Si bien los pasillos del hotel estaban casi mudos, podía de vez en cuando escucharse algunas puertas que se abrían y se cerraban. De seguro algunas personas iban a desayunar al restaurante del primer piso.

Caminó unos pocos pasos y se detuvo en la puerta de al lado. Por lo que había podido apreciar durante los días que Brenda había permanecido en la guarida, esta acostumbraba a levantarse temprano para ir al gimnasio a entrenar. Dio dos golpes suaves y, como esperaba, se abrió de inmediato. La joven, recién bañada y vestida con un conjunto deportivo que le quedaba de maravilla, lo recibió con una expresión seria. Al percibir el aroma de su piel, no pudo evitar que su miembro se endureciera.

«Joder», juró por dentro, enojado por lo que esa mujer ocasionaba en su anatomía.

–Buen día, Brenda —dijo tratando de focalizarse en otra cosa—. ¿Has desayunado?

–No.

–Quizás quieres hacerlo en el restaurante...

Ella negó con la cabeza y contestó sin dejar que terminara la frase:

–Podemos pedir el desayuno en alguna de nuestras habitaciones. Deseo comenzar enseguida con el rastreo del niño.

Triel asintió escudriñándola con detenimiento. Era consciente de que, si la

chica hubiese querido abandonarlo, ya lo habría hecho, así que parecía seguir con la idea de que la ayudase.

—Traeré mi computadora portátil y nos pondremos en ello. ¿Puedes pedir algo entonces? Tengo algo de hambre.

—Claro. ¿Alguna preferencia?

—Me gustaría un desayuno continental.

—Perfecto.

Se dirigió a su habitación, excitado y preocupado porque aquello recién comenzaba.

«Más te vale que te calmes, idiota», se reprendió furioso.

Aun cuando su relación con las mujeres en los últimos años había sido en exclusiva sexual, no podía dejar de reconocer que Brenda generaba en él algo que iba más allá de todo lo que había experimentado en sus setecientos años. En su haber tenía registradas varias féminas que lo habían encendido y que le habían hecho pasar momentos muy agradables, algunos apoteósicos, pero el permanente estado de frenesí en el que vivía desde que había aspirado el aroma de esa muchacha, lo estaba sacando de quicio.

Revolvió entre sus pertenencias hasta que encontró lo que había ido a buscar. Y su teléfono móvil comenzó a sonar.

—¿Ya me extrañas? —preguntó al atender.

La risa del otro lado le confirmó lo que sospechaba.

—Quería saber si estabas entero o si te habían molido a palos. —Ruryk se estaba divirtiendo a lo grande con él, y no le gustaba una mierda.

—Brenda y yo trabajaremos juntos.

Un silbido de admiración provocó que entornara los ojos.

—Bravo, Tri-Tri.

—Estás tentando tu suerte en extremo. Odio que me llames así.

—Por eso lo hago.

—¿Qué quieres? —quiso saber. No tenía tiempo que perder en estupideces.

—Metanón acaba de avisar de que está a punto de descubrir algo gordo para

tu misión.

—¿Y por qué no habló conmigo?

—Porque ha partido tras de Jackie otra vez y no tenía tiempo para más explicaciones. Así que me delegó la responsabilidad.

—Gracias. Corto ya.

—Tú siempre tan expresivo. —Y una nueva carcajada de Ruryk lo exacerbó.

Ojalá que algún día pudiese ver a ese maldito casanova atravesar un infierno similar al de él. Y entonces sería su turno de reírse a lo grande.

Terminada la conversación, salió de la habitación y en el pasillo se encontró con un camarero que hacía ingresar una mesa rodante repleta de platillos al cuarto de Brenda. Lo siguió y esperó a que el hombre terminase con la labor. Después de despedirlo con una propina, Brenda y él se dedicaron unos minutos a servirse café y a repartir en sendos platos bollitos, variados tipos de quesos, así como cereales, yogur y frutas, hasta que al final se sentaron a la mesa con el ordenador. A la par que degustaban los alimentos, comenzaron a analizar los pasos para seguir.

—Antes que nada, Brenda, necesito que seas por completo sincera. —La joven lo miró con suspicacia—. ¿Es Seber tu hermano?

Cuando vislumbró la expresión de su rostro, no tuvo ninguna duda de lo que contestaría.

—Sí.

Triel suspiró. Si bien ya conocía el parentesco de Seber y Brenda, quería estar seguro de que ella confiase en él.

—Bien. ¿Con qué información contamos para empezar a investigar su paradero?

—Él está en México.

Triel recordó el sueño y lo que había visto en este.

—¿Nada más? —Brenda se quedó pensativa. Parecía indecisa, y no la culpaba, pero por eso mismo debía presionar más—. Ruryk llamó y explicó que Metanón está próximo a descubrir algo importante que puede ayudarnos

a localizarlo.

—Pensé que solo tú estarías involucrado en el caso —puntualizó con recelo.

—Quédate tranquila, que el resto de los caminantes solo intervendrán si es estrictamente necesario. Te lo garantizo. —Brenda se echó hacia atrás en la silla y resopló—. Si no vas a confiar en mí, entonces me retiro de esta misión. Es inútil.

Se levantó de la mesa con la computadora en la mano y se dirigió hacia la puerta. Cuando la estaba abriendo, escuchó la voz de la joven:

—Está bien.

Se volvió y la contempló con arrobó. Sabía que su proceder había sido arriesgado, pero no se le había ocurrido otra manera de hacerla reaccionar y, por suerte, lo había logrado. Regresó a la mesa y se sentó.

—Y también te garanticé que, cuando la misión termine, me retiraré. No te preocupes.

Los ojos que no lo dejaban dormir por las noches lo miraron con detención y, en ese segundo, lo único que se le cruzó por la cabeza fue la idea de que quería besarla y tenerla bajo él para hacerla explotar como un volcán. Pero se obligó a concentrarse en lo que en verdad atañía.

—Conozco una coordenada —le dijo rotunda.

Estaba seguro de que Brenda se refería a la que él también había visto en su sueño, escrita en el mapa que el niño había sostenido en la mano, y que él había memorizado de inmediato. Pero necesitarían averiguar de inmediato la otra para ser capaces de detectar el lugar exacto.

—Tengo un programa de rastreo que da información detallada de las diferentes áreas del planeta, con fotos con una frecuencia y precisión que no te brindará ningún otro sistema. —Dicho esto, tecleó en el dispositivo y al instante unos mapas satelitales surgieron en la pantalla—. Dime la coordenada, por favor —solicitó, aunque él ya la sabía.

—16.45N.

El corazón de Triel se detuvo. El valor que Brenda le acababa de comunicar

no coincidía con el que había visto en el mapa.

«¿Entonces qué mierda vi?», se preguntó, y luego de escribir el dato, hizo lo propio con el que él había memorizado: 91.30W.

—¿Y eso? —la escuchó preguntarle.

¿Cómo diablos podría explicarle? Ni siquiera él entendía lo que estaba pasando.

—La coordenada que me diste es muy similar a una que, junto a la que acabo de escribir, nos da una zona en el mapa que se corresponde con una de las guaridas de los caídos. Son nuestros enemigos desde hace siglos y conocemos algunas zonas de México donde pueden encontrarse.

Mentía, pero no sabía qué otra cosa decirle para salir del paso. Aún estaba choqueado por lo que comenzaba a sospechar.

—Chiapas —susurró Brenda mirando el área del mapa que el sistema había detectado.

Triel asintió.

—En la selva Lacandona. —Los ojos de Brenda se agradaron. La chica, al igual que él, entendía que ese lugar era casi inhóspito, y llegar hasta ahí requeriría lo suyo. Por suerte, ambos estaban bien entrenados para afrontar una travesía de ese tipo—. Pero debo confirmar mis sospechas —se apresuró a decir.

—¿De qué manera?

—Tendremos que esperar la llamada de Metanón.

Brenda se incorporó y caminó hacia la puerta.

—¿A dónde vas? —preguntó con recaudo.

—A empacar. No pienso esperar el llamado de tu amigo.

Triel la siguió y, tomándola con cuidado del brazo, la detuvo.

—Solo te pido unas horas —rogó, y la acercó a la mesa—. Ven, aliméntate un poco más. Si Metanón nos confirma las sospechas, entonces tendremos que partir de inmediato, y no sé cuándo volveremos a comer y a dormir en un lugar como este.

Sus palabras parecieron convencer a la joven, que, a regañadientes, se sentó y comenzó a degustar unas tostadas. Triel la imitó, y al ingerir los alimentos se sintió de mejor ánimo.

—Seber está en un campo de entrenamiento —la escuchó decir de repente.

Si bien estaba convencido de que Brenda esperaría a que él le preguntase acerca del origen de su información, prefirió seguir con el diálogo como si nada, para que entendiese que él creía en ella sin importar de dónde provenía lo que afirmaba con tanta seguridad.

—Entonces no tengo la menor duda de que está en manos de los caídos.

—¿Y cómo sé que esa guarida no es de ustedes, Triel?

La miró con admiración. Brenda no se amilanaba ante nada ni nadie.

—La Estirpe no está interesada en Seber.

—¿Y por qué en Jackie, entonces?

Triel suspiró. Sabía que no sería fácil todo aquello. Pero debía ir con cautela.

—Porque es la guardiana de un símbolo que nuestra raza viene buscando desde hace más de cien años.

—Ella ignora cualquier cosa acerca de eso.

—Mira, Brenda, dejemos el tema de los símbolos, porque no es lo que nos atañe por ahora, sino encontrar a tu hermano. —Se detuvo y respiró profundo—. Te lo digo por última vez: o confías en mí o me voy.

Estaba harto de darle explicaciones y, si cada frase que decía significaba que debía aclarar sus intenciones, entonces la travesía se transformaría en algo insoportable.

—Hace tiempo que sé acerca de la existencia de esos sujetos, pero no tenía la menor idea de lo que hacían con los niños —la oyó responder. No era la mejor respuesta, pero, por el momento, era suficiente.

—Acostumbran a raptarlos para entrenarlos como guerreros que sirvan a sus tropas. Se valen de infantes que provienen de hogares conflictuados, o bien de huérfanos. Esos tipos no tienen la intención de lidiar con padres que

quieran recuperar a sus hijos.

—O con una hermana. Como yo.

Triel hizo una mueca.

—Eres una excepción.

—Pero debe de haber muchos como yo.

—No lo creo —replicó negando con la cabeza—. Lanzarse en una cruzada como la tuya requiere tiempo y dinero que los familiares de esos niños, ten por seguro, no poseen. Los caídos no son tontos.

—Comprendo.

Los dos quedaron en silencio. Era extraño estar en la misma habitación y hablar sin discutir o pelear. Y le gustaba. Nunca le había resultado fácil pasar mucho tiempo con una mujer, pero Brenda era distinta. Y su aroma lo estaba afectando como de costumbre.

—¿Qué pasó la noche del enfrentamiento, Triel? —La observó tratando de adivinar por dónde iban sus pensamientos, pero la joven, una vez más, lo sorprendió con su contundencia—. Me refiero a la reacción de la tierra que salvó mi vida. Ruryk me explicó que tenía que ver contigo.

«Maldito bocazas. No puede dejar de hacer alarde frente a una falda», pensó furioso. Pero ya estaba en medio de la situación y, si tenía que compartir con Brenda los próximos días, sería bueno que empezara por aplacar su curiosidad, por supuesto, en la medida que pudiese.

—¿Y qué más te dijo?

—Que cada uno de ustedes maneja un elemento.

Triel asintió.

—Pero no creas que todos lo hacemos muy bien.

—¿Y quién es el mejor?

—Los mejores —corrigió—. Damián y Gabriel.

—Gabriel maneja el agua, ¿no?

—Exacto. Y Damián, el fuego.

Brenda lo miró con curiosidad. Era obvio que no conocía mucho del tema.



—¿Y los demás?

—Metanón tendrá una cita con el aire el día que se atreva. Y Ruryk... No sabemos si tiene influencia sobre algún elemento.

—Entonces debería darte las gracias.

Aquello lo sorprendió, y un hueco molesto invadió su estómago.

—Cuidaba a todos, Brenda.

La chica bajó la mirada, un tanto perturbada.

—Lo sé. —Un silencio incómodo se alzó entre ambos, hasta que la curiosidad innata de Brenda lo abordó otra vez—. ¿Te ha ayudado ese don en otras ocasiones?

—No como hubiese deseado —contestó. Si hubiese sabido más acerca de ese don, quizás no habría experimentado lo que con tanto esfuerzo intentaba olvidar desde hacía años.

—Ruryk afirma que la reacción de los elementos depende de los sentimientos de quien los gobierne.

Triel se juró que le rompería los huesos a su amigo apenas regresase a la guarida.

—Ruryk es un idiota que está equivocado.

Brenda lo observó sin pestañear, como si quisiese indagar en el interior de su alma.

—¿Tu corazón no siente nada?

—Mi corazón está muerto —siseó con fiereza.

Brenda hizo una mueca y se levantó. Hipnotizado, la contempló acercarse a él como si fuese una deidad. Al detenerse, se inclinó y le colocó dos dedos en la mejilla.

Y todo se oscureció.

## Capítulo 17

**B**renda cerró los párpados y percibió un dolor insondable, un grito sin voz y unas lágrimas que, aunque jamás fueron derramadas, igual lloraban la pérdida del alma del guerrero. Y los ojos de una serpiente reflejaron los de una mujer.

«Una a la que amaste», pensó Brenda con angustia. Y se quedó sin aliento ni defensa para lo que sucedería a continuación.

Había querido comprobar por sí misma si el corazón del guerrero en verdad estaba sin vida, pero, ni bien apoyó los dedos para captar su energía, los fornidos brazos la apresaron y la hicieron caer sentada a horcajadas sobre los muslos sólidos. Y como si el caminante pretendiese acallar las voces de alarma que se habían alzado en su interior, la besó enfebrecido. Se apoderó de su boca con tal entrega que Brenda supo con certeza que su vida, a partir de ese instante, iba a cambiar por completo.

«Y tu corazón quedará hecho trizas», se dijo. Pero la fiebre que abrasó su cuerpo echó por tierra cualquier posibilidad de resguardarlo.

Triel le tomó la cara con las manos y, sin piedad, ahondó su beso. Brenda cerró los ojos; sus dedos se entrelazaron en la cabellera oscura, recogida en una media cola, y desplazaron la gomita que sostenía el pelo, el cual, al quedar libre, cayó con todo su peso como una cortina. Los robustos brazos se deslizaron por detrás de su espalda y se cruzaron para empujarle el torso y fundirlo con el de él.

Al abrir los ojos con renuencia, Brenda contempló a Triel apartarse un poco

para quitarse la camiseta y tirarla a un costado de la habitación. Sin demora, las manos envolvieron su cabello en un puño y la obligaron a arquear el cuello para mirarlo. Al hacerlo, se topó con los ojos acerados que la examinaban ansiosos. A milímetros el uno del otro, la mirada del caminante bajó y se detuvo sobre sus labios entreabiertos. Por completo hechizada, supo que estaba a su merced. Pero en vez de rechazarlo, cruzó el espacio que los separaba y se sumergió en la boca del guerrero, que se abrió para devorarla.

En medio de gruñidos y quejidos de placer, Brenda escuchó que algo se desgarraba y la piel de su pecho se erizaba por el fresco del aire acondicionado. Un gemido le llamó la atención.

—Eres un sueño —susurró Triel al mismo tiempo que, hambriento, contemplaba sus senos generosos.

Brenda fue consciente de su ropa destruida y esparcida a un costado, pero se olvidó de todo apenas las manos fuertes, y a la vez suaves, envolvieron sus pechos desnudos y los acariciaron con ardor. La cabeza de Triel se inclinó y, con la boca, comenzó a devorarlos con una glotonería que provocó que sus bragas se mojasen. Y nada le importó, salvo permanecer en esa vorágine que la hacía sentirse más viva que nunca. Arqueó la espalda, y la boca de Triel se llenó de la magnificencia que la naturaleza le había regalado con tanta dadivosidad.

Cuando la piel pálida y sedosa comenzó a arderle, la cabeza de Triel se alzó y buscó sus labios con desesperación. Los atacó sin reservas durante una eternidad hasta que, sin dejar de besarla, la levantó entre los brazos y la depositó en la cama. Un segundo después se arrojó sobre ella y comenzaron a rodar de un lado a otro como dos desquiciados. En medio del fragor de la pasión, el resto de las ropas y las sábanas cayeron al suelo en un gran desorden. Parecían bailar y luchar sobre la cama, pero no existía dolor, sino una urgencia que amenazaba con hacerlos estallar en millones de pedazos. La besaba con tal arrebató que llegó a reconocer el sabor a metal de unas gotitas de sangre que se asomaron de sus labios, y, sin poder evitarlo, arrastró las

uñas por los bíceps mojados de sudor. Triel gimió y le envolvió un pecho con una de las palmas mientras con la otra le acariciaba su rincón más secreto. Nadie la había tocado de ese modo y sintió miedo. Pero la voz de él la tranquilizó.

–Estoy aquí, Bren.

Era la primera vez que la llamaba así, y su femineidad se llenó de miel.

–Pero es que...

–Permíteme reverenciarte.

Al oír esas palabras Brenda se dejó ir. Contempló a Triel recoger del suelo una almohada y colocarla debajo de su espalda para que su pelvis quedase más elevada. En esa posición, él le quitó las bragas con cuidado, e inclinándose, calzó la rodilla en el borde la cama y le levantó una pierna, que apoyó sobre su hombro. De esa manera, su enorme miembro se posó sobre los pliegues de su intimidad y comenzó a moverse contra la piel delicada que la cubría. Acarició sus senos con ganas hasta que, enlazando una mano tras su nuca, acercó sus labios y bebió de ellos. Permitted que el beso se profundizara hasta que Triel, con agilidad, se sentó a horcajadas sobre ella y la obligó a mirarlo. Al hacerlo, él hizo una mueca que se asemejó a una sonrisa y, acto seguido, se inclinó para dibujar una vez más su cuerpo con las manos y con la boca. Brenda sollozó, presa de un placer indescriptible, y arqueó la espalda como un junco. En ese instante, unas caricias suaves en su parte más recóndita la enardecieron y, cuando un dedo ingresó en su interior, balbuceó:

–No...

–Por favor, Bren, déjame entrar y sentirte.

Sus ojos se abrieron desmedidos ante tamaño placer. Nada ni nadie la había preparado para aquello, y estaba segura de que moriría. A un dedo se sumó otro, que provocó que se humedeciese por completo.

–¡Por Dios! —exclamó desfalleciente.

Triel succionó con ganas sus senos sin abandonar el juego de las manos. Atacada desde tantos frentes, Brenda creyó enloquecer. Logró incorporarse y,

lanzándose sobre el gigante, comenzaron a rodar una vez más en la cama. Una lámpara se estrelló contra el suelo, pero, sin importarles un rábano, continuaron zambullidos en el apetito voraz que provocó que el cuerpo de uno quisiese meterse en el del otro. Y sin que ninguno pudiese evitarlo, cayeron al suelo enredados en un nudo de brazos y piernas. Triel, que se había asegurado de quedar debajo de ella para amortiguar el golpe, se la comía con los ojos.

—¿Estás bien? —preguntó con dulzura.

Brenda asintió y, sin perder tiempo, tomó el miembro grueso con la mano y lo acarició hacia arriba y hacia abajo, lo cual provocó un quejido de placer de parte del caminante.

«Por primera vez me siento más fuerte ante él», se dijo. Y le gustó.

Contempló maravillada la expresión del rostro oscuro. Reflejaba sumisión y espera. Al mismo tiempo, las manos le acariciaron las nalgas y un nuevo sollozo de Triel la impulsó a inclinarse sobre el eje erguido, que se llevó a la boca. El gruñido de él la abrumó, pero le dio la fuerza necesaria para saborear lo que jamás se había atrevido a hacer con otros hombres. Lo llenó de atenciones con la lengua, los labios y los dientes, que rozaban la piel suave hasta que, entre gemidos de placer, ocurrió algo sorprendente: la imagen de un Triel indefenso, triste y desesperado por ser amado se presentó ante sí. Y no pudo evitar que los ojos se le cuajasen de lágrimas. El mismo vasto dolor que había percibido en el guerrero con anterioridad regresó, y provocó que el corazón se abriese como una compuerta a su llamada. Se sintió libre y poderosa. Con el alma llena.

«Te reconozco», suspiró para sí. Dentro de ella algo inquebrantable provocó que de su alma saliese una promesa. «Si me permites, te juro que llenaré cada hueco de tu vida con lo que comienzo a sentir por ti. Renacerás, Triel. Y serás el ser más feliz de este universo».

Lo dijo sin emitir una palabra, esperanzada de que, como otras veces, él le leyera los pensamientos. No podía mentir. Albergaba sentimientos por ese

hombre, aún no sabía por qué, pero eran incuestionables. Y se los demostraría.

Succionó el miembro hasta que el cuerpo de Triel se arqueó hacia tras. Con los ojos cerrados, el caminante la aferró de la cabellera y empujó su rostro para incrementar la dulce tortura. Así lo hizo, hasta que lo escuchó gritar y retorcerse como un demonio. Cuando Brenda se apartó un poco, los brazos de Triel la cogieron y, de un solo movimiento, la colocaron debajo de él. Se contemplaron jadeantes, con las cabelleras mojadas de transpiración, hasta que, emitiendo una leve sonrisa, Triel bajó el rostro a la altura de su zona más íntima. Asustada, intentó recular, pero el coloso la sujetó de las caderas y con voz gruesa le advirtió:

–No, Bren. Este no es momento para escapar.

Y comenzó a acariciarle la abertura húmeda con una serie de lengüetazos. Brenda gimió devastada. Ese hombre la tenía a su merced y ella no tenía fuerzas para nada, salvo disfrutar de la gloria que esa lengua gestaba. Con suavidad, las manos le abrieron las piernas y dejaron visible su máspreciado secreto. Intentó cerrarlas al sentirse vulnerable, pero Triel se lo impidió colocando las palmas sobre el lado interno de sus muslos.

–Déjame, por favor.

Y ese ruego derribó las pocas barreras que le quedaban. Se dejó degustar, mimar y enjuagar como si Triel fuese un hombre entregado a su pareja por completo. Las manos le abarcaron los senos redondos sin que la lengua dejase de viajar hacia todos los puntos cardinales de su ardiente cavidad. Ella solo podía arquearse mientras gemía. El placer era tan subyugante que temía morir. Lo que no habían logrado las misiones peligrosas ni las balas de sus enemigos lo harían la boca y las manos de Triel.

De súbito, la espiral de energía comenzó a ascender por sus cuerpos. A medida que avanzaba, las caricias de Triel, más apasionadas, provocaron un gozo diferente en Brenda. Y lloró.

–Ven, Bren. Aquí estoy.

–Dios...

–No te abandonaré.

Y como si le hubiesen crecido alas a su alma, se elevó en el aire a una velocidad sideral y salió expulsada a una dimensión desconocida. Gritó varias veces envuelta en una explosión de luz plateada que llenó sus pupilas. Y se sintió multidimensional. Las lágrimas comenzaron, atropelladas, a descender por sus mejillas, únicas testigos del acto sagrado que había vivido.

Al abrir los ojos, se encontró con el rostro de Triel, que la observaba con los párpados entrecerrados en tanto sus dedos le secaban la humedad de la cara.

«Lo quiero», confirmó su corazón.

Se quedó con la vista clavada en la de él sin emitir una sola palabra. No supo durante cuánto tiempo permanecieron de esa manera, pero en algún momento, Triel se acomodó detrás de ella y, con firmeza, cruzó un brazo por debajo de sus pechos. Y con el arrullo de la respiración del silverwalker, Brenda se quedó dormida.

\*\*\*

Abrió los ojos despacio y gimió. El cuerpo le dolía como si hubiese participado de una maratón olímpica. Se estiró sobre la cama y, al hacerlo, rozó algo duro y enorme que la confundió. Cuando giró la cabeza se topó con Triel, que, descansando profundamente, yacía de costado con un brazo debajo de la cara. Gimió por dentro y se cubrió el rostro con las manos.

«Soy una descerebrada», pensó, y se sintió fatal. Triel y ella se habían quedado dormidos después de la arremetida sexual que habían mantenido y no sabía cómo se enfrentaría a él cuando despertase.

Se levantó con rapidez y se dirigió al baño, donde abrió el agua para ducharse. Comenzó a refregarse con frenesí, sobre todo en las partes donde ese tipo la había marcado como nadie. No podía entender su propio proceder

y la ponía furiosa. Siempre había sabido del gran poder que ese hombre tenía sobre ella y, aun así, había ido y se había entregado a él como una verdadera descarada. Incluso hasta en el ardor de la pasión, se había atrevido a hacer una promesa que, si tenía la osadía de cumplirla, solo podría conducirla a su propia perdición.

«Brenda, ¿qué te pasa, por Dios?», se preguntó desesperada. Jamás se había comportado de esa forma y la confundía. ¿Desde cuándo no podía controlar sus emociones? Era una mujer preparada para la lucha, la acción, la independencia, pero desde que se había topado con Triel Di Mónaco, le había permitido un control absoluto sobre ella, lo cual dolía. Porque cuando se unían, Brenda podía darse cuenta de que algo muy fuerte sucedía entre los dos. Y ella perdía el rumbo. Su cuerpo se ponía a gritar para recibir a aquel que justo era el prohibido.

Debía ser sincera consigo misma. Si bien Triel le había prometido ayudarla a encontrar a su hermano, también los dos habían quedado de acuerdo en que cada uno continuaría por su camino apenas la misión culminase. Entonces, ¿qué hacía revolcándose como una chiflada por toda la habitación con el silverwalker? Era evidente que apenas la toleraba, por lo que, si continuaba con toda esa locura, al final iba a salir con el corazón destrozado. Porque ella sentía por él más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Cerró la ducha y, con furia, se cubrió el cuerpo con una toalla. Necesitaba vestirse con urgencia. Apenas salió del baño, se dirigió al vestidor y se puso unos vaqueros y una camiseta que le marcaba los senos más de lo que le hubiese gustado. Por las dudas, se colocó un chaleco liviano que lograba disimulárselos.

—Hola —saludó Triel a sus espaldas.

Se giró con rapidez y, al verlo en la cama con el rostro soñoliento, tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no abalanzarse sobre él y hacerle el amor otra vez. «Brenda, eso es solo válido para ti. Lo que Triel siente es pura lujuria. ¡Recuérdalo!», se repitió hasta estar segura de que lo había entendido.



—Te has despertado —respondió, y se acomodó el pelo en una coleta.

—Déjate suelto.

Brenda negó con la cabeza. Al hacerlo, Triel se levantó y se acercó a ella, mostrando toda su desnudez sin un atisbo de pudor. Pero ella se alejó agobiada. Olerlo era su condenación.

—Mira... —balbuceó—, sé que lo ocurrido hace unas horas ha sido un poco extraño, pero la verdad es que no sé cómo pasó. Creerás que soy así con todos los hombres...

—¿Desde cuándo te importa lo que yo piense acerca de ti?

Se irguió, consciente de que Triel tenía razón.

—Bueno, no es que me importe mucho, pero convengamos que la situación se nos ha escapado de las manos. Creo que lo mejor es que te retires a tu cuarto y nos veamos más tarde.

Triel sonrió, y Brenda pensó que lo único que la salvaría de caer de rodillas como una boba sería que un agujero se abriese en la tierra y se la tragase de inmediato.

Lo observó calzarse los pantalones y la camiseta. Después se sentó alrededor de la mesa.

—Tenemos trabajo que hacer.

—Por favor...

—Quiero que me contestes algo —dijo ignorando su comentario. Brenda lo observó con curiosidad.

—¿Qué?

—Cuando me tocaste la mejilla con los dos dedos, algo diferente sucedió.

Respiró hondo y asintió.

—Es un don que tengo desde pequeña.

—¿A qué te refieres?

—Percibo la energía de la gente, y también de las cosas.

—¿Y qué captaste?

¿Qué podía decirle? Ella misma se sentía por completo confundida.

–Tu interior.

La expresión en el rostro de Triel se endureció y, acto seguido, se levantó.

–¿Puedes ser más concreta? —preguntó con los párpados entornados.

–Fui consciente de un dolor profundo que te abruma. Y también vi la imagen de una serpiente y la de una mujer de la que estuviste muy enamorado hace mucho.

–¡Eso es una locura! —siseó furibundo.

–El que quiso saber sobre mis capacidades eres tú. Nunca se me ocurriría invadir tu vida privada.

Triel la contempló con recelo durante un rato, hasta que al final asintió.

–Tienes razón. Me has tomado por sorpresa.

–Igual no pude ver mucho más, porque enseguida... —Se detuvo y carraspeó.

–Te atacué.

–Bueno, tampoco me resistí demasiado.

Rieron apenas. Contrario a la imagen que tenía de Triel, el caminante comenzaba a mostrar más seguido los dientes con sus disimuladas sonrisas. Y cada vez que lo hacía, ella se perdía mirándolo como una tonta. Sacudió la cabeza, consciente de que no existía entrenamiento ni mente fría que pudiese haberla preparado y preservado para lo que sobrevenía cada vez que tenía a ese hombre enfrente.

El teléfono de Triel sonó e interrumpió el diálogo. «Mejor», pensó agradecida.

Triel atendió y habló muy poco, pero la expresión de su rostro se volvió más adusta. Asentía de vez en cuando, pero casi toda la conversación telefónica se basó en escuchar. Al final, agradeciendo a su interlocutor, colgó.

La miró y, con gran seriedad, anunció:

–Necesitamos hablar.

\*\*\*

—Soy Metanón —dijo su amigo del otro lado del móvil.

—¿Has logrado tu objetivo?

—Supongo que te estás refiriendo a la pesquisa de la bruja.

—Exacto.

—No —gruñó Metanón—. Después de tu partida con Brenda hacia México salí a buscarla, pero sin éxito. Y ninguno de nuestros agentes ha recibido alguna información sobre su paradero.

—No creo que se aleje demasiado de quien ya sabes.

—Si ese «de quien ya sabes» hace referencia a Brenda, entonces estoy de acuerdo contigo. Es lo que he pensado todo el tiempo, pero, como me había detenido en la investigación de lo que en breve te comentaré, entonces no he podido ser efectivo. Pero apenas termine de hablar contigo, partiré hacia México.

Tenía a Brenda enfrente, por lo que contestó a su amigo con un mensaje mental.

*«La chica está aquí y no puedo explayarme, así que te hablaré de forma telepática».*

—Bueno, cariño —respondió Metanón con voz graciosa. Ese era otro con el que tendría que vérselas en el gimnasio si seguía haciéndose el idiota.

*«Coméntame los resultados que tienes para mí».*

—Uno de mis contactos me ha informado de las coordenadas de un lugar perdido en el mundo, donde los caídos tienen un campo especial de adiestramiento de niños y adolescentes.

*«El muchacho al que el capitán Schneider de los caídos había querido utilizar para llevar a cabo un intercambio por Brenda es Seber Mori, su hermano. ¿Sabes si entre los chavales se encuentra uno que responda a ese nombre?».*

—Lamentablemente no nos ha llegado ningún listado y tampoco disponemos de fotos actuales del chico, entonces es difícil afirmarlo. Pero se ha esparcido entre los caídos que hay un adolescente muy especial que se perfila como un

gran guerrero y que estaría siendo entrenado en la guarida que te mencioné. Y se llama Seber. No hay muchos jóvenes con ese nombre, así que casi me arriesgaría a afirmar que se trata del hermano de Brenda.

«*Buen trabajo, Metanón. Por favor, pásame las coordenadas*».

–16.45N, 91.30W.

Respiró hondo confirmando lo que había sospechado. Brenda había soñado con una de ellas y a él se le había presentado la otra. ¿Qué quería decir eso? Negó con la cabeza. Hallar una respuesta le producía un temor visceral, y no estaba dispuesto a ahondar más en ese punto.

«*Bien*», contestó a cambio.

–¿Es lo único que tienes para decirme? —preguntó Metanón con tono irónico.

–Gracias.

Y colgó. Al levantar la mirada, se detuvo en los ojos de Brenda, que lo observaban con detención, y un calor asfixiante comenzó a subirle por la espalda. Esa chica sería su perdición.

–Necesitamos hablar. —Brenda asintió despacio. Se sentó a la mesa frente al ordenador y, al activar la pantalla, surgió el mapa satelital y las coordenadas que se había aventurado a escribir unas horas antes, y que Metanón, con su llamada, había confirmado—. Como te dije antes, existe una gran probabilidad de que tu hermano se encuentre en la selva Lacandona, en Chiapas.

–Déjame intentar algo —solicitó Brenda.

–Adelante.

La joven se inclinó a su lado y posó los dedos sobre el punto en el mapa. No bien ella cerró los ojos, Triel no pudo dejar de admirar el brillo que el cuerpo de pecado comenzó a irradiar. Y al recordar lo que había vivido junto a esa mujer hacía unas horas, el miembro se le puso tan duro que temió perder la poca resistencia que le quedaba. La contempló con intensidad y, aunque su semblante se notaba pálido, toda ella era un manojito de vida

palpitante. Y sin que pudiese impedirlo, lo que ya una vez había experimentado, y que no sabía cómo describir, lo zambulló en el interior de esa chica.

Captó el latido fuerte y acompasado de su corazón y el ronroneo de la respiración agitada. Tragó en seco, consciente de sus ganas desesperadas de tenerla entre sus brazos. En cambio, se vio rodeado de imágenes de un descampado donde una gran cantidad de niños y jóvenes practicaba distintas disciplinas de combate. Y entre ellos, el mismo muchachito que había visto en el sueño de Brenda se divisó con claridad. «¡Seber!», la oyó susurrar con angustia.

Triel abrió los ojos al mismo tiempo que la joven y pensó que, una vez más, se había producido una unión entre ambos más allá de lo físico y que les había permitido descifrar lo que se manifestaba como casi imposible. Si bien no era voluntario, parecía inevitable.

—Mi hermano está ahí. No hay dudas —afirmó Brenda, y se dirigió al guardarropa, de donde tomó su mochila y comenzó a empacar. De alguna manera, era semejante a él. Cuando estaba enfocada en algo, utilizaba pocas palabras y se ponía en acción de inmediato. Y le encantaba.

Triel se puso de pie y, con la computadora bajo el brazo, se dirigió a la puerta, Antes de salir, avisó:

—Partimos en quince minutos.

## Capítulo 18

Llevaban siete horas de manejo desde que se habían marchado de Ciudad de México con destino a la localidad de Ocosingo, en Chiapas.

Durante el primer tramo del trayecto, Brenda había ido al volante, y al tomar la autopista federal 150D habían atravesado diversas localidades, como Valle de Chalco Solidaridad, San Marcos Huixtoco y San Martín Texmelucan, esta última ubicada cerca de la ciudad de Puebla. Pero hacía un par de horas, le había solicitado intercambiar lugares para poder descansar, cosa que Triel había hecho con gusto. En la zona de la Tinaja la carretera había cambiado de nombre y en ese momento atravesaban el estado de Veracruz.

A medida que pasaban los kilómetros, Triel seguía impactado con la intimidad que había compartido con Brenda en el hotel de México, que, lejos de aplacar el deseo de su cuerpo, lo había acrecentado. No estaba seguro de lo que le ocurría a ella, pero si llegase a sentirse abrumada como él, entonces la relación entre los dos sería un verdadero desastre. Y lo que no podía entender era que, por primera vez en muchos años, se había quedado dormido al lado de una mujer en un lecho.

Sacudió la cabeza de un lado a otro. Desde que había sufrido una de las peores traiciones de su vida a manos de una, se aseguraba de hacer cumplir una regla de oro que él mismo se había impuesto: jamás quedarse con una joven más tiempo de lo que durase un coito. Y siempre lo dejaba muy claro.

Por lo tanto, ellas sabían a lo que se exponían. No iba a la caza de ninguna porque solo aceptaba acostarse con las muchachas que lo deseasen lo suficiente como para enfrentarse al hecho de que le temían. Su aspecto era intimidante, no se consideraba bien parecido ni tampoco carismático, y de su boca no salían palabras bonitas. Pero, aunque en su vida no hubiese espacio para una fémica, tampoco significaba que no las respetase. Nunca había mentido a ninguna, y era frecuente que lo catalogasen como un tipo cruel o *bad boy* por ser tan directo. Era la manera que tenía de no involucrarse en dramas femeninos como los que tenía que aguantar Ruryk. Por eso, al recordar la manera en que se había abalanzado sobre Brenda, para después quedarse dormido como un niño a su lado, aún lo confundía. Había roto su regla sagrada y sentía mucha rabia hacia sí mismo.

–Por favor, ¿podríamos detenernos? Estoy sedienta.

La voz sensual lo sacó de sus pensamientos y lo tentó a desviar la mirada hacia la boca de donde provenía. Recién despierta del corto sueño en el que había caído en el asiento a su lado, Brenda resultaba adorable.

–¿Querías comer algo también?

–Sí, gracias.

La piel de la chica con perfume a lavanda lo encendía como un mechero, por lo que se obligó a clavar los ojos en el camino. Había significado una verdadera tortura contemplar el cuerpo lleno de curvas entregado al sueño y no poder acariciarlo. La camiseta que lo cubría remarcaba los senos, y al evocar cómo se veían desnudos se le llenaba la boca de las ganas de comérselos. No tenía suficiente de ellos. Tampoco de las piernas kilométricas, ni de las nalgas firmes, o de la larga cabellera que se enredaba con la suya en torbellinos de seda.

Comenzó a respirar profundo. El aroma de su propia piel, en cambio, no despertaba necesariamente los instintos sexuales de Brenda. Era todo lo contrario a lo que sucedía con las mujeres humanas: a ellas les era casi imposible resistirse al olor de los miembros de su casta, sobre todo cuando

estaban excitados. Como él en ese instante. Sin embargo, Brenda permanecía ajena a su deseo. Parecía encenderse solo cuando la abordaba y no entendía el porqué.

—Estamos llegando a una localidad llamada Cosoleacaque —le dijo mientras analizaba un mapa digital—. Hay un restaurante que hace muy buenas pizzas. ¿Te apetece que nos detengamos allí?

—De acuerdo.

A unos pocos kilómetros divisaron el municipio. Como hacía más de veintisiete grados y era de nochecita, encontraron gente sentada en la vereda de sus casas o en lugares públicos. Las edificaciones estaban hechas en su mayoría de concreto y en sus paredes predominaban los colores fuertes y contrastantes. Los techos eran planos o bien a dos aguas, pero de forma atenuada. Muchas de las veredas presentaban grietas, lo mismo que el asfalto, y algunos postes de luz se perdían entre la vegetación, en la que destacaban los cedros, los sombreretes, las caobillas y las palmas reales. Lo que le llamó la atención fueron los carteles de los diferentes negocios, fabricados con distintos tamaños de letras y pintados en una amplia gama de tonalidades, algunas en extremo chillonas, con la finalidad de atraer a posibles clientes. Era, sin ninguna duda, una ciudad de trabajadores.

A medida que se acercaban al restaurante, pasaron al lado de una pintoresca iglesia católica, con dos torres y una cúpula, en cuyo frente se erigían dos palmas reales de gigantescas dimensiones.

—Allí —dijo Brenda señalando con el dedo la esquina del predio que buscaban.

Triel aparcó la camioneta en la vereda de enfrente. Unos pocos metros más adelante se divisaban varios taxis pintados de blanco y rojo, que esperaban con paciencia el arribo de algún pasajero. Cuando se bajaron de la Toyota, eligieron sentarse en una pequeña terraza que el lugar ofrecía para poder disfrutar del aire un poco más fresco de la noche. Una camarera muy simpática los atendió y, gracias a ella, se enteraron de que las pizzas eran



caseras y elaboradas en hornos de piedra. Encargaron dos sin carne y con porción extra de queso, más una limonada para Brenda y una cerveza para él.

Al observar a su alrededor, Triel detectó varias casas de dos plantas, estilo colonial, con escaleras al frente y rodeadas de rejas de protección, lo cual indicaba que debía de existir cierto grado de vandalismo en el municipio. La gente los examinaba curiosa, máxime porque las dimensiones de ambos eran superiores a las del promedio de los lugareños. Además, el tatuaje de la serpiente en su cara y el aspecto mercenario que lo caracterizaba debía de generar algún tipo de recelo, cosa que lo tenía sin cuidado.

Lo que no le pasó desapercibido fue el impacto que Brenda ocasionaba entre los hombres. Cada vez que estos, deslumbrados, detenían la vista en su rostro o en su figura, él, sin que ella se diese cuenta, se las devolvía con tal instinto asesino que, uno a uno, terminaban bajando la mirada.

«Ella es mía», susurró dentro de sí, pero apenas se dio cuenta de sus palabras, comenzó a transpirar. Debía llamarse al orden o fracasaría como un condenado en el futuro. En ese instante, se acercó la mesera y colocó las pizzas y las bebidas sobre la mesa. Después de agradecerle, Triel abordó a Brenda con el tema que le había quedado retumbando en la cabeza.

—Me gustaría preguntarte algo referente a lo de ayer. —Brenda lo miró con intriga mientras se llevaba un pedazo de pizza a la boca—. Me refiero a cuando apoyaste los dedos sobre las coordenadas en el mapa.

—Te expliqué que es un don que tengo de niña.

—Correcto. Pero ¿por qué no lo utilizaste desde el principio, cuando te presenté la ubicación de la guarida de los caídos?

Brenda se encogió de hombros.

—Estabas empeinado en esperar el llamado de Metanón.

—Porque no sabía que Seber se encontraba allí. Pero tú podrías haberlo detectado desde el inicio.

La vio empalidecer. La joven conocía la respuesta, pero por lo visto aún no quería brindársela.

–Mi don no funciona siempre de la mejor manera.

Al ver que se volvía más taciturna, decidió dejar el tema. Ya habría tiempo de obtener explicaciones.

–De acuerdo.

Comieron en silencio, sin dejar de estar pendientes el uno del otro. Si bien Brenda intentaba disimular, la notaba perturbada y quizás temerosa. No dudaba de su valentía y sabía que contaba con muchos recursos para enfrentarse a tipos como él, pero, de alguna manera, su presencia la ponía nerviosa.

–¿Puedo ser yo la curiosa ahora?

Le sorprendió su pregunta.

–Depende.

Al ver que sonreía, volvió a sentirse en llamas. Esos hoyuelos y la boca con labios gruesos eran lo más erótico que había conocido.

«Para devorármela de a poco», pensó. Y tomó otro trago de cerveza.

–¿Quién era esa mujer de la que estuviste enamorado?

\*\*\*

Brenda fue consciente de que quizás había cometido un gran error al preguntar semejante idiotez. Se desconocía por completo. Haber estado sentada a su lado durante horas después del desenfreno que habían experimentado en la cama la llevaba a preguntarse cómo diablos podría continuar con el trajín diario cuando su interior había sido sacudido de forma tan violenta. Y en todo el trayecto no había dejado de pensar en la realidad que la abrumaba. Quería a Triel.

Si bien era cierto que al despertar había pensado que era una tontería y que la promesa que se había hecho había sido producto de la pasión, necesitaba de una vez por todas ser sincera y dejar de negar la realidad. En la cama y en brazos de ese hombre, algo desconocido había despertado en ella. Y no se

detenía, sino que crecía y le gritaba que no se había equivocado. Por eso, cuando Triel le había preguntado por qué no había usado su don para encontrar a su hermano, no se había animado a contestarle la verdad. Hacerlo hubiese significado quedar expuesta.

En aquel momento no había confiado en él como para exponer sus habilidades, pero después de la maratón sexual y de lo que había descubierto acerca de sus sentimientos, había decidido que quería sorprenderlo y demostrarle que confiaba en él. Porque quería estar a su lado.

Por nada del mundo se lo diría, más cuando recordaba la imagen de la chica que había sido la dueña del corazón del caminante. ¡Estaba por completo celosa!

Suspiró desanimada. Pensar y reflexionar sobre tal embrollo la había agotado de tal forma que después de unas pocas horas de conducción le había solicitado a Triel intercambiar los roles. Para olvidarse de todo, había intentado dormir, pero sin éxito. Al menos le había servido para tomar una decisión: permitiría que las cosas fluyesen entre ambos y dejaría que se ubicasen por sí mismas en el lugar adecuado. Había reconocido sus sentimientos, pero temía que los de él fuesen muy diferentes. Estaba segura de que se sentía muy atraído sexualmente, pero a ella no le alcanzaba. Nunca había funcionado con eso de ir y acostarse con otros hombres por diversión. John lo había intentado tantas veces que ya ni las podía contar. Era muy bien parecido y las muchachas morían por él, pero a ella no se le había movido un pelo. Solo en una ocasión había accedido a que la besara. ¡Y vaya que John se había esmerado! Pero solo había sentido repugnancia. Debido a ello, nunca más se lo había permitido, lo cual le había costado muchas discusiones con su compañero. Y así como John, también muchos otros hombres se habían acercado, sin que ninguno le hubiese quitado la respiración. Hasta que se había topado con Triel. Y seguía sin entender el porqué.

—No lo estuve —lo oyó contestar.

Mentía. Ella sabía de primera mano que era así.

—Lo que percibí evidenciaba lo contrario.

Las pupilas de Triel brillaron con el color del mercurio, y pudo comprender la ira que reflejaban. Se estaba metiendo en camisa de once varas y todo por los celos insoportables que la carcomían.

—No voy a aceptar...

—¡Tienes razón! —exclamó—. No soy quién para que me cuentes acerca de la mujer a la que has amado como un loco.

Y cerró los ojos porque, una vez más, metía la pata. Esperó algún grito del otro lado, pero este nunca llegó a manifestarse. Al abrirlos, se topó con la expresión de Triel bastante desencajada, aunque no como esperaba. Una chispa de diversión se asomaba a su rostro.

—Eres imposible, ¿lo sabías? —le dijo y Brenda asintió, por completo de acuerdo. El caminante se terminó la cerveza y se apoltronó en la silla sin dejar de mirarla con intensidad—. Esa joven fue una gran equivocación en mi vida. Creí estar enamorado de ella, pero después me di cuenta de que no lo estaba.

—¿Y dónde está ahora?

La expresión del silverwalker la atemorizó. Ese hombre tenía la habilidad de cambiar de semblante de un segundo a otro de una forma extraordinaria.

—Muerta.

«Ahora entiendo», pensó Brenda. El corazón de Triel estaba hecho pedazos porque había perdido a su amada.

—Lo lamento —contestó apesadumbrada.

Pero la carcajada baja de Triel la sorprendió.

—No lo hagas. Yo la maté.

Brenda empalideció. No podía ser. Debía de haber entendido mal.

—¿Perdona?

Pero Triel se levantó y contestó:

—Voy a pagar. Apenas regrese, partimos de aquí.

Lo contempló marcharse sin haber sido capaz de decirle que quería abonar

su parte de la comida. Estaba tan choqueada que apenas si podía pensar con claridad. Respiró muy profundo tratando de aliviar el nudo que se le había instalado en la garganta. ¿Qué diablos había pasado entre ellos? Solo rogaba, por su bien, que en algún momento llegase una respuesta.

\*\*\*

Antes de partir de Cosoleacaque, Triel le había pedido permiso para seguir manejando el vehículo durante el resto del trayecto y Brenda había aceptado sin inconvenientes. Se había sentido perturbada no solo por la cruel verdad que Triel le había confesado, sino también por la angustia que la aquejaba cada vez que pensaba en su hermano. No sabía con qué se encontraría y tampoco la manera en que iba a lograr que, después de tantos años de separación, Seber confiase lo suficiente en ella como para regresar a su lado.

Miró de reojo a Triel, que permanecía con el gesto ceñudo. Si bien el caminante dormía muy poco, era evidente que no lo afectaba demasiado, porque su cuerpo desbordaba energía. Por su parte, cerró los ojos en un nuevo intento de conciliar el sueño. Habían pasado las localidades de Minatlán, Coatzacoalcos y Heroicas Cárdenas, esta última perteneciente al estado de Tabasco. La carretera había cambiado de nombre varias veces, y durante el trayecto se habían detenido solo unos pocos minutos para ir al baño y comprar algo rápido de beber y de comer. Llevaban doce horas de viaje y todavía quedaba un buen trecho de camino hasta Ocosingo, municipio ubicado en el estado de Chiapas.

—No puedes dormir —aseguró Triel sin desviar la vista de la ruta.

—Te juro que lo intento —contestó, y abrió los ojos.

—Estás preocupada por tu hermano.

El tono de voz revelaba que se trataba más de una afirmación que de una pregunta. «Y por lo que le sucedió a esa mujer», pensó, pero no se lo diría.

—Sí —contestó.

—Sé que soy el último que puede preguntarte algo, pero me gustaría saber un poco más acerca de tu familia.

—¿Me vas a decir que no me has investigado?

Triel sonrió.

—Quiero conocer los hechos de tus propios labios.

La sorprendió su curiosidad, pero sabía que formaba parte de su profesión. Después de todo, a ella le sucedía lo mismo.

—Mis padres, mi hermanito y yo vivíamos en el barrio de Scoville Avenue, en Cleveland, donde, por desgracia, abundaba la violencia. Lo más triste es que no solo provenía del exterior, sino que también de nuestra propia familia. Mis padres eran alcohólicos y adictos a las drogas, por lo que el maltrato hacia Seber y hacia mí era cotidiano. Sobre todo, de parte de nuestro padre.

—Tu madre era rusa. Mónica Sidorova.

—Exacto —afirmó Brenda—. Fue adoptada de niña por una pareja estadounidense y tuvo una vida normal hasta que se casó con mi padre. Mónica era muy joven en ese momento, y Charles le llevaba más de quince años. Creo sinceramente que fue él quien arruinó a mi madre, porque fue el que la introdujo en las adicciones. Nunca supe demasiado acerca de los miembros de la familia que había criado a Mónica, porque mi madre no se explayaba sobre ellos. Se notaba que los extrañaba, pero jamás la escuché explicar, por ejemplo, por qué no venían a visitarnos.

—¿Conociste a tus abuelos?

—Sí, pero solo tengo vagos recuerdos de ellos siendo una niña.

—¿Están vivos?

Brenda se encogió de hombros.

—No lo sé.

—¿No has sentido curiosidad por investigarlos?

Negó con la cabeza.

—Mi único objetivo es Seber. Cuando lo recupere, ambos decidiremos qué hacer en el futuro.

El silencio que se produjo a continuación le indicó que Triel analizaba su respuesta.

—¿Y por qué te fuiste de tu casa? —preguntó al final.

—Para conseguir el dinero suficiente que nos posibilitase a Seber y a mí iniciar una nueva vida. Cuando escapé, no podía llevármelo conmigo porque era muy pequeñito y yo, menor de edad. Apenas tenía quince años. Pero al final conseguí un empleo que me posibilitó juntar la cifra adecuada y regresar a por Seber.

—Pero tus padres fueron asesinados dos años después de tu huida y tu hermano desapareció ese mismo día.

Brenda asintió con un nudo en la garganta. Aún recordaba el dolor profundo que había sentido al enterarse de que no habían quedado rastros de su pequeño.

—Fue muy duro afrontar el hecho de que había llegado tarde para encontrar a mi hermano. Muchos pensaron que había sido yo la que había cometido semejante acto de barbarie contra mis padres y Seber.

Triel la miró y colocó las yemas de los dedos sobre su mejilla.

—Idiotas —susurró.

Brenda apoyó la cara sobre la palma cálida y se sintió protegida. Cuando Triel la apartó a los pocos segundos, un sentimiento de desolación la agobió. «Estoy acabada», gimió por dentro.

—¿Dónde trabajaste en esos años?

—Me reservo la respuesta.

La expresión de Triel se volvió áspera.

—¿Fue donde conociste a John Carter?

Brenda volvió el rostro hacia él, incapaz de creer lo que escuchaba. Otra vez Triel se mostraba celoso. Como ella.

—No voy a hablar de eso. Tú tampoco me has contado acerca de la mujer que vi...

—Seber ha permanecido varios años con los caídos, Brenda —la

interrumpió. Era evidente que quería cambiar el rumbo de la charla—. No será fácil sacarlo de allí.

—Es lo que me temo. Además, no me ha visto desde que tenía seis años. Es probable que ni siquiera me recuerde. —Al pronunciar esas palabras, no pudo evitar que las lágrimas se agolpasen en sus ojos. Triel clavó los frenos en la camioneta y la contempló de manera extraña—. ¿Qué pasa?

Pero en vez de responder le tomó la cara con las manos e, inclinándose sobre ella, la besó. Al principio permaneció quieta, porque no había esperado esa reacción, pero la maravilla que experimentaba cada vez que esos labios tocaban los suyos la obligó a actuar.

Se devoraron las bocas por un largo rato con besos húmedos y cálidos. Y, si bien el caminante podría haber intentado acariciar otras partes de su cuerpo, parecía concentrado en atacar solo su boca. Su lengua se abría paso con frenesí entre la suya, en tanto los pulgares le quitaban las pocas lágrimas derramadas por sus mejillas. Brenda entrelazó los brazos por detrás del cuello fuerte y se entregó a una pasión desenfrenada. De súbito, el caminante se apartó un poco y la miró. Respiraba agitado, con las pupilas llenas de un fulgor plateado.

—Odio verte llorar —dijo, y detuvo la mirada en su rostro un poco más. Brenda apoyó las manos sobre las de él y lo esperó. Pero el silverwalker regresó a su asiento frente al volante y anunció—: En media hora arribaremos a Ocosingo.



## Capítulo 19

**B**renda se acomodó en la silla de montar. Hacía alrededor de una hora y media que habían salido a lomos de caballo y el camino pedregoso sacudía su cuerpo de modo ininterrumpido.

Aún recordaba la tarde anterior cuando, desde Ocosingo, Triel se había desviado por un camino de terracería que corría paralelo al río Jataté, rodeado de selva de tonalidades verdes y brillantes. Luego de seis horas de manejo, y habiendo atravesado varios poblados tzeltales, habían arribado a la localidad de San Quintín, en el ejido Emiliano Zapata, donde se habían detenido en un centro ecoturístico, llamado igual que el ejido, ubicado en la confluencia de los ríos Jataté y Perlas. La belleza del lugar había sido indescriptible, sobre todo porque en la unión de los dos afluentes se apreciaban los tonos de ambas aguas: las del Jataté, de color café, y las del Perlas, azuladas.

En una de las cabañas del centro habían pasado la noche, aunque Brenda había preferido dormir en una hamaca a la intemperie. Si bien Triel, en un primer momento, se había mostrado receloso, Brenda le había dicho que había vivido veintitrés años sin él y que hacía rato que nadie le decía qué hacer. Gruñendo, el silverwalker se había ido a dormir, aunque Brenda había sonreído al ver que había dejado la persiana del cuarto abierta, desde donde podría apreciar la hamaca en la que ella descansaba.

La elección de dormir separada de Triel había sido una medida de protección. En ese viaje se había dado cuenta de que, aun cuando albergaba

fuertes sentimientos hacia él, no podía perder de vista que su hermano era lo primordial. Y pasar la noche juntos hubiese significado volver a exponerse. Era en absoluto consciente de que solo ella tenía expectativas, porque no desconocía que Triel se mostraba por completo reacio a mantener una relación con una mujer, máxime cuando acababa de descubrir que él había asesinado a la única a la que había amado. Se lo había comunicado casi como si lo hubiese disfrutado, y la asustaba. Entonces, existían demasiadas cuestiones desordenadas en su vida como para seguir exponiéndose a emociones que desconocía cómo controlar. Nada ni nadie la habían preparado para eso y se sentía perdida.

Pero esa mañana bien temprano habían partido hacia la Laguna Miramar, ubicada a unos seis kilómetros del centro. Debido a las armas y a los víveres que portaban, habían alquilado dos caballos para hacer el trayecto, y, de acuerdo con lo que Triel le había comunicado, apenas arribaran a la laguna los conduciría a la guarida de los caídos, que, aseguraba, se localizaba cerca. Pero para ello iban a tener que remar un par de horas.

—He alquilado un cayuco —le comunicó Triel sin darse la vuelta. Iba delante mostrando el camino.

—¿Un qué?

—Un cayuco es una especie de canoa, pero un poco más chica.

—¿Entrarás en ella con tu tamaño?

Triel refunfuñó. Era su manera de decirle que sí y que no estaba de buen talante para soportar sus preguntas tontas.

—¿Y dónde está?

—En la playa.

A consecuencia del lodo, las piedras del camino y las irregularidades del terreno debían marchar al paso. Brenda contemplaba absorta la belleza de la selva Lacandona, que contaba con una biodiversidad de enorme riqueza. A medida que avanzaban, se toparon con árboles como ceibas, amates, guanacastles, cedros, caobas y palos mulatos, que predominaban con alturas

entre los treinta y cincuenta metros, algunos de ellos con troncos cuyos diámetros se extendían a casi dos metros. Era tal la inmensidad de la vegetación, así como su riqueza, que a Brenda le pareció como si la mano de un ser superior se hubiese detenido en ese lugar un tiempo más prolongado cuando la había creado. Y en ese punto del camino, constituía una gran bóveda verde muy oscura que los acompañaba en silencio. Le resultó sorprendente observar hojas de más de un metro de longitud, que luchaban por atrapar la escasa luz que lograba filtrarse a través del dosel de la selva.

—Este es un buen lugar para jugar a Tarzán y Jane —dijo sonriente al inspeccionar las lianas que caían de los árboles.

Triel la miró e hizo una mueca. Era indudable que seguía de mal humor, pero no iba a permitir que perturbase el suyo, que se sentía de maravilla frente a la extensión inusual que le llenaba el alma. Detuvo la mirada en un grupo tupido de lianas y enredaderas que crecían en los árboles majestuosos buscando luz y agua, los recursos más codiciados por las especies. De súbito escuchó unos aullidos muy particulares que la dejaron sin aliento.

—Monos saraguatos —aclaró Triel, y señaló con la mano unos cuantos de pelaje negro que comenzaron a saltar de un árbol a otro utilizando las lianas, con seguridad anunciando a sus compañeros su presencia. A estos se sumaron otra especie de monos, de menor tamaño y contextura más lánguida.

—¿Y esos? —preguntó Brenda obnubilada.

—Monos araña. Son el plato preferido del águila arpía.

—Entiendo.

A Brenda no le gustó saber ese dato, pero la naturaleza tenía sus propios mecanismos de acción, que respondían a una ley sagrada de balance y equilibrio. Recordó que la noche anterior, mientras cenaban en el pequeño restaurante del centro, habían escuchado sobre la existencia de cocodrilos de pantano, que se encontraban sobre todo en una laguna llamada La Colorada, a la cual la gente poco se acercaba por temer a esos reptiles. Esperaba que no les tocara remar por esa zona.

Y así continuaron, gozando de la aparición esporádica de otros animales como guacamayas, tucanes reales, colibríes, mariposas y algunos tapires. En varios tramos del recorrido se habían topado con afluentes de agua tan límpidos que, por el calor que hacía, en una ocasión se habían bajado de los caballos para degustar su sabor.

—Creo que te gustará lo que se ve un poco más adelante —anunció Triel.

Brenda estiró el cuello para corroborar de qué se trataba y, cuando detectó lo que había llamado la atención del caminante, se dio cuenta de que tendría que darle toda la razón. Orquídeas y bromelias florecidas de diferentes colores se erigían entre los helechos, las palmas y las especies rastreras, que daban vida a un colchón de distintos verdes que ayudaban a destacar la belleza natural de las flores.

—Gracias —susurró al gigante por haberla hecho partícipe de algo tan fascinante.

Pero Triel no contestó, sino que permaneció concentrado en el camino. Sumergidos en la oscuridad de la selva, mantuvieron el paso hasta que, sin saber cómo, surgió la claridad, y con ella, un sublime cuerpo de agua que los dejó con la boca abierta.

—Dios —murmuró Brenda deteniendo el animal en tanto Triel hacía lo propio con el suyo.

La Laguna Miramar, también llamada «laguna de los mayas» o «de los lacandones», se extendía en todo su esplendor rodeada de montañas bajas. Se quedaron contemplando por unos minutos aquella inmensidad escondida en medio de la intrépida selva, que parecía cobijarla celosa entre sus brazos. Brenda inspiró profundo, cautivada por el agua transparente que se prolongaba a lo largo de la reducida playa de arena. Presentaba tonalidades verdes y turquesas que iban oscureciéndose casi por completo hacia el centro a raíz de la mayor profundidad de las aguas. Y las montañas asemejaban ser los guardianes del lugar.

—Tienen entre seiscientos y mil metros de altura —aclaró Triel como si

hubiese adivinado sus pensamientos.

Apenas dicho esto, se movió con agilidad hacia los varios cayucos que descansaban sobre el borde de la arena. Había de tintes naranjas, verdes, azules y blancos, pero Triel se decidió por uno cuyo tono era el más semejante al del agua. Por su parte, Brenda se volvió hacia los equinos y comenzó a desempacar las armas, los víveres y dos tiendas para dormir, cada una de las cuales, plegada, conformaba un anillo de poco más de medio metro de diámetro en extremo liviano.

Cuando Triel regresó, la ayudó a acarrear el equipamiento hacia la embarcación y, una vez culminado el trabajo, Brenda preguntó:

–¿Y los caballos?

–El encargado al que le alquilé el cayuco me aseguró que saben regresar solos. Se pueden entretener pastando en el camino, pero al final arribarán sin ningún problema.

–Existen jaguares que pueden atacarlos.

–Lo sé, pero es un riesgo al que estarán acostumbrados.

Brenda se detuvo, sabiendo que no podían hacer más por los animales. Eran fuertes, sanos y, además, debían de conocer bien su hábitat y a sus enemigos naturales. Asintió y de inmediato formuló otra pregunta:

–¿Cuánto tiempo hay que remar?

–Alrededor de dos horas. Iré en la parte de atrás de la nave porque conozco el camino.

Volvió a asentir. Triel se apresuró a desplazar el navío hacia el agua y Brenda ingresó en la correntada suave, que se sintió de maravilla en sus piernas. Al mirar hacia abajo, detectó que sus zapatos deportivos se enterraban en la arena blanquísima, que se apreciaba a la perfección a través del agua cristalina.

Mientras Triel sostenía la popa con las manos, Brenda tomó impulso y, a la par que saltaba con agilidad a su interior, Triel daba el empuje final a la canoa y hacía lo mismo que ella. Dándose prisa en tomar los remos, Brenda

empezó a remar. Al segundo después, Triel la acompañaba.

La travesía se desarrolló sin inconvenientes, salvo por el calor que comenzaba a agobiarlos. La laguna abarcaba dieciséis metros cuadrados, es decir, mil seiscientas hectáreas, por lo que su inmensidad apabullaba. La temperatura del agua era muy agradable, y en más de una ocasión a Brenda se le ocurrió la idea de nadar un rato, pero al recordar que ese no era un viaje de diversión, no lo había sugerido. Cruzaron tres pequeñas formaciones de tierra, una al lado de la otra, que, de acuerdo con lo que Triel le había explicado, se llamaban Tres Islas, en las cuales habían podido apreciar una gran variedad de aves de diversos coloridos.

—¿Estás bien? —escuchó decirle.

—Sí, ¿y tú?

Un gruñido fue su única respuesta. Y sonrió. Sabía que él no la podía ver, así que no se privó de hacerlo con más ganas. Ese tipo era muy raro. Daba la sensación de que se preocupaba por ella, pero cuando intentaba acercarse a él, se alejaba. No sabía cómo tratarlo, pero tampoco le importaba mucho.

Prosiguieron remando un buen tramo acompañados todo el tiempo por las montañas. En varias partes les llamaron la atención unos árboles cuyas copas recordaban a cabelleras que dejaban caer sus hebras, algunas de las cuales rozaban la superficie y daban el aspecto de una dama que se estaba lavando el cabello. De la misma manera, encontraron grupos de irupés, cuyas vastas flores con pétalos blancos se asomaban curiosas entre las hojas flotantes, grandes y de estructura orbicular. Alguna vez Brenda había leído que uno de los nombres de esa planta era *Victoria regia*, puesto en honor a la reina Victoria de Inglaterra, lo cual le resultó muy adecuado. Esas flores manifestaban un porte único, precisamente como el de una reina.

Volvió a sonreír. Estaba a un paso de encontrar a su hermano, quien podría llegar a ignorarla o a aborrecerla y, así y todo, lograba disfrutar de todo aquello. ¿Estaría loca? Meneó la cabeza. No. Ella era una sobreviviente que, apenas le era posible, se aferraba a todo aquello que le daba sentido a la vida.

Su hermano era lo esencial, pero la increíble generosidad que la naturaleza regalaba a sus ojos en ese instante también tenía que ser apreciada y agradecida.

De improviso, dejó de remar y se contempló las manos.

—¿Qué pasa? —preguntó Triel, pero Brenda no contestó, enfocada en sus dedos y en sus músculos, que le temblaban—. ¡Bren! —insistió el caminante.

—Detecto una energía muy oscura que me sacude entera —susurró.

Quizás pensaba que estaba fuera de sus cabales. Solo le sucedía cuando estaba muy próxima a algo en verdad maligno, o sumergida en situaciones que provocaban que sus emociones estuviesen a flor de piel.

—Caídos, Bren, además de tu hermano. Estamos a pocos kilómetros de donde se encuentra la guarida y tu cuerpo te lo está avisando.

Lo miró, desconcertada.

—¿A ti también te ha pasado?

Triel asintió con los ojos fijos en ella. Tenían tal fuerza que la dejaban desnuda.

—Ya hablaremos sobre eso. Pero ahora trata de tranquilizarte. Debemos esconder el cayuco en una cueva que está cerca de aquí.

—Está bien. Tú guías.

Remaron un poco más, hasta que debajo del agua cristalina se asomaron unas piedras gigantescas de color muy claro y de forma plana, las cuales se extendían paralelas a la orilla como una prolongación de la superficie de la selva unos diez metros hacia delante. En el extremo y sobre algunas de ellas, crecían pequeños árboles y arbustos, de diversas gamas de colores. Parecían grupos solitarios que habían sido separados de sus congéneres de la costa por el agua. Borearon la zona y nuevas piedras se desperdigaban por todas partes. Brenda las imaginaba como habitantes silenciosos a la espera de algo que los despertase de su eterno sueño.

—Allí adelante —señaló Triel con el dedo.

Brenda alzó la vista de las piedras y se topó con una boca oscura de varios

metros que emergía entre la vegetación. Aflojaron el ritmo de los remos y se dirigieron hacia el agujero negro construido en piedra por la naturaleza. Al ingresar, la visibilidad desapareció y Triel encendió la luz de su móvil, que con su potencia permitió vislumbrar las paredes tachonadas de musgos.

—Dejaremos la nave allí —anunció, y apuntó hacia un saliente de piedra donde había un pedazo de tronco arraigado.

Cuando acercaron la canoa al saliente, Brenda se apresuró a saltar sobre este y, aferrando con una mano la punta de la embarcación, con la otra se apropió de una soga enrollada en su interior y la ató al tronco.

—Espero que aguante —señaló en voz baja.

—Por lo normal, la correntada en este paraje es suave. Además, no había anunciadas lluvias torrenciales, por lo que no creo que haya inconvenientes.

—Bien.

—Llevaré las armas en las mochilas resistentes al agua. Tú encárgate de los víveres y de las tiendas. Tendremos que trepar uno de los muros de piedra que, al menos, tiene treinta y cinco metros de altura.

—De acuerdo.

—Yo te cargaré —le aseguró como si nada.

Brenda lo miró.

—¿Qué? —preguntó sorprendida.

—No tienes equipo de escalada y, como yo no lo necesito, tampoco he traído uno.

Brenda movió la cabeza de un lado a otro.

—Te equivocas. Llevo conmigo lo necesario. —Y sacó de su mochila una pistola con una especie de arpón en la punta.

—Pensaste en todo —dijo Triel con un dejo de admiración en la mirada.

—Si supieras de los apuros que me ha sacado...

Ambos sonrieron y, de repente, Brenda observó el particular brillo en las pupilas de Triel.

«Por favor, aquí no», rogó desesperada. No podía distraerse de su objetivo,



así que bajó la cabeza y se dio prisa en colocar las mochilas con los víveres y las tiendas de dormir sobre sus hombros. Triel seguía escudriñándola, y fue consciente del aroma de la piel oscura que la embriagaba cada vez que la percibía excitada. ¡Y vaya que le costaba dominarse cuando se le llenaban las fosas nasales como en ese momento! Se tiró al agua y comenzó a andar hacia el muro. A su espalda escuchó el ruido de un chapuzón, y en un santiamén fue sacudida como por un tornado. Levantó la mirada y se dio cuenta de que se encontraba en brazos del coloso, que, sumergido hasta la cadera, la contemplaba arrobado.

—No...

—Solo déjame probarte —murmuró Triel, que comenzó a recorrerle las sienes con las yemas de los dedos.

—Mi hermano —balbuceó.

—Te juro que lo encontraremos.

Y la besó.

\*\*\*

Las caricias de las manos se abrían paso a lo largo y ancho de su cuerpo hasta que un ruido seco la sacó de la enajenación. Las mochilas. Sin dejar de besarla, Triel se las había arrebatado y las había lanzado contra unas piedras. Libre de ese peso, Brenda entrelazó los brazos por detrás del cuello del silverwalker, quien, al izarla en el aire, la obligó a cruzar las piernas por detrás de su cintura. Continuaron besándose desesperados y hambrientos, al mismo tiempo que las palmas grandes le recorrían la espalda y los pechos.

—Déjame verte, por Dios —escuchó que le decía en tanto la volvía a colocar de pie en el fondo del agua y le quitaba la parte superior del equipo deportivo. Ese hombre la magnetizaba hasta tal extremo que no tenía manera de escapar de su poder. Y reconoció el gemido de ocasiones anteriores. Al bajar la mirada, se encontró con los ojos negros acerados clavados en sus

senos desnudos.

—Te juro por Dios que nunca en mi larga vida vi unos pechos tan preciosos, Bren —le dijo, e inclinando el rostro, se los devoró con ganas.

En un acto de absoluta entrega, echó la cabeza hacia atrás y, mientras una mano le acariciaba las nalgas, la otra recogía agua y se la volcaba con cuidado sobre los senos, a los que la lengua llenaba de atenciones. Sumergida en una espiral ardiente, arrebató la gomita que sostenía la cabellera de Triel, la cual cayó en toda su extensión por detrás de la espalda, entretanto él hacía lo mismo con la de ella. Y se aferraron a los cabellos del otro en un desesperado intento por profundizar el beso. Ante el grito de una guacamaya con plumaje rojo que pasaba volando sobre el lugar, abrieron los ojos. El caminante sonrió y, arrodillándose en el agua, Brenda quedó a horcajadas sobre él. Inmersos hasta el pecho, continuaron el asalto perdidos el uno en el otro hasta que ella comenzó a tironear de la camiseta de Triel, quien, quitándosela con urgencia, la lanzó sobre unos helechos. Desnudos de la cintura para arriba, se abrazaron y volvieron a comerse las bocas.

Presos de una pasión exultante, perdieron el equilibrio y cayeron al agua sumergidos en una maraña de brazos y piernas. Sin separar los labios, dieron varias vueltas hundidos en la transparencia turquesa, hasta que se vieron obligados a salir a la superficie para tomar aire. Al hacerlo, se miraron y Brenda contuvo el aliento. Las pupilas de Triel brillaban de tal modo que parecían de mercurio líquido. Nunca las había visto resplandecer con esa intensidad y se asustó.

—¿Qué sucede?

Sin responderle, el guerrero la aferró de la cintura y la elevó para sentarla sobre una piedra. Con sus rodillas a la altura del rostro que la contemplaba con anhelo, empezó a quitarle los pantalones deportivos. Y como si aquello le estuviese pasando a otra persona, Brenda se dejó hacer.

Cuando la tuvo por completo desnuda, las manos nervudas levantaron sus piernas y calzaron los talones en el borde de la piedra. De esa manera los

muslos se abrieron más y su preciado tesoro quedó expuesto a la boca que, ansiosa, no dudó en ir tras de él.

Sollozando de placer, Brenda arqueó la espalda y apoyó las palmas sobre la piedra, hasta que un fuego abrasador la hizo llegar al cielo. Al gritar, la mano de Triel cubrió su boca y, después la reemplazó por sus labios. Percibir su propio sabor le resultó erótico al extremo. Cuando el ritmo de la respiración retornó a la calma, Triel la liberó y Brenda se echó al agua.

—Tu turno —le dijo con una sonrisa sensual.

Triel se la devolvió y, alzándose por sus propios medios, se acomodó en la misma posición que ella unos minutos atrás. De un movimiento, se quitó el resto de la ropa. Brenda buscó el miembro enarbolado y se lo llevó a la boca. Jugó un buen rato con la lengua, caliente y húmeda, a la par que escuchaba los gruñidos de placer. En ese preciso momento, los agudos gritos de varios monos araña retumbaron en los oídos de ambos. Pero a ninguno le importó.

Cuando los dedos largos y fuertes de Triel se aferraron a sus senos y los acariciaron de todas las formas posibles, su femineidad se llenó de miel. Con toda la furia de la pasión, Brenda trepó y se sentó a horcajadas sobre los muslos firmes. A medida que el cuerpo del caminante se inclinaba hacia atrás, Brenda lo siguió hasta que la espalda ancha quedó apoyada contra la pared de piedra. Sin apartar la mirada de plata, apoyó los brazos a cada lado de su cabeza y lo besó. Los gemidos de Triel se mezclaron con los chillidos de los monos, que se alejaban del lugar, cuando ella comenzó a moverse sobre el grueso miembro. Se sentía poderosa, consciente de que esos encuentros eran la única oportunidad que tenía de disfrutar a Triel por completo abandonado a su merced. Y ella tampoco pensaba defraudarlo.

Contempló el rostro oscuro, encerrado en la cárcel de piel blanca y suave, que abría la boca y se daba un festín con sus pechos acompañado por el sonido del movimiento del agua y del canto de las aves. Al percibir el tacto de las yemas de los dedos junto a los lengüetazos sobre los pezones, Brenda creyó que alcanzaría el nirvana. Pero esta vez se obligó a no gritar. Se

retorció como una espiral hasta que la explosión de satisfacción se redujo casi por completo.

Triel, con delicadeza, le apartó la cabellera de la cara. Brenda fue a por la masculinidad que se alzaba ante sus ojos y con la boca le dedicó toda clase de atenciones. Lo hizo con tanto esmero que, a los pocos segundos, los roncros quejidos del silverwalker se unieron al estallido de plata expulsado de su cuerpo.

Cuando Triel volvió en sí, sin quitar la mirada de la suya, los regresó de nuevo al centro de la subyugante inmensidad turquesa y la abrazó. Brenda se aferró a él y apoyó la barbilla sobre su hombro. Se quedaron de ese modo un largo rato, escuchando el sonido de las gotas de agua que caían desde los paredones de la cueva y del aleteo de unos colibríes que se habían acercado y los observaban con curiosidad.

En tanto Triel le acariciaba la cabellera con ternura, Brenda se preguntó sin emitir una palabra:

«¿Qué mierda voy a hacer contigo?».

## Capítulo 20

Como de costumbre, se vistieron sin decir nada. Cada vez que culminaba una maratón de ese tipo, Brenda se sentía peor. Ojalá fuese como tantas jóvenes que adoraban tener sexo sin importarles el compañero de turno y que, además, no sentían ningún cargo de conciencia. En cambio, para ella sus encuentros con Triel se estaban transformando en algo fatal para su corazón. Porque, ¿qué pasaría si él jamás respondía a sus sentimientos? Suspiró profundo, sabiendo la respuesta. Quedaría hecha polvo, aunque, al menos, podría decir que lo había intentado. No era ninguna *femme fatale*, pero tenía claro que no quería alejarse de él. Solo le estaba dando tiempo para que entendiese que ella podía llegar a resultar una buena compañera.

Por supuesto que no era tonta y no se hacía ilusiones. Triel nunca le había dado algún tipo de esperanza mayor a lo que existía entre ellos. Pero, como el caminante era un hombre de pocas palabras, tendría que hacer de tripas corazón y proseguir. En alguna ocasión iban a tener que hablar. O es lo que esperaba.

«Lo único que importa en este momento es Seber, Bren», se llamó a la reflexión.

Una vez vestida, se colocó nuevamente las mochilas a la espalda y esperó a que Triel hiciese lo propio con las armas y las municiones. Eran varios sacos, así que el mayor peso lo debería acarrear él, aunque ella tampoco se quedaba atrás, porque los víveres pesaban lo suyo.

—Voy a utilizar la pistola de escalada —avisó Brenda. Recordaba que Triel le había explicado que él no necesitaba de equipo para trepar por la montaña, lo cual le había llamado la atención.

Sin esperar una contestación de su compañero, comenzó a nadar hacia afuera de la cueva. No era fácil hacerlo con las mochilas, pero se obligó a continuar. Al cabo de unos metros, llegó a una de las piedras, bien plana y de enormes dimensiones, que se apreciaba apenas sumergida. Trepó sobre esta y, desde ahí, apuntó con la pistola y disparó una especie de arpón que se clavó en uno de los árboles en el tope del risco, el cual, como Triel le había informado, tenía más de treinta y cinco metros de alto. Al mirar hacia atrás, se sorprendió de no encontrarlo. Alarmada, recorrió con la mirada los alrededores y, cuando pensaba que había desaparecido, escuchó que alguien chistaba.

Se volteó sin saber de dónde provenía hasta que lo oyó de nuevo. Al alzar la vista detectó a Triel, que, parado en lo alto del muro, la observaba con una mueca divertida.

«¿Cómo lo consiguió?», se preguntó asombrada, pero antes de encontrar una explicación, empezó a trepar la cuerda con rapidez. Debido a la agilidad innata que poseía, y que le había permitido ser una de las mejores reclutas en el equipo de entrenamiento, llegó a la cima en menos de treinta segundos. Nada más arribar al borde, los brazos de Triel la izaron como si fuese una pluma.

—Puedo sola —dijo molesta cuando la apoyó en el suelo. Nunca había necesitado de nadie para llevar a cabo sus misiones y no pensaba romper esa regla. Pero, una vez más, recibió tan solo un gruñido como réplica—. ¿Cómo llegaste tan rápido?

Triel se encogió de hombros.

—Trepando.

—¿Dónde está tu equipo?

—Ya te dije que no traje. Soy capaz de escalar cualquier superficie con las

manos y los pies, además de saltar a distancias mayores de lo normal.

Se quedó pasmada. Ella también tenía la aptitud de brincar de una forma extraordinaria, pero no se lo haría saber.

—¿Adónde vamos?

—Tu cuerpo te lo avisará, Bren.

—¿Te refieres a la vibración? —Triel asintió—. Antes bregaste por que atenuara esa capacidad y ahora me impulsas a utilizarla. Me confundes.

—Lamento haberlo hecho. Sucede que ha llegado la oportunidad de practicar tus habilidades con los caídos.

Triel tenía razón, y Brenda decidió que se dejaría guiar por su intuición y por las vibraciones de su cuerpo. En la canoa, de alguna manera, las palabras de Triel habían interrumpido esa conexión, pero era tiempo de restaurarla.

Cerró los ojos y aspiró profundo. A medida que todo alrededor se tornaba más sutil, de repente algo siniestro provocó que sus manos temblaran con vigor. Pero de inmediato una energía cálida las calmó. Al abrir los ojos se encontró a Triel parado frente a ella. La miraba con intensidad mientras sus manos aferraban las suyas.

—Tranquila, Bren. La vibración no debe hacerte daño.

Se lo dijo con tal ternura que sus músculos se relajaron. Y se abstrajo de nuevo.

—Allí —dijo señalando hacia un punto enfrente.

Triel asintió y comenzaron a correr por un sendero cubierto de vegetación. Palmas y helechos entorpecían sus pasos, así como los grupos de lianas. Brenda temió que el ruido de las pisadas sobre los charcos de agua los descubriese, pero los gritos de unos monos saraguatos que se desplazaban de unos árboles a otros a través de sus ramas permitieron el camuflaje. Sin detenerse, prosiguieron la marcha hasta llegar a un árbol de gran envergadura, mucho más grande que todos los anteriores que habían visto, y de cuya copa caían largas y gruesas raíces aéreas, lianas llenas de agua, que rozaban la superficie de la tierra. Su aspecto era intimidante, al mismo tiempo

que majestuoso. Y cuando la vibración de su cuerpo se volvió más potente, Brenda supo que detrás de esa inmensidad encontraría lo que tanto había buscado.

—Triel...

Por primera vez en su vida necesitaba de un empujón, de un impulso. Se había preparado para ese instante durante muchos años, pero un temor visceral se apoderó sin clemencia de su alma. Cuando los brazos fuertes la envolvieron, apoyó la cabeza contra el pecho a su espalda.

—Estoy contigo —le murmuró al oído. Y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Y si no me reconoce?

No podía creer la fragilidad que se había apoderado de ella en ese segundo, pero el beso en el cuello que obtuvo como respuesta se asemejó al efecto que tendría un brebaje estimulante. La presencia de Triel, sin saber cómo, la ayudaba a enfrentar mucho más de lo que en verdad estaba preparada.

—Lo hará.

Y la giró para que lo mirase. Al hacerlo, Triel le aferró las mejillas con las manos y volvió a atacarle la boca. No supo durante cuánto tiempo, pero el suficiente como para revivirla de nuevo. Cuando la soltó, Brenda se sentía poderosa.

—Gracias —susurró.

Emprendieron la marcha otra vez hasta que a casi un kilómetro de distancia divisaron un claro, al cual solo podrían llegar si atravesaban una cornisa de piedras que bordeaba la montaña baja.

—¿Lista?

Brenda asintió y avanzó primero. Colocaron un pie por delante del otro con extrema precaución, como si fuesen equilibristas caminando por una cuerda sin red de protección por debajo. Las mochilas eran una verdadera molestia para Brenda, pero se obligó a concentrarse en el camino que tenía por delante. El musgo que crecía entre las piedras provocaba que el andar resultase resbaladizo, por lo que, ante un nuevo paso, Brenda se esforzó en



calzar la suela del zapato deportivo en el lugar adecuado. Casi al final del trayecto, una piedra se movió y Brenda resbaló, pero Triel alcanzó a sujetarla por detrás. Debido al impulso con que la atrapó, una de las mochilas cayó de su hombro y se perdió a toda velocidad en la inmensidad de la vegetación.

—¡No!

—Importa una mierda, Bren —siseó Triel, que le aferraba la cintura con los brazos.

—Pero...

—¡Quédate quieta de una vez! —gruñó furioso. Se quedó callada. Triel acababa de salvarle la vida, y no podía hacer otra cosa más que acatar lo que le exigía. Lo oyó respirar agitado, como si estuviese perturbado. ¿Quizás se había preocupado por ella? «No seas ilusa, Brenda. Aunque se niegue a admitirlo, debe estar enojado porque perdiste los víveres como una tonta»—. Continuaremos, pero te advierto que no te soltaré.

Se lo dijo con tanta contundencia que prefirió no discutir. No tenía ganas de luchar contra el temperamento dominante del silverwalker. Despacio y un pie tras otro, avanzaron hasta alcanzar el claro. Triel la liberó y se escondieron detrás de unos arbustos. Desde ahí y frente a sus narices se alzaba una serie de viviendas de diferentes tamaños: un edificio de varios pisos rodeado de una gran cantidad de cabañas más pequeñas y tres torres de vigilancia, que eran las guardianas del lugar. Al final de todo, el campo de entrenamiento que había visto en sus sueños se encumbraba solemne. Y la voz de Triel se lo confirmó:

—Hemos llegado.

## Capítulo 21

Corría con sigilo a través de la vegetación que rodeaba el gran edificio del centro del lugar. Triel y ella se habían separado para cumplir con la misión que tenían por delante, pero antes de hacerlo, se habían repartido el arsenal de armas. Al final, el que había terminado pareciéndose a un verdadero guerrero de las galaxias había sido Triel. Cuchillos, granadas y pistolas de diverso calibre se adherían a lo largo de su hercúleo cuerpo, mientras sostenía una ametralladora entre los brazos y, de su cintura, una majestuosa espada caía hasta casi tocar el suelo con la punta. Le llamó la atención porque estaba segura de que en la lucha entre los caídos y los silverwalkers en la guarida del Delta también había divisado un par de ellas. Y la pregunta que se hacía era para qué serían necesarias esas espadas. Al observarlo armado hasta los dientes y dispuesto a dar la vida por su hermano, Brenda no había podido contener la emoción. Con los ojos llenos de lágrimas, se había acercado a él y, atrapándole la cara con las manos, lo había besado. En ese preciso instante, las sensaciones que la habían invadido habían echado por tierra cualquier duda acerca de lo que sentía por él.

«Te quiero», se había atrevido a decir sin emitir palabra. Solo rogaba que su poder mental funcionase como le sucedía con Jackie. Por su parte, Triel la había abrazado con fuerza y sus labios se habían unido a los suyos con ansias. Si bien la ametralladora se interponía entre ambos, a Brenda no le había importado. Había necesitado agradecer a ese hombre lo que estaba dispuesto

a hacer.

Al separarse, él la había observado con intensidad y con las yemas de los dedos le había limpiado las lágrimas. Brenda había sonreído. Sabía que detestaba verla llorar. Y antes de partir le había susurrado al oído:

–Gracias una vez más.

Sin esperar una respuesta, Brenda se había alejado con pasos apresurados hacia la zona de las cabañas donde, estaba segura, se encontraría su hermano. Atravesó la arboleda que la protegía de los vigilantes, ubicados sobre las torres de gran altura construidas en madera. Unas pocas veces se acuclilló por detrás de unas palmas para evaluar el movimiento de los caídos. Pero todo se manifestaba tranquilo. Al focalizar la vista en una de las viviendas, su cuerpo comenzó a vibrar con tal intensidad que supo que estaba reconociendo al de Seber. Si bien hacía muchos años que no se veían, estaba casi segura de que las emociones no podrían engañarla.

Desvió la mirada hacia el edificio de varios pisos, que parecía muerto. Echó una ojeada a su reloj: las tres de la tarde. De acuerdo con lo que Triel le había explicado en algún tramo de la travesía, esa era una hora bastante adecuada, debido a que a partir de las cuatro de la tarde la selva se sumía en una profunda oscuridad, como si fuese de noche, a consecuencia de la poquísima entrada de luz. De esa manera, tendrían mayores probabilidades de eludir a los caídos.

Se palpó las armas escondidas en sus pantalones y también en el chaleco, que se había colocado previo a separarse de Triel. Cuatro pistolas Glock 23, seis cuchillos, diez granadas más un puño de acero en los nudillos de una mano era lo que contaba en su haber. El calor era agobiante, por lo que la transpiración le chorreaba por la cara y el cuello. Se obligó a respirar profundo, sabiendo que debería ser muy efectiva de allí en más.

Contó hasta tres y se lanzó con mucho sigilo hacia la cabaña que se alzaba a unos diez metros de distancia, camuflada por las palmas y helechos que la bordeaban. Con la frialdad que la caracterizaba cuando se encontraba de

misión, sus movimientos se volvieron como los de una pantera: ágiles, ligeros y extremadamente rápidos. Al llegar a la choza, y debajo de una ventana con las persianas abiertas, se colocó en cuclillas y agudizó la audición. El ruido de una silla que se corría y el de un líquido que caía en lo que podría ser un vaso provocó que su corazón galopase con frenesí.

«¿Serás tú?», preguntó, sabiendo que no recibiría respuesta. Se ajustó las gomitas que sostenían la gruesa trenza que se había hecho en el pelo, y que le caía a la cintura, y rogó a alguien superior que la protegiese. Comenzó a erguir el cuerpo hasta que sus ojos llegaron a la base de la ventana. Desde allí pudo percibir la figura de un chico de alrededor de un metro ochenta de altura y textura delgada, aunque muy bien formada. Si bien estaba de espaldas, era evidente que bebía algo. Detuvo la mirada en la particular tonalidad miel del cabello que caía en mechones hasta el hombro.

«Ese color...», balbuceó para sí, y los ojos se le llenaron de lágrimas. Sin que tuviese la oportunidad de anticiparlo, el muchacho se giró con rapidez y clavó la mirada en la suya. Al contemplar su rostro, y sin poder evitarlo, las lágrimas gruesas se desbordaron por sus mejillas.

—Seber —susurró hipnotizada.

El adolescente la apuntó con un arma y disparó.

\*\*\*

El fin del mundo había llegado. O al menos fue lo que Brenda creyó. Apenas el arma de su hermano había disparado, había alcanzado a agacharse a la par que el cristal de la ventana explotaba haciéndose añicos sobre su cabeza. Ante semejante bullicio, el monstruo maligno, que hasta ese instante había permanecido sin vida, había despertado y una cantidad exorbitante de caídos había emergido de sus entrañas. El estruendo de una granada provocó que buscase con la mirada a Triel. Al hallarlo, se dio cuenta de que sonreía y atacaba con saña lo que encontraba a su paso.

Corrió hacia él para ayudarlo y para recordarle que fuese cuidadoso con Seber. Observar al caminante luchar contra la horda de enemigos constituía un hecho casi apocalíptico. Se movía con reflejos que pocas veces había visto en su vida, precisos y rápidos. Y a medida que los sujetos intentaban acercarse a él, los proyectiles de la ametralladora que atravesaban sus cuerpos los expulsaban como moscas hacia todas direcciones. Pero lo que le resultó extraño y la dejó sin aliento fue cuando Triel se aferró a la espada y comenzó a decapitar a los enemigos en forma masiva.

De súbito, un grupo de soldados, disparando a mansalva, corría a toda velocidad en dirección a Brenda. Los eludió, retorciendo el cuerpo como los entrenadores le habían explicado que solo ella podía hacer, y en el último momento lanzó dos granadas que destrozaron al adversario como si fuese un insecto. Por detrás, un tipo de enorme tamaño intentó atraparla, pero antes de que pudiese asirla, Brenda le arrojó dos navajas que, enterrándose en su cuello, provocaron que cayese al suelo escupiendo borbotones de sangre por la boca.

—¡Ven, chiquita! —gritó alguien.

Al darse la vuelta, se topó con otros dos individuos que giraban sendas cadenas en el aire. Se propulsó hacia arriba con uno de sus saltos y aterrizó con la cadera a la altura del cuello de uno de ellos, lo que provocó que el maldito cayese derribado hacia atrás con ella encima. Una vez en el suelo, descargó contra la cara y con toda la furia el puño de acero de sus nudillos, que, además de pulverizar los dientes delanteros del caído, lo dejó por completo inconsciente. Pero la cadena del otro fulano se enredó en su cuello. Sin demora, Brenda se impulsó con todas sus fuerzas hacia atrás y, estrellándose contra su cuerpo, lo hizo perder el equilibrio. Libre de sus garras, se giró y enterró otra de sus navajas en el corazón del agresor. El silbido de una granada arrojada por alguien le advirtió que caería muy cerca de ahí.

«¡Imbéciles!», gritó por dentro, y se puso en movimiento al mismo tiempo

que explotaba el dispositivo. Cerró los ojos para evitar que las esquirlas los dañasen y, a medida que se desplazaba a toda prisa, percibió el ruido de unos pasos ágiles por detrás. «Seber», susurró.

No bien había evocado a su hermano, este gatilló la pistola contra ella y, de esa forma, la obligó a escapar hacia la selva. El cruce de fuego entre los enemigos era tan atroz que en ese segundo fue consciente de que existirían pocas probabilidades de que Triel y ella pudiesen salir con vida de allí.

A medida que avanzaba, detuvo la mirada en una de las torres, donde un grupo de caídos se preparaba para disparar contra Triel. Sin detenerse un segundo, brincó y, elevándose varios metros, arrojó dos granadas contra la construcción, que comenzó a desmoronarse. Nada más hizo pie en la vegetación, se precipitó hacia una cascada que divisó por delante. Al llegar, se propulsó y aterrizó en medio de la caída del agua, detrás de la cual se escondió. Desde allí pudo observar a Seber, que cuando emergió de entre la espesura, dilató las aletas de la nariz en un claro signo de rastreo.

«No hay duda de que eres mi hermanito», pensó Brenda para sí con orgullo. El chico parecía confundido, pero no se movía del lugar. Vestía de negro y era hermoso. Por más que sus padres hubiesen sido horribles personas, la mezcla de sus genéticas había obrado maravillas en su aspecto. Y estaba segura de que no tenía maldad. Podía captar que los caídos aún no habían logrado imprimir la peor energía en él, por lo que estaba a tiempo de ser rescatado.

Sabiendo que debería enfrentarse a Seber para quitarle el arma, Brenda surgió de detrás del afluente de agua y, abalanzándose hacia delante, dio de bruces con el chaval, quien cayó derribado por el peso de su cuerpo. Lucharon sobre el follaje y, aunque el muchachito solo tenía catorce años, era fuerte y temible. En el fragor de la pelea, Brenda logró apoderarse de la pistola, que tiró hacia un costado, pero, sin darle tregua, su hermano cargó sobre ella.

—Seber, ¡soy yo, Brenda! —le gritó, pero el pequeño estaba empecinado en

hacer *wrestling* en el barro. Rodaron tratando de imponerse el uno sobre el otro, pero Brenda tenía muchos años de experiencia en peleas y estaba segura de que podría reducirlo. El problema es que no quería hacerle daño—. Por Dios, ¡soy tu hermana! —insistió a viva voz, pero sin éxito. Por culpa del barro, Seber logró zafarse y correr hacia el arma. Cuando logró alcanzarla, Brenda le hizo una zancadilla que lo derribó de cara al suelo. De inmediato le aferró una pierna, se la dobló hacia atrás y con el peso de su cuerpo cayó sobre la espalda de Seber. Desde esa posición, le colocó los brazos por debajo de la garganta y lo mantuvo inmovilizado en un intento de lograr que se rindiese—. Seber, te lo ruego. —Y bramó—: ¡Soy Brenda Mori! —El cuerpo de su hermano dejó de retorcerse—. Nuestros padres fueron Charles y Mónica Mori. Ella era rusa y él descendiente de italianos, ¿te acuerdas? — Aunque no emitía ni una palabra, sabía que el chiquillo la escuchaba—. Me escapé de casa a los quince años porque tú y yo estábamos hartos de los malos tratos por parte de ellos y necesitaba juntar dinero para volver a buscarte y empezar una nueva vida juntos. Hace más de cinco años regresé a por ti, pero la misma noche en que nuestros padres fueron asesinados tú habías desaparecido. He intentado todo y más para encontrarte. ¡Y hace ocho malditos años que espero por este momento! Así que, Seber, te pido que detengas tu ataque y hablemos.

Un lúgubre silencio siguió a sus palabras y Brenda no pudo evitar sentir una profunda tristeza. Su futuro dependía de lo que Seber decidiera.

—¿Qué solías hacer cuando yo estaba triste? —lo escuchó preguntar con cautela.

Brenda sonrió y las lágrimas volvieron a arrasar sus ojos. Con un nudo en la garganta contestó:

—Te sostenía en la falda y te cantaba una canción de Los Beatles que adorabas.

Cuando culminó la frase, el chico le envolvió las manos y se las apartó a los costados. Brenda lo dejó hacer sin importarle que volviese a atacarla.

—¿Cómo se llamaba esa canción? —le preguntó Seber y apoyó una mejilla sobre el suelo. Estaba atento a sus palabras. Brenda se apartó y se sentó a su lado.

—*Yesterday*. —El muchachito empezó a sollozar e, incorporándose del suelo, la abrazó. Brenda lo recibió con todo el amor que albergaba su corazón y lloraron juntos durante largo rato. Al final, cuando los dos se calmaron, le revolvió la cabellera suave y brillante. Pensó en Triel y temió por él. Se encontraba solo luchando con una caterva de locos, y debería ir a ayudarlo. Pero primero tendría que convencer a su hermano para que escapase con ella—. Mi amor, escucha —le dijo, y lo obligó a que la mirara. Al hacerlo, el corazón de Brenda se quedó mudo. ¡Era tan bello su pequeño! Los ojos, como los suyos, eran grandes y almendrados, pero su melena era más clara. Le secó las lágrimas con los pulgares—. He venido con un amigo que me está ayudando.

—Bren —susurró Seber, y se detuvo—. Sí, así es como te llamaba —afirmó sonriente mientras Brenda asentía—. Ellos no son malos.

—Mataron a nuestros padres.

—Lo sé.

—Y van tras de mí.

Seber la observó confundido.

—No puede ser.

—Es la verdad, tesoro. El antiguo jefe de los caídos también fue muy cruel con unas amigas mías que llegaron a convertirse en mis hermanas cuando escapé de casa.

—Sácritos murió —puntualizó Seber, y, al hacerlo, una expresión de pesadumbre cubrió su semblante. Brenda asintió.

—Estoy enterada. Pero entiéndelo, cariño. El malvado de Sácritos mandó a matar a nuestros padres y te secuestró para incorporarte a las filas de su organización. Tienes catorce años y te asemejas a un militar.

—Él siempre me decía que era el mejor y prometió convertirme en un



guerrero inigualable.

El corazón de Brenda se oprimió. Era evidente que ese hijo de puta suponía un ídolo para su hermano.

—Sácritos ya no está, Seber. Pero yo sí, y quiero que vengas conmigo.

—Bren...

—Te lo suplico. Es lo que te prometí.

El chaval cubrió su rostro con las manos. Sabía que no era fácil lo que le estaba pidiendo, pero confiaba en que el poder de la sangre y todo el amor que ella tenía para darle le alcanzase para convencerlo.

—Entonces deberías hablar con Brad y Gustav —explicó Seber no bien descubrió su cara.

—¿Te refieres a Gustav Chavanel? —preguntó.

El pequeño asintió con los ojos grandes como platos.

—¿Lo conoces?

—Lo vi de lejos una vez.

—Será amable si yo me encuentro a tu lado.

Brenda negó con la cabeza.

—Te aseguro que intentará matarme, amor.

—¡No es verdad! —exclamó el chico, dolorido.

—No sé cómo puedo convencerte... —Se interrumpió. La vibración en el cuerpo le avisaba de algo. De inmediato fue consciente de que desde hacía un rato no escuchaba las granadas ni el ruido de ametralladoras, y una pena ahogada y profunda la invadió. «Triel», gimió en su fuero más íntimo. ¿Le habría pasado algo? «Por Dios, no», imploró. Y detectó que algo oscuro se acercaba a ellos—. ¡Ven, Seber! —exclamó preocupada—. Te juro que si no te convenzo te quedarás aquí. Pero ahora debemos impedir que nos vean.

—Yo les puedo explicar —insistió su hermano.

—Solo refúgiate conmigo y te prometo que nos pondremos de acuerdo. Por favor.

Seber la miró dudoso un instante, pero al final asintió. A toda prisa se

colocaron detrás de un enorme *matapalo*<sup>[3]</sup>, que estrangulaba de a poco el árbol que parasitaba. De la misma forma se sentía ella al no saber lo que le había ocurrido a Triel.

En ese momento, una camioneta que transportaba un grupo de hombres se detuvo cerca de donde se encontraban. Cuando dos de ellos se bajaron, Brenda reconoció enseguida a Gustav Chavanel. A su lado, un individuo de cabello blanco caminaba con dificultad ayudado por un bastón.

—¡Esa maldita volvió a huir! —bramó este.

—Debe de haber venido a por el chico —contestó Chavanel.

—¿Se lo ha llevado?

—No ha habido ningún registro.

Seber abrió la boca como para decir algo, pero Brenda se lo impidió al colocarle las manos sobre los labios.

—El bendito protegido del idiota de Sácritos.

—Habla con respeto de él, Brad.

Este se dio vuelta hecho una furia y señaló al otro con el bastón.

—Sabes que mantenemos a ese mocoso con la única finalidad de atraer a su hermana.

Observó que las pupilas de Seber se alargaban como si fuesen las de un felino. Su amadísimo hermano se estaba enterando de boca de sus propios ídolos de lo malvados que en realidad eran.

—Tiene buenas condiciones para la lucha —protestó Gustav—. Es especial.

—Me importa una mierda —siseó Brad—. A la que en verdad queremos es a Brenda Mori, la guardiana de uno de los símbolos. Es imperioso que la atrapemos.

—¿Y qué haremos cuando caiga en nuestras manos?

—Una vez que obtengamos lo que buscamos, la mataremos. Es lo que tendríamos que haber hecho con las demás guardianas.

—¿Y Ana?

Brad empalideció.

—Nadie la tocará. Excepto yo.

—¿No renunciarás a ella?

—Jamás.

Gustav asintió con una expresión adusta en la cara.

—¿Y qué sugieres que hagamos con el silverwalker que hemos atrapado?

Brenda contuvo la respiración. Era lo que había sentido hacía un rato.

«Resiste, amor. Iré a por ti», juró.

—Extraer toda la información que haga falta y después aniquilarlo. Fue en extremo sanguinario durante la lucha y casi nos deja sin soldados.

—Es la fortaleza de los machos de esa casta.

—Por eso deberemos acabar con ese salvaje.

—Creía que el jefe era yo —dijo Chavanel. De una manera velada, había una cierta competencia entre los dos caídos. Brad emitió una carcajada baja.

—Por supuesto.

Gustav lo miró con intensidad hasta que asintió con parsimonia. Y ordenó a los demás:

—Preparen al prisionero para el interrogatorio.

\*\*\*

Cuando la camioneta desapareció, Brenda y Seber salieron del escondite. El semblante de su hermanito se mostraba cetrino y decaído.

—Lo siento —dijo Brenda.

Seber había recibido un cachetazo de manos de esos dos crápulas y necesitaba tiempo para aceptar la verdad.

—Me han engañado todo el tiempo.

Se acercó y le revolvió el cabello.

—Son personas sin escrúpulos. Pero ahora me tienes a mí. —Los ojos del pequeño emitieron un brillo que la conmovió—. Te prometo que hablaremos sobre esto, tesoro, pero ahora debemos concentrarnos en rescatar a Triel.

—¿Y ese quién es?

—El amigo del que te hablé y que me ayudó a venir hasta aquí. Ya verás que te caerá bien.

—Lo deben de tener encerrado en las celdas.

Brenda tragó en seco.

—Tienes que llevarme hasta allí. No puedo irme sin salvarlo de esos psicópatas.

Seber asintió y la tomó de la mano.

—Sígueme y déjame desempeñar mi papel.

Brenda sonrió orgullosa de él, pero hubiese preferido verlo en la escuela o jugando al fútbol con amigos, como cualquier niño que experimentase una adolescencia normal. Respiró hondo.

—Soy toda tuya.

Retornaron por el camino donde habían mantenido la persecución y, al final, Seber la condujo hacia su cabaña, donde ingresaron con cuidado de no ser vistos.

—Deberé presentarme ante Gustav y Brad.

—¡No! —exclamó Brenda.

—Es de la única forma en que puedo ir sin problemas a la prisión.

—Insisto en que es una locura.

—Bren —la llamó con tal dulzura que la desarmó—, es importante que hagamos bien este trabajo, o de lo contrario ese amigo tuyo no saldrá vivo de aquí.

Ella se llevó las manos a la cabeza y las arrastró desesperada hasta la nuca. Era consciente de que no existían muchas posibilidades y debía confiar en las palabras de Seber.

—¿Tienes alguna ropa que me permita camuflarme? —contestó con una pregunta que evidenciaba su acuerdo.

—Sí. —De un guardarropa extrajo unos pantalones, una camiseta y un chaleco de color negro que depositó en sus manos—. Eres apenas un par de

centímetros más baja que yo, así que la ropa te irá bien.

—Gracias.

—Espérame aquí y no salgas por nada del mundo. Cerraré las persianas para que nadie pueda husmear.

Así lo hizo y, dándole un beso en la mejilla, se retiró poniendo llave a la puerta.

\*\*\*

Hacía una hora que Seber se había ido y aún no había regresado. Nerviosa, se sentó a la pequeña mesa del cuarto y, de uno de los bolsillos del chaleco, extrajo un sobre de ración militar cuyo contenido se terminó de inmediato. Debía recuperar fuerzas para el rescate de Triel. No sabía cuánto más demoraría Seber, pero si no venía pronto, saldría a buscarlo.

Apenas terminó de pensar en ello, escuchó la llave en la puerta. Se levantó del asiento y observó al muchachito, que, al entrar, tenía el rostro contraído.

—¿Qué pasó?

—Como me temía, Triel está en una de las prisiones, pero al parecer se encuentra muy herido. —A Brenda se le hizo un nudo en la garganta y los ojos comenzaron a escocerle—. ¿Es tu pareja? —preguntó Seber con curiosidad.

—No. Pero ha dado su vida por nosotros y debo ayudarlo.

—Los dos lo ayudaremos, Brenda —aclaró el jovencito.

—Gracias —balbuceó y lo abrazó.

Seber la estrechó con fuerza y murmuró sobre su hombro:

—Cuando se acuesten todos, iremos a rescatarlo.

—Debe de haber guardias cuidándolo.

—Hay uno y sé quién es. Déjame a mí.

Brenda se apartó para observarlo.

—¿Qué te dijeron Gustav y Brad?

Seber se encogió de hombros.

—No mucho. Solo que se alegraban de verme.

—¿Hicieron alusión a mí?

—Sí. Les mentí diciéndoles que te vi huir cuando te diste cuenta de que tu amigo había sido atrapado.

—¿Y te creyeron? —Brenda no podía creer que esos tipos no sospechasen algo.

—¡Claro! Igual me preguntaron si tenía alguna idea acerca de quién eras tú, pero les respondí que no. Soy muy bueno con mis expresiones y también muy capaz de disimular una patraña. ¿O cómo crees que los caídos me encontraron en Tailandia hace solo un par de meses después de un año de haberme ido de aquí?

—¿Cómo? —preguntó Brenda. Esa parte de la información no la había recibido.

—Ya te contaré. Ahora debemos ponernos manos a la obra.

Brenda asintió, sabiendo que su hermano debería explicarle muchas cosas.

\*\*\*

—¡Hola, Gary! —Seber saludó con una enorme sonrisa al agente de mediana edad apostado frente a una de las celdas de la prisión. Brenda iba detrás de él, camuflada con la indumentaria que le había prestado. Antes de salir, se había calzado un gorro de lana que le servía para disimular la cabellera, atada en una cola.

—¿Qué te trae por aquí, chico?

—Sabes que soy muy curioso, y no tenía dudas de que solo tú podrías aclararme lo que sucedió hace unas horas cuando una joven y el tipo que mantienes encerrado atacaron la guarida.

El caído sonrió.

—Pues hemos pescado un buen tigre —contestó con sorna señalando la

puerta detrás de él. Y de inmediato miró a Brenda con detención—. ¿Y esta es nueva? Nunca la había visto.

Antes de que pudiese decir algo, Seber hizo un giro con su cuerpo y descargó una patada en la nuca del hombre, que cayó al suelo desmayado. Sin perder tiempo, Brenda tomó la tarjeta de acceso y la colocó en el dispositivo empotrado en la puerta de la celda, que la destrabó. Cuando ingresaron, su semblante palideció.

—¡Dios mío! —gimió, y se dirigió al cuerpo lleno de sangre plateada que yacía en la cama.

—No creo que resista —dijo Seber al observar el estado en que Triel se encontraba.

Mientras Brenda inspeccionaba las cuantiosas heridas, escuchó la voz del caminante, que apenas si podía articular una palabra.

—Háblame, por favor —suplicó Brenda colocando el oído sobre los labios de él.

—Da...

—Trata de decir algo —dijo Seber. Brenda acercó más la oreja.

—Da... mi...

—¡Damián! —adivinó Brenda con los ojos bien abiertos. Al ver que asentía con gran esfuerzo, comenzó a buscar el móvil entre su ropa, pero Triel volvió a balbucear:

—Ofi...

—Oficina —completó, y el silverwalker volvió a asentir con dificultad. No se quejaba, pero era evidente que le dolía como los mil demonios.

Salió corriendo hacia la habitación de al lado a la vez que Seber hacía lo propio y se colocaba en la puerta de entrada para vigilar que nadie viniese. Revisó algunos cajones, pero había tantos que decidió no demorarse más. Apoyó las yemas de los dedos en la mesa principal hasta que logró percibir lo que buscaba.

—¡Bingo! —exclamó, y se precipitó hacia un mueble pequeño en cuyo

interior se hallaba el móvil. Lo prendió y se dio cuenta de que requería la clave—. ¡Mierda! —bramó. Y volvió a posar los dedos en un intento por descifrarla y evitar preguntarle a Triel, que parecía más muerto que vivo. Se le llenaron los ojos de lágrimas, incapaz de controlar el dolor que sentía por el estado de su valiente guerrero. «Por culpa mía», pensó, y se sintió peor que nunca. Se obligó a concentrarse y, luego de unos segundos, descubrió la clave. Cuando terminó de teclearla, el teléfono cobró vida. Buscó entre los contactos y enseguida dio con el que necesitaba.

—¿Dónde estás?! —contestó en un grito la voz siniestra del otro lado.

—Soy Brenda, Damián. No tengo tiempo de darte explicaciones, pero Triel está muy mal y mi hermano y yo queremos sacarlo de aquí. Precisamos ayuda.

—¿Están en el sitio cuyas coordenadas Metanón les develó? —Si bien Damián siempre se mostraba frío como una piedra, Brenda detectó la preocupación en su voz.

—Sí, pero te las doy de nuevo: 16.45N 91.30W. Se trata de una guarida de los caídos en la Laguna Miramar.

—Bien. Dime el cuarto exacto en que se encuentran.

—En una cárcel ubicada en el subsuelo del edificio principal.

—En breve estaremos allí.

—Pero ¿cómo llegarán?

—Solo espéranos.

Y colgó. No tenía tiempo de adivinar lo que Damián llevaría a cabo, por lo que regresó a toda prisa hacia el lecho y se sentó al lado de Triel para investigar la gravedad de sus lesiones. El chaleco antibalas estaba casi destruido a causa de los impactos que había recibido, por lo que lo desplazó con cuidado hacia los costados, y al levantar la camiseta, en el mismo estado, no pudo evitar que los ojos se le cuajasen de lágrimas. Un tropel de heridas abiertas se extendía por el estómago, el corazón y los pulmones, aunque algunas comenzaban a cerrarse frente a sus ojos.



Brenda elevó la mirada, incapaz de comprender lo que estaba sucediendo en el cuerpo de ese hombre, pero el estado de somnolencia en el que Triel se encontraba la obligó a dejar su curiosidad para otra ocasión.

—Es como que se está curando de a poco —susurró Seber, que observaba lo mismo que ella.

Cuando Brenda quiso contestar, una irradiación de color verde se expandió por la habitación y tanto Seber como ella se cubrieron los ojos con un brazo. Permanecieron así hasta que el fulgor se hizo más tenue y Brenda se atrevió a espiar. Lo que se reveló frente a ella la dejó con la boca abierta.

En medio de la habitación, levitaba una especie de portal ovalado, y un hombre casi tan alto como el resto de los silverwalkers, aunque de contextura un poco más delgada, emergió a través de él. Los ojos, de una tonalidad verde que jamás había visto, destacaban sobre su rostro y le daban al sujeto una apariencia agradable.

—Soy el Maestro sanador Astos —dijo, con una sonrisa, a la vez que la figura de Damián surgía por detrás.

—Pero... —murmuró Brenda sin poder creer en lo que veía.

Después de dirigirle un breve saludo, Damián fue directo hacia su hermano. Al contemplarlo, las facciones del titán se endurecieron y sacudió la cabeza con furia.

—Lo llevo a tus dependencias —avisó a Astos, y lo cargó entre sus brazos como si los músculos y huesos de Triel fuesen de plumas.

El Maestro asintió. En el preciso instante en que Damián y Triel desaparecían a través del orbe verde que titilaba, Astos los miró a Seber y a ella.

—Les doy permiso de venir conmigo a través de esta puerta interdimensional. Es una excepción, pero gracias a la ayuda que han prestado a la Estirpe, se han ganado ese derecho.

Brenda, sin perder un segundo más, estrechó la mano de Seber, y se unieron al druida.

## Capítulo 22

### *Ciudad de México*

**R**etorcíó la pequeña toalla en el agua y la colocó sobre la frente de Triel, quien emitió gruñidos de dolor. Su cuerpo seguía devastado.

Apenas Seber y ella habían atravesado la puerta interdimensional que había conectado la cárcel de los caídos con la organización de la Estirpe en Ciudad de México, Damián, sin Triel en sus brazos, había hecho su aparición de nuevo y les había explicado que, a partir de ese momento, Astos iba a hacerse cargo de su hermano, quien permanecería ausente el tiempo que hiciera falta hasta su plena recuperación.

Entonces, Brenda, con un nudo en la garganta, se había dado cuenta de que su misión en aquel lugar había culminado. Había recobrado a Seber y, si tenía que ser sincera, la expectativa de encontrarse con Maia y Aniel había desaparecido. Después de conocer a los silverwalkers y haber caído rendida a los pies de Triel, había comprendido mejor a sus amigas.

—Entonces ha llegado la hora de que Seber y yo partamos —le había dicho a Damián con el corazón en un puño. ¿Qué otra cosa podía hacer?

El hombre, escudriñándola durante unos segundos, había señalado:

—Pensé que seguía en pie tu intención de encontrarte con nuestras esposas.

—Por supuesto, pero...

—Maia y Aniel están ocupadas por ahora —la había interrumpido—, pero de todas formas quisiera pedirte que te quedes para que cuando Triel regrese, lo

ayudes en su rehabilitación.

Lo ojos de Brenda se habían abierto como platos, asombrada por lo que escuchaba de labios de ese hombre. El guerrero que se había comportado de manera tan reacia con Jackie y con ella en un principio le había pedido que se quedase.

—Pues...

—Además, me gustaría entrenar a tu hermano, si me lo permites.

—Por favor, Bren, nada me gustaría más. —Los ojos de Seber, ante la propuesta de Damián, se habían llenado de entusiasmo. El gigante la había observado con tranquilidad, aunque a ella no le habían pasado inadvertidas pequeñas chispas plateadas en sus pupilas—. ¡Bren!

Ante el ruego de Seber, Brenda había claudicado y aceptado la propuesta, por lo que Damián había respondido con una leve mueca de aprobación y Seber, con un beso en la mejilla.

Así habían pasado cinco largos días en los que Brenda se había dedicado a entrenar junto con los demás y, en cada ocasión que se presentaba, había preguntado por el estado de salud de Triel, a quien extrañaba muchísimo. La última vez que lo había hecho, Damián le había informado de que su condición aún era reservada, por lo que ella se había pasado las noches enteras pidiendo al universo que ayudase al hombre que había dado su vida por ayudarla a rescatar a su hermanito y a quien le había entregado su corazón. Y en la noche del quinto día había ocurrido algo inesperado que aún le causaba escalofríos al recordarlo.

*Mientras dormía en su habitación, una luz verdosa refulgente estalló de la nada y la despertó. Absorta, contempló un nuevo orbe de energía centellante de cuyo interior, y levitando, surgió la silueta de Triel en estado de inconsciencia. Como si unas manos invisibles lo sujetasen, el cuerpo descendió sobre el lecho y quedó tendido a su lado respirando con tranquilidad. Inmediatamente, por detrás, el Maestro Astos se apersonó.*

*—Es tu turno de atender a este mocoso —le avisó con una leve sonrisa.*

*Si bien el druida hablaba de Triel como si fuese un chiquillo, a Brenda le hacía un poco de gracia el hecho de que el Maestro no aparentaba ser mayor que los silverwalkers, quienes parecían tener entre veinticinco y treinta años.*

*—¿Dónde han estado?*

*—En mi santuario.*

*Brenda lo miró confusa.*

*—¿Puedo preguntar qué es?*

*—El lugar de descanso para los caminantes que llevan un legado.*

*—No comprendo —confesó su ignorancia.*

*Observó al hombre de los ojos verdes más bellos que había visto en su vida sacudir la cabellera de un lado a otro y sonreír una vez más.*

*—Cuando ese mastodonte de mal genio se restablezca, pregúntale de qué se trata.*

*—No creo que sea de mi incumbencia —susurró con las mejillas brillantes.*

*¿Quizás el druida suponía que entre Triel y ella existía una conexión que justificaba una pregunta de ese tipo? Porque, si era así, estaba por completo equivocado. El hombre amplió la sonrisa.*

*—Si supieras...*

*Pero ella lo interrumpió:*

*—Solo dígame cómo se encuentra Triel, por favor.*

*Astos detuvo la mirada en su rostro y contestó:*

*—Mal. —Ante esa respuesta, Brenda intentó reprimir las lágrimas que comenzaron a escocerle en los ojos—. Recibió el impacto de balas de rifle y de esquirlas de granada. Pero lo más preocupante son las dos heridas de espadas que atravesaron su cuerpo de lado a lado. Una le ha perforado el pulmón y la otra penetró muy cerca del corazón.*

*El semblante de Brenda palideció como si se hubiese cubierto de cenizas.*

*—Entonces morirá —balbuceó sin poder contener el aluvión de gotas saladas que se desbordaron de sus ojos.*

*—No —refutó el Maestro.*

*–Es imposible que una persona pueda tolerar tanto daño.*

*–Triel es un silverwalker, Brenda.*

*–¿Acaso llamarse así lo hace diferente al humano que es?*

*Las pupilas de Astos destellaron y la contemplaron como si le tuviesen lástima.*

*–Apenas Triel se recupere, él y tú deberán hablar de muchas cosas.*

*Brenda se limpió las mejillas con el dorso de la mano y negó con la cabeza.*

*–Usted pide un imposible.*

*–No lo creas. Él solo necesita tiempo.*

*Brenda lo miró con desconfianza. No sabía por qué la conversación se había desviado hacia ese rumbo.*

*–Cuando Triel se ponga bien, partiré con Seber a algún sitio.*

*La carcajada de Astos la sorprendió.*

*–Inténtalo.*

*Brenda giró el rostro. No quería que ese tipo captara cualquier vestigio de esperanza en sus ojos. Anhelaba con toda el alma que Triel la quisiese de la misma manera que ella a él, pero en ese instante lo único que le importaba era su curación.*

*–Damián dijo que usted bregaría por Triel hasta que se curase por completo.*

*–Lo haré. Pero antes, necesito de una ayuda extra.*

*–Por favor, dígame qué puedo hacer por él. —Volvió a clavar la vista en la del druida, quien la contemplaba con un nuevo brillo que le evocaba el orgullo.*

*–Quédate a su lado.*

*Y al segundo siguiente desapareció con la luz.*

*A partir de ese día, se había dedicado a cuidar a su silverwalker, agradecida desde lo más profundo del alma porque había logrado sobrevivir.*

*Volvió a mojar el paño y esa vez comenzó a pasarlo por cada una de las lesiones que aún quedaban abiertas. Solo llevaba puesta la ropa interior*

porque, en cada ocasión que se presentaba, le aplicaba la pomada cicatrizante que Astos le había facilitado y también aprovechaba para cambiarle las vendas dos veces por día. Damián le había aclarado que la gente de su casta nunca sufría de fiebre ni era atacada por microorganismos como las bacterias o los virus, pero a ella no le parecía mal utilizar los cuidados tradicionales para mantenerlo limpio y fresco, máxime porque hacía tanto calor. No se había movido de su lado y los progresos eran muy lentos. El caminante no había abierto los ojos y permanecía sumido en un profundo sueño. Viéndolo en ese estado, a Brenda varias veces se le habían caído las lágrimas, pero cuando eso sucedía, Seber se acercaba y la abrazaba.

—Se pondrá bien —le había susurrado tres noches atrás.

—No te separes de mí, Seber —le había rogado mientras le apretaba las manos con las suyas—. Ahora que te he recobrado, quiero que pasemos juntos el mayor tiempo posible.

—No me moveré de aquí.

Y así había sido. Al mismo tiempo que Brenda atendía a Triel, su hermano y ella habían recordado anécdotas de cuando vivían juntos, pero también de las que habían protagonizado por separado. La última vez, Brenda había querido saber un poco más.

—¿Por qué te fuiste de la guarida de los caídos y terminaste en Tailandia?

Seber se encogió de hombros.

—No te gustará la respuesta.

Brenda lo miró y supo que así sería. Pero ya no había vuelta atrás.

—Soy toda oídos.

\*\*\*

—Sácritos era mi mentor. Desde el primer día que lo vi, me sentí atraído hacia él. Era una mezcla siniestra de maldad y cierta valentía. Estaba loco, pero yo lo amaba. Era muy pequeño cuando me arrebataron del hogar de

nuestros padres, y sabes que odiaba vivir con ellos. Y cuando te fuiste, perdí el rumbo. A partir de ese momento, se me borraron casi todos los recuerdos, salvo las palizas de Charles cuando estaba drogado o borracho. Por cada tunda que recibía, tu imagen iba esfumándose de mi memoria hasta que al final no me quedó nada. Ni siquiera ganas de vivir. Pero de súbito, y con Sácritos al frente, se produjo el ataque de los caídos contra la familia. Y ¿sabes qué? —A esa altura, el rostro de Brenda estaba plagado de lágrimas, pero se obligó a permanecer atenta a cada palabra que salía de la boca de su hermanito. Sacudió la cabeza, negando—. Fue la primera vez que me sentí feliz después de tu partida. Me llevaron a Laguna Miramar y me dediqué con alma y vida a los entrenamientos. Era mi forma de agradecer a Sácritos por haberme apartado del yugo de mis padres. —«Dios», gimió Brenda en su interior. Si ella hubiese permanecido a su lado, jamás habría permitido que un asesino de esa calaña se hubiese convertido en la plataforma de seguridad de su hermano—. Y lo único que anhelaba era que Sácritos se sintiese orgulloso de mí —prosiguió—. Y te juro que lo conseguía, porque siempre se comportaba muy amable conmigo. Quizás a veces un tanto cruel, porque cuando me encariñaba con alguna mascota que encontraba en la selva, él las mandaba a sacrificar de inmediato, porque no quería que mi corazón dejase de ser el de un verdadero guerrero. Sácritos aseguraba que ningún subalterno debía albergar sentimientos hacia algo más que no fuesen su Maestro y la organización que lo protegía. —«Hijo de puta», juró Brenda. Ese tipo había sido un monstruo. Y aún no entendía cómo Seber había logrado mantener su corazón lleno de bondad—. Hasta que un día Sácritos me aseguró que, si continuaba esforzándome, iba a llevarme a Tailandia, donde se encontraba la organización de caídos con las disciplinas de lucha más avanzadas. Cualquier aspirante a guerrero soñaría con ser admitido en ese lugar. Significaba ganar prestigio, además del orgullo por haber sido elegido.

»Luchaba de sol a sol con el único propósito de llegar a ser el mejor y ganarme esa plaza. Hasta que una mañana, Sácritos vino a presenciar mi

entrenamiento y, después de finalizado, me informó de que en una semana partiríamos hacia aquel país. Imagínate la alegría y el orgullo que sentí. Todos comenzaron a mirarme de otra forma, incluso con respeto. Pero cuando faltaban dos días para marcharnos, recibí la noticia de que Sácritos había viajado a Tailandia sin mí a raíz de un cambio de planes. Fue tal mi desazón que me puse furioso. Pregunté miles de veces por Sácritos, incluso rogué hablar por teléfono con él, pero nadie me daba una respuesta. Solo evasivas. Entonces, planeé mi fuga. Buscaría a Sácritos y le demostraría ser el guerrero que él había vislumbrado en mí.

—¡Dios mío, Seber! ¡Eres solo un muchachito!

Pero su hermano sonrió orgulloso.

—No tanto, Bren. Además, esperé el momento adecuado. ¿Crees que soy idiota?

Brenda puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza.

—Por favor, esclarece mi cerebro.

—Me escapé de Laguna Miramar en un camión de una empresa privada, que había arribado a la organización proveniente de la localidad de Manzanillo, cargado de armas. Conocía muy bien el procedimiento, porque el vehículo venía una vez al mes y siempre se repetía la misma secuencia. El caído que se encargaba de recibir las armas abría las cajas en las que venían envueltas para chequearlas y asegurar de que se encontraban en perfecto estado. Una vez que habían pasado la inspección, les retiraban el embalaje para ser transportadas en una camioneta de los caídos y colocadas en depósitos especiales. De esta manera, la mayoría de las cajas vacías quedaban arriba del camión. Por lo tanto, al llegar el día, con las armas revisadas, aceptadas y camino hacia los depósitos, cuando todos estaban distraídos, aproveché para subirme a la parte trasera del camión y me metí en el interior de una de las cajas, donde esperé, sabiendo que el camión debía partir de nuevo hacia Manzanillo, destino al que yo necesitaba acudir. No sabes la alegría que sentí cuando el motor se puso en marcha, aunque el gran trastorno que tenía por



delante era que debería permanecer demasiadas horas encerrado. La distancia entre ambas localidades era algo así como de mil quinientos kilómetros, por lo que me tuve que aguantar las ganas de beber y de comer, y para hacer mis necesidades, tuve que recurrir a otra caja.

»Al final, y para mi enorme satisfacción, el camión arribó a destino. En Manzanillo se encontraba el puerto marítimo más importante del país, de donde los caídos se proveían de los contenedores repletos de armamentos, aunque nunca supe de qué vías ilegales se valían para permitir su ingreso. Lo único que puedo decirte es que de repente me encontré en una ciudad bellísima, al lado del océano Pacífico.

—¿Pero tenías dinero al menos? —preguntó Brenda, absorta por las agallas de su hermano. Tenía catorce años, pero había desarrollado un espíritu que la sorprendía.

Seber emitió una pequeña risa.

—Por supuesto. La organización nos pagaba porque quería que cuando fuésemos guerreros avezados, usásemos nuestros fondos para continuar perfeccionándonos. La vida que llevábamos era lo suficientemente buena como para que ninguno de nosotros deseara abandonarla. No te olvides de que proveníamos de hogares aniquilados. —Brenda asintió, por lo que Seber continuó su relato—: Pero me quedaba la última prueba: los choferes del camión. Como solo eran dos, no me preocupé demasiado. Apenas abrieron las puertas, me lancé contra ellos y, tras unos buenos golpes certeros, cayeron desmayados. Y hui. Los tipos me habían visto, por lo que estaba seguro de que no bien despertasen, informarían a los caídos. Pero no me importó. Tenía tiempo de lograr mi objetivo.

»Me dirigí hacia el puerto y, apenas llegué, pregunté si había algún barco que partiese a Tailandia. Me informaron de que en dos horas saldría uno con una carga de contenedores y que iba destino a Laem Chabang. Debido a que era menor de edad y no contaba ni con pasaporte ni con un pasaje, cuando llegó la hora me las ingenié para subir sin ser visto. Con el entrenamiento que

había recibido, aquello me resultó más bien un juego de niños. La cuestión es que, al cabo de unas horas, habíamos partido.

—¿Cómo hiciste para alimentarte?

—Nunca fuimos ávidos de la comida, Bren. —Era verdad. Tanto Seber como ella podían alimentarse una vez al día y les era más que suficiente. A veces, podían pasar incluso dos días sin ingerir alimentos sin ninguna clase de consecuencia—. Así que al principio robaba de la cantina algunas frutas o pedazos de pan.

—¿Jamás te descubrieron?

—El cocinero, llamado Jorge Cáceres, lo hizo a los cinco días, pero debido a que ya me encontraba a bordo y en medio del mar, ¿qué otra cosa podía hacer él? Me aceptó a su lado e incluso llegué a ayudarlo a preparar la comida de la tripulación. De esta forma, pasaron algo así como tres semanas hasta que divisamos el puerto.

—Explícame cómo hiciste para ingresar al país siendo un jovencito sin documentos.

—Jorge vive en Laem Chabang y está casado con una joven tailandesa llamada Malai Yao Yun, con la que tiene dos hijos. El primo de la esposa era uno de los policías que se encontraba en el control de la documentación, y Jorge le explicó que yo era un sobrino lejano. No sé bien qué acordaron, pero la cuestión es que pude desembarcar sin inconvenientes. Me despedí de Jorge, pero, antes de marcharme, me entregó una tarjeta con sus datos.

»Lo que siguió fue bastante engorroso, porque encontrar la organización de los caídos requirió de lo suyo. Gary, el guardia de la cárcel, me había hecho un bosquejo del mapa donde se encontraba el tan prestigioso lugar, sin imaginar que en verdad lo utilizaría para ese propósito. Quedaba a veinte kilómetros del puerto, por lo que me tomé un taxi. Cuando arribé a la guarida y pregunté por Sácritos, recibí la terrible noticia de que había muerto hacía más de tres semanas. Destrozado, escapé sin mirar atrás.

—¿Y qué fue de ti en ese año que no estuviste con los caídos?

Seber se encogió de hombros.

–Busqué refugio en casa de Jorge, quien me recibió con los brazos abiertos y me dio trabajo en su restaurante.

–¡Pero eras un ilegal, tesoro!

Seber sonrió.

–Jorge utilizó de nuevo sus influencias para que las autoridades no me molestasen.

–¿Y qué sucedió cuando los caídos te encontraron de nuevo?

–Un representante de Gustav Chavanel se presentó en el negocio y pidió hablar conmigo. En la charla me aseguró que el nuevo jefe de los caídos tenía toda la intención de hacer cumplir lo que Sácritos me había prometido. Pero para eso, me exigía regresar a la organización de Laguna Miramar, donde se llevaría a cabo una entrevista entre él y yo en la cual discutiríamos un plan para mi reclutamiento en la organización de Tailandia. Lo demás ya lo sabes.

–¿Y Jorge?

–Se despidió y me aseguró que siempre habría lugar para mí en su casa y en su restaurante.

Brenda se quedó reflexionando durante un rato sobre el relato de su hermanito. Sentía un profundo respeto por él, pero lo que más le preocupaba era que seguía recordando con admiración al salvaje de Sácritos.

Respiró hondo, sabiendo que solo le quedaba un camino: esperar. Rogaba que con el tiempo Seber se acostumbrase a otra clase de adultos, y ella anhelaba desde lo más profundo de su alma ser su gran ejemplo.

Abrazó a Seber y le susurró al oído:

–Nunca dejes de ser quien elijas ser, mi amor. Yo te seguiré amando siempre. Recuérдалo.

## Capítulo 23

—**A**sí que nuestro querido Triel aún no ha hecho correr despavorida a su bella niñera —dijo una voz por detrás.

Al darse la vuelta, Brenda se encontró con los bellísimos ojos del Maestro Astos, quien, desde que Triel había regresado, lo visitaba todos los días. Sonrió. Ese hombre era muy especial porque preservaba el buen humor aun en las peores situaciones.

—Gracias por venir.

—Por favor, cuéntame cómo está.

La boca de Brenda se transformó en una línea.

—Espero que usted me traiga una solución, porque lo que yo hago no es suficiente.

El druida la miró con diversión.

—Por favor, tutéame.

Brenda suspiró. Estaba en verdad preocupada, pero ese tipo parecía pasársela fenomenal.

—Alguien tiene que ayudar a que Triel sane de una vez.

En ese instante tocaron la puerta y, al segundo siguiente, ingresó Damián.

—¡Justo estaba pensando en ti! —exclamó Astos.

Brenda observó la expresión de Damián, quien aparentaba querer mucho a su Maestro, pero también era evidente que podía considerarlo un impertinente.

—¿Por qué me mandaste a llamar?

Brenda los contemplaba confundida. No sabía en qué momento el Maestro había podido hacerlo, porque nunca había dejado de hablar con ella.

—Necesitamos a Maia —contestó Astos.

Al escuchar ese nombre, su corazón —y seguro que el de Damián también — detuvo la marcha.

—Maia —susurró encantada. ¡Por fin podría ver a su amiga!

Damián se acercó y la miró con gravedad. Se quedó paralizada sin saber qué sucedería a continuación. Pero, de forma imprevista, el caminante se inclinó ante ella y dijo con voz ceremoniosa:

—Nunca te di las gracias por lo que has hecho por mi hermano. En reconocimiento a tu invaluable ayuda, traeré a mi esposa para que te salude y utilice su condición de sanadora con Triel.

Y sin decir más, se retiró. Brenda tragó en seco. ¿Sería posible que Maia fuese en verdad una sanadora? Pensar que la pequeña siempre les había resultado frágil y temerosa a todas ellas, sin embargo, en la actualidad no solo estaba casada con un guerrero temible, sino que también había desarrollado el don que todas habían sospechado que existía en ella. Porque las tres habían asistido a curaciones que Maia había hecho de animales, plantas e incluso de algunas personas con solo arrimar sus manos.

Respiró profundo. Solo rogaba que su adorada Maia fuese capaz de devolverle a su caminante. Captó que Seber se había acercado a su lado y, sin demora, le tomaba la mano.

—Se salvará, Bren.

Ella asintió. Unas lágrimas silenciosas sucumbieron al dolor que sentía y se derramaron por sus mejillas. Estiró la otra mano y acarició el rostro que seguía inconsciente.

«Se te ve tan bello, mi amor. Por favor, regresa», suplicó. Lo había llamado por primera vez «mi amor» y no había palabras mejores para expresar lo que sentía.

De súbito, la luz verde que había aprendido a reconocer se propagó por la habitación y un nuevo portal se manifestó. A través de él, surgió la figura de quien adoraba con el alma.

—¡Maia!

—¡Brenda! —exclamaron al mismo tiempo, y cayeron en brazos la una de la otra prorrumpiendo en llantos.

La figura de Damián llenó el recinto y, por la expresión en su semblante, Brenda supo que el gigante oscuro, de la misma manera que su hermano, detestaba ver llorar a alguien.

—Solo me pasa con ella —aclaró Damián, y Brenda se preguntó si también él podía leer sus pensamientos.

Cuando Maia y ella se separaron, no dejaron de sonreír. Estaban embobadas la una con la otra.

—Cómo te extrañé —susurró Brenda.

Maia asintió y se limpió las lágrimas del rostro con los pulgares.

—Yo también, Bren querida.

—Amor. —La voz del caminante llamó a su compañera, la cual le respondió con un fulgor en la mirada que a Brenda le resultó conocido. Al lado de semejante mastodonte, Maia quedaba como si fuese una muñequita de porcelana. Pero ese hombre bebía los vientos por ella. Damián le tomó el rostro con las manos y pidió—: Por favor, ayuda a mi hermano.

Maia asintió y, alzándose de puntillas, le dio un beso. Se dirigió hacia la cama y se sentó al lado de la figura inerte. Puso las manos sobre el pecho de Triel y cerró los ojos. Brenda percibió que un halo de sacralidad se propagaba por la habitación a la par que un resplandor iridiscente se expandía de las manos de Maia. Entonces, la voz de su amiga, como si fuese la de un ángel, se elevó en un canto cuyo idioma le era desconocido. Sumergidos en la melodía célica, el recinto se inundó de paz y todos ellos entraron en un estado de ensoñación. Hacía años que Brenda no experimentaba tanta armonía en su interior, y no pudo dejar de maravillarse por el poder oculto de Maia.

Y de repente, fue testigo de cómo Triel entornaba los párpados y miraba a su cuñada con dulzura. «Dios», gimió con las lágrimas a punto de derramarse. Pero se obligó a seguir la escena que se desarrollaba frente a ella. Maia dirigió la luz que salía de sus manos por las diferentes partes dañadas del cuerpo de Triel, y Brenda, absorta, presencié cómo los mecanismos de reparación celular se aceleraban. Poco a poco, las heridas abiertas se cerraron, y donde antes había existido un corte o la herida profunda de una espada, solo quedaba una línea casi imperceptible. Después de unos pocos minutos, la luz desapareció y Triel volvió a quedarse dormido.

Cuando su amiga había retornado en sí, se levantó y se detuvo ante ella. Y sin evitar que los demás escuchasen, dijo:

—A quien Triel necesita es a ti.

Los ojos de Brenda se agrandaron del asombro, pero, en forma repentina, Damián se precipitó hacia Maia y, levantándola en volandas, se la llevó con urgencia a través del portal.

—¡No! —gritó Brenda, e intentó ir tras ellos, pero la abertura interdimensional había desaparecido por completo. Se volvió con rapidez y miró a su hermano, que tenía la boca abierta—. Bienvenido al mundo de los Silverwalkers.

—Pero... —susurró Seber.

Brenda negó con la cabeza.

—No sé qué decirte, hermanito. Las cosas con esta gente funcionan de este modo.

Apenas terminaba de decir estas palabras, escuchó un quejido. Clavó la vista en el rostro de Triel, que la miraba con intensidad.

Brenda corrió hacia el lecho y le apoyó la mano en la mejilla.

—Quédate —susurró el caminante, y al instante siguiente volvió a caer en brazos de Morfeo.

\*\*\*

—¿Puedes estarte quieto de una vez? —preguntó Brenda mientras revisaba la última herida que permanecía abierta, pero en vías de sanar.

Se encontraban en un bosquecito con unas cascadas que le recordaban a las que había visto en la Laguna de Miramar. Triel comenzaba a recuperarse del ataque de los caídos y todavía recordaba las palabras que, en medio del sopor, y al igual que las del druida, le habían pedido que se quedase.

Ella, por supuesto, les había hecho caso. Además, su corazón le había gritado que era lo correcto. Después de lo que habían atravesado juntos para rescatar a Seber, creía con mayor seguridad que la relación entre ellos tenía posibilidad de consolidarse.

Observó frente a sus narices la espalda enorme en tanto le colocaba la última pomada que Astos le había facilitado. De acuerdo con lo que le había comentado, había cambiado la fórmula de las anteriores y le había garantizado que con esa la restauración de los tejidos sería infalible. Al preguntar por el tipo de droga que contenía, Astos le había respondido que era un preparado hecho por sus propias manos, por completo natural.

—Hombre extraño —murmuró.

—¿Qué dices?

La voz de Triel se había transformado en la octava maravilla del mundo y se sentía plena de contribuir a su restablecimiento.

—Que estás curando muy bien —respondió. No deseaba tocar el tema del druida.

—Cuando los silverwalkers caemos heridos de gravedad podemos terminar al borde de la muerte, pero también contamos con un extraordinario poder de regeneración celular. La curación de los tejidos lleva más días, pero termina siendo eficaz.

Brenda suspiró con profundidad. Triel le presentaba un mundo que parecía provenir de otra dimensión o pertenecer a otra raza. Y recordó las palabras de Astos de hacía unos días:

«Cuando Triel se recupere, tú y él deberán hablar de muchas cosas».



Contempló las líneas donde antes había habido dos aberturas espantosas y le resultó imposible que estuviesen casi cerradas después de tan poco tiempo.

—No entiendo las capacidades que ustedes poseen. No son muy... —se detuvo, pensando que lo que iba a decir era una verdadera estupidez— humanas.

Triel se volvió y la miró con esa intensidad que la desmembraba.

—Pertenece a la Estirpe de Plata, Bren.

Tragó en seco ante los ojos penetrantes.

—¿El serlo explica que puedas trepar un muro de treinta y cinco metros con los pies y las manos o que puedas viajar por el mundo a través del portal de un druida? Y ese poder de cicatrización tan diferente al resto de los mortales, o el brillo...

—... que también emites tú, Bren —la interrumpió.

Lo miró con recelo.

—No empezarás de nuevo con eso de que Jackie y yo pertenecemos a la Estirpe, ¿no?

Triel permaneció callado sin dejar de observarla, como si analizara lo que iba a contestarle.

—No hay peor sordo que el que no quiere oír.

Brenda rompió en una carcajada y Triel la miró con un dejo de diversión en la cara.

—Mis padres eran seres normales.

—Tu madre fue adoptada y provenía de Rusia. Y de tu padre no hay demasiada información.

—¿Insinúas que escondían algo?

Triel se encogió de hombros.

—Sin duda, una investigación más profunda sobre ellos nos permitiría corroborar tu relación con la Estirpe.

Brenda se detuvo y se limpió las manos con unas servilletas de papel. ¿Lo que sentía por el guerrero era suficiente como para aceptar que ahondase en

cosas de su pasado?

Continuó repasando sus dedos con el papel hasta que dijo:

—Por mí no hay problema. Si encuentras algo que yo no sepa, me avisas, por favor. —Triel asintió con un resplandor especial en la piel—. Además, ¿qué tiene que ver eso con el hecho de que ustedes parezcan de otro mundo?

—Que formamos parte de otra raza.

Por primera vez sintió como si una torre construida por toneladas de incertidumbres se derrumbara sobre su cabeza.

—¿Estás queriendo decir...? —se detuvo porque no se animaba a terminar la frase.

—Que no somos humanos.

Con agilidad, Brenda se levantó y se dirigió a un cesto de basura adonde arrojó las servilletas que había usado. Las manos cálidas que tanto quería la tomaron de los hombros con suavidad para girarla y, debido a la altura de Triel, se vio obligada a inclinar el rostro para poder mirarlo.

—Entonces, según tú, yo tampoco lo soy —aventuró.

Triel le acarició la mejilla con las yemas de los dedos.

—Exacto.

Aquello era demasiado. Podía estar casi enamorada de un «hombre», pero que lo estuviese de un ser que aseguraba que pertenecía a otra raza era una locura. Se revolvió apenas y Triel la soltó.

—Debo retirarme. No quiero dejar a Seber solo demasiado tiempo.

Apenas dio unos pasos, la voz de Triel la detuvo.

—¿Desde cuándo escapas a tus desafíos?

Se obligó a permanecer en el lugar sin darse la vuelta porque conocía el efecto de la mirada del guerrero.

—Solo quiero que mi hermano...

—Seber ha hecho buenas migas con Damián y se la pasan entrenando nuevas técnicas de combate —la interrumpió, y escuchó el ruido de las pisadas que se acercaban—. Brenda... —le susurró al oído, y los brazos fuertes la

estrecharon desde atrás—. Dejaremos este tema para cuando estés preparada.

Ella asintió y apoyó la cabeza contra el pecho musculoso. Al cabo de unos minutos en esa posición, Triel la giró y al asirla de las mejillas, su cuerpo se transformó en gelatina. Y dijo lo que ya no podía reprimir:

—Necesito saber sobre esa mujer.

La expresión de Triel se transformó en hielo. Captó el movimiento de los músculos de su mandíbula y supo de inmediato que lo solicitado había sido una imprudencia. Pero no le importó. Triel le había preguntado si ella escapaba a los desafíos y en ese momento estaba dispuesta a demostrarle lo contrario. En su corazón solo había espacio para él y, del mismo modo, necesitaba saber si en el suyo existía todavía algún vestigio de esa mujer.

De súbito, Triel la tomó de la mano y la llevó cerca de la cascada, donde la hizo sentar sobre el césped a su lado.

—Jamás he contado a nadie más que a mi hermano, los demás silverwalkers y al Maestro sobre mi vida privada. Así que tú serás la próxima.

Brenda asintió, pero su curiosidad pudo más.

—¿Por qué aceptas hacerlo?

Triel examinó su rostro. Como era costumbre, se tomaba el tiempo necesario para elegir las palabras.

—Porque te debo la vida, entre otras cosas.

Negó con la cabeza.

—Eso no es verdad, Triel. Yo solo te cuidé. Es con Astos y con Maia con quienes estás en deuda.

—No voy a justificar mis palabras.

Brenda se dio cuenta de que, si quería que Triel hablase de la mujer, necesitaba callarse la boca.

—Perdona.

El guerrero respiró hondo y desvió la vista hacia el agua que caía con brío.

—Cuando era muy joven, y bastante incrédulo, nunca había sentido por una muchacha algo más que ganas de irme a la cama con ella. —Ante ese

comentario, un calor le subió por las entrañas. Debía suprimir los celos o interrumpiría la única posibilidad que Triel le ofrecía de saber sobre su pasado—. Pero un día, me topé con Helena, que era una guerrera de la Estirpe. Valiente y tenaz, su única meta era destruir a los caídos. En varios enfrentamientos con estos, nos tocó batallar juntos y, poco a poco, empezamos a confiar el uno en el otro. Si bien en un principio la veía como a una fémina más de la Estirpe, con el tiempo empecé a sentirme atraído hacia ella. Una cosa fue llevando a la otra hasta que un día, en otro combate, nuestros enemigos estuvieron a punto de aniquilarme, pero Helena llegó a tiempo para salvarme y pudimos escapar. Después fue solo cuestión de unas horas que terminásemos en mi habitación. Y no pudimos detenernos más. Al menos yo, empecé a comprometer mi corazón y me transformé en el gran devoto de Helena. Pasábamos todo el día juntos y ese período significó para mí experimentar algo nuevo: el compañerismo con una mujer.

»Yo estaba convencido de que la amaba porque mis días comenzaban y terminaban con ella. Todo iba de maravilla hasta que una tarde, cuando hacíamos el amor como dos desafortunados en el apartamento de ella, la puerta de la habitación fue derribada y detrás surgió una horda de caídos que, después de una cruenta batalla, me apresaron. Estaba casi muerto por las heridas que me habían infligido, pero lo más cruel de todo fue contemplar a Helena, que reía como una loca y caía en brazos de un desgraciado que jamás olvidaré: Sácritos. Se besaron delante de mí mientras me moría desangrado y, antes de desmayarme, Helena se acercó y me dijo al oído:

»—Siempre me diste asco.

A esa altura del relato, Brenda sentía tal impotencia que intentaba controlar las lágrimas de furia que amenazaban con derramarse de sus ojos. Triel había sido traicionado por esa enferma.

—Pasé tres años encerrado en una celda donde me hicieron todo lo que te puedas imaginar. Los caídos son salvajes y no tienen compasión. Me torturaron de todas las formas posibles y mi cuerpo quedó devastado por

completo. Perdí tanto peso y estaba tan débil que, al final, para apalearme no me ataban con cadenas, como había sido la rutina.

–Dios —murmuró Brenda, y se obligó a no derramar una sola lágrima por respeto a ese ser que había aceptado exponer ante ella, impulsada por sus malditos celos, una parte de su vida donde había sido humillado y degradado de la manera más terrible.

–En un principio no entendía por qué me mantenían vivo, pero después los mismos guardias me corroboraron que la idea era transformarme en uno de ellos. Pero como me resistía, decidieron hacerme padecer un infierno para quebrarme.

»Incluso un día, Sácritos se presentó en mi celda y, tras otra terrible golpiza, comenzó a endulzarme con dinero y con un futuro repleto de lujos y comodidades a cambio de mi conversión. Un silverwalker transformado en un caído iba a ser considerado como algo sagrado, y lo único que me vaticinaba era un porvenir brillante. Pero mi única respuesta fue escupirle a la cara. Y lo hice todas las veces que pude, incluso antes de caer desmayado de los porrazos.

»Hasta que una tarde ocurrió el hecho que me hizo renacer. Mi hermano, junto con los demás silverwalkers y con una patrulla de guerreros de la Estirpe, atacaron la guarida y lograron rescatarme. Pero antes de escapar, aun en mi estado calamitoso, di con una espada y fui tras de Helena. Cuando la encontré, estaba herida, y la muy zorra comenzó a hablarme como solía hacerlo cuando estábamos juntos. Intentó persuadirme de que ser amante de Sácritos había sido una comedia porque en realidad a quien amaba era a mí. En fin, frases conocidas y de las que abundan en las personas manipuladoras. Pero no le di demasiado tiempo. Ver su cabeza caer rodando por el piso me brindó la sensación más placentera que había experimentado en muchos años.

La respiración de Brenda se detuvo. Era lo que había presenciado cuando Triel luchaba contra los adversarios en Laguna Miramar, a quienes había decapitado sin piedad. El porqué era necesario ejecutar un acto monstruoso

como aquel requeriría de una respuesta que quizás nunca recibiría.

Pero una vez más, Triel pareció leer sus pensamientos.

–Decapitar a los caídos es la forma que tenemos los silverwalkers de asegurarnos de que han muerto para siempre. Son muy fuertes, y no cualquier acción los extermina.

–Cuando luchamos en la guarida del Delta, creí captar algunas espadas, pero no fui testigo de algo así.

–Si en plena pelea no lo llevamos a cabo, al culminar la batalla recorreremos el escenario y nos encargamos de los que han quedado vivos.

El primer impulso de Brenda fue decir que eso se llamaba crueldad, pero después de escuchar el relato de Triel, no se le ocurriría mencionar algo así. Los dos bandos procuraban exterminarse y recurrían a todas las artimañas que conocían para cumplirlo.

–Quiero que sepas que ahora comprendo por qué asesinaste a Helena. Yo, en tu lugar, hubiese hecho lo mismo.

Los ojos de Triel se llenaron de un reflejo de plata que la obligó a pestañear. Y al hacerlo, una lágrima ingrata cayó por su mejilla. Intentó quitársela de inmediato, pero la mano de Triel detuvo la suya y acercó la otra para quitarle la humedad de la cara. Brenda se quedó hipnotizada frente a ese ser que la trastornaba. Y con el corazón galopando a toda marcha, observó que el guerrero se inclinaba sobre ella y depositaba los labios sobre los suyos. Rendida, entrelazó los brazos detrás de su cuello y comenzaron a besarse con vehemencia. Los brazos de Triel la ciñeron como cinchas de acero, mientras ella no se quedaba atrás y lo abrazaba como si fuese un náufrago que acababa de aferrarse a la única madera flotando en el océano. Al sentir que le masajeaba los pechos, creyó morir. De un movimiento, Triel le levantó la camiseta, destrabó su sujetador —que a Dios gracias se abrochaba por delante— y, apenas liberó sus senos, se los devoró con ansias. La tiró con suavidad al suelo, al lado de la cascada, y se llenaron de caricias. La boca de Triel jugaba con sus pezones mientras los dedos la acariciaban entre las

piernas. De improviso, un loco impulso provocó que Brenda tomase entre las manos la cara del caminante y lo obligase a mirarla.

—Jamás —puntualizó con bravura—, jamás se te ocurra compararme con ella.

Y sin dejarlo replicar, atacó los labios gruesos que la elevaban al cielo.

\*\*\*

—¡Bren! —escuchó de repente, y con renuencia levantó el rostro.

—Es Seber —gimió Brenda desesperada.

Se apartó de él con ligereza para acomodarse la ropa. Triel hizo lo mismo con sus prendas y, cuando estuvieron listos, esperaron la llegada del mocosito. Sin Brenda en sus brazos, todo a su alrededor perdió colorido y se sintió solo. Cuando fueron capaces de ver el semblante de Seber, se encontraban sentados a poca distancia uno del otro y Triel no creía que el muchachito fuese capaz de sospechar lo que había ocurrido entre ellos.

—Tesoro, ven —invitó Brenda con una sonrisa. Al apreciar los labios que había besado hasta la saciedad, su masculinidad comenzó a revolverse de nuevo.

Seber se acercó con cautela. El chaval aún no había desarrollado un lazo con él como lo había hecho con Damián, a quien adoraba.

—No sabía dónde estabas —murmuró, y se acurrucó al lado de Brenda, que lo cobijó entre sus brazos. Una ola de celos invadió a Triel. No toleraba que otro ser de su mismo sexo la tocara. Ni siquiera un niño.

—Curaba las heridas de Triel. El aire y el sol pueden ser mágicos para su restablecimiento.

Brenda comenzó a jugar con la cabellera del jovencito, que se esparcía en bucles a la altura del cuello, y Triel se sintió de más. Debía retirarse de inmediato o lo arrancaría de sus brazos a patadas. Apenas se puso de pie, Seber se incorporó un poco y lo miró a los ojos.

—Quería hablar contigo.

—¿Qué sucede? —preguntó aún perturbado.

—Preciso saber que mi hermana estará protegida. Y se me ocurrió que tú podrías ser el más adecuado para hablar sobre ese asunto.

Brenda emitió un gemido.

—Mi amor, a Triel no le incumbe...

—¿A qué te refieres? —interrumpió. Seber era muy perspicaz y quería estar seguro de lo que pasaba por su mente.

—¿Le contaste? —Y miró a Brenda, que se quedó con los ojos abiertos sin decir nada.

—¿Perdón? —Aquellos dos sabían algo que él, por lo visto, no.

—Seber, yo me cuido sola. Siempre ha sido así.

El chico se encogió de hombros.

—Pues creo que ha llegado el momento de que alguien, además de ti, te proteja.

—Seber...

—Por favor, sé claro —espetó Triel.

Esa mujer era temible, pero él no se detendría hasta saber qué era lo que preocupaba a Seber.

—No sé si alguien te lo ha dicho, pero quienes te mandaron encarcelar en Laguna Miramar fueron Gustav Chavanel y Brad Drage. Bren y yo escuchamos cuando decían claramente que a mí me habían mantenido en la guarida para atraer a Brenda y poder atraparla. Según ellos, mi hermana sería la guardiana de algo que buscan.

A medida que Seber hablaba, el corazón de Triel galopaba con más brío. Sabía que Chavanel había estado en la guarida, pero jamás se imaginó que el maldito de Brad Drage todavía estuviese vivo. Entonces había logrado salir con vida de la masacre que se suscitó en la fundación de México después del apoteósico enfrentamiento entre Drage y Ronan Mitchels. Se pasó la mano por la cabellera, nervioso. Aniel y Maia seguían estando en peligro, y no



creía que Gabriel y Damián fuesen a tomarse esa noticia con agrado. Pero lo que más lo inquietaba era la amenaza que también recaía en Brenda.

—Gracias. Esta información es vital para nosotros.

—Solo te la dije para que alguien defienda a Brenda.

—No necesito protección de nadie, Seber.

—¡Claro que sí! Esos tipos son crueles y oíste muy bien lo que Drage expresó. ¡Te matarán apenas te encuentren!

Al escuchar aquello, una furia descontrolada se apoderó de Triel.

—Nadie tocará a tu hermana. Te lo prometo.

Brenda miró conmovida primero a su hermanito y después a él.

—Sabía que no me equivocaba contigo —afirmó Seber, y Triel se sintió un poco incómodo por sus palabras. Había estado a punto de estrangularlo por ponerle las manos encima a su hermana.

—¿Por qué es tan importante Brad Drage para ustedes? —Los ojos interrogantes de Brenda lo atravesaron de un lado a otro, dejándolo casi sin respiración.

—Es un exmiembro de la Estirpe de Plata que se transformó en caído por ambicionar el liderazgo de estos y, además, por ir tras la madre de Aniel y Maia.

—¿La madre de Aniel y Maia? —repitió Brenda con la boca abierta. Hasta donde ella sabía, Maia era huérfana.

—No podías estar enterada. Estos hechos sucedieron cuando las chicas llegaron al Delta hace más de un año y no tenían contacto con ustedes. Maia y Aniel son hermanas. Hijas de Ronan y Ana Mitchels.

La boca de Brenda se abrió aún más si eso podía ser posible.

—¡Dios mío!

—Y la señora Ana es la obsesión de Drage, por lo que hace unos meses, Ronan y Brad se enfrentaron en la fundación de la Ciudad de México, donde Maia vivía, por ella.

—¿Entonces el señor Mitchels está vivo? —preguntó asombrada—. Lo

último que Jackie y yo sabíamos es que ese hombre había desaparecido hacía como ocho años en una pelea con Sácritos.

—Es verdad que el combate existió, pero es una historia muy larga que algún día te contaré. Lo más importante es que Ronan está bien y, junto a Ana, constituyen un matrimonio ejemplar. Son los suegros de Gabriel y Damián, y los abuelos de Rosarito, la niña que viste en brazos de Maia la noche en que nos enfrentaste.

—Pero ¿qué pasó con Drage entonces?

—El día que Ronan y él combatieron, no estaban solos. Los dos bandos íbamos con ellos y nos enfrentamos a muerte en el subsuelo de la fundación. Como desenlace, el edificio se desmoronó y los caídos murieron sepultados entre los escombros y el fuego.

—¡Pobre Maia! —exclamó Brenda—. Ella adoraba la vivienda donde había compartido años con los niños que también habitaban ese lugar y, además, en el salón del predio llevaba a cabo funciones de *ballet* a beneficio de los pequeños.

—No te preocupes. Ronan y Damián se encargaron de que la fundación volviese a estar en condiciones.

—Y yo puedo asegurarte que Brad Drage está vivito y coleando —avisó Seber con rotundidad.

—Por eso camina mal.

—¿Qué quieres decir, Brenda? —quiso saber Triel.

—Supongo que te refieres al tipo de cabello blanco con ojos negros que brillan un poco distinto.

—Exacto.

—Se ayuda con un bastón.

Triel asintió. No dudaba de que Drage había sufrido con el desmoronamiento cuantiosas heridas, quizás irreparables.

—Damián y Gabriel se pondrán como locos con esta noticia. —Se detuvo un instante. Seber había practicado con Damián una cantidad exorbitante de

horas, y le resultaba inconcebible que no se hubiese explayado con él. Levantó la mirada—: ¿Por qué no se la contaste primero a mi hermano?

Seber se encogió de hombros.

—Porque el único que tiene interés en Brenda eres tú.

—¡Seber! —gritó su hermana, y Triel no pudo dejar de sonreír ante la sinceridad del chico.

—Bueno, tengo ojos y no soy tan bobo.

—Déjalo estar, Brenda —pidió Triel—. Por favor, vengan conmigo, los escoltaré hasta la guarida y después me encargaré de poner al tanto a los demás caminantes.

Dicho esto, esperó a que Seber y ella se levantasen para ponerse en camino hacia la organización. No pensaba sacarle un ojo de encima a la joven que había puesto su mundo al revés.

## Capítulo 24

Salió de la habitación, sabiendo que dejaba a sus dos amigos sumidos en una tremenda preocupación. Aprovechando que Gabriel y Ruryk habían viajado desde el Delta a la guarida de México por cuestiones de trabajo, Triel se había apresurado a convocarlos, al igual que a Damián, a una reunión con carácter de urgencia. La seguridad de las señoras álmicas de Gabriel y Damián era la máxima prioridad y no había tenido más remedio que comunicarles lo que se había enterado por boca de Seber.

*—¿Cómo? —La voz de Gabriel se elevó en todo su poder, choqueado con la noticia.*

*—Brenda confirmó lo expuesto por su hermano. Ella no tenía idea de lo que significaba Brad Drage para nosotros, así como tampoco que Aniel y Maia son hermanas o que Ronan estaba vivo.*

*—Entonces irán a por ellas —siseó Damián, que parecía al borde de lo que Triel temía. Su legado podía llegar a activarse.*

*—Debemos protegerlas más que nunca —estuvo de acuerdo Gabriel.*

*—Enviaré la señal a todas las organizaciones de la Estirpe.*

De esta manera, cuando Triel llegó al pasillo de la casa, tomó el teléfono y llamó a su soldado de mayor confianza y que tenía a cargo de recibir las señales de emergencia.

*—Sergio.*

*—Señor.*

–Alerta máxima. Ya sabe lo que tiene que hacer.

–De inmediato, señor.

Y colgó. Necesitaba ir al gimnasio a descargar los elevados niveles de adrenalina que circulaban por su sangre. Para ello, debió pasar por delante de la habitación de Brenda. Al hacerlo, las fosas nasales se embebieron de la fragancia de ella y un calor febril lo sofocó, como ya era costumbre. Cuando dejaba atrás la puerta, esta se abrió para dejar paso a Brenda. Sin poder evitarlo, se detuvo y se acercó a ella. Vestía una calza deportiva y una camiseta de tirantes ajustada que provocó un sobresalto en su miembro.

«Cálmate, por Dios», se dijo.

–¿Vas al gimnasio? —preguntó mirándola como un idiota. La cabellera brillante, en combinación con esos ojos almendrados, era el sueño de cualquier hombre.

–Sí —la escuchó responder en medio de su fascinación.

–Te acompaño.

Brenda asintió con una sonrisa y, juntos, se encaminaron hacia el recinto. Triel pudo percibir algo extraño en el semblante de la joven. Tristeza.

–¿Has hablado con Damián y Gabriel? —le preguntó.

–Sí. La Estirpe se encuentra bajo aviso de máxima seguridad.

–Gracias por cuidar de mis amigas.

Triel la miró y constató que de verdad había gratitud en su mirada.

–Son las esposas de mi hermano y de uno de mis mejores amigos.

La observó asentir y, cuando llegaron, se alejó de él. Lo rehuía y no le gustaba un carajo. Brenda eligió correr sobre una cinta; entretanto, él prefirió trabajar las piernas con una prensa. Durante el rato que estuvieron concentrados en ello, Triel no perdió de vista el lenguaje corporal de la muchacha, que era diferente.

–Creo que ha llegado el momento de partir —la escuchó decir en voz muy baja.

–¿Cómo? —Se detuvo con brusquedad y buscó su mirada, pero Brenda

continuaba corriendo con la vista clavada al frente, como si tuviese la intención de ignorarlo.

—He recobrado a Seber y tú te has repuesto. Además, he podido ver a Maia y he constatado que se encuentra más feliz que ninguna mujer que haya conocido, y estoy segura de que a Aniel le debe de suceder igual.

—Suponía que te quedarías más tiempo.

Brenda sonrió con pena.

—Te juro que me encantaría, pero debo pensar en Seber, quien necesita reinsertarse en la sociedad y vivir como un jovencito de catorce años. Es mi deber de hermana. Y no te olvides de que tengo un trabajo.

Triel se levantó de la prensa y se paró a su lado. Ella hizo lo mismo y, a continuación, se quedaron mirando uno a otro como si hubiesen caído en trance.

—¿Esta decisión tan abrupta tiene algo que ver con nosotros?

Los ojos de Brenda se llenaron de lágrimas y Triel se sintió el peor ser del mundo. Era consciente de que le había dado esperanzas, pero su corazón y su alma estaban marchitos.

—Yo... —la escuchó balbucear.

El perfume de la piel transpirada de Brenda lo enardecía. Los pechos subían y bajaban por la respiración agitada y, de repente, todo perdió sentido. Salvo retener a esa mujer que tenía al frente. La levantó en volandas y, en tanto la llevaba a toda prisa a la ducha del gimnasio, mandó una orden mental a todos los habitantes de la casa avisando de que estaba prohibido ir a entrenar hasta nuevo aviso. Después explicaría con alguna mentira semejante proceder.

Apenas ingresó al cuarto de baño, prendió el agua, que comenzó a caer sobre ambos, y se atacaron las bocas con desesperación. Cuando quedaron desnudos, se enjabonaron uno al otro con dedicación. Las manos de Brenda hacían magia con su miembro, que apenas podía controlar, y, lleno de ardor, la giró y desde atrás le envolvió los senos húmedos y llenos de espuma. La dulzura y suavidad de sus lomadas era su perdición, y a medida que la

escuchaba gemir entre sus brazos, le mordió el hombro con delicadeza.

—Triel, por Dios. —Y apoyó la cabeza contra su pecho.

Al ser testigo de su abandono, se sintió feliz. Y mientras una mano no descansaba de ir de un seno al otro, la palma de la otra acariciaba su femineidad. Brenda arqueó la espalda, y sus dedos aprovecharon para envolver toda aquella opulencia. Verla de esa manera entre sus brazos le dio la valentía para voltearla de nuevo y, mirándola a los ojos, besarla. Pero en ese segundo algo aconteció. Y lo golpeó de lleno. Las pupilas de Brenda refulgían con una intensidad sublime. Y lo contemplaban a él. Solo a él. Contuvo el aliento y anheló detener ese instante a perpetuidad. Brenda se había abandonado a sus brazos con tal incondicionalidad que se sintió desbordado. Y también perdido.

Cerró los ojos y, como una letanía, escuchó lo que determinaría el futuro de los dos:

—Te quiero.

## Capítulo 25

**A**brió los ojos muy despacio y la luz que ingresaba a través de la ventana lo obligó a pestañar. Respiró profundo y giró el rostro hacia el lado de la cama que estaba vacío. Estiró el brazo y tocó con cuidado la tela de la almohada y, al hacerlo, la esencia de lavanda impregnó sus sentidos. Triel se incorporó un tanto y no pudo resistir enterrar la cabeza en los pliegues mullidos que habían acunado el rostro de la mujer que durante toda la noche se había entregado a él con tanta generosidad. Por primera vez en siglos, su corazón había palpitado con intensidad y desenfreno. Y se había mordido los labios para no gritar a los cuatro vientos que él, en realidad, estaba vivo y que alguien, por fin, había llegado a su vida para demostrarle que podía acariciar el inconcebible anhelo de sentirse amado.

Miró hacia el techo y se detuvo en una pequeña grieta que rompía la armonía del color blanco inmaculado con el que estaba pintado. Al hacerlo, no pudo dejar de comparar esa hendidura con lo que sucedía en su vida: la presencia de Brenda comenzaba a resquebrajar siglos de murallas que él había construido alrededor de su casi inservible corazón, y podría ser una cuestión de tiempo el que se transformase en algo imposible de detener. Suspiró. Era una guerrera que vivía cada día con una ternura y una fiereza que lo desarmaba por completo. Tenía valores fuertes, estables y se entregaba por completo a los que amaba. Daba sin esperar nada a cambio, y su risa espontánea ante los desafíos provocaba en él una muda admiración. Y no solo



eso. Había perdido la cuenta de las horas que había pasado sentado frente a las cámaras de vigilancia observándola, ya fuese durante su entrenamiento en el campo de deporte o hablando con Seber o con los soldados. También cuando se sumergía en sus propias reflexiones, cosa que hacía muy a menudo. Era la manera que él había encontrado de poder formar parte, aunque fuese a la distancia, de la realidad de esa leona.

Y la intimidad. En ella sincronizaban de forma tan perfecta que dudaba de que alguna vez fuese capaz de volver a experimentar placer en los brazos de otra mujer. Brenda lo hacía sentir tan él mismo que, poco a poco, estaba convirtiéndose en su mundo y se preguntaba cómo diablos podría dejarla marchar algún día.

Ante ese interrogante, Triel se precipitó de la cama y recogió la ropa desparramada por el piso para vestirse. A medida que lo hacía, una furia interior comenzó a devorarlo como las llamas de una hoguera. Entretanto se abrochaba el cinturón, bramó por lo bajo. Se sentía iracundo y, a la vez, desesperado. Se sentó en la cama y se calzó los borceguíes con brusquedad. Necesitaba con urgencia una buena pelea o concluir con lo que debería haber llevado a cabo desde el principio. Se incorporó y, con pasos apresurados, se dirigió hacia la puerta para salir de la habitación. Debía alejarse de inmediato del lugar que le recordaba las interminables horas de pasión que había vivido y afrontar lo que ya no podía postergar más.

Cuando llegó a las oficinas de trabajo, preguntó por Seber. Sergio señaló la pantalla de una computadora que, conectada a una cámara de vigilancia, mostraba al chiquillo en el campo de adiestramiento. Buscó la figura de Brenda, pero al darse cuenta de que no estaba junto a él, interrogó sobre su paradero. El sujeto le explicó que ella había salido a correr por el bosque aledaño hacía alrededor de una hora.

—¿Sola? —La voz de Triel era tan gruesa que más de uno de los presentes tragó en seco.

—La joven se las ingenia para escabullirse antes de que nos demos cuenta.

Triel apretó la mandíbula. Odiaba que esa testaruda hubiese desoído una vez más la orden que le había dado de no salir de la guarida a no ser que fuese en compañía de él o de algunos de los otros guerreros, si bien en ese momento reconocía que era lo mejor que podía haber pasado.

Miró a Sergio y ordenó:

—Ejecutaremos el plan ahora mismo.

Este se cuadró, asintió y comenzó a repartir órdenes a los subordinados. Triel salió tras ellos y, al llegar al campo, observó a Seber, que practicaba movimientos de taichí con una gracia y disciplina pocas veces vista por él. No dudaba de que ese chaval, si seguía con los entrenamientos, llegaría a ser con los años un guerrero sin igual de la Estirpe de Plata.

Los soldados comenzaron a rodear a Seber, quien al verlos se detuvo y miró a Triel con una sombra de vulnerabilidad. Sin embargo, el muchachito se había acostumbrado a una vida dedicada a las luchas, por lo que el caminante no descartaba su gallardía a la hora de oponerse. Al llegar a su lado, la mirada de Seber se transformó en una de absoluta frialdad y, de inmediato, colocó el cuerpo en posición de ataque.

—No lo toquen —ordenó Triel a sus hombres, y miró al chico—. Lo mejor que podría suceder es que no nos enfrentes.

—Mi hermana confiaba en ti —siseó este.

—Nadie les hará daño —respondió, ignorando que el adolescente había hablado solo de Brenda.

—¿Por qué haces esto?

«Digno hermano de ella. Artero y frontal», pensó Triel.

—Solo te pido que no te opongas a lo inevitable, porque será lo mejor para ti y tu hermana.

Triel contempló cómo Seber evaluaba la situación. Sabía que el jovencuelo, si quisiera, podría librar una batalla campal que podría llegar a ser sangrienta, aunque la perdiese.

—Si me entrego, ¿dejarás a Brenda en paz?

—Te prometo que ella no saldrá lastimada.

—Me temo que ya es tarde para eso.

Las palabras de Seber dieron en el blanco y un agujero pareció abrirse en su estómago.

—Llévenselo —ordenó con voz controlada para evitar gritar como en realidad deseaba.

Cuando uno de los soldados intentó tomar a Seber del brazo, este le aferró la muñeca con la mano y la arrastró hacia él, lo que provocó que el sujeto inclinase el cuerpo hacia delante y Seber, con la otra mano, pudiese asestar un golpe en la quijada que lo hizo salir expulsado hacia atrás y caer contra otros de sus compañeros. Libre de los oponentes, el jovenzuelo intentó atacar a Triel con uno de sus puños, pero el caminante se lo desvió con la palma de una mano. Rabioso, quiso usar el otro, pero el silverwalker lo paró con el codo y, aprovechando su confusión, golpeó con cuidado el costado de la mano libre por detrás de la oreja, lo cual hizo que Seber cayera al suelo. De inmediato, dos guardias lo levantaron y lo retuvieron a pesar de sus forcejeos.

—¡Suéltlenlo! —La voz de Brenda los detuvo a todos. Al darse la vuelta, Triel la vio corriendo a toda velocidad hacia ellos—. ¿Qué diablos están haciendo? —Triel hizo un gesto a los demás, los cuales se colocaron en círculo alrededor de Seber. A pocos pasos de él, ella se detuvo y lo miró con incredulidad—. ¡Saquen sus asquerosas manos de encima de mi hermano! —vociferó indignada, a la vez que Seber tironeaba de los brazos que lo retenían—. ¡Triel! ¿Qué te pasa? Diles a tus hombres que paren.

—No.

El brillo de las pupilas almendradas lo dejó sin aliento.

—¡Por Dios! ¿Qué diablos quieres? —tronó, y a Triel le pareció que miles de cuchillos se clavaban en su garganta. Respiró hondo y contestó lo que, sabía, iba a significar un cambio radical y demoledor en su relación con Brenda. Después de todo era lo que él había querido lograr desde el primer segundo en que la había visto.

—El símbolo.

Ante su respuesta, el semblante de Brenda se volvió mortecino y los músculos de su mandíbula se tensaron.

—No puede ser... —dijo agitando la cabeza de un lado a otro con el rostro desencajado.

—Por Dios, Brenda, siempre lo has sabido.

—¡NO! —gritó casi en un gemido—. Nunca se me ocurrió que después de todo... —Y se detuvo. La observó mirar el suelo como si allí pudiese encontrar una respuesta que en realidad solo él podía darle. Pero cuando alzó la vista, los latidos del corazón se le detuvieron—. ¿Entonces lo de querer acompañarme para protegerme y ayudarme a rescatar a Seber fue con la única intención de apropiarte de *eso*?

—Si supusiste que lo hacía por otra razón, entonces estabas muy equivocada.

—Lo que vivimos tú y yo... —susurró, y volvió a detenerse. Lo miró con los ojos húmedos y Triel supo que, si debía seguir adelante con su vida tal cual la conocía, no podía dilatar más lo irremediable.

—Brenda, entérate de una vez. Yo jamás habría antepuesto mis objetivos personales a los de la Estirpe. Conseguir lo que tú guardas con tanto recelo ha sido siempre mi única finalidad.

Ella cerró los ojos y la incandescencia que rodeó su cuerpo lo dejó enajenado. Jamás había sido testigo de una aureola de color platino emitida con tal intensidad por la figura de una mujer de la Estirpe. Lo había escuchado de labios de Gabriel y de Damián respecto a sus esposas, pero no imaginó que él tendría la oportunidad de vivirlo de cerca.

—Te desafío a una pelea —siseó abriendo los ojos—. Si gano, me llevo a mi hermano.

«Otra vez su fiereza y gallardía», se dijo, y la admiró más que nunca. Triel negó con la cabeza.

—Es inútil. —La muchacha se abalanzó contra él, pero unos guardias la retuvieron de inmediato. Triel emitió un gruñido profundo, incapaz de tolerar

que otros machos la tocasen—. ¡Suéltela ya mismo! —gritó lleno de ira y celos.

Al hacerlo, Brenda quiso volver a atacarlo, pero Triel sacó una pistola y apuntó a Seber. Ella se detuvo de inmediato y clavó los ojos en él. En ese momento, Triel supo que no sería capaz de olvidar lo que vio en ellos por el resto de su existencia. Y el responsable era él.

—¡Eres un verdadero hijo de puta! —vociferó con lágrimas a punto de desbordarse. El caminante se mantuvo firme sabiendo que, si no hacía algo pronto, iba a caer rendido y humillado a sus pies. Y no podía permitirselo.

—Debes entregar lo que nos pertenece.

Brenda meneó la cabeza de un lado a otro con desesperación.

—¡No conozco el maldito símbolo! —bramó, y las lágrimas comenzaron a caerle por las mejillas. Cuando la vio quitárselas con brusquedad de la cara, se sintió desquiciado. Odiaba todo eso, pero no tenía otra salida—. Nunca lo tuve en mis manos y no sé de qué se trata —continuó, interrumpiendo sus pensamientos.

—Mientes.

—No, tú eres el que lo ha hecho siempre.

—Brenda, jamás te dije una mentira. Solo no hice evidente la verdad de mis intenciones.

—Entonces es aún peor.

—Todo tiene un precio.

—El que deberá aprender acerca de las consecuencias de sus actos serás tú. Y ese mismo precio del que hablas será tu ruina.

Triel rio porque todo aquello le resultaba absurdo. Esa mujer lo dejaba desnudo con los ojos y las palabras.

—Entrégame el símbolo de una vez y Seber y tú podrán irse en paz.

Ella lo contempló durante un rato, hasta que habló casi en un susurro:

—Te juro por lo que más quieras que, si yo supiese algo, te lo diría de inmediato. Pero no es así.

—Brenda...

—Haz lo que quieras conmigo, pero a Seber lo dejas en paz.

—¡No! —exclamó el chico que comenzó a sacudirse de nuevo—. Yo me quedo contigo.

El corazón de Triel se inflamó al ser testigo de la mirada que Brenda dirigió al mocosito. El amor que desbordaba amenazaba con hacerlo perder el juicio por completo. Porque en las noches en las que había yacido junto a esa mujer, la pasión extrema y salvaje con la que había adorado su cuerpo había sido su manera de intentar abrir las puertas de su alma para que, aunque fuese por un instante, lo hubiese mirado a él de la misma forma en que lo hacía con el chiquillo.

—Será encarcelado, como tú, hasta que confieses acerca del paradero del símbolo al que proteges.

—¡Te dije que no lo conozco! —volvió a gritar la muchacha, esta vez con frustración.

—Tendrás tiempo de reflexionar acerca de ello en tu celda.

—¡Libera a mi hermano, cabrón! —Y dio un paso adelante.

—No lo desafíes más —rogó Seber a Brenda, que, ante sus palabras, se detuvo—. No importa lo que haga conmigo.

—Jamás permitiré que vuelvas a ser prisionero de alguien.

—Si sigues resistiéndote, las consecuencias las pagará él —interrumpió Triel con voz cortante. Brenda lo observó con recelo.

—No te atreverías.

—No me tientes. —Y amartilló el arma contra Seber.

La mandíbula de Brenda comenzó a temblar. Triel captó la impotencia y el miedo de ella. Y supo que estaba perdido.

—Eres lo más bajo que he conocido —murmuró—. Te creía leal y diferente, pero estás hecho de la misma mierda que las personas que traicionan sin importarles los demás un carajo. Me equivoqué demasiado contigo. Y eso tiene un precio. —Respiró profundo y concluyó—: Está bien, Triel, me

entrego.

—¡No, Bren! —chilló Seber con los ojos cuajados de lágrimas.

—Puedes someterme a toda clase de pruebas —continuó la voz de Brenda como en una letanía—, las que quieras para lograr que de mi boca salga la verdad que tanto deseas. Úsame. No emitiré un quejido, pero... —y se detuvo— apelo a la poca humildad que alguna vez intuí que existía en ti y te pido, por favor, que a cambio dejes ir a mi hermano.

Triel creyó morir. Sabía que ese *por favor* le había costado demasiado decirlo. Y sintió asco y odio de sí mismo.

—¡Llévenselos! —bramó, exaltado, a los guardias.

—¡Maldito! —Brenda pataleó furiosa cuando la apresaron entre seis. La desesperación de Triel era tan profunda que se vio obligado a aceptar que otras manos masculinas la tocasen—. ¡Te juro por lo que más quieras que algún día te acordarás de mí! —la oyó gritarle mientras los guerreros la arrastraban junto al chaval—. Y te transformarás en el ser más desdichado del mundo. Mi dolor será el tuyo, desgraciado. ¡Acuérdate de lo que te digo!

Triel mantuvo la mirada clavada en la de Brenda hasta que esta desapareció a través de las puertas de la guarida. Al ver el arma que todavía tenía en la mano, la arrojó a través del aire con toda la fuerza de la que fue capaz y no dejó de observarla hasta que se perdió por detrás de los árboles del bosque. Si bien la pistola había estado descargada, había logrado engañar a todos y tener éxito en la ejecución del plan. Y debería sentirse bien por ello.

Pero, en su lugar, un oscuro y profundo vacío le devoraba el alma; uno que le confirmaba una patética verdad: el único perdedor de esa batalla había sido él.

## Capítulo 26

**M**iró el reloj una vez más de la infinidad de veces en que lo había hecho en las últimas horas. Las dos de la mañana y todavía no había logrado pegar ojo. Apoyado contra un árbol, contempló un río que, manso, circulaba por su cauce en medio del paisaje oscurecido por la noche. Aspiró hondo en un intento de expulsar el aire que había quedado en sus pulmones después de lo acontecido. Y aún le taladraban las palabras que Brenda le había gritado:

*«Eres lo más bajo que he conocido. Te creía leal y diferente, pero estás hecho de la misma mierda que las personas que traicionan sin importarles los demás un carajo. Me equivoqué demasiado contigo. Y eso tiene un precio».*

—¿Qué esperabas de mí, Brenda? —exclamó levantando los ojos hacia las pocas estrellas, que permanecieron mudas.

Comenzó a caminar de un lado a otro, pateando alguna que otra piedra que terminaba hundiéndose en las aguas. Necesitaba erradicar cualquier atisbo de debilidad. No podía claudicar.

*«Te quiero».*

Cuando había oído esas palabras, había creído perder la razón. Porque él era un ser oscuro y siniestro, cargado de odio y resentimiento. Pero en ese segundo, en ese atisbo de tiempo, algo inusual lo había confrontado con la más burlona de las carcajadas. Y se había sentido el ser más vulnerable de la tierra, pero también el más feliz.



Furioso, comenzó a golpear un tronco enorme con los puños hasta que los nudillos se le cubrieron de plata. Inclino la cabeza hacia abajo y clavó la vista en el suelo, que pareció transformarse en una pantalla. De la ducha, Brenda y él habían corrido hacia su habitación para unirse en una frenética pasión que, al final, los condujo al piso. Se habían revolcado como dos poseídos hasta que, al chocar con el borde de una pared, el cuadro que colgaba sobre esta había caído y se había estrellado contra el parque.

Se incorporó y rememoró las carcajadas y el olor a lavanda que lo embriagaban. Frenético, se restregó la cara con las manos, como si intentase extirpar lo pecaminoso y cobarde que se sentía.

*«Mi dolor será el tuyo, desgraciado. ¡Acuérdate de lo que te digo!».*

Aturdido, corrió hacia el río y se lanzó a su interior. Comenzó a nadar con furia en un intento de arrancarse de las células de su cuerpo el aroma que tanto anhelaba. Mientras braceaba, la mirada que Brenda le había regalado en la ducha, y que casi lo había puesto de rodillas, regresó. Y las retinas comenzaron a quemarle. «No te atrevas, por Dios», se dijo.

Cerró los ojos y, al hacerlo, la vio sonriendo frente a él. Era hermosa y sus pequeños hoyuelos lo trastornaban, así como su risa cantarina cuando le había tironeado de la melena al borde del orgasmo. Y él se había dejado hacer porque se había sentido como Sansón ante su Dalila.

Sumergió todo el cuerpo y nadó varios cientos de metros. Había buscado en aquella inmensidad un poco de paz, pero lo único que lograba era reavivar la presencia de Brenda. Y claudicando sin remedio, añoró los pechos llenos y su femineidad cubierta de mermelada, que había degustado con desesperación. Pero, sobre todo, su lealtad y entrega, dadas a manos llenas y sin exigir nada a cambio.

Emergió a la superficie y, tras unas brazadas, se trepó a la ribera, donde se recostó de espaldas. Observando la infinitud del cielo oscuro sobre él, se enfrentó a su propio desamparo. Y sin poder evitarlo, ansió sentirse el Triel que por un lapso corto de tiempo había sido querido por esa mujer. La única

que había osado traspasar las barreras de su maldita miseria.

Y de pronto, algo inexplicable comenzó a envolverlo. Una luz que, al girar, lo extasió.

—¿Eres tú, Bren?

Como única respuesta, contempló por primera vez una espiral que se elevó a través de su cuerpo y se sintió protegido como cuando yacía en los brazos de ella. Y al respirar profundo, experimentó lo que hasta ese instante había sido un imposible: gotas saladas y pesadas brotaron de sus ojos y se deslizaron por sus mejillas. Perplejo, escuchó de nuevo sus palabras:

«*Jamás se te ocurra compararme con ella*».

—¡Nunca me atrevería! —El eco de su grito perforó su alma y de su interior comenzó a fluir un nuevo entendimiento, una chispa de sabiduría que antes no había sabido reconocer, pero que, en ese momento, se unía a la luz que ascendía a través de su columna. Brenda se lo había advertido, pero él no la había escuchado. Desde su ego envalentonado, solo había intentado acallarla de todas las formas posibles. Incluso traicionándola.

Comenzó a sollozar, embebido en la sacralidad que lo conectaba con el alma de su guerrera. Abrió los brazos hacia los costados y, sin saber cómo, su alma viajó del interior de su cuerpo al manto negro por encima de él, desde donde pudo contemplarse como un crucificado.

«¿Era necesario llegar a esto, Triel?», se preguntó con el sabor de las lágrimas en la boca.

Y recordó los labios que le habían susurrado al oído que lo querían. Los ojos color café que lloraban mientras le daban las gracias. Las manos lánguidas que durante tantos días habían atendido sus heridas y la boca generosa que sin reparos se había llenado de su hombría. ¡Tantas bellas pinceladas dadas por la mujer que lo había devuelto a la vida!

Dilató las aletas de la nariz, borracho de la esencia de ella.

«Brenda». Abrió los ojos y la buscó con las manos. A medida que sus lágrimas se derramaban, pudo percibir la miel de su intimidad y el dulce

extracto de su deseo. Se tomó el miembro, sin dudar de que yacía a su lado. Podía oír sus gemidos; y se perdió en su calor y en su entrega.

Friccionó su falo hasta que, en un intento de penetrar a su musa por entero, arqueó la espalda al mismo tiempo que abría la boca para adueñarse de la piel blanca de sus pechos y amamantar su ternura. Quería todo de ella. Con mayor fuerza, frotó una y otra vez, hasta que la espiral inquisidora prendió la chispa y su cuerpo entero entró en ignición. Al expandirse, lo que su corazón había escondido con tanto recelo se hizo visible y reveló su inequívoca certeza.

Y comprendió.

Gritó con las pupilas, que estallaron en plata. Lo hizo como un loco, saciado de luz, de lavanda y de ella. Poco a poco, su respiración regresó a la calma y, con esta, la conciencia de que Brenda, en realidad, nunca había estado con él, sino su espantosa soledad.

Se quitó las lágrimas con el dorso de la mano, pero al enfocar la vista en su masculinidad, la cruel espada de la verdad abrió en canal su corazón.

Su semilla, por primera vez en setecientos años, yacía derramada entre sus manos.

## Capítulo 27

Salió corriendo como un poseído. Al hacerlo, resbaló y casi cayó al suelo, pero en el último momento logró balancear el cuerpo. Frunció la boca y cuadró los músculos de la mandíbula, único indicio de su falta de cordura.

Mojado hasta los huesos, atravesó los kilómetros que lo separaban de la guarida en pocos segundos. Cuando llegó a esta escuchó a alguien gritar su nombre y que pasos pesados iban tras de él, pero no se detuvo. Necesitaba llegar a la maldita celda. Aumentó la velocidad de tal forma que los árboles del jardín parecían borrones de tinta verde y marrón que lo acompañaban en silencio hasta que ingresó al recinto como un bólido. Lavanda. Solo debía localizar el lugar de donde proviniese el aroma que precisaba como la sangre. Sabía que le hablaban o, tal vez, le gritaban. Incluso llegó a percibir que lo zamarreaban. Sin saber cómo, se deshizo de aquello que lo retenía y siguió buscando. Pero en ese condenado sitio el perfume de ella se había extinguido.

—¿Dónde está?! —gritó como un poseso, sin obtener una respuesta. Prosiguió con la pesquisa, abriendo puertas y mirando a través de las ventanas—. ¡Que alguien me diga dónde se encuentra! —chilló una vez más, pero un dolor insoportable lo llevó al piso. Al levantar la mirada se encontró con su hermano, que con el puño en alto lo observaba preocupado.

—Por Dios, Triel. ¿Qué te pasa?

Se incorporó furioso y, abalanzándose contra él, lo tomó de la solapa de la camisa.

—¡Dónde mierda está Brenda!

—Señor. —La voz de Sergio lo sacó por un segundo de su desesperación, y clavó la mirada en él—. La chica Mori y su hermano han desaparecido.

Furibundo, se apartó de Damián y se dirigió hacia el subalterno, que comenzó a retroceder con mirada de espanto. Cuando ya lo tenía acorralado en una esquina, unos brazos de fierro lo giraron para empotrarlo contra una pared.

—¡Triel! ¡Basta! —escuchó que le gritaba Damián.

Intentó liberarse, pero su hermano seguía empeñado en detenerlo. Comenzaron a luchar como dos fieras acorraladas. Voltearon muebles, cuadros y espejos, y se revolcaron como tantas veces lo habían hecho cuando habían jugado en el barro. El dolor que acribillaba su alma necesitaba extirpárselo de alguna manera, y si el cuerpo de Damián era lo que tenía a su disposición para lograrlo, entonces no dudaría en utilizarlo.

No supo cuánto tiempo duró aquello ni lo que en realidad ocurría, porque estaba tan roto que solo luchaba para comprobar que estaba vivo. De súbito, varios brazos fornidos se apoderaron de los suyos y, arrastrándolo hacia atrás, lo separaron de su contrincante. Se revolvió colérico hasta que alguien lo sujetó contra unas persianas.

—¡Díganme dónde la tienen encerrada! —bramó lleno de ira.

—¡Ya te explicaron que no está aquí!

La voz de su hermano volvió a erigirse y esta vez logró que enfocase su imagen. La ropa de Damián estaba destrozada y su cara, repleta de sangre por los golpes que había descargado con la ira que lo consumía.

—¡Debo ir por ella! —Se debatió otra vez, pero era imposible escapar a la fuerza de tantos grilletes que lo apresaban. Miró hacia los lados y reconoció las figuras de Ruryk y Gabriel—. Hijos de puta cobardes y traicioneros —siseó.

—Lo único que pretendemos es que te calmes.

El tono amable de Gabriel logró aplacarlo apenas.

—Tengo que hallarla.

Al decir aquello, los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Cuál es tu desesperación, amigo? —preguntó Gabriel conmocionado.

Se detuvo, intentando poner en palabras lo que había descubierto y que aún le costaba comprender. ¿Por qué su organismo había demorado tanto en reconocer a la mujer que las profecías habían vaticinado para él?

—Muy simple, Triel —dijo la voz de alguien que no había vislumbrado, pero que acababa de leerle los pensamientos: Astos—. Tu mente, desde el principio, se ha negado a admitir quién era la joven Brenda. Tu corazón siempre lo ha sabido, pero tu empeño en rebatir la realidad provocó la confusión de tu cuerpo. Solo cuando aceptaste abrirte a la verdad, este fue capaz de entender y de expresarse.

—¿De qué están hablando? —preguntó Ruryk desconcertado.

—Díselo, Triel. De una vez por todas confiesa aquello contra lo cual has peleado durante tanto tiempo.

El caminante bajó la cabeza, derrotado, pero a los pocos segundos la irguió y miró a todos con un brillo incandescente en los ojos.

—Brenda es mi señora álmica.

\*\*\*

### *Delta del río Paraná*

Tiró las llaves del jeep sobre la mesa y se sentó en el sofá. Apoyó los codos sobre los muslos e inclinó el rostro en las manos. Agotado, permaneció en esa posición durante un rato prolongado. Hacía tres semanas que había salido tras los pasos de Brenda y Seber, pero no había manera de dar con ellos. Sonrió desquiciado, consciente de las veces en que se había burlado de Metanón y de su eterna persecución de Jackie. La vida se cobraba las cuentas pendientes, de eso estaba seguro, y también de que le había llegado el turno.

Levantó la cabeza y se reclinó sobre el respaldo del sofá. «¿Dónde estás?», preguntó mirando al techo, sabiendo que no obtendría respuesta.

Desde el día en que, en voz alta y frente a todos, había reconocido quién era Brenda, los demás lo habían dejado tranquilo para que iniciase la búsqueda. Había enviado una nueva alerta roja a las guaridas mundiales de la Estirpe, en donde además de exigir la protección absoluta de Aniel y Maia, había sumado el inmediato hallazgo de Brenda y de Seber. Para ello, había remitido fotografías de ambos, pero al día de la fecha no había recibido ninguna pista.

Con un batallón de guerreros de la Estirpe, había recorrido todos los puntos cardinales de México utilizando sin descanso durante los días y las noches, en algunas ocasiones, aviones y helicópteros y, en otras, carros, motocicletas, cayucos y caballos. Tenía el cuerpo apaleado, sobre todo a causa de la travesía llevada a cabo en las selvas, que no admitían a cualquier individuo en sus entrañas. Al mismo tiempo, la había llamado con la mente de las distintas formas que se le habían ocurrido: apelando a las pocas palabras dulces que conocía o descargando toda la furia y la frustración que lo ahogaban. Pero Brenda parecía haberse esfumado de la faz de la Tierra.

Una vez más, trató de imaginarse cómo diablos Seber y ella habían escapado. Había gritado a sus hombres pidiendo explicaciones, máxime porque la celda no tenía ni puertas ni ventanas. Pero nadie había sabido darle una contestación. Tampoco su hermano o sus amigos, que lo observaban con las miradas mustias. Lo único que se le ocurría pensar era que Brenda debía contar con algún don especial que él desconocía y que habría empleado para huir.

Cerró los ojos y aspiró hondo. Desde su desaparición, podía empatizar con Gabriel y Damián mejor que nadie, y no dejaba de impresionarle el hecho de poder hacerlo. Si bien nunca había faltado el respeto a su hermano y a su amigo por lo que manifestaban sentir por sus señoras álmicas, muy en el fondo jamás había podido entender el cruel tormento en el que cada uno había caído cuando habían creído perderlas. Había sido testigo de cómo

habían colapsado, y por eso mismo se había prohibido incurrir en algo semejante. Pero allí estaba. Solo y clamando por que Brenda regresase. Y si bien no lo decía, tampoco hacía falta. Todos sabían que su alma se había fragmentado en millones de pedazos.

*«Te transformarás en el ser más desdichado del mundo. Mi dolor será el tuyo, desgraciado».*

Tragó en seco al recordar aquel vaticinio, porque era la verdad. Y si tenía que ser justo por una vez en la vida, en realidad debería permitir que Brenda se alejase de él. Era una mujer única, por completo leal y generosa, mientras que él era todo lo contrario. Sin embargo, la quería. Solo a ella.

Era el tipo más egoísta del mundo, pero le importaba un cuerno. Estaba seguro de que podía hacer buenas cosas por su señora álmica. Había logrado arañar escasos momentos en los que se había atrevido a vivir y a experimentar una felicidad desconocida para él, y se jugaba las pelotas a que también había contribuido a que Brenda se sintiese de la misma forma. Porque sus genéticas estaban construidas para acoplarse a la perfección. Entonces, no estaba dispuesto a echar mano de valores que no existían en él. No quería ser generoso, ni compasivo y tampoco flagelarse por la culpa a tal punto de querer renunciar a Brenda. Todo eso pertenecía a tramos de su vida que había pagado con creces. Pero le debía algo a ella. Por eso, contaba con la firme decisión de aferrarse a lo que había alcanzado a vislumbrar únicamente a su lado. Brenda era de él y no existía otra ecuación.

Respiró muy hondo en tanto refregaba su cara con las manos. Hacía unas pocas horas que había arribado de México con el objetivo de planificar con el resto de los caminantes nuevas estrategias de rastreo. Como Damián y Gabriel no habían querido permanecer alejados de sus esposas y tampoco de Rosarito, se habían puesto de acuerdo en considerar como base de operaciones la guarida del Delta.

—¡Aquí estás!

Sus más temidas pesadillas habían regresado. Miró a las dos mujeres que lo



observaban con el ceño levantado; una de ellas con la panza tan enorme que apenas si podía permanecer parada, y la otra, pequeña, pero que podía llevar de las narices al gigante de su hermano, que en ese instante se colocaba detrás de su musa.

—Falta uno —ironizó.

—No te adelantes —escuchó la voz de Gabriel, que se ubicó al lado de Aniel y la aferró de la cintura.

—Veo que el jurado se ha reunido.

Maia intentó acercarse a él, pero Damián la detuvo.

—Solo quiero hablar con tu hermano.

—Sabes que ha estado fuera de sí desde que Brenda desapareció y no confío en él.

Triel observaba el exceso de protección que Damián sentía por Maia y pudo comprenderlo. Él mismo se sentía enfermo al barajar la posibilidad de que Brenda hubiese caído en manos de Gustav Chavanel o de Brad Drage.

—Déjala, hermano. Prometo portarme bien.

Muy lentamente, los brazos de Damián dejaron libre la cintura de Maia y esta se acercó a él.

—¿Por qué encarcelaste a Brenda y a Seber?

Era inútil ocultar lo que tanto lo avergonzaba.

—Porque tu amiga se resistió a darme el símbolo. —Los ojos de las chicas se agrandaron como dos huevos de avestruz, lo mismo que sus bocas—. Y también amenacé a su hermano con un arma para poder obtenerlo.

Gabriel sostuvo más fuerte a su mujer y Damián dio un paso al frente, como si supiese que la tercera guerra mundial iba a estallar sobre la casa.

—¿Cómo pudiste?! —gritó Aniel, que, pesada como estaba, parecía pivotar de adelante hacia atrás.

—Mi amor..., el arma estaba descargada —dijo Gabriel, tratando de ayudar.

—¿Me importa un bledo! Brenda y Seber no lo sabían. Además, ¿tú estabas al tanto de lo que había sucedido y no me dijiste ni una palabra? —recriminó

Aniel a su esposo.

Triel se levantó y ninguna apartó la mirada de él.

—No es culpa de Gabriel. Lo acontecido es responsabilidad mía, y seré el único que pague las consecuencias de sus actos.

—¿Sabes lo que Seber vale para Brenda? —siseó Maia—. ¡Y ese símbolo! Únicamente yo sé lo que padecí cuando estaba convencida de que Damián no me amaba y solo estaba interesado en apropiarse de él.

Damián la abrazó desde atrás y musitó:

—Jamás me importó. Lo sabes.

Maia asintió y colocó las manos sobre las de él.

—Nunca permitiré que Brenda se una a ti, maldito —chistó Aniel, que seguía pivotando de la furia. Gabriel la sostenía, pero permanecía atento a sus reacciones. Su esposa era peor que una pantera.

—La reconquistaré —contestó amargado. Sabía que las chicas se amaban y no le iban a allanar el camino.

—¡No! ¡A no ser que te pongas de rodillas y clames por su perdón!

—Aniel, por Dios.

—No me defiendas, Gabriel —ordenó. Estaba harto de todos, pero en especial de sí mismo—. He cometido un acto imperdonable y asumo las atroces consecuencias. Soy el juez y jurado que se declara CULPABLE cada día y cada noche transcurridas desde que Brenda desapareció. Pero no puedo más. No sé luchar contra lo que siento.

—No te lo hará fácil, Triel —murmuró Maia con lágrimas en los ojos. Los brazos de Damián la envolvían casi por completo.

Sonrió.

—Estoy dispuesto a todo por recuperarla.

—¿Y qué? ¿Resulta que el amor te llegó de golpe? —insistió Aniel aún enojada.

Negó con la cabeza.

—Porque no haya sabido reconocer lo que me vinculaba a Brenda no

significa que no hubiese existido. Durante las horas, los días y los meses que compartimos, ella logró dar vida a lo que yo consideraba vacío. Pero, lamentablemente, sigo muerto. Aunque soy capaz de entender una gran diferencia. Antes lo estaba porque no creía en nada, pero ahora lo estoy porque he perdido el amor de Brenda. Quiero devolver a esa mujer lo que a manos llenas y sin vacilar me ha entregado. Anhele recobrarla, porque sin ella no existo.

—Es el camino del reconocimiento —aclaró Gabriel—. Has logrado aceptarlo.

—Sí, pero ¿de qué me sirve si no la tengo a mi lado?

—Debes encontrarla, hermano —dijo Damián, y sus palabras le valieron un reflejo asesino en las pupilas de la esposa de Gabriel. Pero el caminante no se amilanó y la escrutó—. Tú, Aniel, sabes mejor que nadie lo que puede traer aparejado el que Triel no dé con Brenda.

Aniel buscó la mirada de su hermana y, al rato, asintió.

—Está bien —concluyó, aún desconfiada—. Pero no cuentes con la ayuda de Maia ni con la mía. Si Brenda llega a ti, será a causa de tu propio esfuerzo.

Los ojos de Triel se cubrieron de plata, y con voz grave aseguró:

—Que así sea.

## SEGUNDA PARTE

## Capítulo 28

*Delta del río Paraná. Seis meses después*

Los pasos pesados retumbaban sobre el piso y se detuvieron frente a la habitación de donde provenía el ruido de unos golpes descargados sobre un saco de boxeo. Damián abrió la puerta del gimnasio y el olor acre a sudor indicaba que Triel hacía varias horas que drenaba su furia, como cada uno de los últimos ciento ochenta y siete fatídicos días.

Se rascó la cabeza, impotente. Por primera vez, desde que Maia le había confesado que Brad Drage había sido el miserable que la había secuestrado apenas había nacido, volvía a sentir miedo. Uno que le perforaba los huesos y le hacía temblar los músculos. Drage había sido un actor de primera que había adoptado durante demasiados años la identidad de otra persona, el Dr. Lautaro Suárez, para ganarse la amistad de Ronan Mitchels y así llegar a transformarse en su mejor amigo. Pero nadie había sospechado en aquel entonces que Drage era un miembro de la Estirpe de Plata que había decidido unirse a los caídos para apropiarse de Ana, la esposa de Ronan, y también de los símbolos. Cuando Maia nació, Drage la había hecho secuestrar de la clínica porque sospechaba que podía tratarse de una guardiana y se encargó de que la gente infiltrada en el personal médico hiciese creer a los padres que la pequeña había fallecido de forma súbita a los pocos minutos. De esta manera, la tuvo encerrada durante diez años hasta que Maia había conseguido escapar. Pero cuando Damián logró encontrarla, su esposa descubrió que el

entonces llamado Dr. Lautaro Suárez era en realidad Brad Drage. Aún recordaba el pánico que había invadido sus entrañas ante aquella revelación, porque por más que todo indicaba que Drage había muerto, nunca se había descubierto su cadáver; hasta que Seber expuso la cruenta verdad de que estaba vivo.

Y ese mismo terror lo invadía al ser testigo de que su hermano se dirigía hacia su propio derrumbe. Había adelgazado de forma preocupante, aunque todavía mantenía una regular masa muscular debido a que no detenía su entrenamiento. Pero lo más alarmante era que había dejado de ser él mismo, y un fantasma parecía haber tomado su lugar. No hablaba con nadie, salvo unos pocos monosílabos que solo expresaba cuando tenía ganas. Su visión se perdía de forma constante en algún punto, y el brillo que caracterizaba a sus pupilas casi había desaparecido. Y presagiaba lo peor.

—Mi amor.

Damián se dio vuelta y, al verla parada frente a él como una virgen vestal, su corazón se comprimió. Aún le era difícil no emocionarse al saber que, por fin, era suya. Maia. Su Maia, embarazada. Se acercó a ella con pasos apresurados y se detuvo cuando los brazos níveos lo envolvieron con el calor que únicamente su esposa podía emanar. Y el aroma a lilas lo dejaba siempre estupefacto. Le rodeó la cintura con los brazos y apoyó la cabeza sobre su hombro.

—¿Y nuestra niña?

La escuchó sonreír.

—Creciendo a pasos agigantados. Sospecho que se parecerá a su padre.

Damián se irguió y le dio un beso tierno en los labios.

—Ojalá no saque su carácter.

Sonrieron, pero a Maia no la engañaba.

—Te inquieta tu hermano —le susurró al oído mientras le acariciaba el cabello con la yema de los dedos.

—Sí. —Los ojos transparentes se detuvieron en los suyos como si sondearan

su alma—. Si no la encuentra en breve, temo que lance el pedido a la multidimensionalidad. ¿Has percibido la oscuridad que lo envuelve?

Maia asintió con lágrimas en los ojos.

—Nunca lo vi así.

Damián la tomó de la mano y desanduvieron el camino hasta llegar al salón de la casa, donde encontraron a Gabriel y Aniel sentados en el sofá con León, su hijito de casi seis meses, que dormía en los brazos de su papá. El caminante observó a su amigo y a su cuñada, que, embobados, observaban al pequeño, que había nacido sin sobresaltos. Su venida significaba un suceso extraordinario, porque era el primer bebé gestado por una pareja de silverwalkers. Era un hecho único en la historia de la casta, y cada uno de ellos todavía estaba impactado por el cambio que se había producido en sus vidas.

—¿Cómo está mi adorado ahijado? —preguntó Maia, que se sentó al lado de su hermana para mirar fascinada a la criatura. Aniel sonrió.

—Ama quedarse dormido en los brazos de su papá.

—Vamos, que le gusta hacerlo en los de cualquiera —contestó Gabriel con una mueca traviesa.

Aniel negó con la cabeza y le dio un beso en la mejilla.

—Admítelo, tesoro. León prefiere la cuna que le ofreces.

Gabriel le respondió con un beso en los labios que obligó a Maia y a Damián a mirar hacia otro lado. Esos dos juntos eran dinamita.

—Perdón que interrumpa... —susurró Maia.

Gabriel y Aniel se separaron con los ojos entornados y brillantes, pero cuando la silverwalker clavó la vista en ambos, regresó a la realidad.

—Se trata de Triel, ¿no?

Maia y Damián asintieron.

Gabriel dio un beso a su hijo y se lo pasó a Aniel, que lo recibió con cuidado. Se levantó del sofá y se dirigió a Damián.

—¿Hay noticias?

–Ninguna.

–Solo Triel podrá hacer la diferencia —puntualizó Aniel.

–De acuerdo, amor. Pero primero debería tener la oportunidad de poder llevarlo a cabo.

–No sé si Brenda será capaz. ¿Cómo podría olvidar lo del arma?

–Estaba descargada —insistió Gabriel—. Él jamás hubiese atentado contra la vida de Seber.

–Es la imagen y la intención de Triel las que quedarán grabadas en la mente y en el corazón de Brenda —insistió Aniel—. Si me tocase vivir algo similar, no creo que pudiese perdonarlo.

Damián escuchaba la conversación que él mismo se había planteado infinidad de veces. Lograr el perdón de Brenda quizás sería un imposible para su hermano, lo cual podría significar el camino a su destrucción. Sin ella, Triel podría lanzar a la multidimensionalidad la petición de dejar la materia y de que su alma viajase a su próximo destino. El cuerpo, por su parte, se desintegraría.

Las palabras de Gabriel que siguieron a continuación parecieron provenir de sus propios pensamientos.

–Si Triel no recupera a Brenda, es muy probable que no quiera seguir más... aquí. Y te aseguro, mi amor, que al recordar lo que sufrí cuando tú estuviste muerta, lo entendería.

La expresión del semblante de Gabriel acusaba el dolor de lo que había padecido aquella vez. Porque nadie podía entender el vínculo de los señores álmicos hasta que lo experimentaba. Aniel extendió una mano hacia su esposo, quien, tomándosela, volvió a sentarse a su lado.

–Ahora tenemos un hermoso futuro por delante, mi dulce —susurró Aniel con ternura.

Gabriel asintió y pasó un brazo por los hombros de su mujer. Damián tomó la palabra:

–Triel ha recorrido los puntos geográficos claves que se le han ocurrido, así



como también los que los miembros de las diferentes organizaciones le han sugerido, pero sin ningún resultado. Brenda trabaja para una corporación de agentes encubiertos y tiene experiencia en pasar desapercibida. —Detuvo la mirada en las dos mujeres—. Respeté la decisión que ustedes habían tomado porque entendía que era lo mejor y, además, se ajusta a las reglas que los jefes nos han impuesto de no inmiscuirnos en las decisiones de los señores álmicos. Entonces, era imperioso que Triel pagase su culpa. Pero han pasado seis meses y mi hermano con su tropa de guerreros han peinado primero México, Argentina y Canadá, y después Dinamarca y Estados Unidos; pero las pistas han desaparecido y temo por la vida de Triel.

Apenas terminó de decir esto, algo muy oscuro impactó en el ambiente. León rompió a llorar, por lo que Aniel se apresuró a colocarlo sobre su pecho.

—¡Por favor, Gabriel, ve a la cabaña y llévate a León y a nuestras esposas! —profirió Damián—. ¡Me pondré en contacto con Astos!

—¡Damián! —gritó Maia—. ¡Sé de qué se trata!

El caminante se detuvo y le acarició la mejilla con los dedos.

—Lo sé, cielo. Pero estás embarazada y no te expondré a ningún peligro. Por favor, espérame.

Y sin más, partió a toda velocidad.

## Capítulo 29

**E**n los meses que habían transcurrido desde que Brenda y Seber habían escapado, los sacos de boxeo que había destrozado eran tantos que ya había perdido la cuenta. Era lo único que lograba descargarlo: golpear, machacar y destrozarse.

Detuvo con las manos el saco que aún oscilaba y apoyó la cabeza en él. Hacía demasiado que no dormía, porque el solo imaginar a Brenda en manos de los caídos lo atormentaba. Y un nuevo personaje se había sumado a sus temores: John Carter. Ese tipo estaba chiflado por ella, y Triel no soportaba la idea de que pretendiese conquistarla. Si se había atrevido a tocarla, él lo molería a golpes sin piedad.

«*Te quiero*», recordó, y comenzó a aporrear con todas sus fuerzas otra vez. Era tal el odio que sentía por sí mismo que esa cosa que se movía al frente representaba su propia cara.

—Traidor hijo de puta —se increpó en voz alta, y siguió apaleando hasta que el rostro de Brenda, sonriente y con los hoyuelos que parecían besos de ángeles, se dibujó ante él.

Se le comprimió el pecho. Atenta y leal, la joven no solo había salvado su vida, sino que también se había animado a entregarle su amor. Pero él no había podido devolverle lo mismo, porque tan seguro había estado de su corazón deshecho que, sin importarle las consecuencias, había llevado a cabo el más maquiavélico de los planes. Uno que lo enfrentó a la terrible verdad de

que mientras traicionaba a Brenda, esta, con su dulzura y generosidad, había destrozado sus resistencias sin que él se hubiese dado cuenta y, de un plumazo, habían caído desplomadas al suelo como montañas de talco ante un terrible vendaval. Y un desolado anhelo había surgido en su lugar.

El ruido seco lo abstraigo de sus pensamientos, y se sintió peor que el saco que cayó destruido al suelo. Otra vez. Sudado, se apartó y miró al techo.

«*Te transformarás en el ser más desdichado del mundo*», recordó.

—No sabes cuánta razón tenías —susurró con los ojos húmedos.

Se sentó en el piso, acabado. No tenía fuerzas para nada más. Había procurado todo, pero quizás debía aceptar que Brenda jamás volvería a su lado.

«¡NO!», bramó.

Apoyó los codos sobre las rodillas e inclinó la cabeza contra su pecho. Sus músculos se recubrieron de un frío que le recordó a la muerte. Una desazón incontrolable invadió su cuerpo, como un manto oscuro y helado, y comenzó a ascender desde el estómago a los pulmones y de ahí a la garganta. Cuando pensó que se ahogaba, rompió en lastimosos sollozos como no había hecho en setecientos años. Ni siquiera cuando su padre pretendió asesinarlo, o cuando perdió a su madre, que murió de tristeza. Tampoco cuando lo traicionó la mujer a la que quería o cuando, a causa de las torturas, quedó tullido por años. Ningún mazo de púas ni látigo o cuchillo clavado en su cuerpo había producido un dolor tan profundo como el que sentía en ese momento.

Lo sorprendieron unos quejidos que se asemejaban a los de un animal y se asombró cuando se dio cuenta de que provenían de su propia garganta.

«Brenda, por Dios, perdóname», gimió desesperado y, apoyando la frente en el suelo, cerró los ojos en un intento de soportar la angustia que lo atormentaba. Hasta que aquello que se escondía de forma aletargada desde hacía tiempo tocó la campana de largada.

«El legado», musitó, y perdió el sentido.

\*\*\*

En tanto corría a toda prisa, Damián mandó un mensaje telepático a Astos en el que le informaba de que estaba seguro de que Triel estaba experimentando la conversión. Abrió la puerta del gimnasio y se encontró con lo que temía. Su hermano yacía tirado en el piso y su cuerpo había iniciado el cambio al animal que llevaba impreso en su cuerpo.

Entre reflujos verdes que se desparramaron por la habitación, Astos hizo su aparición.

—¡El legado se ha activado!

El Maestro contempló a su discípulo. Las extremidades habían desaparecido, salvo una pierna aún en proceso de transmutación, y la piel lisa había sido reemplazada por infinidad de escamas.

Si bien Damián, Astos y Maia eran los únicos a los que se les autorizaba visitar el santuario, el animal crecería en proporciones desmedidas y tendrían que aprovechar que aún estaba inconsciente.

—¿Y Maia? —preguntó.

—No permitiré que mi esposa embarazada se acerque a Triel en este estado, máxime con la inestabilidad emocional que está padeciendo.

—Todos los que activan un legado se hallan bajo los efectos de un desequilibrio, dragoncito. ¿O debo refrescarte la memoria acerca de por qué se activó el tuyo? —Damián meneó la cabeza de un lado a otro con furia. Astos sonrió—. Llevaremos a Triel a mi santuario.

Damián hizo amago de cargar a su hermano, pero la voz del druida lo detuvo.

—Lo levitaré.

—De acuerdo.

El caminante dio un paso hacia atrás y de las manos de su Maestro surgieron unos rayos. Astos era dueño de grandes dones, entre ellos los láseres que nacían de sus palmas y que en ese instante envolvían a Triel y lo

izaban. Astos lo miró y sonrió.

—¿Vienes?

Damián asintió y los tres se marcharon a través del portal.

\*\*\*

La serpiente, inquieta, se desplazaba desde hacía unas horas a través del área del santuario que Astos, con un campo magnético, había delimitado. Su porte era majestuoso y temible, además de gigantesca, casi veinte metros de longitud. El iris de los ojos era de un color verde iridiscente, y las pupilas verticales centellaban plateadas. De vez en cuando sacaba la lengua y siseaba.

—Es bellísima —susurró Astos. Damián sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Solo a ti se te puede ocurrir expresar algo así, en medio de toda esta locura.

—Si me preocupara por cada legado que se activase, mi querido hijo, no tendría vida. Además, esto es bueno para Triel. Lo sabes bien, porque es lo que experimentas tú.

—Mi cura es Maia, Astos.

—No te equivoques, Damián. Los legados ayudaron a que la niña y tú se reuniesen y los mantienen unidos con un lazo muy especial.

—¿Quieres decir que cuando los sanemos esa unión se disolverá?

Astos rompió en una carcajada.

—¿Tienes miedo de perder a tu señora álmica?

El rostro del guerrero se cubrió de sombras.

—Siempre.

De los ojos de Astos refulgieron unas chispas verdes.

—Quédate tranquilo, Damián. El día que Maia y tú logren desactivar sus legados, estarán en condiciones de amarse de una forma aún más sabia. No dependerán de nada, salvo del anhelo de estar juntos.

Damián asintió apenas.

–Pero ahora dime qué pasará con Triel y cómo será su conversión de bestia a caminante.

–Como la tuya antes de que llegase Maia a ti. Repleta de dolor.

Damián suspiró profundo. Encima de que su hermano tenía el corazón hecho trizas, se sumaba la activación del legado. Antes de que Maia llegase a su existencia, recuperar su estado normal había requerido de interminables horas de suplicio, pero, ante su presencia, la transformación se había vuelto rápida y llevadera.

–Mi esposa es una sanadora —aclaró Damián—. Sin embargo, Brenda no lo es. ¿Qué pasaría en el caso de que la joven regresara con Triel?

–Su comparecencia, sin ninguna duda, tendría un efecto paliativo.

El ruido del siseo los hizo desviar la atención hacia el animal. Quizás este intuía que estaban hablando de la dueña de su destino. Se enrolló sobre su cuerpo y pareció apaciguarse.

–Es increíble —afirmó Damián.

Astos, sin desviar la vista del animal que dormitaba, llenó de aire los pulmones y declaró con rotundidad:

–La redención de Triel se ha iniciado.

## Capítulo 30

*Stjær, Dinamarca*

Jackie y Brenda se abrazaron emocionadas. Se encontraban frente a la edificación con tejado alto a dos aguas y ventanales cuadrangulares. Era la primera vez que se reunían luego de haber permanecido separadas durante tantos meses. Desde la huida de Jackie la noche en que se produjo el enfrentamiento entre los silverwalkers y los caídos en el Delta apenas si habían podido hablar.

—Te busqué como una loca —susurró su amiga sobre su hombro—. Pero ese pesado de Metanón me seguía los pasos e incluso llegó a interceptar mi móvil.

Se apartó y la miró con una sonrisa.

—No te preocupes, cariño. Lo más importante es que he podido recuperar a Seber.

Jackie emitió una suave carcajada.

—No sabes la alegría que me dio cuando me lo dijiste en un sueño.

En ese instante, surgió la figura de su hermano por detrás. Jackie, al verlo, abrió la boca de la sorpresa.

—¿Este es tu bebé? —preguntó señalando a Seber, que la había sobrepasado varios centímetros más en estatura en ese tiempo.

—Te juro que los huesos de este jovencito son temibles.

Jackie se acercó al chiquillo, que la miraba con cierto recelo. Si bien se

mostraba abierto y generoso con ella, con los extraños siempre mantenía una cierta distancia.

–Hola, tesoro. Soy una de las mejores amigas de tu hermana, que me ha llenado las orejas hablando de ti. ¡Eres muy bienvenido!

Brenda sonrió. Seber no fue ajeno a la belleza increíble de su amiga y, turbado, esbozó una pequeña mueca de satisfacción ante semejante recibimiento.

–Vamos, amor. ¡Acepta un estrujón! Jackie es como de la familia.

Seber se entregó a los brazos que lo acogieron con cariño. Así era Jackie. Una mezcla de guerrera salvaje y despiadada, pero con un corazón incondicional para aquellos a los que admitía en su vida.

Ingresaron a la casa que Jackie había alquilado para recibirlos. Como sabía que sufría con sus finanzas, la propia Brenda había pagado con el dinero de la organización a la cual pertenecía. Trabajar para la empresa exigía por parte de esta protección para sus empleados, por lo que la vivienda, la comida y el transporte eran los requerimientos básicos que debían cubrir.

–Gracias por ayudarme a encontrar un sitio en esta pequeña ciudad.

Jackie asintió. A continuación, los invitó a recorrer la casa, que era muy acogedora. Pintada de blanco, el techo presentaba varios listones de madera oscura que lo atravesaban en forma perpendicular, lo que le daba al ambiente un aspecto rústico muy agradable. Gracias a las ventanas, amplias y sin cortinas, la entrada de luz era permanente. Un sofá de negro riguroso contrastaba con el ambiente inmaculado, y, por encima de este, una pequeña biblioteca trapezoidal asomaba empotrada en la pared. A un costado, cerca de la cocina, una hamaca de tela del mismo color que las paredes colgaba del techo y, en el centro de la sala, una escalera de madera conducía al piso de arriba.

–En realidad Stjær es un núcleo rural de poco más de novecientos habitantes, Bren.

–¿Has oído, Seber?



El muchachito hizo una breve inclinación de cabeza, en tanto observaba con detenimiento la casa.

—¿Te gusta? —le preguntó Jackie mostrando su increíble sonrisa parecida a la de la actriz Anne Hathaway, que la hacía irresistible. Seber asintió vergonzoso—. Ven, vamos a la planta alta que es donde están las habitaciones y el baño. ¿Nos acompañas, Bren?

—Vayan ustedes. Yo beberé algo y después me despatarraré en esa hamaca.

—Sabía que te encantaría. Por eso, cuando la vi, supe que esta sería la casa ideal para ti. A propósito, el refrigerador está repleto de provisiones.

Mientras Seber y Jackie se alejaban, se sirvió un refresco y, como había anunciado, se apoltronó en la hamaca. Al sorber de la lata, cerró los ojos y recordó la última ocasión en que había dormido en una.

«Laguna Miramar. Y Triel cerca de mí», pensó. ¡Le costaba tanto olvidarlo! Habían pasado muchos meses y en su memoria seguía registrado el aroma de su piel, que no la dejaba dormir. Tampoco vivir en paz. Las lágrimas regresaron y pugnaron por salir. Había llorado demasiado en ese tiempo, aunque no delante de Seber. Su hermano sabía que ella sufría, pero no le había mencionado el tema. La acompañaba en silencio con su amor, que cada vez era más desprendido. Y al recordar la imagen del arma de Triel apoyada sobre su sien, le daban ganas de vomitar y de gritar hasta caer agotada. ¿Cómo había podido equivocarse tanto?

*«Brenda, entérate de una vez. Yo jamás habría antepuesto mis objetivos personales a los de la Estirpe. Conseguir lo que tú guardas con tanto recelo ha sido siempre mi única finalidad».*

Giró el rostro, como si con ese gesto pudiese olvidar las palabras que habían terminado de pulverizar su corazón. Y las lágrimas arreciaron. Había estado tan enamorada que nunca se le había ocurrido poner en duda la lealtad de Triel, máxime cuando había sido testigo de cómo había arriesgado su vida por rescatar a Seber. Pero había aprendido del modo más cruel que la raza de hombres a la que Triel afirmaba pertenecer se focalizaba solo en aquello que

debía obtener y nada más. Por eso, el caminante había utilizado subterfugios de la peor calaña para lograr su objetivo: la mentira, la amenaza y la traición.

Sacudió la cabeza de un lado a otro. Como una tonta, se había entregado a él, lo había cuidado, lo había mimado y hasta le había dicho que lo quería. ¿Se podía ser más patética? Además, temía por sus amigas. Si bien había llegado a comprenderlas debido a que Gabriel y Damián eran esposos enamorados, no podía evitar que, después de lo sucedido, sus prejuicios hubiesen regresado. Quizás a Aniel y a Maia les alcanzaba lo que sus dos silverwalkers les entregaban, pero en el caso de ella, Triel había muerto. Y dolía demasiado.

—¿Qué te pasa, Bren?

La voz de Jackie la trajo al presente. Su amiga no era ninguna tonta, y estaba segura de que había detectado su pena. Pero no pensaba abrir la boca, porque confesarle el amor que aún albergaba por el caminante significaría casi traicionarla.

—Solo estoy cansada, tesoro. ¿Y Seber?

—Se quedó en su dormitorio. Creo que, como tú, tiene necesidad de descansar.

—Hemos ido de un lado a otro sin pausa.

Jackie asintió.

—Pero no me refiero a este día, sino a tu ánimo en general. Algo ha ocurrido y no me lo quieres contar.

Brenda se incorporó y, bajándose de la hamaca, le tomó la mano y la condujo al sofá.

—No han sido fáciles estos últimos meses, Jackie —dijo sentándose junto a su amiga.

—¿Te refieres a Seber?

—Por completo —contestó, sabiendo que mentía.

—¿John te ayudó?

Asintió. Su amigo le había echado una mano enorme. Apenas se había

puesto en contacto con él, la había recibido con los brazos abiertos y se había alegrado por el rescate de su hermano. Eso sí, Brenda nunca le reveló que Triel había sido su gran ayuda para lograrlo, porque eso sería algo que se llevaría a la tumba con ella. Por su parte, Seber le había prometido no abrir la boca al saber que no quería a nadie más entrometiéndose en sus vidas.

—Como siempre.

—Sigue cachondo contigo.

—No es para tanto. A John le gustan todas.

Jackie negó con la cabeza.

—No te equivoques. Él solo tiene ojos para ti.

Sabía que Jackie tenía razón, pero no quería darle demasiada importancia al tema. Cuando John los había recibido en el aeropuerto de Estados Unidos unos días después de escapar de México, se había mostrado muy gentil con Seber, pero no había podido disimular sus atenciones para con ella, lo cual había generado una situación un tanto incómoda. Y aún recordaba el diálogo que habían mantenido frente a la puerta de su habitación en el hotel donde se habían alojado, luego de que Seber se hubiese retirado a la suya.

*—Por favor, Bren. Déjame entrar contigo.*

*—¿Estás loco?*

*John se acercó y la tomó entre sus brazos. Al hacerlo, no pudo evitar rememorar otros en los que se había sentido tan protegida.*

*—Te he extrañado horrores —susurró sobre sus labios. Ella intentó apartarse, pero John no estaba de acuerdo—. Solo un beso, Bren. Te lo ruego.*

*Ante su pedido, un dolor agudo le recorrió la espalda. No podía olvidar los ojos negros que brillaban como la plata y que le advertían la pasión que se desataría a continuación.*

*—No puedo...*

*—Por favor. —La aferró de los bíceps con fuerza, aunque sin lastimarla. Y cuando se detuvo en sus pupilas, solo lo vio a «él». Desesperada por que*

*Triel no tuviese ese poder en ella, acercó el rostro y besó a John. Escuchó un gemido y, de repente, los brazos esculpidos la acogieron con ganas. Le devolvió el beso, enloquecido, a la vez que le revolvía la cabellera. Brenda intentó gozar de la apasionada entrega de su amigo, pero nada era como antes. Se sentía como un robot que se obligaba a sentir.*

*De súbito, se dio cuenta de que estaban en el interior del dormitorio.*

*«Pero ¿cómo...?». No pudo seguir pensando, porque las manos ansiosas habían irrumpido, por primera vez, sobre sus senos y parecían felices de jugar con ellos.*

*Se separó con brusquedad y lo miró a la cara.*

*—¡Estás llegando muy lejos! —exclamó, y se apartó—. Además, ¿qué haces aquí? ¿Por qué tienes una tarjeta de acceso a mi dormitorio?*

*John respiraba agitado y, al contemplar el tamaño de lo que moraba entre sus piernas, se obligó a apartar la mirada.*

*—Perdóname, Bren. Te juro que no he tenido intención de ofenderte. La tarjeta me la dieron los agentes que reservaron estas habitaciones. También tengo la de Seber en el bolsillo de mi pantalón.*

*—¿Y cuándo pensabas dármelas?*

*—Cuando lograste besarte.*

*—Debes retirarte.*

*El semblante de su amigo se volvió ceniciento. Quizás estaba siendo muy dura, pero estaba harta de los hombres manipuladores.*

*—Brenda...*

*—Te juro que te quiero mucho y nada me gustaría más que seguir trabajando a tu lado. Pero no me pidas lo que no estoy dispuesta a brindar.*

*—¿Podrías agregar un «por ahora» al final de la frase?*

*Sonrió. Ese hombre era un conquistador y sabía cómo llegar a las mujeres. Estaba segura de que jamás se enamoraría de John, pero en ese instante necesitaba encontrar paz.*

*—Está bien.*

*La sonrisa impactante le recordó por un segundo otra que debía olvidar. John extrajo la tarjeta de acceso de la habitación de Seber y se la entregó. Pero antes de retirarse, le advirtió:*

*–Tómate el tiempo que quieras. Sé que, algún día, lograré que seas mía.*

*Brenda cerró la puerta y, parada en medio del dormitorio, susurró:*

*–Nunca seré tuya, John, porque no soy de nadie. Solo de mí misma.*

*–¿Estás ahí? —La voz de Jackie la sacó de sus recuerdos.*

*Suspiró.*

*–La historia con John es un imposible.*

*–¿No querrías darle una oportunidad? Te haría bien tener a alguien que te cuide, Bren.*

*Rompió en una carcajada.*

*–¡Mira quién habla!*

*–No quiero ningún hombre a la redonda. Estoy bien así.*

*Brenda siguió riendo. Su amiga era una celestina insufrible para los demás, pero negada a comprometer su propio corazón.*

*–De acuerdo. Lo que te sucede a ti es lo que me pasa a mí. Además, ahora tengo a Seber y debo bregar por su inclusión en la sociedad. Escapamos de todo el mundo, Jackie, y no confío en ningún lugar. Cuando John me recomendó esta ciudad y me di cuenta de que quedaba tan cerca de donde vives, no lo dudé. Seber tiene casi quince años y podría aprender el idioma con cierta facilidad. También necesitaría lograr sus papeles de residencia, que, por lo que me han dicho, son muy difíciles de obtener en este país. Si no, tendré que recurrir a los contactos de la corporación.*

*–Podrían quedarse al menos tres meses y después extender la visa de turista a seis. En ese lapso, Seber y tú podrían decidir qué es lo mejor. Por mi parte, adoraría que viviesen junto a mí.*

*–Yo también.*

*–¿Y dónde se ha quedado John?*

*–En una casa en Skanderborg, bastante cerca de aquí. Ha pedido unos días*

libres en el trabajo para ayudarme a instalarnos. Después supongo que regresará a Estados Unidos.

Jackie sonrió y la miró como si fuera una tonta.

—No creo que tenga pensado irse muy pronto.

—Por Dios, Jackie, a él le encantan todas las mujeres. De todas maneras, se ha portado de maravillas con nosotros. Me ha brindado su apoyo permanente, incluso se hizo cargo de la documentación de Seber para que pudiese ingresar al país de forma legal.

«Salvo el primer día, en que debí ponerle los puntos sobre las íes», reflexionó. Pero John no era tonto y se había comportado como un gran caballero a partir de ese día. No había insistido ni presionado, por lo que se sentía muy agradecida. Además, después de haber experimentado el puñal de la traición a manos de Triel, John resultaba casi un angelito.

—Bueno, es la relación que ustedes siempre mantuvieron, Bren. Pero ahora necesito que me cuentes sobre los silverwalkers y los caídos. ¿Qué pasó?

—Triel me ayudó a recuperar a Seber.

—¿De verdad? —El rostro de Jackie evidenciaba una profunda sorpresa.

—Sí, pero su intención en todo momento fue apoderarse del símbolo.

El ceño de Jackie se elevó.

—¿El mío?

Brenda negó, y la cabellera se movió como si fuese una cortina de seda.

—Del mío.

—¿Cómo?

«¡No sabes todo lo que ha sucedido, mi querida Jackie!».

—¡No me mires así! Te juro que ni sé de qué se trata.

—Pero... —Jackie empezó a balbucear, como si no encontrase las palabras para expresarse.

—Triel habla de «guardianas». Así que tú y yo lo seríamos.

—Me dejas sin habla... —Y la tonalidad verde limón pareció cubrirse de humo—. ¡Ese Triel es un verdadero hijo de puta!

—Convengamos que no es una tierna paloma. Igual no te aflijas; nunca llegó a apoderarse de ese objeto.

—¡Porque todavía no se ha manifestado ante ti!

Agotada, asintió.

—Tampoco sé si alguna vez ocurrirá, porque eso de los símbolos y las mujeres que los protegen no me queda muy claro. Lo que sí puedo informarte es que los caídos se apoderaron de Seber porque a la que quieren es a mí.

—¿QUÉ?

—Como lo escuchas. Por eso fue imperioso huir.

—Y yo temiendo comunicarme contigo porque Metanón me pisaba los talones...

—Despreocúpate, tesoro. Tú estabas en lo tuyo, y yo, a partir de entonces, me dediqué a darle un poco de estabilidad a Seber, que la necesitaba a gritos. Además, él y yo debíamos afianzar nuestra relación. Y ha dado sus frutos, porque hemos vuelto a ser los hermanos entrañables de siempre, aunque vengamos muy golpeados.

Se quedaron en silencio, reflexionando sobre sus palabras. Hasta que Jackie no pudo aguantarse por mucho tiempo.

—¿Y las chicas?

—Enamoradas. —La expresión de Jackie se volvió taciturna—. Pero para tu tranquilidad, pude ver a Maia.

Sus ojos se agrandaron de sorpresa.

—¿Cómo está?

—Preciosa. Pero tanto Aniel como ella han decidido su futuro, amiga. Y Gabriel y Damián forman parte de él.

—Pues yo quiero verlas de nuevo y disfrutar de lo que teníamos antes.

Suspiró muy hondo.

—Quizás algún día.

De nuevo se quedaron calladas un rato, pensando en esa posibilidad.

—Te quiero, amiga —escuchó que Jackie le decía.

—Y yo a ti. —Le salió del alma. Jackie y ella eran las dos últimas que quedaban, porque las bellas hermanas se les habían escapado de las manos. La pelirroja sonrió y le tiró un beso con la mano. Brenda estiró la suya y simuló que lo atrapaba. Y sonrió—. Pero ahora necesito una ducha.

—¡Claro! —exclamó Jackie.

—Aunque primero debo informarte de algo.

—¿Qué?

—Maia y Aniel son hermanas.

—¿CÓMO? —exclamó su amiga con los ojos desorbitados.

—Tengo mucho para contarte, tesoro.

Y tomándola de la mano, subieron las escaleras.



## Capítulo 31

Hacía un largo rato que se había acostado, pero el sueño no llegaba. La charla con Jackie acerca del parentesco entre Aniel y Maia y del hecho de que el señor Ronan estaba vivo había requerido su tiempo. Al final, su amiga había aceptado la situación de la misma forma que ella.

Después de dejar a Jackie para que descansase, había ingresado al cuarto de baño, en donde se había dado un relajante baño de inmersión en la tina. No tuvo idea del tiempo que pasó sumergida, pero cuando el agua comenzó a enfriarse, decidió que era suficiente. Después de secarse el cuerpo y la larguísima cabellera, se acostó en la cama y al cubrirse con un plumón, pensó que había llegado al paraíso. Pero al cerrar los ojos las imágenes volvieron a perseguirla.

Triel, besándola o haciéndole el amor. Sonriendo o luchando contra los caídos para protegerla. Y apuntando con un arma a la cabeza de Seber.

Se le hizo un nudo en la garganta. Había sido entrenada para mantener las emociones a raya, pero ese preciso pestañeo de tiempo había significado el acabose de su autocontrol. Nada la había preparado para algo así y su corazón no escuchaba razones. Las lágrimas volvieron a arreciar. «Necesito olvidar, por favor».

De repente, sus latidos comenzaron a repiquetear con mayor fuerza. Algo no iba bien. Sin hacer ruido, se bajó de la cama y se dirigió a la habitación de Seber, donde constató que descansaba a pierna suelta. Después se acercó a la

escalera y desde allí detectó a Jackie, quien dormía en la hamaca. Regresó a su habitación, asombrada de la angustia que sentía. Algo diferente acontecía en ese momento y no sabía qué.

Se recostó y volvió a cerrar los ojos. Respiró profundo hasta que, poco a poco, comenzó a percibir un quejido, un llanto profundo. Y una imagen.

«¿Triel?», se preguntó al contemplar al hombre que, tirado en el suelo, parecía padecer. Una aureola muy oscura lo recubría. Sacudió la cabeza, atormentada. ¿Era tan masoquista que se preocupaba por el caminante? Aunque estuviese herido o muerto, ella no tenía nada que ver con ese abominable sujeto. Y como si los milagros aún estuviesen permitidos, comenzó a quedarse dormida.

*Una bruma espesa se detiene delante de sus ojos y dificulta su visión. A lo lejos, el sonido de una violenta lucha penetra por sus oídos. Al acercarse, vislumbra dos barcos, uno a la par del otro, cuyas tripulaciones se hallan enzarzadas en una cruenta batalla. Las espadas chocan unas contra otras en una danza mortal y entre los combatientes se destacan cuerpos curvilíneos de mujeres. Una de ellas, furiosa, despliega sus dotes de espadachín contra un vikingo en cuyo escudo lleva impresa una serpiente. Luchan de forma implacable hasta que la punta de la espada de él se apoya en la garganta de la joven, quien se detiene. El guerrero se quita el casco y la melena negra como el carbón cae a su espalda en varias trenzas. Es Triel, con el semblante desmejorado. Le dice algo que no alcanza a comprender y estira la mano en su dirección. Pero ella retrocede. Triel la observa como si agonizara y su pecho se agarrota de desconsuelo.*

—¡VETE! —grita.

*De súbito, distingue las figuras de Aniel y Maia.*

—¡Bren! Por favor, no te apresures —le ruegan—. La unión de los señores álmicos es sagrada.

—¿Por qué me dicen esto?

—Él está cerca. Escucha los susurros de tu corazón.

*Y sus amigas desaparecen.*

*—¡No! —brama desesperada. No quiere perderlas a ellas también.*

\*\*\*

—¡Bren! ¡Despierta! —Abrió los ojos y focalizó la atención en el rostro que se inclinaba sobre ella. Jackie la observaba preocupada y, por detrás, Seber, que también se mostraba afligido—. ¡Me estás asustando, amiga!

Se incorporó y les devolvió la mirada.

—Estoy bien.

—Chillabas tanto que nos despertaste.

—Perdonen —murmuró afligida—. No fue mi intención armar semejante alboroto.

—No te preocupes —la consoló Jackie.

Seber se acercó y le acarició la mejilla.

—¿Necesitas algo? ¿Quieres que te dé unos masajes en los pies?

Brenda se echó a reír. Su hermano podía ser el tipo más protector del mundo cuando estaba asustado. Golpeó con suavidad un lado de su cama y se sentó de inmediato.

—No, tesoro. Quédate muy tranquilo, que la gritona de tu hermana estaba teniendo una pesadilla y nada más.

La sonrisita de Seber calmó su corazón, que seguía perturbado por lo sucedido.

—Entonces me quedo contigo y vemos una peli en el iPad que descubrí en esta casa.

—También tienes un televisor en la sala —aclaró Jackie.

—No, prefiero que los tres nos quedemos en mi cama y veamos algo.

Jackie y Seber rieron y se abalanzaron sobre el cobertor mientras Brenda no dejaba de repetirse las palabras de Aniel y Maia en el sueño. Estas le hicieron recordar lo que Triel, en alguna de las tantas charlas que habían mantenido en

México, le había mencionado, y que se refería al particular vínculo que existía entre sus dos amigas y sus esposos. Según Triel, este solo se manifestaba entre dos amantes a los que su raza llamaba «señores álmicos». Si bien en ese entonces ella había escuchado muy atenta su relato, en realidad no lo había comprendido demasiado, salvo que, al parecer, la unión era sagrada, resultado de un pacto entre las almas, o algo así, y que llegaba a traspasar las fronteras de la muerte. Pero era un tema que desconocía casi por completo, por lo que no podía dejar de preguntarse: ¿qué era lo que habían intentado transmitirle Maia y Aniel en el sueño? ¿Y qué tenía que ver ella con los señores álmicos?

\*\*\*

—¡Bren! —llamó Jackie desde la planta baja. Había escuchado el timbre de la puerta, pero como estaba trabajando en su oficina, dejó que su amiga se encargara de atender—. Es John.

Se levantó del asiento frente a la computadora y bajó las escaleras. Al llegar al último peldaño, encontró a su amigo, que saludaba sonriente a Jackie y a Seber y después clavaba la mirada en ella. Era altísimo, casi como Triel, y el cuerpo tallado por las horas interminables de gimnasio era espectacular. Ni hablar del rostro. En síntesis, John era un compilado de masculinidad que arrasaba con el corazón de las mujeres. Salvo el de ella.

—Hola —saludó con una sonrisa al recién llegado, quien la miraba embobado—. ¿John?

—Perdona. Adoro tus hoyuelos y me quedo hipnotizado cuando los veo.

—No empieces.

El joven levantó los brazos y dio un paso atrás.

—Paz, Bren. La última vez fuiste muy clara y pienso respetar lo que me solicitaste.

—Gracias. —Y estiró las manos para tomar las de él, que le devolvieron un

cálido apretón—. También quiero agradecerte por ayudarnos a Seber y a mí a conseguir esta casa. Tu intermediación con la corporación para disponer de los fondos y el país de destino es inestimable.

—¡Ah, bueno! Ahora resulta que este tipo se lleva todos los halagos.

Brenda observó a Jackie y emitió una suave carcajada.

—Te agradecí no sé cuántas veces por ser tú la que eligió esta vivienda — dijo acercándose y dándole un beso en la mejilla. Jackie era una poco celosa y le encantaba.

—Está bien. Entiendo que el dinero provino de ellos —contestó su amiga señalando a John con una mueca de aprobación. Y enseguida agregó—: Seber y yo los dejamos solos. Seguro que tienen mucho de qué hablar. — Miró a su hermano—: ¿Quieres que te enseñe la última técnica de karate que aprendí?

Seber asintió y, sonrientes, salieron de la casa y se dirigieron hacia un pequeño jardín ubicado en la parte posterior.

—No estabas en condiciones de hacer nada en aquel entonces, Brenda — aseguró su amigo retomando la conversación—. Acababas de rescatar a tu hermano y te hallabas en un estado emocional deplorable por razones que nunca aclaraste.

Suspiró. Jamás había sido su intención contarle a John la verdad de lo que había experimentado en la guarida de los silverwalkers, menos que menos con Triel. Todo aquello era parte de un pasado del que debía olvidarse, y no deseaba por nada del mundo que John interfiriese.

—Es que en realidad no hay nada que explicar. Lo que Seber y yo padecimos en aquel enfrentamiento con los caídos fue demasiado fuerte, y también el hecho de que, después de tantos años, volvíamos a estar juntos. Por más que en las películas los agentes secretos parezcan no tener ningún tipo de emociones, al menos a mí no me sucede lo mismo.

—Lo cual se torna en tu gran inconveniente, Bren. Eres más emocional que el común de la gente de nuestra profesión. Y te juega en contra.

Brenda se apartó y al llegar a la cocina, que quedaba a unos pasos, comenzó a hacer café.

–Supongo que no habrás venido a hablar de mi personalidad. ¿Qué te trae por aquí?

John se la quedó mirando hasta que asintió.

–Los jefes quieren saber si podrían contar contigo para la pendiente misión en Camboya.

Brenda negó con la cabeza.

–Por el momento mi única prioridad es Seber. Si bien han transcurrido varios meses desde que escapamos de los caídos, no son suficientes para la seguridad que anhelo para mi hermano.

–Por eso no he querido molestarte. Ustedes dos necesitaban volver a reconocerse. Pero ahora la corporación podría ayudarte.

Con el filtro de papel en la mano, levantó la vista.

–¿A qué te refieres?

–A que sería factible encargarnos de él.

Brenda negó con la cabeza.

–No quiero que Seber siga siendo una máquina de pelea. Me niego a darle ese porvenir. Debe disfrutar de su adolescencia como cualquier otro chico de su edad.

–Brenda, Seber tiene arraigados ciertos patrones de conducta que no podrás eliminar de la noche a la mañana. Ha permanecido muchos años al lado de los caídos.

Colocó las cucharadas de café en el depósito de la máquina con cierto nerviosismo. Aún no estaba preparada para dejar a Seber solo. Deseaba que su hermanito recibiese lo mejor y no que lo sometiesen a una vida que era la única que había conocido.

–Tengo que darle la oportunidad de que experimente otras cosas, John.

–Estamos de acuerdo. Pero tampoco puedes arrancarle de un plumazo lo que él conoce. Sería contraproducente.

—¿Y cuál es tu sugerencia, entonces?

—Que aceptes misionar mientras Seber recibe no solo entrenamiento, sino también educación en nuestro grupo de agentes. Quizás el chico sea tan bueno como su hermana —dijo sonriendo—. Y en su formación podemos incluir diferentes programas que tengan que ver con lo que Seber en verdad aspira a ser. Tenemos médicos, abogados, programadores y profesionales de cuantiosas áreas que podrían ayudarlo.

—No he hablado con él al respecto.

—Tienes que tomar una decisión, Bren.

—Lo sé, pero te ruego que no seas tú el que me presione. Tengo suficiente.

—Está bien.

—Como te decía, no estoy preparada para un nuevo trabajo en este instante. Pero te prometo que en breve me pondré a disposición. ¿Por qué no te sientas? —Y señaló la mesa.

—Preferiría ayudarte.

—Entonces coloca los pocillos y los platos, por favor. El café está casi listo.

A medida que John lo hacía, la voz de Jackie se escuchó:

—¡Bren! Salgo un rato. Debo ir a dar clase de *kickboxing*.

—¡Claro!

—¿Puedo ir con ella?

Seber se asomó a través de la puerta y, al ver la ansiedad en sus ojos, Brenda no pudo negarse.

—Por supuesto, tesoro.

El chaval sonrió entusiasmado y salió corriendo hacia su habitación. Al rato descendía los peldaños de la escalera como un bólido y, después de darle un beso en la mejilla y saludar con la mano a John, salió tras de Jackie. Al escuchar el portazo, Brenda suspiró. No se sentía muy cómoda al quedarse a solas con John. Si bien se conocían de años, el comportamiento de él en el hotel la había preocupado. Pero tenía que confiar en su palabra cuando le había dicho que no la molestaría.

Se apresuró a servir el café y después se sentó a la mesa frente a su amigo, que tomó la palabra:

—Me apetece decirte que, en las pocas ocasiones en que nos vimos, quedé impresionado por la relación que Seber y tú han desarrollado.

Brenda hizo una mueca de satisfacción.

—Es como si todos estos años casi no hubiesen transcurrido. De alguna manera, cuando él y yo conectamos, nos abstraemos de las vidas duras y difíciles que hemos experimentado por separado y logramos acoplarnos a lo que de antaño nos unía.

El semblante de John se volvió más taciturno.

—Bren, necesito hablar de algo más que me parece importante.

—A ver. —Lo miró con recelo, rogando que no empezara con la cuestión de ellos dos otra vez.

—Ha habido ciertos rumores dentro de la corporación que quizás debas conocer.

Se removió en el asiento, inquieta.

—Adelante.

—Atraparon a un tipo que merodeaba por donde no debía en la organización. Y hete aquí que después de una paliza soberana, confesó que pertenecía a una banda de tipos llamada «caídos». —No pudo evitar sorprenderse. ¿Por qué diablos había ido a parar un caído al lugar donde ella trabajaba y cómo se había enterado? No dudaba de que Gustav Chavanel y Brad Drage debían de estar detrás de todo ello—. Y lo que nos llamó poderosamente la atención es que te nombró a ti, a tu hermano y... a un hombre que no se apartaba de tu lado en México.

«Triel», reflexionó. Pero no diría nada hasta estar segura de lo que John sabía.

—Por lo visto no soy una agente tan encubierta como suponía.

—Tampoco es que lo seas al pie de la letra. Aun te faltan años de experiencia.



—De acuerdo. ¿Y qué más dijo?

John la escudriñó un rato hasta que se decidió a hablar.

—No sé cómo explicarlo, porque nadie comprendió de qué se trataba, salvo la mención de un símbolo centenario.

Se levantó con cuidado de la silla, evitando dar a entender que se había puesto nerviosa.

—No sé de qué se trata. Quizás podría ir a hablar con ese tal «caído».

John negó con la cabeza.

—Ha muerto.

El semblante de Brenda empalideció. Odiaba ese tipo de prácticas de su gente.

—No me gusta que lleguen a esos extremos —siseó.

John se encogió de hombros.

—Yo no estaba en esa oportunidad, sino contigo y tu hermano. Por lo que sé, intentó escapar y lo mataron. ¿A qué se refería con un símbolo, Bren? ¿Y por qué estabas tú relacionada con algo así?

—Comienzas a hacerme sentir una intrusa. ¿Acaso sospechas algo de mí?

—¿Qué dices? Así hubiese alguna conexión entre eso de lo que hablan y tú, ni yo ni nadie tendríamos problemas. Te lo menciono simplemente porque se trata de un espía que intentó atravesar las barreras de seguridad de la corporación con la pretensión de encontrarte. Y nadie sabe a ciencia cierta el porqué.

—No sé nada de ese símbolo, John. Te lo juro. —Era consciente de que no decía toda la verdad, pero tampoco es que estuviese mintiendo.

—En realidad, lo único que me importa es que estés protegida.

—Pues a mí que Seber lo esté.

John asintió, pero de inmediato la volvió a abordar:

—¿Quién era ese sujeto que estaba contigo en México?

No tenía idea de qué contestarle. Debía inventar algo de inmediato.

—Alguien con quien tropecé en Laguna Miramar y que me ayudó a dar con

las coordenadas de la guarida de los caídos.

—¿Intentó algo contigo?

El timbre celoso en la voz de John la molestó. ¿Quién se creía que era?

—Mira, ya está bien. Pensé que seguiríamos hablando de mi hermano.

John se levantó, rodeó la mesa y la abrazó. Brenda le permitió hacerlo porque se sentía vulnerable. Los caídos iban tras ella de nuevo y temía por Seber. Había demasiadas cosas en su interior que necesitaba poner en su lugar. Tan solo si pudiese descansar un instante en los brazos de alguien... Apoyó la barbilla en su hombro y cerró los ojos. Y al hacerlo, lo vio a *él*.

Las manos fuertes le tomaron el rostro y la obligaron a mirarlo. Y se dejó besar. Primero fue con cuidado, como si aquellos labios temiesen que ella desapareciera, pero después se envalentonaron y atacaron los suyos con ansias. Al hacerlo, rememoró el aroma que la seguía desde hacía tantos meses y que no la dejaba dormir ni pensar en alguien más. Solo en *él*.

«Triel», susurró para sí. La lengua inquieta ingresó en su cavidad, decidida a atrapar la suya. Y las bocas se unieron hambrientas, desesperadas por calmar la pasión que los enardecía.

—Dios, Brenda. Te quiero para mí. —Oír esas palabras fue como si infinidad de cubitos de hielo hubiesen caído en su cara. Se apartó de un salto y se llevó una mano a los labios. Las facciones de John evidenciaban un dejo de enojo, pero era evidente que intentaba controlarse—. No puedes dejarme así —murmuró entornando los párpados.

—Perdóname, pero no puedo...

—¡Brenda! —exclamó frustrado—. Primero me aceptas y después te echas para atrás. No es justo.

—Lo siento muchísimo. —Se sentía terriblemente arrepentida y no sabía qué hacer ante la patética certeza de que John tenía razón. Él le dio la espalda y se detuvo durante un largo rato—. Te juro que perdí la cabeza.

John giró de golpe.

—La próxima vez piensa un poco en mí, Bren. Siempre estoy a tu

disposición, pero te las ingenias para hacerme sentir rechazado.

–Sabes que no deseo involucrarme con nadie.

–Y tú sabes de memoria que estoy enamorado de ti, Brenda. ¡Joder! ¿Es que no lo puedes ver?

La expresión de él era tan angustiante que, de repente, se sintió fatal.

–Te juro por el dios que elijas, John, que, si alguna vez mi corazón decide enamorarse, solo espero que sea de ti.

Su amigo sonrió y, acercándose, le tomó las mejillas entre las manos.

–Y yo también te juro que lograré que lo hagas, Bren.

## Capítulo 32

Observó el vehículo partir a toda velocidad y permaneció un rato en la vereda. Estaba metiéndose en un lío que necesitaba detener cuanto antes. John no merecía semejante trato.

Había sido un hombre muy bueno desde los inicios de su carrera, cuando apenas contaba con dieciséis años, y no podía seguir brindándole ilusiones falsas. Su corazón pertenecía a otro, lo cual provocaba un enojo permanente consigo misma, pero hasta que no lograra extirparlo, no era quién para mantener en vilo a su amigo.

Como John era seis años mayor que ella, desde el día en que se conocieron fue nombrado su tutor, y todo lo que había aprendido desde entonces se lo debía a él. Había sido paciente, dedicado y, sobre todo, protector. Las horas interminables que se había pasado hablando de su familia desmembrada, sus padres tan enfermos y su hermanito atrapado entre dos monstruos, le habían mostrado en John un confidente que le había permitido expresar la desazón de su existencia.

«Entonces ¿qué mierda haces jugando con sus sentimientos? ¿Que Triel haya mancillado los tuyos te da a ti algún derecho a hacer lo mismo con los de los demás?». Sacudió la cabeza, enfadada, porque conocía de antemano la respuesta. Lo único que necesitaba era tiempo. Quizás cuando curara las heridas de su maltrecho corazón pudiese darle una oportunidad, pero mientras tanto tenía que ser más humilde y detener esa montaña rusa de emociones.

El sonido de su teléfono celular la devolvió al presente.

—¿Amor?

—Jackie ha culminado su clase y tenemos ganas de entrenar en el predio de la semana pasada, ese descampado fenomenal en la naturaleza. ¿Quieres venir? Podríamos practicar taekwondo o cualquier arte que desees.

—Me parece una estupenda idea, Seber. Dame diez minutos. Les envío un mensaje de texto a unas cuadas de arribar.

—Perfecto. Te esperamos.

«Justo lo que necesito», se dijo, y corrió a buscar su bolso con la ropa deportiva. Cargó varias botellitas de agua mineral fresca, así como algunas toallas para secarse el sudor. Salió de la casa y se subió al coche que había alquilado, un MINI Clubman de color gris.

Al ser Stjær una localidad pequeña, las distancias no eran extremas, pero el descampado quedaba a las afueras del municipio, a varios kilómetros de ahí.

Apenas se puso en marcha, divisó otro vehículo que hacía lo propio y en pocos segundos se colocó detrás del de ella. Era negro y llevaba los vidrios polarizados. Transitó diferentes calles, sin dirigirse al gimnasio, porque quería asegurarse de que la gente que iba en el interior de ese coche no representaba un peligro. Si bien no había percibido la vibración en su cuerpo, de todas maneras, quería evitar riesgos. Quizás veía cosas que en realidad no existían. Y tal como sospechaba, el automóvil dobló en una esquina y continuó su camino en otra dirección. Liberó el aire en una exhalación. Solo había sido una falsa alarma.

Continuó manejando, asegurándose de que nadie la seguía, y cuando faltaba poco, mandó un mensaje de texto a Seber y a Jackie. Al cabo de unos minutos arribó a destino. Los dos la esperaban en la calle.

—Gracias por recogernos —exclamó su amiga entretanto abría la puerta trasera para colocar su bolso, que se había agrandado.

—¿Qué traes ahí? —preguntó señalándolo.

—Unas pesas y algunas cuerdas para saltar. Quiero enseñarle a este

muchachito algunas formas de entrenar. —Brenda sonrió. Jackie era una joven llena de energía. Cada vez que hacía su aparición, parecía que el sol refulgía con mayor intensidad y daba vida a quien tuviese el privilegio de verse envuelto en sus rayos—. Seber, ve adelante.

—No, Jackie. Me gusta estirar mis piernas en el asiento trasero.

—Estás cada día más alto, mi pequeño. No se te ocurra dejarme hecha una enana, ¿eh?

La risa de Seber llenó el alma de Brenda. Su hermano, de a poco, comenzaba a florecer. Y Jackie era una gran aliada. Con su fantástico humor y lealtad, lo cuidaba y mimaba como si fuese de su propia sangre.

Brenda inició la marcha. Entre risas, Jackie le explicó cómo Seber había impactado a las jovencitas que habían asistido a su entrenamiento, ante lo cual él respondía con unos pequeños bufidos. Pero a pocas cuadras del predio, Brenda y Jackie se miraron preocupadas.

—¿Sientes lo mismo que yo?

Brenda asintió. Su cuerpo vibraba descontrolado, y unos metros más adelante, el vehículo negro que había visto con anterioridad se atravesó en su camino. Intentó adelantarlo por el costado, pero con una maniobra inesperada, volvió a interponerse y se vio obligada a clavar los frenos. Antes siquiera de poder hacer algo, cuatro tipos salieron por detrás de unos arbustos y otros cuatro se bajaron del auto. Se abalanzaron sobre las puertas para abrirlas y a continuación arrastrarlos a los tres hacia afuera. Pero Jackie era temible, por lo que enseguida logró desestabilizar a su contrincante. De repente, los tres combatían contra los sujetos y, aunque estaban bien entrenados, Brenda temía por Seber. Tenía que protegerlo con su vida.

De súbito, algo macizo la derribó al suelo. Luchaba desesperada por tomar un poco de aire, pero el caído encima de ella la mantenía retenida con el pómulo contra la gravilla. El tipo era tan enorme que necesitaba espacio para poder moverse y lograr pegarle en alguna parte del cuerpo. Podía oír los gritos de Jackie y de Seber, que peleaban a la par, lo cual la enardeció aún

más. Probó a sacárselo de encima, pero el titán era diestro. Logró adueñarse de sus muñecas, que estiró hacia los lados, lo cual le impidió utilizar los brazos para empujar el cuerpo hacia atrás y tratar de derribarlo. En ese instante, un caído que llevaba en las manos una bolsa de arpillera de gran dimensión venía en su dirección con la vista clavada en sus ojos. Renovó sus esfuerzos, pero fue inútil. Antes de cubrirle la cabeza y gran parte del cuerpo, el mastodonte se unió al otro y entre ambos le colocaron una mordaza en la boca. Luego se apresuraron a atarla con varias sogas. Mientras luchaba, captó el ruido de unos neumáticos que chirriaban sobre el asfalto y, sin entender qué sucedía, la vibración de su cuerpo aumentó a tal punto que temió desmayarse. A los pocos segundos, una pelea de mayor envergadura se inició a su lado. «Seber, por Dios», gimió por dentro. Por la falta de visión, todos los demás sentidos se vieron amplificadas, y pudo percibir la resonancia de los golpes con que los hombres se aporreaban y los gruñidos de furia y de dolor.

—¡De nuevo tú! —escuchó que Jackie gritaba a alguien. No estaba segura de a quién se refería, pero por lo visto había acudido en su ayuda.

Le daba rabia porque su amiga estaba peleando como una tigresa y ella, amordazada como un gusano, sin poder moverse e incapaz de cuidar de su hermano. El suelo retumbó con el ruido de algo que se partió. De inmediato, unas manos la desataron y le quitaron el costal y la venda de la boca. Al clavar la vista en el rostro al frente, quedó petrificada.

—Vamos, Bren. Ya quedan pocos caídos.

La voz de Triel la volvió a la realidad.

«Dios». Se obligó a ejercer un control absoluto sobre sus emociones, por lo que se levantó con agilidad y examinó lo que sucedía a su alrededor. El gigante yacía muerto a su lado con la cabeza inclinada de forma extraña. Seber y Jackie, por su parte, castigaban a unos pocos caídos que quedaban. Y el rubio descomunal de Metanón estaba muy entretenido destrozándole la cara a otro enemigo, que cayó despatarrado a los pocos segundos. En ese

preciso momento, uno de los vehículos partió a toda velocidad con el único hombre que había quedado con vida.

Buscó a Seber y, al encontrarlo entero y hasta con un brillo de orgullo en los ojos, se apresuró a ir hacia él. Era consciente de que su corazón se había congelado. Casi no latía de la impresión, pero por nada del mundo lo haría visible.

—¿Estás bien, tesoro?

Seber asintió y señaló con la cabeza a sus espaldas. Brenda se dio la vuelta y al hacerlo se topó con el pecho fuerte que tanto había añorado en todos esos meses. Pero primero se mataría antes que caer rendida a sus pies. Ese capítulo de su vida estaba por completo cerrado.

—¡No te acerques a mi hermano! —exclamó.

—No lo haré.

Al ver que el caminante no se movía, asintió.

—Gracias por la ayuda —susurró. Triel la examinaba con un fulgor en los ojos que jamás había visto antes, por lo que se obligó a desviar la vista hacia Metanón, quien daba un pequeño paso, casi imperceptible, para acercarse a Jackie, en tanto esta hacía lo mismo para alejarse—. Sin embargo, pueden regresar por donde vinieron.

Y como una reina, pasó al lado del caminante. Al hacerlo, el olor del sudor de su piel por la pelea dio vida a su intimidad, que creía muerta.

«Basta», se dijo furiosa.

—Brenda.

La voz grave envolvió cada poro de su cuerpo, pero se obligó a continuar. Por nada del mundo se detendría.

—¡Jackie! ¡Seber! —exclamó—. Nos retiramos.

Se unieron a ella de inmediato y, cuando estaban cerca del coche, Triel insistió.

—Tenemos que hablar.

En silencio subieron al vehículo. Cuando Brenda iba a cerrar su puerta, la



mano poderosa del caminante la sujetó, por lo que se ordenó mantener la compostura frente a los ojos que la escudriñaban de una forma distinta.

—No —puntualizó, e intentó cerrarla otra vez. Pero Triel parecía empeñado en impedirselo.

—Solo te pido unos minutos.

—Dije que no.

—Brenda...

—¡Ya oíste lo que mi amiga te ha dicho, grandulón! —bramó Jackie.

—Calladita, bruja.

La mirada de Jackie se clavó en la de Metanón e hizo evidente el desprecio que sentía por él.

—Infradotado.

—Caprichosa.

—Afeminado.

Los ojos del rubio centellaron.

—¡Paren los dos! —gritó Brenda, y se asombró de que le hicieran caso. Contempló a Triel y, con tono de advertencia, dijo—: Nunca, y escúchame bien, nunca más te aproximes a nosotros. Gracias por lo que acaba de pasar, pero ahora retírate. Y esto vale también para ti —aclaró a Metanón.

Cuando Brenda quiso empujar la puerta, Triel inclinó el cuerpo sobre el suyo y, aferrándola por la cintura, se la cargó al hombro.

## Capítulo 33

### *Delta del río Paraná*

Sentadas en el sofá de la sala, Aniel amamantaba al pequeño León, y Maia se acariciaba el vientre con una sonrisa resplandeciente en la cara. Las voces de Gabriel y Damián que se acercaban llamaron su atención. Cuando los rostros de ambos se hicieron visibles, sonrieron.

Damián se detuvo ante ellas y dijo:

–Gracias.

Aniel se encogió de hombros.

–Tu hermano no se merecía nuestra ayuda, pero nos asustó su estado.

–Que motivó la activación del legado.

Las jóvenes asintieron.

–Por eso mismo, Maia y yo, apenas supimos dónde se encontraba Brenda, se lo comunicamos a Triel.

–¿Cómo la hallaron?

–Las cuatro estamos conectadas a través de nuestros sueños, aunque la conexión entre Jackie y Brenda es, de lejos, la más fuerte. Por eso, cuando daba de mamar a León y me quedé dormida, fue casi una sorpresa poder ver la ciudad donde ellas se encuentran.

Gabriel se acercó y le dio un beso sonoro.

–Esa es mi chica. —Pero al instante su rostro se volvió adusto—. Si los jerarcas se enteran, tendremos verdaderos problemas —advirtió.

—Asumiré las consecuencias —dijo Damián.

—Y yo —asintió Maia.

Damián le devolvió a su esposa una mirada de absoluta devoción.

—Defenderemos nuestro punto de vista —continuó Aniel—. Éramos las primeras en negarnos a abrir la boca, pero después de la conversión de Triel, no nos quedó la menor duda de que era el mejor camino.

—A mí me sigue quedando un gran interrogante. —Todos siguieron con la mirada a Maia, que preguntó con cierta tristeza—: Lo que el corazón de Triel siente, ¿es amor o tan solo un sentimiento de culpa? No me disculparía haber ayudado a un señor álmico que no ama a la suya con todo su ser.

—En la historia de la Estirpe nunca se ha dado que dos señores álmicos no se amen. Aun así, conozco a mi hermano y sé que hasta él mismo está sorprendido de lo que siente. Un legado se activa cuando las miserias del que lo porta han llegado al límite, y nada anterior al hecho de perder a Brenda había conseguido hacerlo. Por ende, no tengo la menor duda de que Triel la ama. Quizás aún no lo sepa, pero estoy seguro de que muy pronto será consciente de ello.

—Yo me aventuraría a decir que ya lo ha aceptado —dijo Gabriel—. Solo que Triel jamás habla de sus sentimientos. Menos que menos cuando se trata de una mujer.

—Ha sido bastante misógino.

—No es eso, Maia —dijo Damián—. Triel no ha sabido reconocer lo que significa ser amado. Pero ahora ha partido tras Brenda.

—Quien no lo recibirá —aseveró Aniel.

—Pues hay algo que, estoy seguro, hará cambiar el rumbo de la historia.

Las dos esposas se miraron con curiosidad y Maia no pudo evitar preguntar.

—¿De qué están hablando, amor?

—En estos seis meses, Triel se había encerrado por completo en su trabajo.

—Es verdad —contestó Aniel—. No debe ser fácil querer reconciliarse con su propia alma.

—Pues ha dado con algunos resultados que no se esperaba —agregó Gabriel—. Ni ninguno de nosotros, para ser sincero.

—¿Quieres dejar de dar tantas vueltas, cariño?

Gabriel se acercó a Aniel y, tomando a León, que yacía dormido como un angelito, lo colocó entre sus brazos y expresó:

—Ahora mismo se van a enterar.

## Capítulo 34

*Stjær, Dinamarca*

—¡Hijo de puta! —gritó Brenda, que pataleaba como una loca. A sus bramidos se le unieron los de Seber y los de Jackie. Alzó el rostro y contempló atónita cómo el muchachito se lanzaba como un buitre sobre Metanón, con el que empezó a luchar—. ¡Bájame, imbécil! —tronó retorciéndose, pero los brazos de Triel la retenían como grilletes.

—No hasta que decidas escucharme —lo oyó decir entretanto corría hacia su vehículo.

Se revolvió iracunda hasta que se hizo la luz. Jackie. Y unas cuerdas de saltar que le arrojó a las manos antes de regresar adonde Seber enfrentaba a Metanón. Estiró el brazo y consiguió enlazar una en la mano. Curvó el torso de tal manera que logró envolver la soga alrededor del cuello de Triel. Al tirar, el caminante perdió el equilibrio y le dio la oportunidad de montarse a horcajadas sobre sus hombros. Triel mitigó la presión de la cuerda con las manos, a la vez que daba un par de pasos hacia atrás hasta chocar la espalda contra su vehículo, lo que provocó que Brenda quedase prácticamente sentada sobre el techo. Sin demora, el coloso aferró su pierna con una mano y el hombro contrario con la otra, e inclinando el torso hacia delante, la tiró con cuidado sobre la grava. Apenas apoyó la espalda, Triel se abalanzó sobre ella, pero Brenda rodó hacia un costado. Se incorporó y corrió hacia el bolso deportivo de Jackie, donde tenía las pesas rusas. Al escuchar los pasos ágiles

y pesados por detrás, aumentó la velocidad hasta llegar a destino y, apoderándose de dos de ellas, las disparó contra su adversario. Primero una y después la otra. Triel hacía malabarismos tratando de sortearlas, pero Brenda estaba enceguecida de la furia. Cargó con una tercera y asestó en un muslo del caminante, quien gruñó furioso. Brenda miró a un costado y contempló a Seber y a Jackie, ensañados con Metanón. Preocupada por ellos, descuidó un segundo a su rival, lo cual fue un grave error, porque ya lo tenía encima. La derribó al suelo y con un movimiento ágil cayó a lo largo de ella para aprisionar su cuerpo con el suyo. Brenda le dio un puñetazo en la cara que casi ni lo movió. Intentó darle otro, pero Triel le atrapó la muñeca.

—¡Vete a la mierda, maldito perro sarnoso! —rugió llena de ira, tragando polvo mientras se revolcaban en la gravilla. Quería destrozarlo. Pelear con él significaba también hacerlo con su propio corazón, porque no quería sentir más. Renovó el ataque como una fiera, indignada de que hubiese regresado.

—¡Basta, Brenda!

Su grito la enardeció más. Y utilizó todos los trucos que conocía para quitárselo de encima, pero, por lo visto, Triel también se los sabía de memoria. Parecían dos cuerdas entrelazadas que tironeaban, una tratando de desasirse y la otra, de enroscarse aún más.

En ese momento detectó una pesa de dos kilos que asomaba desde el bolso y estiró la mano para llegar a ella. Pero Triel adivinó su intención y las manos de los dos empezaron a luchar. Al mismo tiempo que Brenda se esforzaba por alcanzar el objeto, Triel intentaba impedirlo. Estiraban los cuerpos como resortes y el dolor en la espalda era insoportable debido a los innumerables pedregullos que se clavaban en sus omóplatos. Cuando al fin sus dedos rozaron el objeto y lograron apresararlo, Brenda pudo golpearle el hombro. Aprovechando el afloje del agarre, logró girar el cuerpo y escapar de su prisión. Apenas había dado unos pasos, los dedos poderosos la aferraron del tobillo y volvieron a tumbarla, pero esta vez boca abajo. En otra acción rápida, Triel se acostó sobre ella y envolvió sus brazos como cinchas, uno por

debajo de sus pechos y el otro por su cuello. Corcoveó desesperada, pero se dio cuenta de que, quizás, escapar sería un imposible. A raíz de la cruenta batalla, dos botones de la blusa reventaron y la parte superior de sus pechos se asomó. Percibió la respiración agitada del caminante que tenía una mano cubriendo uno de ellos.

—¡No me toques! —chilló.

—¡Detente, por el amor de Dios! —Y enseguida bajó un poco la mano—. No es mi intención provocarte de esta manera; solo necesito que pares.

Brenda resollaba por el esfuerzo para tratar de encontrar algún punto que le permitiese desestabilizarlo, pero Triel era demasiado fuerte y sagaz para ella.

—Si mi hermano o Jackie reciben un solo rasguño de Metanón...

—Te aseguro que el único que recibirá moretones el día de hoy es él.

—¡Suéltame!

—Lo haré si prometes escucharme.

El peso de la musculatura de Triel la estaba sofocando, aunque no estaba segura de si era solo por ello. Se obligó a controlar la corriente de calor que circulaba en su interior, consciente de que lo único que detendría a ese sujeto sería que ella hiciese una pequeña concesión de su parte.

Aflojó los músculos y agachó la cabeza. Triel pareció captarlo porque su agarre también disminuyó.

—Di a Metanón que se detenga.

—¿Puedo confiar en ti?

—No soy como tú.

Lo escuchó respirar profundo. Y a continuación ordenó:

—¡Metanón! ¡Basta!

Su amigo detuvo el ataque y, al hacerlo, recibió de Seber una patada en el pecho que lo lanzó hacia atrás y cayó al suelo.

—Diles a los tuyos que paren también —le dijo al oído.

—¡Seber! ¡Jackie! ¡Alto!

Un silencio sepulcral siguió a sus palabras. Triel se levantó de inmediato y

la dejó libre. Pretendió ayudarla, pero ella se sacudió en un claro mensaje de que no quería que la tocara. El silverwalker dio dos pasos hacia atrás.

—¿Te encuentras bien, Seber? —preguntó preocupada mientras se limpiaba las manos llenas de polvo.

—Sí.

—¿Jackie?

—Al que hay que hospitalizar es a este mequetrefe.

Y en una clara confirmación de lo que su amiga decía, se oyó un quejido de Metanón, que se incorporaba del suelo a duras penas.

—Convengamos que dos hienas salvajes intentando despedazarme no ha sido justo.

Dándose cuenta de que todos estaban enteros, miró a Triel, que no había apartado la mirada de ella. Tragó en seco, sabiendo que debía apresurarse, porque esa cosa que la unía a él, y a la que no podía asignarle un nombre, la volvía de gelatina.

—¿Qué quieres? —quiso saber levantando la barbilla.

—Tengo algo que te importará.

Rio con una carcajada baja. ¿Ese tipo se estaba haciendo el gracioso con ella?

—¿Se han invertido los papeles y ahora el que posee algo eres tú? Pensé que tu interés era el símbolo. ¿O te olvidas de todo el *show* que montaste para conseguirlo?

La expresión en el rostro del caminante se contrajo.

—Esta información es nueva y no tiene nada que ver con lo que crees.

—A ver.

—Preferiría hablarlo a solas.

—¿Encima pones requisitos? —Y volvió a reír, esta vez asombrada.

—Cuando sepas de qué se trata, entenderás el porqué.

—No pienso tener una charla privada contigo. Lo que tengas que decir lo expulsas de tu boca ahora. Y después te retiras.



Triel frunció el ceño.

–Imposible.

–¿Por qué?

–Te lo diré apenas me dejes hacerlo.

–¿De qué hablas, por Dios? —exclamó enojada.

–De Rusia, Brenda.

Al escuchar aquella palabra, la boca se le desencajó. El pulso se le aceleró y un sudor frío le recorrió la espalda.

–Jackie y Seber. Vayan a casa, por favor.

Las protestas de los dos no tardaron en escucharse.

–¡No voy a dejarte sola con ese tipejo!

–¡Yo tampoco! —se sumó Seber.

–¡Por favor! Es crucial.

–Bren...

–Llévate a Seber.

–¿Pero y este? —preguntó su amiga señalando a Metanón, que la observaba con una intensidad abrumadora.

Antes de que pudiese responder, la voz de Triel se alzó:

–Metanón, asegúrate de que lleguen a la casa en perfectas condiciones —ordenó, y el rubio asintió.

–No voy a ningún lado con este individuo.

–Jackie, solo por esta vez —rogó Brenda con la mirada.

El duelo de miradas entre su amiga y Metanón era apoteósico, y si no hubiese estado en medio de toda esa pesadilla, quizás hasta le hubiese causado gracia. Aspiró hondo, sin poder creer que de nuevo tenía que lidiar con Triel. Pero, si lo que creía era verdad, entonces no tenía más remedio que aceptar escucharlo.

Contempló cómo todos se retiraban, salvo Triel, que seguía parado delante de ella y no le quitaba la vista de encima. Se obligó a ignorarlo. Con Metanón al volante, el jeep partió a toda velocidad. Y no le quedó más remedio que

alzar la mirada. Al hacerlo, su corazón volvió a estrujarse.

–Habla.

Triel la escrutaba como cuando la había tenido entre sus brazos.

–Se trata de tu madre.

Su semblante empalideció, porque los latidos de su corazón se interrumpieron.

–¿Qué pasa con ella?

–Está viva.

Un escozor invadió sus ojos y, de inmediato, negó con la cabeza.

–Mientes —siseó.

–No.

–¡Sabes bien que mi madre murió asesinada por los caídos! —gritó con las manos cerradas en dos puños.

–Es lo que intentaron hacernos creer a todos.

Se acercó furiosa al mastodonte hasta detenerse a un par de centímetros de él. Su pecho era enorme, pero, si tenía que molerlo a golpes, lo haría.

–¡Embustero de mierda!

–Esta vez no, Bren.

–¡No me llames así! —Lo aferró de la camiseta para acercarlo—. No voy a caer en tu maldito juego. —Consternada, captó un reflejo de ternura en su mirada, que la enfureció aún más—. Te has metido con demasiadas cosas mías sagradas, desgraciado. Regresa por donde has venido.

Al culminar sus palabras, tenía la boca casi a la altura de la barbilla del tipo. Lo soltó y, dándole la espalda, comenzó a caminar en dirección a su vehículo. Pero antes de llegar, Triel levantó la voz:

–San Petersburgo. —Al escuchar esa palabra, se detuvo. Inspiró profundo y cerró los ojos. «No puede ser», murmuró para sí—. Después de la tragedia, tu madre regresó a su ciudad natal, Brenda.

Giró el cuerpo de forma abrupta y volvió a acercarse con renuencia.

–¿Qué estás diciendo?

—La verdad.

—¡Pruébalo! —exigió.

Del bolsillo interior de su chaqueta, Triel extrajo un sobre bastante arrugado en el que había un dispositivo USB y tres fotografías que extendió hacia ella. La respiración de Brenda se aceleró. Tomó las fotos con cuidado y al verlas, se quedó sin aliento. En todas se divisaba una mujer que era el calco de la imagen de su madre, pero varios años mayor a lo que la recordaba. En una se la veía sentada en un bar tomando un café con un sujeto, mientras que en las otras dos se la apreciaba de compras por las calles de esa ciudad.

—No es suficiente —susurró.

Triel le entregó el USB.

—Allí tienes parte de la investigación que he llevado a cabo en donde podrás corroborar lo que te he informado.

—¿Cómo accediste a todo esto?

—Contactos.

Brenda clavó los puños contra el pecho de metal.

—¿Me has estado rastreando?

—Sí.

—¿Es otro precio que debo pagar por el símbolo?

Los ojos de Triel se llenaron de brillo plateado.

—No.

—¿Por qué me buscabas entonces?

—Lo sabrás cuando estés lista para escucharme.

—Jamás te diré algo sobre ese símbolo.

Triel sacudió la cabeza.

—No se trata de eso.

—Vaya..., vaya... —dijo con ironía—. Entonces, ¿qué quieres a cambio?

El torso del caminante pareció volverse más grande.

—Que vengas conmigo a Rusia.

Brenda dio dos pasos hacia atrás y sonrió indignada.

–Te agradezco la información, pero puedo ir a ver a mi madre por mí misma.

–Es imposible.

–¿Y se puede saber por qué?

–Nunca llegarías a donde se encuentra. Solo yo puedo hacerlo.

–¿A qué te refieres? Pertenezco a una organización que puede hacer maravillas.

Triel sonrió apenas.

–El que te está revelando esta verdad soy yo.

Era verdad. ¿Cómo podía ser que en tantos años nadie hubiese sospechado que su madre estaba viva? Y con los dones que ella poseía, ¿por qué no lo había descubierto? ¿Sería que Triel, una vez más, mentía?

–No confío en ti.

–Lo sé. Pero no tienes otra posibilidad.

–¿Por qué solo tú eres el indicado? Y otra cosa: ¿sabías lo de mi madre cuando yo estaba contigo? Por lo que puedo recordar, tus planes han sido diabólicos.

–Hay una historia detrás de lo sucedido con Mónica, Brenda. La persona que la conoce solo acepta mi participación en el caso. De no ser así, tú nunca podrías acceder. Y todo esto lo averigüé cuando desapareciste.

Se acercó otra vez a él y, poniéndose de puntillas para alcanzar mejor sus ojos, chistó:

–¿Por qué quieres ayudarme?

Las pupilas de Triel centellaron.

–¿Acaso tú no harías lo mismo?

Las de Brenda se alargaron como las de un gato.

–¿Por ti? ¿Después de todo lo sucedido?

Triel respiró hondo y cuadró los hombros.

–Tienes razón.

Le dio la espalda y lo vio dirigirse hacia su jeep.

—¿Qué haces? —preguntó furiosa.

Sin mirarla, contestó:

—Me voy.

Apenas se subió al jeep, lo escuchó poner en marcha el motor.

El ronroneo sordo la obligó a pensar: ¿y si fuese verdad que su madre estaba viva y tenía la invaluable oportunidad de volver a verla, pese a que Triel fuese el único contacto? ¿Se permitiría dilatar un encuentro que era tan necesario para Seber y para ella al dejarse guiar por el orgullo? Porque aun cuando John y la organización la ayudasen, no era seguro que pudiesen dar con Mónica. Y, sobre todo, porque intentarlo podría demandar un tiempo que ellos no tenían.

—¡Espera! —gritó, y, esta vez, Triel le clavó la mirada—. Iré contigo.

## Capítulo 35

*San Petersburgo, Rusia*

Triel cerró la puerta del todoterreno y después de teclear en el GPS del tablero, inició la marcha. Hacía una hora que Brenda y él habían arribado al Aeropuerto de Púlkovo, en San Petersburgo. El vuelo había durado cuatro horas y, apenas habían llegado a migraciones, dos agentes de la Estirpe los habían recibido y les habían hecho entrega de los permisos para ingresar a Rusia, así como de las llaves del vehículo que utilizarían durante su estadía.

Desde que Brenda, en el descampado, le había gritado que iría con él, Triel se había asegurado de que todo estuviese en su lugar para evitar más demoras. Habían pasado por la casa de la joven, donde Jackie y Seber los habían recibido con semblantes ceñudos, mientras que un malhumorado Metanón presentaba varias marcas visibles en el rostro, de las que Triel había preferido desconocer su origen. Por su parte, Brenda se había dado una ducha rápida y después de preparar una mochila con ropa, a la que sumó una buena campera para el frío, había anunciado que estaba lista.

Cuando se despedía, le había asegurado a Seber que Jackie se haría cargo de él. A su vez, Triel le había dado instrucciones a Metanón acerca de que no perdiese de vista a ninguno de ellos, ante lo cual su amigo había contestado con una sonrisa mordaz que, esa vez, las cosas se harían a su manera.

Sin más, habían partido en un vuelo con destino a Copenhague y de ahí habían tomado otro que, tras una breve parada en Helsinki, había continuado

viaje hacia San Petersburgo.

Triel suspiró profundo tratando de calmar la ansiedad que sentía. Chequeó de nuevo el GPS y confirmó que la distancia al centro de la ciudad sería de unos treinta kilómetros. Observó de reojo a Brenda, quien, apenas apoyó la cabeza en el asiento ergonómico, cerró los ojos. Esta había sido la actitud de ella durante casi todo el viaje en avión. Había permanecido en silencio, salvo por unas breves preguntas que aún resonaban en su mente:

*–¿Cómo descubriste que mi madre no estaba muerta?*

*–Como te expliqué con anterioridad, al enterarme de que tu hermano y tú habían desaparecido, intenté encontrarlos; pero como no había forma de ubicar alguna pista, decidí abrir una investigación por mi cuenta. Tus padres siempre habían sido una incógnita para mí, así que me dediqué a saber más sobre ellos. De esa manera, comencé un profundo escrutinio en el que avanzar no fue fácil. Cada vez que se abría una vía, inmediatamente después se cerraba. Hasta que un día me topé con alguien, un agente de la Estirpe que me debía un enorme favor y que en varias ocasiones ha sido un infiltrado entre los caídos, quien me comentó que entre estos había una mujer de apellido Mori que hacía años había sido tomada prisionera. Cuando le pregunté si conocía su procedencia, me confirmó que era rusa. De inmediato le solicité que tomase unas fotos de ella, a lo cual accedió, y que son las que te acabo de mostrar.*

*–¿Pero si es una prisionera, por qué se la ve caminando por la calle como si nada?*

*–Ha llegado a un acuerdo con los caídos y goza de ciertos privilegios.*

*La mueca de frustración no le pasó desapercibida.*

*–¿Ella sabe que Seber y yo estamos vivos?*

*Triel la miró. Un aciago vacío se instaló en su estómago ante la respuesta que tendría que dar.*

*–Sí.*

*Al vislumbrar el vestigio de tristeza en sus ojos, deseó abrazarla; pero*

*sabía que lo rechazaría con fiereza. Brenda no estaba acostumbrada a que la consolasen, salvo quizás por sus amigas. Pero con él, estaba en pie de guerra.*

*—¿Tienes idea de si intentó hallarnos?*

*—No hay ningún indicio sobre ello.*

*—Entiendo.*

A partir de ese momento, Brenda se había vuelto a retraer. Por su parte, se sentía consternado por lo que había significado verla después de tanto tiempo. Estaba aún más hermosa de lo que la recordaba y, apenas había captado la esencia de su piel, las células de su cuerpo habían salido del letargo en el que habían caído en los últimos meses. Y en ese instante había comprendido que cualquier cosa que hubiese padecido quedaba por completo justificada. Incluso enfrentarse a la ferocidad de su mirada cuando lo reconoció, porque todo su ser pareció regresar a la vida.

Esa mujer lo conectaba con aquello que había perdido durante siglos: el deseo de importarle a alguien. Lástima que se había dado cuenta de algo tan esencial cuando el daño ya estaba hecho. Por eso, toparse con ella atada y envuelta en una bolsa de tela mientras un caído la agredía lo había sacado de sus cabales. Había descargado sobre el maldito toda la rabia y la impotencia que había acumulado en todo ese tiempo hasta que lo había destrozado.

«¿Y tú, que también la maltrataste?», se preguntó. Sacudió la cabeza, consciente de que los errores fatales que había cometido ya estaban hechos. Por eso, proteger a Brenda de Chavanel y Drage, quienes iban tras sus pasos, era lo primordial.

—¿Cuál es tu plan? —oyó que le preguntaba. Lo tomó de sorpresa porque había supuesto que descansaba.

—Nos alojaremos en un hotel y de inmediato estableceré contacto con la persona que nos llevará hasta Mónica.

—¿Tiene mi madre idea de que voy a verla?

—No.



Endureció los músculos de la mandíbula. Odiaba exponerla a eso, pero era la única manera que había descubierto para poder acercarse a ella. Brenda volvió a cerrar los párpados, y Triel se ordenó concentrarse en la ruta.

Las luces de la ciudad comenzaban a hacerse más notorias y, de pronto, el encanto histórico de las construcciones se hizo evidente junto a las suntuosas aguas del río Nevá. Sin ninguna duda, el otro nombre por el que San Petersburgo era conocida, la *Venecia del Norte*, hacía honor al hecho de que la décima parte de la superficie de la ciudad se encontraba cubierta por diferentes ríos y canales. Triel observó a lo lejos algunos de los puentes que representaban una característica muy particular de la ciudad. En total había alrededor de trescientos, algunos de los cuales eran levadizos y a horas nocturnas se izaban para dar paso al tránsito de los grandes barcos que provenían del mar Báltico en el golfo de Finlandia.

Finalmente, divisó la estructura semicircular y acristalada del hotel. Apenas aparcó el coche, tres empleados del hotel salieron a recibirlos. Uno se encargó del carro y los otros dos los condujeron al interior. Como sus pertenencias eran escasas, una vez que llegaron al mostrador de recepción, los hombres se alejaron para cumplir con su trabajo con otros huéspedes. Al mismo tiempo que firmaban el ingreso al hotel, se unió a ellos un sujeto de porte elegante y ojos brillantes, que entregó a Triel un sobre cerrado. Reconoció en él al agente ruso de la Estirpe de Plata, con el cual había participado de algunas misiones en ese país. Pero esta vez, el encuentro duró solo cuatro segundos.

—Mañana a las nueve en punto los espera el contacto en el sitio que ya sabe.  
Y desapareció.

Cuando se dirigió al recepcionista del hotel y le mostró el sobre, este asintió complacido. A continuación, tomaron el ascensor y subieron en un incómodo silencio. Encerrados en el recinto, Triel comenzó a acusar en el cuerpo lo que esa mujer le provocaba. Si a la intemperie su fragancia lo enajenaba, en un espacio de dos por dos amenazaba con llevarlo a la locura. Sin embargo,

debía ejercer un estricto autodomínio. Al menos lo reconfortaba el darse cuenta de que Brenda, aunque se mantenía rígida, parecía afectada.

Cuando el elevador se detuvo, las puertas se abrieron. Y una vez que arribaron a la habitación, Brenda advirtió:

—No voy a dormir contigo bajo el mismo techo.

—El hotel está repleto, pero esta habitación pertenece a la Estirpe. —Cuando se dio cuenta de que iba a abrir la boca, se apresuró a aclarar—: El cuarto está dividido en dos, Brenda, separado por pared y puertas. Tú dormirás en el dormitorio y yo, en la sala, donde hay un sofá muy cómodo, adquirido especialmente para los tamaños de los silverwalkers. Además, mañana saldremos a primera hora. Casi ni me verás la cara.

Los ojos color café se detuvieron sobre los suyos y una hoguera comenzó a subir por su masculinidad. «Por Dios, contrólate», se ordenó.

Como no respondía, extrajo del interior del sobre la tarjeta de acceso a la habitación. Brenda podría corroborar por sí misma lo que él había explicado. Y no se equivocó. Apenas puso los pies en el cuarto, Brenda asomó su bello rostro por detrás de él. Con una mueca de diversión, Triel colocó sus cosas sobre una mesa con cuatro sillas y se apoltronó en el sofá.

—Esa puerta —dijo señalando con el dedo una de madera clara— te conduce al dormitorio, que es casi más grande que esta sala, donde podrás estar a tus anchas. Hay también un baño con *jacuzzi* del que podrás disfrutar. Yo, en cambio, deberé conformarme con este otro —y apuntó a un servicio más pequeño al lado de la ventana—, en cuya ducha apenas quepo.

Brenda agachó la mirada y, sin decir una palabra, entró y desapareció detrás de la puerta, que cerró en sus narices. Triel soltó el aire retenido en sus pulmones y apoyó la cabeza en el respaldo. Miró al techo, tratando de calmarse. Aún no podía creer que, al fin, había dado con ella. Y todo gracias a Maia y a Aniel, a quienes les debería el favor por el resto de su vida.

Buscó el control remoto y prendió la televisión a un volumen bajo para no molestar a Brenda. Miró la hora en la pantalla: veintidós y treinta. No estaba

seguro de si tendría hambre, por lo que se animó a preguntar a través de la puerta:

—¿Deseas que encargue algo de comer y de beber en la habitación?

Escuchó el ruido de la manija y la cara de Brenda surgió a través de una rendija.

—Cualquier cosa está bien, y de beber, algún refresco.

Odiaba que le hablase como si le fuese indiferente, pero tendría paciencia. Aquello recién empezaba y no estaba dispuesto a perderla de nuevo.

—Perfecto.

Se dirigió al teléfono de la habitación, pero antes de teclear el número, escuchó su voz:

—¿Cómo supiste que estaba en Stjær?

Triel se volvió y le clavó la mirada. Tenía todo su cuerpo delante de él, y recordar la calidez y suavidad de esas curvas lo excitó. Se obligó a caminar para tratar de que lo que había entre sus piernas se relajase. Y no sabía qué responderle. Poner en evidencia a las esposas de Gabriel y Damián no sería lo mejor, pero había cometido tantos errores con esa mujer que decidió que necesitaba ser sincero.

—Aniel y Maia —contestó. La expresión de extrañeza en los ojos almendrados no lo sorprendió—. Debo aclararte que estaban decididas a no abrir la boca, es más, en todos estos seis meses, nunca lo hicieron. Pero ocurrió un hecho grave y se obligaron a decírmelo.

—¿Qué fue?

—Algún día te lo contaré, Brenda. Pero no ahora.

La joven lo observó con los párpados entornados. Era tan hermosa que se quedaba sin aliento. Y el no poder acercarse lo enloquecía.

—¿Están bien?

—Sí.

—¿Y el embarazo de Aniel?

—León ha llegado al mundo sano y fuerte. —El brillo de las lágrimas de sus

ojos no le pasó desapercibido—. Podrías ir a conocerlo cuando regresemos.  
—Ella se encogió de hombros y le dio la espalda—. Brenda...

—Me voy a dar una ducha. Si encargas algo de comer, me avisas, que lo busco.

—Podríamos cenar juntos.

Lo miró con desprecio.

—Por favor, evita hacerte el agradable conmigo. Sé cuál es tu objetivo, pero jamás lo lograrás.

«Si supieras, Brenda», pensó, pero no se lo diría. Seguía furiosa y él estaba a punto de explotar por la necesidad de besarla.

—Las cosas han cambiado.

—No me importa saberlo.

Y se marchó otra vez, y lo dejó solo. La presión de su deseo era tan extrema que necesitaba hacer algo urgente, o la buscaría y la atacaría a besos, aunque muriese en el intento. Se obligó a caminar hacia el teléfono y, tras encargar una comida frugal, se retiró al lavabo. Sabía que el pedido demoraría al menos unos veinte minutos, por lo que se apresuró a abrir el grifo y se metió debajo del agua que caía a borbotones sobre su cuerpo. Se tomó el miembro con la mano y, después de unos segundos, estalló en medio de un gruñido de placer.

## Capítulo 36

No podía más. Los latidos irrefrenables de su corazón lo estaban llevando al límite de su resistencia. Se había pasado la noche dando vueltas en el sofá pensando en cómo aproximarse a Brenda y aún no tenía una respuesta. Sabía que no era el mejor momento para hablar con ella, pero lo único que tenía en claro era que debería atravesar lo que fuese necesario para reivindicarse ante la mujer que había puesto en jaque sus emociones y toda su vida. Necesitaba creer que durante los terribles meses en los que se había sentido acabado por completo, había aprendido algo. O no sería merecedor de *ella*.

Se levantó, decidido a llevar a cabo lo que no podía postergar más. Pero al llegar a la puerta que lo separaba de su peor pesadilla, se detuvo. Respiró hondo y, cerrando los ojos, inclinó el cuerpo para apoyar la frente sobre la pared.

«¿Cómo diablos lo lograré?», se preguntó con un nudo en la garganta. Era evidente que Brenda lo odiaba, y él era un tremendo egoísta que, aun así, intentaría atravesar el poder de su rechazo. Si no lo hacía, el único camino que le quedaría sería el de vivir como en los últimos seis meses, y eso significaba que su existencia perdería sentido por completo. Porque no podía sentirse íntegro cuando había dañado al ser que más...

Tragó en seco. Decir con palabras lo que sus sentimientos le gritaban aún le resultaba difícil, pero no tenía ninguna duda de que pasaría el resto de los años que le quedasen luchando para que Brenda lo perdonase y le brindase la

oportunidad de redimirse, así el precio fuese entregarle los pocos pedazos que aún quedaban de su alma.

Colocó la mano sobre el picaporte y abrió la puerta. Al encontrarla recostada en la cama y dormida, el vacío que lo había consumido durante tanto tiempo pareció contraerse un poco. Recorrió con la mirada la figura sinuosa que lo había hecho vivir los orgasmos más intensos de su vida, incluso cuando se había masturbado al recordarla. Desde que Brenda había aparecido, las demás mujeres habían perdido interés para él de forma rotunda. No las toleraba cerca. Lo único que su cuerpo reclamaba era pertenecer al de esa bella durmiente que lo llamaba a sus brazos aun cuando fuese lo último que ella anhelase.

Se sentó en una silla cercana a la cama y reclinó el torso contra el respaldo. No podía olvidar la furia de la mirada de Brenda cuando la había retenido en el descampado para evitar que se le escapase de las manos otra vez. Ese había sido el único pensamiento que lo había dominado en la pelea. No podía perderla o él moriría de verdad. ¿Significaba eso que había cambiado y se había transformado en un mejor macho de la casta? No estaba seguro, pero, de todas maneras, lo tenía sin cuidado. No había nacido para ser generoso y gentil, amable o empático, pero esa chica tenía un poder sobre él que nadie más, ni siquiera él mismo, poseía. Y había luchado como un loco contra ello, hasta que Brenda se le había escabullido de entre los dedos.

Pese a que Damián y Gabriel le habían explicado y hasta gritado lo que acontecería en la supervivencia de cualquiera de ellos si se producía la pérdida de la señora álmica, él, como buen arrogante que era, se había negado de manera rotunda a aceptarlo. Pero cuando se enfrentó al hecho de que su chica había escapado y los intentos por encontrarla habían fracasado, un profundo y devastador abismo había comenzado a devorar su interior y lo había sumergido en una agonía tan lacerante y profunda que él no creía que podría llegar a sobrevivir a algo semejante si volvía a repetirse.

Se levantó y se dirigió hacia la ventana, desde donde podía ver el río Nevá.

Y el sonido de las sábanas lo hizo volverse. Brenda comenzaba a abrir los ojos y él se sentó de nuevo en la silla para esperarla y no intimidarla con su tamaño. Al principio lo miró con curiosidad, pero de inmediato la frialdad que detestaba se instaló en sus pupilas, las cuales se llenaron de un brillo platino. Se incorporó como si fuese la mujer más sensual de la tierra.

—¡Esto era lo que me temía! —bramó, y saltó de la cama. Llevaba una camiseta blanca de breteles angostos, la cual le marcaba los senos que él hubiese matado por degustar una vez más, y, con rapidez, se calzó unos pantalones estilo militar. Su polla comenzó a protestar y lo obligó a acomodarse mejor en el asiento.

—Debemos hablar. —Brenda se detuvo en la ventana, tal como él había hecho hacía unos minutos y, después de un instante, se volvió iracunda y lo observó como una leona a punto de devorar a su presa.

—Ni lo sueñes. ¡Me habías dicho que no te vería la cara! —gritó—. Pero aquí estás, como siempre imponiendo tu voluntad. —Y le dio la espalda otra vez.

Triel respiró profundo. Desde el principio había sabido que enfrentarse a su guerrera no iba a ser fácil. Solo un iluso habría imaginado lo contrario.

—Solo necesito que me escuches.

—Hace meses dejaste en claro lo que debía saber. Y me lo demostraste. ¿Qué ha cambiado?

De alguna manera, el no escuchar su voz cargada de ira lo ayudó a decir las palabras que jamás antes se habría imaginado pronunciar:

—Estaba equivocado.

—¿Debo creerte? —Y estalló en una carcajada baja que le comprimió el pecho.

—Sí. El Triel que te habló en aquella ocasión estaba ciego.

Ella se volvió y lo observó con recelo.

—¿Qué quieres decir?

Se levantó y se ubicó al otro lado de la habitación, para que no se sintiera

amenazada, y apoyó la espalda y un pie contra la pared.

—Estaba seguro de que conseguir el símbolo era lo más importante, pero cuando huiste de mí, me di cuenta del terrible error que había cometido.

Brenda volvió a reír.

—Claro. Ahora que he vuelto a caer en tus manos, ¿quieres parecerte al lobo de Caperucita Roja? —preguntó con sorna—. Por Dios, Triel, no soy una niña. Si quieres vestirme de hombre bondadoso para obtener lo que buscas, no hace falta que te humilles.

El caminante la miró con el calor que emanaba de la sangre que corría por sus venas. Verla allí, altiva y tan lejana, provocaba al macho alfa dominante que existía en él, el cual le exigía que se la cargase al hombro y se la llevase lejos para hacerle el amor durante semanas, años o lo que necesitase para unirlos de nuevo.

—Quiero pedirte perdón, Brenda —dijo en cambio.

—Basta —musitó ella.

Triel se apartó de la pared y se acercó unos pasos, pero al verla retroceder y ponerse en guardia, se detuvo.

—Ya no me importa el símbolo —anunció grave—. Es más, si no se presenta nunca, mejor.

Reconoció el brillo de vulnerabilidad en su mirada por un instante, pero al siguiente ya había desaparecido.

—La última vez me dijiste que nunca me habías mentado, así que, por favor, no empieces ahora —retrucó con sorna.

—Te doy mi palabra.

—¡No volveré a creer en ella! —gritó furiosa—. Fuiste perverso y cruel. ¿O te olvidas de que apuntaste a mi hermanito con un arma? Todo el plan que habías maquinado desde el principio era perfecto. Lo único que tenías que lograr era que esta ilusa te creyese. Llegaste a extremos imperdonables, Triel. ¿Y la humillación a la que me expusiste? Me habías llenado de palabras bonitas unas horas antes —protestó con los ojos llenos de lágrimas—, y



confié en ti. Incluso llegué a decirte que te q... ¡Qué patética te habré resultado!

—¡No! ¡No fue así! —contestó él también levantando la voz—. En todo caso, cuando pude confrontarme conmigo mismo, me di cuenta de que el único patético había sido yo.

Comenzó a caminar hacia la joven de nuevo.

—¡Ni un paso más! —bramó esta, y Triel se obligó a parar, aunque muy cerca, lo suficiente como para captar la espiral de energía que comenzaba a envolverlos.

—Siente lo que sucede cuando tú y yo estamos juntos, Brenda.

—¡Amenazaste con matar a Seber! —gritó fuera de sí, indiferente a sus palabras.

—Jamás hubiese llevado a cabo semejante locura.

—¡No te creo, desgraciado! —Al ver las lágrimas que caían por las mejillas suaves sintió que un puño de hierro se enterraba en medio de su estómago.

—Perdóname.

Esta vez fue Brenda la que se acercó y se plantó a pocos centímetros de él con las manos cerradas en dos puños a cada lado del cuerpo. El resplandor tan agudo de sus pupilas le abrió el pecho en canal, dejándole el corazón y el alma expuestos.

—Te desprecio —siseó.

Triel se elevó en toda su altura y se quedó mirándola con detenimiento. Direccionó la espiral de energía hacia ella y no pudo dejar de percibir cómo los pezones, bajo la tela de la camiseta, se ponían duros como diamantes. No era inmune a su presencia, pero su orgullo y lealtad le darían las fuerzas necesarias para librar la más dura y salvaje de las batallas contra él.

Siguió el movimiento de los labios pulposos y de los pechos generosos, que subían y bajaban al ritmo de la respiración. El dolor agudo entre las piernas lo estaba matando, pero por encima de todo, la necesidad de ella. Y no estaba dispuesto a rendirse, por lo que debería lograr que regresase a él de la manera

que fuese.

—Lo que hay entre tú y yo va más allá de tus deseos. No puedes luchar contra ello por más que lo intentes. Es un acuerdo, un pacto de almas que nos conecta a través de lazos incuestionables.

—¿A qué te refieres?

—A lo que alguna vez te mencioné. Al mismo vínculo que une a Gabriel y a Damián con tus adoradas amigas, y que también se ha revelado entre nosotros.

—¿Qué estás insinuando?

—Eres mi señora álmica.

Los ojos de Brenda se agrandaron como platos y la boca se le abrió un tanto. Segundos después sacudió la cabeza de un lado a otro.

—¡No es verdad!

—Brenda...

—¡NO! Cuando me explicaste acerca del vínculo de los señores álmicos, recuerdo que me dije a mí misma que debía de ser un tremendo honor poder experimentar algo tan sagrado e incondicional, donde el amor podía vencer lo imposible, incluso a las garras de la muerte. Pero lo que tú me demostraste fue todo lo contrario. Te manejaste desde la mezquindad, la manipulación y la crueldad. Entonces, ¿cómo puedes suponer algo así? Lo que existió entre ambos fue una poderosa atracción carnal y, de tu parte, además, la imperiosa urgencia de apropiarte del símbolo.

—¿Y de la tuya? —preguntó Triel desesperado.

La incandescencia de la cabellera de la chica lo encegueció y se sintió desarmado.

—Fui una ilusa —contestó con voz muy baja y el rostro lleno de pesar—. Yo creí que tú...

Se detuvo y, con rabia, se quitó las lágrimas del rostro con los dedos. Triel cerró los ojos a la vez que un nudo le oprimía la garganta. Aunque no lo dijese, sabía que Brenda lo había captado como su señor álmico casi desde el

principio, aun cuando ella no hubiese sabido lo que eso significaba, mientras que él, con el alma llena de heridas y su orgullo de guerrero, se había desconectado de lo verdadero y real. Y ahora debía pagar el precio.

–Brenda, por Dios —rogó mientras volvía a mirarla.

–La única razón por la que estoy aquí contigo es para que me lleves hasta mi madre —murmuró—. Por lo demás, te pido que me dejes en paz.

Al sentirse tan despojado, elevó más la voz.

–Sé que merezco tus reproches, tu odio y tu rencor, pero entérate de algo, Brenda. Yo, Triel Di Mónaco, no volveré a renunciar a ti. El precio ha sido demasiado alto, y créeme que algo he aprendido. Si es necesario, utilizaré el resto de mi vida para demostrártelo, pero no permitiré que te transformes en una persona tan ciega como lo fui yo. Somos señores álmicos y, aunque deba enfrentarme a ti, a mí mismo o a quien sea para que aceptes el vínculo sagrado que nos une, ten por seguro que lo haré. Nunca más dejaré que te marches. Por lo tanto, quedas advertida.

Y sin detenerse a esperar a que ella le contestase, abandonó la habitación.

## Capítulo 37

El sonido de la vibración del teléfono lo sobresaltó. Buscó en el bolsillo de su pantalón y atendió de inmediato.

–Te espero en el salón de conferencias.

Era la voz del agente.

–No voy solo.

–Lo sé. Las consecuencias quedan bajo tu responsabilidad.

–No tienes necesidad de aclarármelo.

Un resoplido no le pasó por alto.

–Entonces apresúrense.

Apenas colgó, Triel miró a Brenda, que mantenía los ojos clavados en los de él. Después de lo ocurrido la noche anterior, no habían vuelto a hablar. Apenas se habían levantado, Brenda se había mostrado recelosa y lo había ignorado por completo.

Habían dejado el hotel a las ocho y veinte de la mañana para arribar a horario a un edificio clandestino donde se produciría el encuentro con la persona que los ayudaría.

–Sígueme —le dijo, y el brillo de la mirada de Brenda lo impactó. Aunque tratase de esconderlo, en el fondo, seguía siendo la niña que ansiaba ver a su madre de nuevo, más allá de las consecuencias que algo así pudiese acarrear.

Con pasos apresurados, caminaron hacia la sala que habían acordado y cuando arribaron, lo vio. Detrás de una columna se encontraba Andrey

Solovióv. Delgado y alto, su aspecto era temible. Llevaba el cabello rubio afeitado en las sienes, coronado con una melena engominada con raya al costado. La barba tupida y retocada a la perfección indicaba que Solovióv pertenecía a esa clase de personas cuyo aspecto entre formal y salvaje auguraba un guerrero que, si bien podía manejarse en las altas esferas, también podía llegar a ser un adversario implacable, propio de los barrios bajos.

Triel y Brenda se acercaron a Andrey, quien detuvo la vista en la joven con admiración. La sangre de Triel amenazaba con bullir, pero era consciente de que no podía arruinar la única posibilidad que tenían de encontrar a Mónica.

—Andrey.

—Triel.

Después de estrecharse las manos, Triel señaló a su acompañante.

—Te presento a Brenda Mori.

El ruso sonrió apenas, sin ocultar que había quedado eclipsado con el aspecto de la joven.

—Es un placer —Le tomó la mano y le dio un beso en los nudillos.

—Para mí también —contestó Brenda, que la retiró de inmediato.

Ese gesto causó un enorme alivio en Triel, quien luchaba por controlarse y no lanzarse sobre el cuello del agente. Habían trabajado juntos en varias ocasiones y jamás habían tenido un problema de faldas, sobre todo porque Triel nunca se metía en esa clase de líos. Pero con Brenda todo era diferente. Y si Andrey no entendía por las buenas, se lo haría saber por las malas.

—Entremos al recinto —ordenó.

Apenas lo hicieron, Andrey cerró la puerta con traba.

—Mi español no es bueno, ¿habla inglés? —preguntó sin apartar los ojos de los de Brenda.

—Sí, pero también podemos comunicarnos en ruso —aclaró ella.

La expresión de Andrey fue de satisfacción.

—Nada me gustaría más.

Y procedieron a sentarse en una de las mesas.

—¿Qué sabe sobre mi madre? —preguntó Brenda de inmediato.

—No demasiado.

—No entiendo...

—Está en manos de un caído.

—¿A qué se refiere? —quiso saber. Se la notaba confundida.

—Déjeme explicarle desde el principio, así después usted sacará sus propias conclusiones. ¿Puedo tutearla? —Brenda asintió—. Gracias. Me gustaría que tú también lo hicieras. La noche que los caídos atacaron tu casa, mataron a tu padre y secuestraron a Seber y a Mónica. Ambos fueron separados enseguida; el chico pasó de inmediato al sector de formación de guerreros, pero para Mónica existían solo dos posibilidades: o ser una guerrera de los caídos o la amante de alguno de ellos.

—Bastardos —siseó Brenda.

Triel la observaba en silencio, atento a sus reacciones. No iba a ser fácil para ella deglutir toda esa información. Si bien en el dispositivo USB había grabadas algunas explicaciones generales, los detalles y pormenores iban a ser revelados por Andrey. Y temía que no fuesen las mejores noticias. Pero, como se había prometido, no iba a ocultar más verdades a la joven. Ese tiempo había acabado.

—Tu madre no tiene temperamento de guerrera, es más, siempre fue una sumisa de tu padre.

—Es verdad —concordó ella—. Pero entonces, ¿qué ocurrió?

—No te inquietes. Todos los caídos fueron conscientes de la hermosura de Mónica, pero el que la había secuestrado la reclamó para él.

—¿Como si fuese una cosa?

Andrey sonrió.

—Esos sujetos no son mucho mejores a los bárbaros. Se manejan con códigos muy distintos.

Brenda aspiró profundo.

—¿Y qué pasó después?

—La única alternativa para ella fue aceptar su reclamo.

—¿Cómo se llama?

—Nandor. Es de ascendencia húngara.

Brenda bajó la cabeza y permaneció en silencio un instante, hasta que levantó la mirada y volvió a interrogar al agente.

—¿Cómo está ella? —En tanto contemplaba a la joven, Triel se abstenía de intervenir. Esa charla se la debía.

—Nandor la cuida. Está muy enamorado de ella.

—¡Pero si la secuestró!

—¿Y?

—¡Debemos sacarla de ahí!

—No es tan fácil —contestó Andrey—. Primero debes hablar con Mónica, y prometí a Triel que te facilitaría una entrevista con ella. A este caminante le debo mi vida, y jamás hasta este momento se había presentado la oportunidad para saldar mi deuda con él. —Clavó la vista en la suya—. Al menos una parte de lo que hiciste por mí.

Asintió.

—Debemos traerla con nosotros, Triel. —Era la primera vez que Brenda se dirigía a él como si fuesen compañeros—. ¡No puedo dejarla aquí!

—Haremos lo que tú decidas —contestó, decidido a hacer lo que fuese necesario para hacerla feliz.

—Gracias.

Andrey sacudió la cabeza de un lado a otro.

—De mi parte, lo único que puedo ofrecer es un encuentro con Mónica. Del resto deberán encargarse ustedes. Además, hay un problema.

—¿Cuál? —preguntó Triel.

—Nandor se niega a que su amante se reúna con sus hijos.

—¡Es un desalmado! —gritó Brenda con frustración.

—Los caídos son muy dominantes y territoriales.

«Los silverwalkers no distamos mucho de ellos en ese aspecto», pensó Triel. Cuando de sus señoras álmicas se trataba, nada los detenía para mantenerlas aferradas a ellos.

—Mi madre habrá querido comunicarse con nosotros, pero ese déspota se lo ha impedido.

—No conozco los pormenores. Mi trato con Mónica ha sido siempre a través de Nandor.

Brenda arrastró una mano a través de su pelo. Triel sabía que estaba rabiosa, pero, por lo visto, no estaba familiarizada con la maldad de los caídos.

—Escucha, Brenda —solicitó con voz calma, y consiguió lo que deseaba, porque la chica lo miró con atención—. Aceptemos hacer lo que Andrey nos aconseje.

Lo observó con recelo, pero finalmente asintió con la cabeza.

—¿Y qué propones? —preguntó Brenda desviando la mirada hacia el agente otra vez.

—En tres días se celebrará una fiesta para presentar a los nuevos caídos que se unen al servicio de la organización rusa. Nandor y tu madre asistirán, por lo que sería la oportunidad perfecta para que se lleve a cabo el encuentro. Como Nandor la mantiene vigilada con guardaespaldas, tendrías que infiltrarte para poder llegar a ella.

—¿De qué manera? —quiso saber Triel.

Antes de que Andrey contestase, la voz de Brenda se adelantó:

—Puedo ir de camarera. No sería la primera vez que lo hago.

Los músculos de la mandíbula de Triel se tensaron. No le gustaba nada que Brenda se expusiera de esa manera.

—Entonces yo también puedo ser un camarero.

El agente lo miró con sorna.

—Creo que es difícil que pases desapercibido, Triel. Deberás quedarte fuera de esto.



—Ni lo sueñes.

—Tendremos un camión en el exterior que cubrirá los detalles de la reunión, así que puedes quedarte allí y vigilar.

El silverwalker respiró hondo, frustrado.

—Debo darle la razón a Andrey —acordó Brenda.

Triel la contempló. Le encantaba sentirla, de alguna manera, cerca.

—Hecho.

El agente sonrió.

—Te conseguiré la ropa adecuada —aseguró con una expresión seductora. Los nervios de Triel amenazaban con hacerlo estallar. Detestaba lo cachondo que se había puesto Andrey y, si no se detenía en breve, hablaría con él y le dejaría en claro quién era Brenda. O lo destrozaría a golpes—. Y, por supuesto, deberás llevar micrófono y una cámara en tu cuerpo. No te preocupes, que los caídos confían en mí y les diré que te envió yo. Inventaré que tenemos algún tipo de relación.

—Una prima italiana que acaba de llegar a Rusia —aclaró Triel de inmediato. Si se atrevía a sugerir que era una amante o una amiguita de turno, se las vería con él.

Andrey debió de captar sus celos, porque asintió con rapidez.

—Como tú digas. —Y regresó a Brenda—. Debemos cambiar tu nombre.

—Tengo documentación bajo el nombre de Brina Marino.

—Perfecto.

—¿Dónde me reuniría con mi madre?

—Apenas llegues al hotel, te dirigirás a la cocina, y cuando comiences tu función de camarera, te encontraré y te lo haré saber.

—Gracias. —Dicho aquello, se quedó pensativa. Pero, de súbito, hizo la pregunta que Triel no imaginó que se atreviese a formular—: ¿Tienes idea de los orígenes de mis padres?

—¿A qué te refieres? —preguntó Andrey dudoso.

—A que si uno de ellos, o los dos, tenía alguna relación con la Estirpe.

El agente pareció evaluar la réplica que daría, por lo que permaneció en silencio un instante.

—Mónika te dará esa respuesta —dijo al fin.

—Está bien.

Andrey se levantó y anunció:

—Debo retirarme. Un placer, Brenda —dijo inclinándose para darle otro beso en los nudillos. Y después se dirigió a Triel—. Te mantendré informado.

El guerrero asintió y, sin un minuto más de demora, los tres abandonaron el lugar.

## Capítulo 38

—¿Quieres hablar?

Brenda negó con la cabeza. La cabellera caoba brillaba con el reflejo del sol que se filtraba por la ventana del auto. Hacía un rato que se habían despedido de Andrey, y mientras regresaban al hotel, la joven había caído en un silencio absoluto. Y lo preocupaba.

El sonido de su móvil interrumpió sus pensamientos.

—Sí —contestó.

—¡Se han ido!

La voz de Metanón casi le perfora el tímpano.

—Explícate.

—Es una larga historia y no tengo tiempo para detalles. La bruja y el chico se han escapado de la casa.

—¡Mierda, Metanón! —siseó.

—¿Qué pasó? —le preguntó Brenda. Pero antes de contestar, el móvil de ella comenzó a sonar y, al mirar su pantalla, lo atendió de inmediato—. ¿Dónde están? —preguntó en voz baja.

No había dudas. Jackie y Seber se estaban comunicando con Brenda en ese mismo instante. Con una mano, Triel golpeó con furia el volante. Ella aparentaba no darse cuenta de su frustración, atenta al diálogo telefónico.

—Te juro que te voy a cortar las pelotas una por una —gruñó a su amigo.

—No te hagas el valiente conmigo. ¡Esa mujer es temible!

«Estoy seguro de que Jackie está hablando con Brenda en este mismo momento», dijo en un mensaje mental a Metanón.

—¡Maldita!

«¡Cállate y déjame escuchar!».

Pero la chica no era tonta. Apenas se dio cuenta de que intentaba captar su conversación, se detuvo. Pero antes de hacerlo, alcanzó a oír que nombraba a John.

«Carter», pensó furioso.

—Vayan con él —insistió Brenda antes de colgar.

—Debo irme —le advirtió Triel a Metanón—. ¿Algo más que quieras decir?

—Te juro que, así sea lo último que haga en esta vida, la bruja caerá en mis manos.

—Espero estar vivo para cuando eso suceda.

Cortó. La expresión en el rostro de Brenda era de cierta tranquilidad.

—Me imagino que Seber y Jackie están bien.

Brenda lo observó por unos segundos, hasta que susurró:

—Sí.

—¿John Carter los protege?

—No contestaré a esa pregunta.

Tiró el celular sobre el salpicadero del coche y resopló. Estaba rabioso. El incompetente de Metanón había dejado escapar a Seber y a Jackie, y apostaría lo que fuese a que Carter era quien se estaba encargando de ellos. Y aun cuando la ira quemaba su interior, se obligó a permanecer callado. Necesitaba aprender a ser paciente y no responder a cada parte de él que le exigía llevársela amarrada al Delta. Continuaron en silencio hasta que la voz de Brenda lo sorprendió.

—No te he dado las gracias por permitirme contactar con Andrey.

Se encogió de hombros.

—Es lo que debía hacer, Brenda.

—No te entiendo.

—Lo harías si accedieras a dialogar conmigo. —No le tomó por sorpresa que volviese a retraerse, pero, al menos, había logrado que antes de hacerlo se hubiese abierto un poco más. Suspiró profundo—. Necesito sacarme una duda.

—¿Cuál? —preguntó Brenda con recelo.

—¿Cómo escaparon Seber y tú?

Captó su atención de nuevo.

—¿Nunca te enteraste? Pensé que, a esta altura, lo sabrías.

Lo miró con un brillo de diversión en los ojos.

—La celda no tenía ventanas y la tarjeta de acceso no estaba en tu poder.

¿Acaso tienes dones que desconozco?

—¿Crees que te contaría si los tuviese?

—Tú decides.

Brenda clavó la vista en el paisaje. Pensó que no respondería, pero una vez más lo asombró.

—No tengo ningún don que me posibilite atravesar paredes o desintegrarme en el aire. Pero Astos sí.

Un fuego atravesó su columna vertebral. ¿Astos?

«Maldito desgraciado», pensó.

—¿Entonces él los ayudó?

—Créeme que la primera desconcertada fui yo. Además, estaba segura de que te lo habría comunicado de inmediato.

Triel emitió una sonrisa irónica.

—Astos tiene su propia manera de manejar las cosas, y no siempre es como uno espera.

Brenda lanzó una pequeña carcajada, y fue la primera vez desde su reencuentro que vio sus dientes blancos y la marca de los hoyuelos que lo volvían chiflado. Y a su miembro tampoco le pasó desapercibido. Se revolvió en el asiento una vez más.

—Después que tus soldados nos encerraron, un portal se abrió ante nosotros,

del cual asomó la figura del druida, quien nos permitió escapar.

Apenas pudiera, debería hablar con Astos. Conocía al sanador y sabía que nada de lo que hacía carecía de sentido. Y saber eso, de alguna manera, impedía que estallase de cólera.

Asintió y prefirió cambiar de tema.

—Preguntaste a Andrey sobre el origen de tus padres. ¿Comienzas a aceptar que perteneces a la Estirpe?

No contestó de inmediato. Y entendía por qué. Debía ser difícil aceptar que se pertenecía a otra raza.

—Sí —dijo por fin—. Pero me gustaría verificarlo con mi madre.

—¿Crees que sabe algo al respecto? Fue adoptada de pequeña, y es probable que no conozca sus raíces.

—Andrey dijo que ella me brindará la respuesta.

Unos celos descontrolados lo sofocaron. No toleraba que Brenda se refugiase en Andrey más que en él.

—Entonces que así sea.

\*\*\*

Después de la charla mantenida en el vehículo, Triel percibió una leve predisposición de Brenda hacia él. Hacía dos días que no lo miraba con odio, o al menos era lo que creía. Pero su presencia lo mantenía excitado de forma constante y no sabía qué hacer. Mantenerse a su lado intentando ser un caballero le estaba resultando cada vez más difícil.

Se levantó del sofá y se dirigió hacia la ventana de la habitación, hecho que se estaba volviendo una costumbre. La majestuosidad de las aguas del río era lo único que le brindaba un poco de paz.

Si no lograba hablar con Brenda, temía que su raciocinio, el cual le exigía callar, se quebrase por completo con el poder de sus emociones recién descubiertas. Quería gritarle que él poseía lo que ella estaba buscando,

aunque hasta ese momento le hubiese demostrado lo contrario. Anhelaba protegerla, mimarla y también saciarla hasta la inconsciencia.

Se pasó las manos por la cabellera suelta y las arrastró hasta la nuca, donde las dejó entrelazadas. Estaba jodido. Muy jodido.

Escuchó el sonido del teléfono móvil de Brenda, quien se había retirado a descansar hacía un rato, después de horas de repetir varias veces el plan que llevarían a cabo en la bendita fiesta al día siguiente. Con su aguda audición, pudo captar lo que ella murmuraba en voz baja.

—¿Me permites hablar con Seber, John? ¡Gracias!

Una furia territorial ascendió por cada fibra de sus músculos y tendones.

—¡Tesoro! —exclamó Brenda. Sabía que se refería a Seber y se apaciguó un poco—. Pronto estaremos juntos de nuevo. Por favor, acude a John si necesitas algo. Es un hombre maravilloso y puedes confiar en él.

Triel comenzó a caminar de un lado a otro de la habitación, exacerbado.

—Estás ahí porque acordé con John que pudieses experimentar la vida de un agente mientras estoy de misión, amor. Fíjate si te agrada o en realidad prefieres otro tipo de educación. Nadie pondrá una traba en tu camino, Seber. Si cuando regrese me dices que prefieres ser pintor, barrendero o abogado, no me importa. Acataré lo que tú decidas. Para mí lo más importante es saber que estás protegido hasta que culmine mi objetivo en este país. ¿Me entiendes? —Y se detuvo un rato—. Claro, mi vida. Ahora te ruego que me pases con John. ¡Te adoro!

Triel se obligó a reforzar su autocontrol, porque si no destrozaría el cuarto. Y si lo hacía, perdería lo poco que había ganado.

—Gracias, John. Eres muy especial.

La oyó estallar en una carcajada. E, iracundo, golpeó la pared, que se resquebrajó. A los pocos segundos, la puerta de la habitación se abrió. Al verla tan exquisita y ajena a lo que sucedía en su interior, Triel no pudo más.

—No tolero a ese tipo.

Brenda agrandó los ojos.

—¿De qué hablas?

Se acercó con pasos lentos, en tanto ella retrocedía hasta que la pared del cuarto la detuvo.

—De John.

—¿Escuchaste mi conversación?

Su tiempo de caballero parecía haber llegado a su fin.

—Nada de ti me pasa desapercibido.

—¡Eres un cabrón!

—No me importa. —Y sin demora, le susurró al oído—: Duerme.

\*\*\*

Abrió los ojos y observó con cuidado a su alrededor. Triel se encontraba parado al lado de ella, pero no en la habitación del hotel, sino en un bosque donde predominaban pinos a cuyo frente se extendía una playa. A un costado se alzaba una pequeña cabaña de madera oscura con tejado a dos aguas y una pequeña galería. Se incorporó y, al hacerlo, percibió la boca seca. Triel, como si supiese lo que le sucedía, se inclinó y le ofreció una cantimplora con agua.

—Bebe.

Con renuencia aceptó.

—¿Otra vez me dormiste? —preguntó luego de calmar su sed. Triel sonrió apenas y asintió—. ¿Y este lugar?

—Después de dormirte, te cargué en el todoterreno y manejé para alejarme del ruido de la gran ciudad. Esa cabaña que ves ahí es mía. No vine antes porque es muy personal. La utilizo cuando tengo necesidad de estar solo y alejarme del trabajo. Detesto las grandes urbes.

—¿Pero por qué me trajiste aquí? —No entendía nada.

—Temía destruir la habitación.

—Si te sentías violento, podrías haberte ido a algún otro lugar. Solo.

Triel no respondió. En su lugar contempló las aguas del mar Báltico, que se



movían revoltosas, como si fuesen un reflejo de su interior. Al final, expulsó el aire de sus pulmones y le clavó la mirada otra vez, pero esta vez con un fulgor diferente.

—¿Cuándo lograré que me escuches?

Brenda lo observó con una mezcla de rabia y dolor. Había intentado tantas veces alejarse de él, pero ese tipo no escuchaba razones. No le contestó y, si de ella dependía, entonces permanecería muda para siempre. Él era el responsable de dos de las cosas más cruentas que un ser humano podía hacer a otro: la traición y la falta de compasión.

Lo escuchó sentarse a su lado con cuidado. Era la primera vez que lo hacía, como si su cuerpo se hubiese cubierto de copos de algodón y le permitiese a su tremenda masa muscular acomodarse sobre el pasto sin hacer el mínimo ruido. Si con ello pensaba ganar puntos, estaba definitivamente equivocado.

—Sé que no merezco lo que vengo a pedirte. También sé que es casi ilusorio pretender que trates de comprender, al menos un poco, lo que me llevó a actuar de la manera en que lo hice. Quizás ni yo mismo puedo hacerlo. Pero de lo que sí estoy seguro es de que necesito que me des una oportunidad, así sea precaria, para poder explicarte lo que ha gobernado mis actos desde el primer momento en que te vi.

Brenda contempló uno de los árboles que se erigía a un costado de ella. Era de gran envergadura, y las ramas de su copa se habían retorcido de una manera casi estafalaria para poder alcanzar a tocar con el borde de las hojas la escasa luz que se filtraba por entre las de sus congéneres. Sin quejarse, el árbol peleaba por su vida, y, súbitamente, le vino a la cabeza la imagen de Triel, que se asemejaba a ese ente retorcido que clamaba por una oportunidad.

—Los hechos no se pueden borrar. Están ahí, latentes y visibles.

—Sabes que soy un guerrero y mi genética me lleva a luchar por lo que quiero hasta el final.

—No me importa tu genética. Y esa lucha no es conmigo.

—¿A qué te refieres?

—A que lo que buscas, en verdad, es reconciliarte contigo mismo.

Escuchó un resoplido. Había dado en el blanco. Su alma, como las ramas que se movían con la brisa del viento, temblaba al percibirlo a su lado. El caminante la estremecía y, al mismo tiempo, la contactaba con lo peor de sí misma. La agobiaba la rabia de él, su dolor, su insatisfacción. Era esa clase de ser que podía intentar ser amoroso por un mínimo instante, pero, al siguiente, volvía a perder la batalla contra la oscuridad de su alma. ¿Y quién era ella para enfrentarse a esa dualidad? ¿La persona que lo amaba? Sí, lo era, pero estaba agotada y herida de luchar contra la terquedad de él. Y su crueldad.

—Ahí estás —lo oyó decir de repente, y lo miró extrañada. Se topó con el rostro esculpido a cuchillo, aunque suavizado por la expresión de los ojos que miraban hacia un lugar sobre el manto de hojas desparramadas en el suelo. Curiosa, se volvió lentamente. En medio de la hojarasca húmeda, se alzaba una única espiga blanca que resaltaba de entre los colores verdes, marrones y canela—. Prepotente y aguerrida, inmaculada y amorosa. Esa es tu esencia, Brenda. Y la quiero en mi vida. —El interior de Brenda se sacudió, y las lágrimas comenzaron a atropellarse para intentar atravesar el dique que, con cada ladrillo de su interior, intentaba detener el avance de sus verdaderos sentimientos. Se levantó apresurada y él también lo hizo—. Por favor, no, Brenda...

—¡No me engañas, Triel! Puedes parecer el ser más aplacado del mundo, pero sabes que es una fachada. Tu verdadera naturaleza la has escondido durante demasiado tiempo tras los barrotes de tu odio y de tu autocompasión, por lo que se le hace casi imposible asomarse al mundo, aun cuando sea libre.

—No lo es, Brenda —susurró el guerrero con ira contenida—. Durante muchos años pensé que era así, pero me he equivocado. Y ahora me doy cuenta de que, inconscientemente, a partir del día en que te conocí, comencé a albergar la esperanza de lograrlo alguna vez.

Sabía que lo enojaba, pero a ella, a esa altura, ya no le importaba.

—No me hagas responsable de tus descubrimientos. ¿No te das cuenta? ¡Haz las paces contigo! —gritó, furiosa porque era incapaz de detener las lágrimas.

—No puedo.

—Entonces no hay manera de que consigamos dialogar.

Dicho esto, Brenda intentó dirigirse al vehículo, pero Triel se interpuso en su camino.

—Ahora que he comprendido quién eres, no esperes que te deje ir así porque sí, Brenda.

—Pero ¿qué te pasa? Me has rechazado tantas veces y ¿ahora pretendes que regrese a ti?

—Te expliqué que estaba ciego.

—Pues a mí me parece que aún lo estás.

Lo rodeó por el costado, pero Triel la tomó del brazo con firmeza, aunque sin hacerle daño. Se agitó furiosa, consciente de que el roce de esos dedos sobre su cuerpo podía desarmar sus defensas en un santiamén. La brisa del viento comenzó a soplar más fuerte, como si acompañara la turbulencia que amenazaba estallar de su interior. Pero Triel la aferró de los brazos y la obligó a mirarlo.

—Sé que lo he hecho todo mal, pero sabes muy bien que a ti y a mí nos une algo sagrado. Podemos intentarlo.

—¡No se te ocurra insinuarlo! Un vínculo de ese tipo merece dos almas que se han reconocido.

Volvió a sacudirse, pero las manos de Triel eran dos grilletes atezados en sus músculos.

—Yo lo he hecho y tú también.

—Pues me retracto.

El grito de una gaviota interrumpió sus voces. Brenda aspiró hondo y se llenó del perfume de las flores, de la rudeza de la corteza de los árboles y de la sal del mar. Fue consciente de cómo los dedos de Triel, aferrados a sus bíceps, comenzaban a aflojarse con delicadeza para acariciar la tersura de sus

brazos. El sonido del viento se hizo más notable, parecía traer consigo el canto de las sirenas. El balanceo de las hojas se unía al coro de voces y, sin poder evitarlo, se sintió conectada con el lugar y con el ser que tenía delante de ella. Los ojos la contemplaban con el brillo que ella tan bien conocía y que la arrullaba. El color negro de sus pupilas había desaparecido detrás del fino brillo de plata que la dejaba sin aliento y, de súbito, la espiral comenzó a ascender por el interior de su cuerpo y de su alma. Y, como nunca, fue testigo de cómo la morada más íntima del guerrero abría sus pesadas puertas para recibirla en su interior. El bullicio de la sangre del silverwalker circulaba con furia y se confundía con el sonido del viento, que arreciaba; los latidos del corazón galopaban, y el aire de los pulmones ingresaba a los alvéolos para reponer el oxígeno que se hacía indispensable. Todo él recordaba a un engranaje repleto de piezas que trabajaban a máxima velocidad. Y en medio de ese torbellino, una flama se elevó en el pecho de Brenda. Las aceradas lenguas danzaban y entretejían una vertiente de energía mientras la respiración de Triel se volvía más intensa. Las manos de él se aferraron a su cuello y, eclipsada y sin remedio, contempló aquel rostro acercarse al de ella y, con el poder de su boca, abrazar la suya de manera voraz.

Cerró los ojos y se entregó a los labios que intentaban que abriese la boca. Y cuando le faltó el aire, así lo hizo. La lengua de Triel se apoderó de la de ella con brío y, de repente, se encontró sumergida en la comunión que se establecía entre ambos cuando dejaban de lado sus problemas. En todo ese tiempo, había anhelado con desespero algo como eso, aun cuando se había refugiado en su propia soledad. Porque escapar de Triel había significado también huir de sus propios sentimientos. Él era demasiado poderoso para ella y, de pronto, tuvo la certeza de que había ganado. Los gemidos del caminante la transportaron al cielo y, cuando la abrazó, lo hizo con un anhelo férreo, como si pretendiese fundirse en sus huesos y en sus fibras. Le tomó las mejillas con ansias y dirigió su cabeza en ángulos imposibles en un empeño por inspeccionar con la lengua cada rincón de su boca. Brenda le

rodeó el cuello con los brazos y los dedos de Triel volaron a su cabellera, que revolvió con afán. Y ella no se quedó atrás.

Cayeron sobre la arena en un nudo de brazos y piernas, incapaces de impedir ese momento de locura. La espiral los envolvía y no había manera de alejarse de su poder.

—Por fin, Brenda —susurró sobre su oído en tanto le daba un lengüetazo en el cuello. Estaba por completo anestesiada, zambullida en ese aluvión llamado Triel Di Mónaco. Hasta que la visión del arma sobre la cabeza de su hermanito regresó. Y con ella, la realidad.

Lo empujó furiosa. Al ver que no podía con el enajenamiento en el que el gigante había caído, le mordió el hombro con fuerza. Triel gruñó y se apartó con los ojos entornados.

—¡Muévete! —gritó, y lo volvió a sacudir hasta que la figura enorme se lo permitió. Se levantó con la piel y el cabello llenos de arena, pero no le importó—. Llévame al hotel —exigió.

Triel la contempló con recelo. Se lo veía hermoso con la melena suelta y despeinada, por lo que Brenda agitó la cabeza para tratar de extirpar cualquier signo de debilidad. El caminante, por su parte, se incorporó y, sacudiéndose la arena de sus ropas, dijo con voz glacial:

—No puedes huir toda la vida de lo que nos pasa, Brenda.

—¡Te dije que me sacaras de aquí! —bramó con los ojos húmedos.

Triel la observó por un instante hasta que, finalmente, asintió.

En silencio se dirigieron al vehículo, y una vez en su interior, partieron a toda velocidad.

## Capítulo 39

—**Y**a estoy dentro —anunció Brenda al micrófono incrustado en su cuello y oculto por su cabellera.

Con pasos firmes se dirigió hacia la cocina, donde alrededor de cincuenta camareras y camareros recibirían bandejas con aperitivos y canapés para los casi seiscientos invitados a la fiesta que se desarrollaba en ese hotel de cinco estrellas cerca de la catedral de San Isaac. Vestía la tradicional camisa blanca, pantalón negro y un chaleco del mismo color.

—*Te seguimos* —contestó la voz de Triel a través del diminuto audífono ubicado en el interior de su oído.

—Me cuesta mantener la vibración de mi cuerpo a bajo nivel. Son demasiados caídos a mi alrededor.

—*Concéntrate en tu objetivo, Brenda. Es la única manera de lograr balancearla.*

Sabía a lo que Triel se refería. Cuando se había infiltrado en las oficinas de Gustav Chavanel, también había tenido que aguantarse el quejido de sus fibras, aunque en ese tiempo ella no supiese demasiado de los caídos, salvo la atroz afrenta que habían llevado a cabo contra su familia.

—¡Hola, preciosa! —la saludó uno de los jefes del personal, que le guiñó un ojo.

Ignoró el bufido de Triel, que retumbó en su oreja. Se acomodó el chaleco y, una vez más, controló que la cámara botón estuviese en su lugar.

–Buenos noches. Soy Brina Marino, prima de Andrey Solovióv.

El hombre asintió con solemnidad.

–El señor Solovióv nos recomendó muy especialmente a su bella pariente italiana. Por suerte hablas muy bien el ruso.

–Se lo agradezco. Pero dígame, ¿qué hay para mí?

–Aquí tienes una bandeja con bebidas.

–Muchas gracias.

Con una sonrisa, la recibió y de inmediato se dirigió al salón principal, donde la gente hablaba animadamente.

Hacia los costados distinguió cuatro salones engalanados con arañas de cristal de murano, por debajo de las cuales se destacaban mesas rectangulares con capacidad para doce personas cada una. Iban revestidas por manteles negros, y en el centro y a lo largo, cubremanteles blancos, sobre los cuales se distribuían candelabros plateados con velas rojas. Los platos, ubicados uno encima del otro y en grupos de tres, alternaban del blanco al negro. Las copas eran de cristal y las servilletas, rojas. A medida que iba sirviendo a los visitantes, Brenda rastreaba a Andrey con los ojos.

–Hola, cariño. —Brenda se sobresaltó ante la voz sensual que la saludó por detrás y casi tiró la bandeja al suelo—. ¡Tranquila!

–*Voy a bajarle los dientes a ese idiota* —tronó la voz de Triel.

Brenda se obligó a mirar a Andrey.

–Te estaba buscando. ¿Dónde está mi madre? —preguntó en voz muy baja.

–En la puerta del hotel junto a Nandor, quien está saludando a una comitiva de jefes de los caídos y puede demorar un rato. Voy a supervisarlo y cuando los vea dirigirse hacia aquí, te aviso.

Brenda asintió y su labio superior empezó a temblar. Estaba demasiado nerviosa. Si bien en el trabajo era conocida por su mente fría a la hora de enfrentar las situaciones, en ese segundo parecía haber regresado a su infancia. Necesitaba unos brazos fuertes que la abrigasen, pero los que añoraba estaban lejos y pertenecían a alguien imposible. Máxime luego de lo

que había sucedido en la playa, cuyas imágenes aún no podía desterrar.

–*Bren, estoy contigo.*

Los ojos se le humedecieron. El muy desgraciado la había percibido, y ante eso quedaba desarmada.

–Gracias, Triel. Continúa con tu trabajo y déjame hacer el mío.

Y siguió sirviendo a la gente. La mayoría de los hombres vestían de negro, mientras que las mujeres se permitían una mayor gama de colores. En general se las apreciaba hermosas, aunque no todas con una expresión de felicidad en los rostros. Incluso algunas aparentaban contar demasiados años. Suspiró. No podía imaginarse vivir una historia amorosa con alguno de esos asesinos, quienes utilizaban a las mujeres como guerreras o como amantes. Se le congelaba la sangre.

Un mesero la sacó de sus pensamientos al entregarle otra bandeja repleta de bebidas al mismo tiempo que se llevaba la que estaba vacía. La gente tomaba las copas sin darle las gracias, por completo enfocados en sus interlocutores. De súbito, escuchó la voz de Andrey:

–Delante de ti, Brenda.

Cuando levantó la vista, contuvo el aire. Ante sus ojos estaba su madre, un poco mayor de como la recordaba, pero majestuosa como siempre. Era alta y de cabello claro con los iris de color miel. Su figura seguía siendo envidiable, aunque lo que más la impactaba era el aura de tranquilidad que irradiaba. Jamás había visto ese brillo en sus ojos. Y se sintió apesadumbrada. A su lado iba un hombre corpulento, de aspecto muy duro y mirada salvaje, quien al contemplar a Mónica, suavizaba su expresión. Le pasó el brazo por los hombros afianzando la territorialidad innata que se desprendía de él. Se obligó a respirar profundo antes de acercarse.

–¿Desean beber algo?

El caído ni le prestó atención, ocupado en una conversación con otros dos. Pero cuando su madre alzó una copa, la vio. Y al hacerlo, su semblante perdió la compostura. Mónica la contempló con un brillo húmedo en los ojos,



como si no pudiese creer que estuviese ahí.

—Gracias —susurró en ruso.

Al escuchar su voz después de tantos años, el corazón de Brenda se sobrecogió.

—¡Hola, Mónica! —La voz de Andrey interrumpió el extraño momento—. ¿Te he presentado a mi prima de Italia?

Lo miró confundida, pero después de unos instantes, reaccionó.

—No, Andrey. —Y la volvió a observar—. ¿Cómo es tu nombre?

—Brina Marino, y hace poco que he llegado a Rusia.

Los ojos de Mónica irradiaron de golpe una tristeza que, de alguna manera, suavizaba un poco los largos años de tortura que su hermanito y ella habían experimentado a raíz de la pasividad que había manifestado frente a su padre.

—¿Te quedarás de forma permanente?

—No. El tiempo suficiente para dar con alguien que busco.

Su respuesta provocó la reacción que esperaba. Mónica respiró hondo y desvió la mirada. Sabía que estaba a punto de llorar. Pero en vez de hacerlo, un grito de sorpresa salió de su boca.

—¡Oh, Dios! —chilló Andrey—. ¡Perdóname, Mónica!

La copa del agente se había derramado sobre el vestido de su madre y le había manchado el costado izquierdo por completo. Nandor se dio vuelta de inmediato y bramó:

—¡Imbécil!

Andrey intentaba secar lo que podía del vestido con un pañuelo que había extraído a toda prisa del bolsillo de su chaqueta.

—Lo siento, Nandor. Pasaron dos personas detrás de mí que, sin querer, me dieron un empujón, y derramé el contenido de mi copa en la ropa de tu mujer.

—Por favor, no es nada —concilió Mónica, y apoyó su mano en la mejilla de Nandor. Y como un milagro, Brenda fue testigo de cómo el hombre de hielo, de repente, se convertía en un osito de miel.

—Sigues siendo la mujer más hermosa de la fiesta —le dijo antes de darle un

beso en la mejilla.

—Venga, señora, acompáñeme al tocador y la ayudaré —propuso Brenda.

Mónica se quedó sin habla, nerviosa e indecisa, pero, de forma increíble, el caído resultó un aliado.

—Ve con la señorita, amor. Te espero aquí.

—Pero...

Ante la duda de su madre, Brenda apoyó la bandeja con el resto de los tragos sobre una mesa y la miró:

—Confíe en mí. Conseguiré que le sequen el vestido.

No sabía si lo que haría a continuación estaría permitido por el protocolo de esa raza de hombres, pero, aventurándose, la tomó de la mano y, previa mirada de agradecimiento a Andrey, que, estaba segura, había montado todo ese *show* a propósito, se la llevó.

Caminaron en silencio, pero, antes de llegar al recinto, Brenda desvió la marcha hacia un lateral y se detuvo frente a una puerta cerrada. Del interior del bolsillo de su pantalón extrajo una tarjeta de acceso que Triel le había facilitado cuando habían organizado el plan y destrabó la puerta. Ingresaron en el lugar, que, como había acordado con Andrey y Triel, estaba vacío, salvo por las estanterías repletas de ropa de cama y de baño, así como colchones que se amontonaban en el suelo, cosas básicas que todo hotel debía disponer en cantidad para preparar las habitaciones.

Encerradas, Brenda clavó las pupilas en las de la mujer frente a ella.

—Hola, madre.

\*\*\*

—Todavía estoy impactada —contestó la mujer, y las lágrimas arreciaron en sus ojos—. Jamás imaginé que te vería de nuevo.

Ninguna intentaba dar un abrazo a la otra. Eran muchos años de separación y sentimientos encontrados que las mantenían precavidas.

—Ha pasado el tiempo.

—Ocho años, hija. ¿Cómo estás?

Brenda hacía un esfuerzo por no explotar. Tenía tantas sensaciones acumuladas que no sabía si reír, llorar o machacar el espejo.

—*Tranquila, Bren.*

La voz de Triel le quitó el aliento. Y aunque fuese una paradoja, su voz era la que lograba tranquilizarla. Respiró profundo.

—Bien. ¿Y tú?

—Sobrevivo, hija. —Su voz era cautelosa, como si no supiese muy a las claras lo que podía decir—. ¿Seber está contigo?

—Logré rescatarlo de los caídos y está bajo la protección de unos amigos míos.

En ese instante, las lágrimas de su madre comenzaron a derramarse por las mejillas. Y Brenda se sintió flaquear por primera vez.

—¡Dios! —farfulló la mujer.

—Ahora solo me faltas tú. —Mónica la miró con inquietud—. Quiero llevarte conmigo.

—Hija...

—¡De una vez por todas podemos volver a ser una familia! —exclamó—. La que teníamos era un flagelo, pero soy consciente de que mucho se debió a la maldad de nuestro padre.

—Charles estaba enfermo.

—¡No lo justifiques! —gritó frustrada—. Era un verdadero desalmado.

—Tampoco puedo justificarme yo. Fui muy débil...

Brenda negó con la cabeza con violencia.

—Eras casi una niña cuando te casaste con él y me tuviste a mí.

Le tomó la mano y, al hacerlo, muchas memorias de su pasado regresaron a Brenda y la llenaron de congoja. Y no pudo reprimir un sollozo.

—Tesoro, escucha —le dijo Mónica mientras le limpiaba las lágrimas con los pulgares—. Ese matrimonio fue un enorme error, que nos condujo a todos

a una profunda desdicha. Soy la primera en reconocer que todo habría sido distinto si yo hubiese tenido las agallas suficientes para abandonar a Charles e irnos los tres para iniciar una nueva vida. ¡Tantas veces me lo he recriminado! Fui una cobarde.

—¿Le tenías miedo?

Mónika sonrió.

—Sinceramente, no lo sé. Estaba tan enferma como él, cariño. Mi vida no había sido fácil y pensé que en él había encontrado un soporte. Pero me equivoqué.

—No recuerdo mucho de nuestros abuelos. Es como que se esfumaron de mi memoria. ¿Qué pasó con ellos? ¿Quiénes eran?

—Fueron buenas personas, aunque debieron abandonarme a mi suerte.

—¿Por qué?

—Les hice la vida imposible. Además... —Se detuvo. Brenda la observó, intentando comprender un pasado que era como un libro lleno de páginas en blanco— nunca te conté demasiado porque no sabía cómo hacerlo. Y después la que desapareció fuiste tú.

—Explícamelo, por favor. Necesito entender.

—Intentaré hacerlo de la mejor forma posible, y quizás a mí también me ayude a comprender mejor mis actos.

Brenda la tomó de la mano y las hizo sentar sobre unos colchones revestidos en plástico, que aguardaban para ser utilizados en alguna cama.

—Te escucho.

Mónika asintió y se aclaró la garganta.

—No sé bien quiénes fueron mis verdaderos padres, aunque Nandor asegura que nacieron en este país. He intentado recordarlos, pero no tengo ningún registro de ellos.

—¿Y él cómo lo sabe?

Su madre sonrió apenas.

—Es lo que se ha infiltrado en las investigaciones que hizo sobre mí. —

Brenda asintió—. Al parecer, mis padres murieron repentinamente, y no sé quién se apiadó de mí y me llevó a un orfanato. Allí me adoptaron los que tú recordarás como tus abuelos, que vivían en Estados Unidos. Pero cuando comencé a crecer, empezó el martirio para ellos.

—¿Por qué?

—Era extraña.

—¿En qué sentido?

—Tenía una condición física y mental diferente a las demás chicas de mi edad. Era extraordinaria en matemáticas y aprendía a hablar idiomas en poco más de un mes. Pero lo que más me gustaba era correr a grandes velocidades y saltar como nadie, por lo que pronto destaqué en los deportes. Incluso ganaba a los varones, que eran mucho más fuertes que yo. No obstante, todo aquello se volvió en contra mío y lo odié.

—¿Por qué? La mayoría de los adolescentes con tus aptitudes hubiesen aprovechado una oportunidad así para confrontar las inseguridades propias de la edad. ¿Dónde radicó la diferencia?

—En mi personalidad, Bren. La atención de la gente me desequilibraba; no era lo suficientemente madura como para manejarlo bien. Me había hecho popular de una forma que detestaba y solo deseaba estar a solas y no con la gente sobre mí. Mis amigas empezaron a tratarme con celos y envidias, y los muchachos hacían apuestas para ver quién lograba acostarse conmigo. Además, mis particularidades físicas abordaban otros niveles.

—¿A qué te refieres?

Mónica titubeó.

—Creerás que te miento.

Brenda negó con la cabeza.

—No he venido a juzgarte. Solo quiero saber lo que sucedió.

Sus palabras parecieron darle coraje a Mónica, quien susurró:

—Jamás fui a un médico, Brenda. No me enfermaba y, además, ¿cómo podía explicarle que mi sangre no era roja, sino plateada?

Brenda cerró los ojos y en su oído escuchó el resoplido de Triel. Mónica acababa de confirmar que era de la Estirpe, aunque no sabía si ella estaba enterada de algo así. Sus verdaderos padres, o al menos uno, de los que no tenía ningún registro, lo habían sido.

—¿Te resulta absurdo? —preguntó con cuidado.

—No, madre —afirmó—. ¿Se lo contaste a tus padres?

—Ellos lo sabían, Bren. Podían ver el color de mi sangre cada vez que me lastimaba. No eran tontos. Y los asustaba. ¿Cómo crees que me sentía ante su angustia?

—Pero eran buenas personas y te amaban.

—¡Claro que sí! Pero sabía que sufrían porque era tan distinta a los demás. Cada vez que intentaban consultar con un especialista, yo me escapaba de casa. ¿Qué podía hacer? Soy una persona temerosa. Es mi naturaleza, Bren. —Mónica se detuvo y se limpió las lágrimas con el dorso de una mano—. Así que empecé a beber. Demasiado. Podrías imaginarte el infierno que hice vivir a tus abuelos. Por eso, cuando Charles se presentó, para ellos fue como si un ángel hubiese caído del cielo. Tenía quince años más que yo, por lo que supusieron que sería un hombre que podría conmigo y, a la vez, me ayudaría a crecer.

»Lo conocí en un bar, una noche en que me había vuelto a escapar y estaba bastante borracha. Él me sacó de aquel lugar y me llevó a mi casa, con el agradecimiento profundo de mis padres. Comenzó a visitarme casi todos los días. Charles era muy encantador cuando se lo proponía y, además, muy bien parecido. Poco a poco, se ganó el corazón de mi familia y al final caí rendida a sus pies. No entendía qué veía en mí, porque yo me consideraba más un animal enjaulado que una mujer. Pero un día pidió mi mano y nos casamos.

»El gran problema surgió cuando, unos meses después de la boda, me di cuenta de que Charles, en realidad, era el peor de los monstruos. Todo su encanto inicial había desaparecido para transformarse en un ser despiadado. Descubrí que bebía mucho más que yo y, encima, consumía drogas que lo

llevaban a ejercer una violencia extrema. No voy a entrar en detalles, porque te imaginarás por las que debí pasar en el dormitorio. Lo único bueno de todo aquello fueron Seber y tú. Cuando mis padres se enteraron de lo que estaba ocurriendo, intentaron sacarme de aquel infierno, máxime porque ustedes estaban de por medio y temían por lo que pudiese sucederles, pero Charles tenía amigotes que los amenazaron y les prohibieron volver a vernos. Por eso no tienes muchos recuerdos de ellos, mi amor. Mis padres debieron abandonarme por culpa de la maldad de mi esposo y de mi cobardía.

–Madre, por Dios.

Mónika sacudió su cabellera de un lado a otro.

–No tengas piedad de mí, hija. Porque yo debería haber luchado por ustedes. Si debo serte sincera, creo que estaba tan rota por dentro que no tenía fuerzas para defenderlos, por lo que usé lo poco que quedaba de mí para sostenerme. Yo pensaba que quizás el hecho de que tuviesen una madre, aunque por completo acabada, podía ser suficiente para Seber y para ti. Es una locura, pero es el sentimiento que reconozco cuando pienso en el porqué de mis acciones.

»Y así continuaron los años, hasta que tú nos abandonaste, Brendita. Aún recuerdo la nota que dejaste, siendo apenas una chiquilla.

Brenda se limpió las mejillas mojadas con un pañuelo y luego sonó su nariz.

–«Algún día vendré a buscar a Seber para ser la mamá que nunca tuvo», escribiste. Una niña de quince años era más madura que yo. Y me sentí fatal. Solo espero que Seber no lo recuerde, pero te juro que tan pronto como vi la cara de Charles, me abalancé sobre él como jamás lo había hecho contra nadie en mi vida. Lo golpeé, lo arañé y lo mordí hasta sentir el gusto de su sangre en mi boca. Fue horrible, pero ambos descargamos en uno y el otro el sabor de nuestro fracaso como personas y, sobre todo, como padres.

»A través de un amigo que trabajaba en la policía, intenté buscarte (a escondidas de Charles, con quien casi no me hablaba), pero no pudo dar

contigo. Te habías esfumado de este mundo. Y así pasaron dos años hasta que ocurrió el ataque de los caídos a nuestro hogar. Charles murió y Seber fue enviado a formarse como guerrero.

—¿Y tú, mamá? —Era la primera vez en años que la llamaba de esa forma y su corazón lloró.

Los ojos de Mónica se llenaron de un brillo acerado. «El mismo que emite Triel cuando demuestra sus emociones», pensó.

—Nandor fue el que me atrapó y me reclamó para él.

—Lo habrás odiado.

Mónica negó con la cabeza.

—Imposible, hija. Después de lo que había vivido con tu padre, Nandor fue mi salvador.

—¡Mira lo que han hecho con Seber! ¿Y por qué crees que atacaron nuestro hogar, mamá?

—Sé por Nandor que a quien buscaban los caídos era a ti. Aparentemente tú tenías bajo tu poder algo que a ellos les interesaba sobremanera. Pero como sabe que eres mi hija, a partir de aquella noche, decidió que nunca colaboraría con tu búsqueda.

»Eso significó una afrenta grave para Sácritos, el antiguo jefe de los caídos, y su mano derecha, Gustav Chavanel. Sabían que se debía a que Nandor estaba obsesionado conmigo. Y eso le valió un enfrentamiento a muerte con el mejor de los guerreros de Sácritos. El precio era yo. Si Nandor ganaba, los jefes de los caídos dejarían que él se hiciese cargo de mí y no me molestarían más. Tampoco le exigirían intervenir en tu hallazgo. Pero si él perdía, podrías imaginarte lo que me hubiese sucedido. Como Sácritos y Chavanel estaban seguros de que Nandor perdería esa pelea, aceptaron sin dudar. Pero salió victorioso y esos malditos tuvieron que aceptar el pacto establecido.

—¡Son unos animales!

—No ofendas a los pobres animales. Estos seres son aberrantes. Nandor siempre me dice que, durante la pelea, cada vez que su rival estaba a punto de



derrotarlo, él recobraba fuerzas al pensar en mí sonriendo.

—¿Te ama de verdad?

—Sí. Y adora verme reír. Cuando me encontró, era un peluche sin estopa ni ojos. No hablaba ni reía. Lo único que hacía era gritar y pelear contra él. ¿Sabes lo que fue para mí perderlos a todos de golpe? En mi propia locura, hasta Charles era una parte de mí. Tampoco tenía permiso de ver a mis padres. Todos se habían ido de mi lado y creí enloquecer. —Brenda volvió a limpiarse las lágrimas—. Nandor tuvo que soportar mi dolor y mi rabia acumulados por años. Estaba furiosa con tu padre, pero, sobre todo, conmigo misma. Así que él fue mi saco de boxeo. No te imaginas, hija, todo lo que hice contra Nandor. Pero él, a cambio, resistía porque estaba dispuesto a arrancarme una sonrisa. Me lo juraba cada día.

—Hasta que lo logró.

Mónika asintió y emitió una carcajada baja. En ese instante, Brenda entendió por qué el caído no quería separarse de su madre. Cuando sonreía, era la mujer más hermosa de la Tierra.

—Me enamoré completamente de él. Y, después de años, sigue defendiéndome y afirmando a Chavanel que no sé nada sobre ustedes.

—Lo cual ha sido verdad. Hasta hoy.

—No te preocupes, hija.

—¿Y no has visto a los abuelos?

Mónika negó con la cabeza.

—¿Qué podría decirles? ¿Que de Charles pasé a manos de un hombre que pertenece a una banda de asesinos, pero al que, aun así, lo amo con locura?

Brenda pudo comprender a su madre por completo.

—¿Y no sientes curiosidad por saber sobre eso que, según los caídos, yo protejo?

—No. Estaba segura de que serías muy dueña de tu vida, cosa que hoy confirmo. Y te admiro porque es algo que yo no he podido lograr.

Los años habían hecho mella en Mónika, y su sinceridad era lo que más la

impactaba.

—Sé que Nandor se niega a que te reúnas con tus hijos, así que me imagino que nunca habrás podido ver a Seber.

Mónika entornó los párpados.

—Permíteme explicarlo. Sácritos adoró a tu hermano apenas lo vio. Creía en que podría llegar a ser un poderosísimo guerrero. Al principio, Nandor solicitó a Sácritos un encuentro entre Seber y yo, pero ese sátiro era de lo peor. Jamás lo autorizó. Y la fuerza jerárquica de los caídos es extremadamente rígida. Faltar a una orden implica perder la vida, hija.

—¿Por qué Nandor no lo exigió como otra de las condiciones antes de la pelea?

—Porque Sácritos estaba fascinado con Seber, y Nandor, focalizado en conseguirme a mí.

—Pero ahora Seber está conmigo. Por eso, debes venir con nosotros.

—¿Y dejar a Nandor?

Los ojos de Brenda se abrieron como platos. ¿Acaso volvería a dejarlos ir?

—Él podría venir contigo —musitó con un nudo en la garganta.

Mónika la miró con una dulzura que le recordaba a la de hacía muchos años.

—No dejaré esta organización, mi amor. Nandor es leal a los suyos.

—Pero entonces será mi enemigo.

Negó con énfasis.

—No, Bren querida. Como te digo, él no se involucra en ese tema y nunca atentará contra la vida de tu hermano o la tuya.

—No lo sabes.

—Conozco al hombre que vive conmigo y lo que nos une.

—¿Podrás con tu conciencia? Te estoy ofreciendo regresar con tus hijos.

La contempló suspirar muy profundo.

—Ustedes están en una edad en la que pueden valerse por sí mismos y te aseguro que yo, a esta altura, no puedo aportar demasiado a sus vidas.

—¡Claro que sí! —insistió desesperada. Su madre volvía a escurrírsele como agua entre los dedos.

—Brendita, cuando has estado al borde de la locura y crees con seguridad que ya no hay más remedio para tu vida, la mano que te ayuda y te levanta se vuelve tu refugio. He llegado a un punto de mi vida en que sin Nandor no soy nada. Así de simple. En cambio, Seber y tú tienen el porvenir por delante para explorarlo a su gusto y conveniencia.

—No es tan así.

—Lo es para mí, tesoro.

—¿Nandor es tu señor álmico?

Al hacer esa pregunta, hasta Brenda misma se sorprendió. ¿Podría ser que entre los caídos se encontrasen señores álmicos para la gente de la Estirpe?

Su madre la miró con extrañeza.

—No entiendo.

—Olvidalo. —La observó con ternura y una profunda desazón. Mónica no había tenido una vida fácil y había estado a punto de perderla por completo. Por eso, en ese momento, se daba cuenta de que, quizás, debía aceptar que su madre había encontrado la felicidad en brazos de su enemigo, aunque ella asegurase que Nandor no lo era —. Te lo pido por última vez, mamá.

Mónica le colocó dos dedos sobre los labios y sus pupilas refulgieron.

—Te amo, hija. Y te ruego por lo que más quieras que se lo digas a tu hermano. Por favor, cuida de él.

Con el corazón lleno de pena, Brenda la abrazó con todas sus fuerzas. Ambas comenzaron a llorar sin consuelo. Sabían que lo más probable era que jamás volviesen a reencontrarse. Y dolía. Demasiado.

—Yo también te amo, mamá. Solo espero que seas feliz.

Mónica se separó un poco y la miró como solo una madre puede hacer, incluso esa que había estado perdida durante tanto tiempo.

—Por favor, si algún día el amor llega a tu puerta, no lo desoigas. Recíbelo, porque es un regalo que pocos tienen la capacidad de dimensionar hasta que

lo viven. Y te transforma, hija. Te juro que lo hace.

## Capítulo 40

Ubicada detrás de una columna, Brenda observó a su madre regresar junto a Nandor, que, al verla, la tomó de la cintura y le dio un beso, sin ninguna duda, cargado de sentimientos. Sonrió apenas, sin poder creer que debía retirarse con las manos vacías. Pero así estaban las cosas y debía afrontarlas.

—*¿Estás bien?* —La voz de Triel la sacó del sopor en el que había caído. Estaba segura de que no solo había escuchado el diálogo con su madre, sino que habría podido contemplarla en todo su esplendor.

—Sí. Me retiro de aquí.

—*Te espero donde ya sabes.*

Miró hacia todos lados y se dirigió a toda marcha hacia la salida. Le costaba mucho nivelar la vibración de su cuerpo; comenzaban a dolerle la cabeza y las extremidades, por lo que apresuró el paso. Debía salir con urgencia de ahí.

De repente, una mano fuerte le cubrió la boca al mismo tiempo que una superficie dura se apoyaba sobre su cuello. Cuando amagó defenderse, un dolor agudo impactó en su yugular y, al instante siguiente, todo se volvió oscuro.

\*\*\*

—¡Brenda! —gritó Triel al ver que caía desplomada al suelo mientras unas manos enguantadas la sostenían. Tiró los auriculares sobre la mesa y salió

corriendo del interior del camión—. ¡Ya saben lo que tienen que hacer! —ordenó a los cuatro guerreros de la Estirpe que lo habían acompañado durante esas horas.

Se precipitó hacia el edificio del hotel con todas sus fuerzas. Su velocidad sobrenatural le permitiría llegar hasta la joven en pocos segundos. Iba vestido de negro, como era normal en los caídos, pero prefirió treparse a una de las ocho columnas del frente del hotel hasta llegar a uno de los ventanales abiertos, por el cual ingresó sin ser visto. Salió de la habitación y bajó las escaleras a toda prisa hasta que detectó su objetivo. Un hombre, también de negro, sostenía a Brenda de la cintura y caminaba despacio con ella apoyada sobre él, lo que daba aspecto de una pareja enamorada y no de una joven desmayada que iba a ser raptada por su verdugo. Y esa era su gran ventaja.

Caminó con sigilo por detrás del sujeto, hasta que Andrey se presentó por un lateral. Cuando los dos se miraron, Triel detectó que el agente había recibido el aviso de alerta. Se acercó con rapidez y, tomando al hombre por la cabeza, le rompió el cuello de inmediato. Lo sostuvo de tal manera que el tipo parecía estar hablando con él. Al observar a Andrey, que tenía a Brenda entre sus brazos, se obligó a ignorar la furia posesiva que lo embargaba y se recordó que ese sujeto acababa de ayudarlo. Miró a todos lados y corroboró que nadie se había dado cuenta de lo sucedido. Abrió una puerta, que resultó ser un cuarto de limpieza y, con cuidado, dejó el cadáver en el suelo. Antes de salir, se fijó en el rostro del tipo, pero como no era nadie que conociese, tomó una foto con su teléfono móvil.

A toda marcha, arribó a donde Andrey se encontraba con Brenda inclinada sobre él y, sin chistar, se la quitó de las manos.

—¿Necesitan ayuda? —preguntó una joven camarera que llevaba en cada mano una bandeja cargada de canapés—. ¡Esta chica es la nueva!

—Sí, es mi esposa, pero como no se siente bien, nos vemos en la obligación de retirarnos. Yo me encargo de avisarle al jefe de personal. De todas maneras, muchas gracias —contestó Triel. La chica asintió y se marchó. Miró

a Andrey que sonreía—. Y a ti también.

—Los hombres me avisaron por radio, así que no ha sido nada. Solo te pido que la cuides —dijo mirando a Brenda.

—Es mi señora álmica.

Los ojos de Andrey se agrandaron como platos.

—¡Joder! ¿Por qué no me lo dijiste antes?

Triel sonrió apenas.

—Estuve a punto de destrozararte en unas cuantas ocasiones.

—Te pido disculpas. Y yo que pensé que estábamos casi a mano.

Triel hizo una mueca con la boca en tanto asentía con la cabeza. Cobijó a Brenda entre sus brazos y, con pasos apresurados, la sacó del lugar.

\*\*\*

El sillón hamaca de la pequeña galería con vistas al mar se movía en un lento vaivén. Levantó la mirada al cielo oscuro, repleto de estrellas, e inhaló con profundidad el aire que creyó haber perdido esa noche en la fiesta. Le había costado lo suyo quedarse en el camión, como un mudo testigo de la conversación de Brenda con su madre. Se le habían revuelto las tripas al enterarse de lo que su familia y ella habían padecido y se sintió fatal. Pero el verla atacada por ese caído había sido el golpe final. El miedo atroz que había recorrido cada fibra de su ser le había permitido actuar con máxima eficacia. Y aún le costaba recobrase.

Acomodó mejor entre sus brazos a Brenda, que reposaba sobre su falda con la espalda apoyada en su pecho, aún sedada. Agradecía gozar de ese momento en el que, por fin, la tenía con él, aunque ajena a su voluntad. Porque de estar despierta, las cosas serían muy diferentes. Respiró hondo. Apenas la había sacado de la fiesta, la había cargado en su camioneta y había conducido como un loco a su cabaña. No había querido regresar a la habitación del hotel porque necesitaba tranquilidad. Primero le había quitado

la ropa para colocarle una bata cómoda de él y después se había sentado con ella. Como si quisiese grabar los rasgos de su cara en su memoria, no había parado de contemplarlos. Le acarició la mejilla con la palma de la mano.

—Me tienes a tus pies, Bren —susurró a la par que una ola del mar golpeaba en la orilla con toda su furia.

Siguió meciéndose en la hamaca con mucha suavidad, en tanto una brisa fresca removía el flequillo de la joven. Con extremo cuidado, se lo apartó y, abrazándola más fuerte, cerró los ojos.

Al instante siguiente, se quedó dormido.

\*\*\*

Abrió los ojos de golpe. Brenda comenzaba a removerse entre sus brazos, aún con los párpados cerrados. Miró su reloj: las seis y media de la mañana. Habían descansado varias horas y el sedante comenzaba a perder su efecto. Se levantó con ella en brazos e, inclinándose, la depositó en la hamaca. No quería que al despertar se viese sobre su falda, porque no tenía dudas de que se enfurecería. Aunque la energía de los señores álmicos actuaba sobre ambos, el dolor de Brenda seguía provocando resistencias.

Se dirigió a la cocina y comenzó a preparar café. Mientras lo hacía, pensaba que, al menos, habían conseguido algunos puntos a favor en la misión de la noche anterior. Brenda había podido constatar que su madre estaba viva, además de haber podido mantener un diálogo sanador, aunque el resultado no hubiese sido el que ella hubiese deseado. Lo más importante para él había sido comprobar que Brenda pertenecía a la Estirpe de Plata. Pero había algo que le daba vueltas en la cabeza y que su chica también había sospechado. ¿Existiría la posibilidad de que Nandor y Mónica fuesen señores álmicos? Porque de ser así, podían verse en graves problemas. Un caído con una mujer de la Estirpe de Plata sería, hasta donde él conocía, un caso único y difícil para su raza.



En medio de sus reflexiones, escuchó unas pisadas suaves por detrás. Al darse la vuelta, sonrió.

—Buenos días, Brenda.

La chica lo miraba con dificultad, aún soñolienta por el sedante, pero hacía un verdadero esfuerzo por abrir los ojos.

—Esto de dormirme se te está volviendo una costumbre —refunfuñó—. ¿Y por qué estoy vestida así?

Respiró hondo. Lo despellejaría al decirle la verdad.

—No fui yo, sino que fuiste atacada por un caído que te aplicó un sedante. Te rescaté y te traje a la cabaña. Tu ropa ajustada era un incordio para tu cuerpo, así que te cambié. Era de noche y la luz estaba apagada, así que no vi nada. —La cafetera pitó—. ¿Quieres?

—Sí, por favor —contestó sentándose con cuidado a la mesa. Asombrado se dio cuenta de que Brenda parecía bastante tranquila. Le alcanzó una taza repleta del líquido humeante y a continuación se ubicó frente a ella, con otra en sus manos.

—¿Cómo te sientes?

Brenda suspiró y bostezó. Después lo miró.

—Gracias por salvarme.

—De nada.

—Y también por lo que has hecho por mí. El encuentro con mi madre me será de gran ayuda. —Percibió el brillo de las lágrimas en su mirada, pero no diría nada. El orgullo de Brenda podría interpretar cualquier gesto de consuelo de su parte como un signo de que la consideraba débil, aun cuando para él significase que era una mujer con un corazón enorme—. No tuve valor de explicarle a Mónica que ella pertenece a la Estirpe. Ha sufrido tanto que, y podrá parecer una locura, lo único que me importa es saber que está cuidada. Y enamorada. Nandor es un caído, pero es el hombre que mi madre ha elegido para amar. No sé cómo le caerá a Seber.

Dos lágrimas se derramaron por las mejillas lozanas, y Triel luchó con

todas sus fuerzas para no limpiárselas con los dedos.

—Quiero que sepas que después de la conversación que ustedes mantuvieron, la imagen que tenía de tu madre se ha modificado. Es una superviviente, y creo que su elección de dejarlos libres no deja de ser un acto de amor.

Brenda lo miró y sus pupilas refulgieron.

—¿De verdad lo crees?

—Tu madre necesitaba encontrar su propio balance. Al lado de tu padre lo único que hizo fue trastabillar y caerse. Te explicó con otras palabras lo mismo. Estoy seguro de que muchas personas se levantarían contra Mónica si supiesen la decisión que tomó anoche, pero, de nuevo, yo lo interpreto como una forma de protegerlos a ustedes dos.

—Ella está con los caídos, Triel.

—Sí, pero su presencia asegura tener entre sus tropas a gente que no irá contra ustedes.

—¿Intentas decirme que mamá sería algo así como un catalizador que podría estimular una división entre los caídos?

Asintió.

—Si tu madre se hubiese escapado contigo anoche, hoy tendríamos en Nandor a un depredador que haría lo que fuese necesario para recuperar a su compañera. Incluso matar a quien se cruzase en su camino.

—Seber y yo.

—Es una posibilidad. Sin embargo, las aguas de su lado, por ahora, están por completo quietas.

—La sentí tan diferente —musitó. Y rompió en un llanto bajo.

—Brenda...

Levantó la mano de inmediato.

—Por favor, no me siento débil. Solo que han sido muchas emociones. Y no puedo controlar esta angustia que siento. Además, Seber me preocupa demasiado. No sé si su mente de catorce años podrá comprender la elección

de nuestra madre.

–Es un muchachito mucho más inteligente de lo que creemos.

La vio levantarse y buscar servilletas de papel, que utilizó para secarse las mejillas mojadas y después su nariz.

–Pero las emociones, Triel... Ni siquiera los adultos podemos a veces con ellas.

Sintió que un mazazo caía sobre su cabeza. Lo que Brenda explicaba lo conocía de primera mano.

–Lo único que puedes hacer es confiar en tu hermano.

Brenda asintió y se dirigió a la cafetera.

–¿Deseas más café?

–No, gracias.

–En cambio, yo necesito un montón. —Después de servirse una taza, regresó a la mesa—. ¿Quién me atacó?

Triel la observó y entendió que Brenda necesitaba cambiar de tema.

–Tengo la foto del tipo, por si la quieres ver. Te advierto que se la saqué cuando estaba muerto.

–Me agredió por la espalda, pero en ningún momento sentí la vibración de mi cuerpo.

–¿Quieres decir que no era un caído?

–No estoy segura.

–Esta organización tiene ejércitos de humanos, así que no me sorprendería que fuese uno de ellos.

Se quedó pensativa un rato, hasta que habló de nuevo:

–Me gustaría que, de una vez por todas, me explicases quiénes son los caídos. Sé la parte de que son enemigos de la Estirpe, aunque ahora también son los míos, pero desconozco la historia que relaciona a ambos bandos.

–En un principio los caídos eran humanos, pero con los siglos han desarrollado características peculiares como las nuestras.

–¿Y eso por qué?

—Primero te ubicaré en la función de los silverwalkers.

—Ya sé que son guerreros defensores de la Estirpe —dijo con sorna.

—Sí, pero no solo eso. Tenemos además a nuestro cargo transportar las almas de la Estirpe que han fallecido o que han decidido partir de la tercera dimensión al plano de la multidimensionalidad. Cada uno de nosotros viaja junto al alma y la guiamos a través de un camino que atraviesa distintos niveles de conciencia, desde el más bajo hasta el más alto al que cada alma puede acceder de acuerdo con su propia evolución. Por eso nos llaman *caminantes*. Y los caídos se encargan de cazar almas de la Estirpe para fagocitar su energía y adquirir características de nuestra raza.

La expresión en la mirada de la joven había cambiado y lo escuchaba con atención.

—O sea que desean exterminarlos porque son los encargados de proteger lo que necesitan como fuente de energía.

—Exacto. Y las luchas mortales por la posesión de las almas pueden llevarse a cabo tanto en el plano astral como en el físico.

—¿Y por qué ambicionan tanto esa energía?

—Porque con ella pueden adquirir características propias de los miembros de nuestro linaje, como la longevidad y la mayor fortaleza física.

Brenda respiró profundo.

—¿Cuántos años tienes?

—Primero déjame terminar de explicarte. —Lo observó con los ojos entornados. No era tonta y sabía que no le iba a gustar la respuesta—. La caza dificultosa de las almas de la Estirpe hace que el consumo de la energía de plata de nuestra sangre esté reservado solo a los caídos de mayor jerarquía. El resto de los guerreros deben conformarse con fagocitar la energía de las almas humanas. Por lo tanto, aquellos que han tenido el privilegio de vampirizar esas energías han iniciado el camino a la longevidad, lo que significa que, mientras que un caminante puede llegar a vivir más de tres milenios, un caído en proceso de longevidad alcanza alrededor de trescientos

años. Si bien por ahora existe una gran diferencia, no dejan de representar un permanente peligro debido a que, perfeccionando su modo de cazar las almas de la Estirpe, incrementarían su fuerza, longevidad y poderío. Por eso no nos queda otra opción que enfrentarlos. —La miró y se dio cuenta de que estaba impactada—. Tengo setecientos años.

Brenda comenzó a toser a la vez que escupía parte del café que tenía en la boca. Triel se apresuró a buscar más servilletas de papel, que depositó en sus manos y que Brenda agradeció.

—¿Me estás diciendo...?

—Que tu raza es longeva, Brenda. Saca tus propias conclusiones.

La joven se levantó como un resorte del asiento, pero por los efectos del sedante se tambaleó un poco. Intentó acercarse para ayudarla, pero Brenda lo volvió a detener.

—¿Y Aniel y Maia?

—También.

—¿Vivirán... muchos años?

—Ahora sí.

—¿A qué te refieres?

—Son híbridas. La madre de ellas, Ana, es humana, y Ronan, el padre, es de la Estirpe. Cuando ambas chicas se convirtieron en silverwalkers, entonces la genética de sus células se transformó por completo en la de la Estirpe.

—Para. ¿Me estás diciendo que mis amigas son silverwalkers?

Era consciente de que estaba lanzando demasiada información, pero había llegado la hora de explicarlo todo. Brenda debía saberlo, máxime porque la noche anterior se había constatado que al menos la mitad de sus genes eran de la Estirpe.

—Sí.

—¿Entregan almas?

—No. Han desarrollado otras particularidades. Y tienen que ver con los símbolos.

El rostro de Brenda acusó una profunda confusión, pero, de todas formas, aventuró:

–¿Han dejado de ser guardianas, entonces?

–Sí. La genética silverwalker es la que domina ahora.

–¿Y tú crees que soy una guardiana?

Triel asintió.

–Absolutamente.

–¿Sería yo también una posible silverwalker?

–Sí, pero no puedo asegurarlo. Que seas la elegida para proteger un símbolo no significa que seas capaz de activarlo. Solo una mujer silverwalker posee esa facultad. Y aunque las dos guardianas anteriores, Maia y Aniel, se hayan transformado en silverwalkers, no tenemos la certeza de que vaya a ocurrir lo mismo con ustedes, las restantes.

–¿Seber es un guardián?

Triel negó con la cabeza.

–Si bien en un principio los caminantes pensábamos que éramos los guardianes, después los jefes nos revelaron lo establecido en las profecías por las que se rige nuestra Estirpe: las guardianas solo son mujeres. Sus almas fueron especialmente seleccionadas por nuestros jefes ancestrales para proteger los símbolos. Por qué son ellas las elegidas, no lo sabemos.

Brenda suspiró. Triel estaba seguro de que su cabecita no paraba de trabajar.

–¿Qué son los símbolos concretamente?

No podía creer que le estuviese preguntando eso. Y una leve esperanza invadió su interior.

–Son cinco regalos enviados al mundo por nuestros ancestros de la Orden Superior. Como son desconocidos para nosotros, nuestro trabajo consiste en aprender a identificarlos y reconocerlos.

–¿Y por qué son tan importantes?

–Permitirán desarrollar y expandir nuestra casta a un grado inimaginable, y,

por ende, a toda la Estirpe.

Brenda asintió.

—Ya sabes que no tengo la menor idea acerca del símbolo.

—Ninguna de las chicas los conocía. Hasta que se develaron.

—¿Entonces por qué utilizaste a mi hermano para obtener algo que tú siempre supiste que yo ignoraba?

Aquello lo golpeó en medio del estómago. ¿Qué argumento podía brindarle, salvo que había sido un verdadero estúpido?

—Te lo explicaré cuando me des la posibilidad de hacerlo sin enfrentarnos.

Lo miró con intensidad. Percibió su vulnerabilidad, pero no debía apresurarse. Brenda requería tiempo.

—Necesito tomar aire fresco. Gracias por el café —anunció, y desapareció tras la puerta que daba hacia la playa.

## Capítulo 41

—¡No puede ser! —gritó Brad a la persona con la que hablaba por teléfono. Gustav lo miró desde su asiento, atento a las expresiones de su amigo—. ¿Acaso la idea no era que uno de los hombres la atrapase? ¡Pues buen pelele has enviado! Que me manden un informe de cada uno de los invitados a la fiesta.

Y colgó furioso.

—¿Qué ocurre?

Brad clavó su mirada en la de él.

—Anoche, en la fiesta de la organización rusa, Triel Di Mónaco se llevó a Brenda Mori enfrente de las narices de nuestra gente.

Los ojos de Gustav apenas se abrieron un poco más de lo normal.

—¿Y por qué estaba allí?

Su amigo de cabello blanco, ya mucho más restablecido de sus heridas, se dirigió a un bar para servir dos *whiskies*.

—Sospecho que por su madre —contestó, y le entregó el vaso en la mano.

—¿Y cómo se ha enterado?

Brad se encogió de hombros.

—No lo sé. Algún infiltrado. Por eso mandé a buscar la lista de los asistentes.

Volvió a saborear el líquido ambarino en la boca.

—Quizás se contactó con la gente de Nandor. En ese caso deberíamos hablar



con él.

Brad estalló en una carcajada.

—Como si fuese tan fácil. Además, sabes que no permite que nadie se acerque a Mónica. Y llevar a cabo un atentado contra él, luego de su victoria sobre nuestro mejor guerrero, implicaría arriesgarnos a una insurrección de nuestros hombres. Conoces la lealtad de los caídos entre ellos.

—Entonces deberemos actuar de otra forma.

\*\*\*

Escuchó la puerta de la habitación cerrarse detrás de él. Miró sobre el hombro mientras continuaba leyendo en la hamaca. Brenda venía hacia él vestida con un conjunto deportivo. El día anterior había buscado la ropa de ambos en el hotel y había regresado con algunos víveres a la cabaña. Luego de la conversación que habían mantenido sobre su madre y los caídos, se había establecido una pequeña tregua entre ambos, pero el tiempo en San Petersburgo se estaba acabando y él ya no aguantaba más. Necesitaba hablar con ella, pero hasta el momento había sido un imposible.

—¿Sales a correr?

Brenda negó con la cabeza, muy seria.

—Me marcho —anunció—. La misión ha finalizado y agradezco los dos días que me has concedido pasar en este lugar, pero es hora de que regrese con Seber. Si no te molesta, y como último favor, te rogaría que me acercases a la ciudad para poder tomar algún medio de transporte que me lleve al aeropuerto.

Se levantó y se acercó a ella contemplándola con detenimiento.

—Tú y yo tenemos algo pendiente.

Quizás estaba haciendo muy mal las cosas, pero esa noticia inesperada lo desequilibraba y sus mecanismos de acción comenzaban a activarse, sin importarle las consecuencias. Brenda entró a la casa y salió al instante con la

mochila al hombro.

–Entonces me iré caminando.

Pero antes de poder avanzar, Triel le bloqueó el paso.

–Te pido que me escuches. Después podrás irte. Es más, prometo llevarte.

Negó con la cabeza.

–No hay nada más que hablar. Estoy profundamente agradecida por lo que has hecho con lo de mi madre, pero hasta aquí llegamos.

Intentó rodearlo, pero él se movió otra vez.

–No voy a permitir que te vayas sin antes explicarte lo sucedido en México.

–¡No quiero que me aclares nada, Triel! —gritó, y la humedad de nuevo se instaló en sus ojos color café.

–Vayamos a caminar. El aire fresco del mar nos hará bien.

–No.

El caminante se apartó y, apenas Brenda pasó a su lado, la siguió por detrás. La joven bajó los dos escalones de la entrada y comenzó a caminar hacia el bosque.

–Está bien. ¡Te llevaré! —exclamó parado en la galería y mostrando las llaves que había sacado de su bolsillo.

Brenda se detuvo y lo observó. Sabía que evaluaba sus palabras a la vez que entablaba una batalla consigo misma sobre si aceptar su invitación o no. De repente se irguió, cuadró los hombros y se dirigió a la camioneta como una gacela. Sin perder tiempo, Triel abrió las puertas con el control y se ubicó en el asiento del conductor mientras Brenda lo hacía a su lado. E inició la marcha. Luego de unos minutos de viaje, la joven rompió el silencio.

–¿Estamos muy lejos? Las dos veces que me trajiste estaba inconsciente, así que no tengo noción de las distancias.

–No.

Y volvió a quedarse muda. Cuando comenzaron a atravesar la zona de bosques, la escuchó aspirar hondo, como si la inmensidad de los árboles y el aroma a hierba mojada la hubiesen conectado con aquello. A lo lejos, el azul

del mar se reflejaba en su mirada, cuyo fulgor platino evidenciaba que sus sentimientos estaban a flor de piel.

«Tengo que hacerte mía», pensó. La terquedad de ella lo abrumaba, y no sabía qué más hacer para que recapacitara y le permitiese hablar. Por primera vez, después de muchos años, había logrado aceptar que se había cuasi enamorado de la maldita mujer de la Estirpe quien, por querer pertenecer a los caídos, lo había traicionado. También que, después de aquello, se había jurado jamás volver a enamorarse. Pero nada en sus siglos de existencia lo había preparado para el encuentro con su señora álmica. El impacto había sido tan grande que había pulverizado las innumerables excusas con las que había convencido a su corazón de no volver a sentir algo por una mujer. Y a partir de entonces todo había confabulado para que se enfrentase a la peor misión de su vida: convencer a Brenda Mori de que ellos dos eran una unidad. Una que era posible y necesaria. O él moriría.

Aparcó el vehículo y la miró. Ella observaba con una mezcla de regocijo y cautela lo que se presentaba frente a sus pupilas. Al apearse de la camioneta, la escuchó hacer lo mismo del otro lado y se dirigieron hacia el acantilado, que se erigía majestuoso por delante, y en cuyo borde se detuvieron.

—¿Adónde me trajiste? —preguntó con recelo—. ¡Debo ir a la ciudad!

Triel bajó la vista hasta la costa, donde las olas golpeaban con fuerza, como si quisiesen desplazarse hasta el inmenso bosque que se extendía frente a ellas.

—Es muy temprano aún. No hay nadie aquí. —Y estiró la mano hacia ella—. Ven.

—Triel, te juro que me estoy controlando para no darte un puñetazo. Me prometiste...

—¡Ya sé lo que te prometí! —bramó—. Te llevaré a donde quieras, pero primero regálame unos minutos de tu tiempo.

Se miraron desafiantes hasta que Brenda pareció recapacitar y terminó asintiendo. Triel comenzó a descender con cuidado y ella lo siguió, bajo su

atenta supervisión para que no perdiese el equilibrio entre las piedras. Cuando llegaron a la playa, Triel interrumpió su andar, y lo mismo hizo ella a su lado. Contemplaron el paisaje con la brisa del viento que revolvía las cabelleras y hacía que la arena se enredase entre sus guedejas. Percibió por un instante la fragilidad de la mirada de Brenda frente a tanta hermosura, y supo que había llegado el momento. Había bajado la guardia y él debía aprovechar ese milagro.

Giró el cuerpo y, cuan largo era, tomó su hermoso rostro con las manos y lo acercó al de él. Brenda intentó liberarse, pero la orden, pronunciada en un murmullo, la eclipsó.

—Mírame. —Lo hizo, pero sin dejar de revolverse. Triel siguió el movimiento de su cuerpo con el suyo—. Te digo que me mires, ¡joder! —gruñó molesto, en tanto aumentó la fuerza de su agarre.

—¿Qué quieres? —espetó con un tono helado.

—A ti.

Y la besó. Loco. Hambriento. Percibió los corcoveos iniciales, pero ya nada le importaba; estaba decidido a que esa mujer entendiese de una vez por todas que ella y él ya no tenían escapatoria. Y no iba a dejar que se le escabullera otra vez de entre los dedos.

Le envolvió los brazos con los suyos y le hizo una pequeña zancadilla que los hizo caer despatarrados en la arena. Si bien Brenda procuraba escapar de la fuerza de su prisión y del peso de su cuerpo, él siguió atacándole los labios con el fuego que circulaba por sus venas. Brenda era una mujer entrenada y sabía que si quisiese podría molerlo a golpes, pero, aunque estaba furiosa, detectaba su vulnerabilidad, contra la cual luchaba.

Rodaron en la arena como desafortunados, en una mezcla de pelea apasionada y sedienta. Triel se enroscaba en el cuerpo de ella como la serpiente grabada en su piel, empeñado en introducirse en los recovecos llenos de curvas que pudiese encontrar.

—¡Hijo de puta! —chilló ella, forcejeando iracunda debajo de él.

La dejó sacarse las ganas de insultarlo una y otra vez y de darle un buen puñetazo de vez en cuando, porque el precio que debía pagar era el justo. La había traicionado, había jugado con sus sentimientos y se había atrevido a amenazar al ser al que ella más amaba. Debería haberla dejado ir o haber permitido que lo abandonase en medio de la calle como a un pobre perro, pero los señores álmicos constituían otra realidad, una que solo podía ser comprendida cuando se la experimentaba en carne propia. Y en el alma. Conformaban una alianza de la naturaleza cuyas partes encajaban a la perfección y que no podían ser reemplazadas por nada ni por nadie. La ecuación era así de simple, y él no pretendería modificarla.

A cada golpe de ella, la besaba con más dulzura, y estaba tan enredado en su cuerpo que su escapatoria era imposible. Y Brenda lo sabía. Como la boa constrictora en la que se había convertido, logró ir fatigando a su presa con la firme sujeción y con la profundidad de sus besos. La respiración, acelerada por la pelea, comenzó a ralentizarse, y sus pechos soñados dejaron de moverse como en una danza febril. Con renuencia, dejó la cavidad húmeda que lo transportaba al paraíso y al infierno a su vez, y se apartó apenas unos centímetros para examinarla. Tenía los ojos cerrados y luchaba por volver en sí. Sabía lo que estaba sucediendo: trataba de evitar que la espiral de energía de los señores álmicos comenzase a llevar a cabo su aniquilador efecto.

—No hay nada que podamos hacer para impedirlo, Bren —susurró con una ternura que solo lograba manifestar frente a ella. Lo que sentía no podía compararse a nada de lo que hubiese experimentado con anterioridad.

—¡Apártate! —gruñó, y lo miró. Las pupilas se habían transformado en dos luceros platino incandescentes de tal magnitud que no tuvo dudas de que, si pudiesen, lo atravesarían en canal.

—Nunca.

—Voy a romperte en pedacitos si no lo haces... —amenazó, y su miembro comenzó a enarbolarse como un mástil.

—Lo que quieras, si eso te devuelve a mí. —Y le besó la punta de la nariz.

Intrusas, unas lágrimas comenzaron a asomarse, y supo que tendría que hacer uso de todas sus fuerzas para enfrentarse a lo que Brenda exponía en ese instante.

—Jamás se me ocurriría confiar de nuevo en ti.

Aquello le dolió de verdad. No sabía cómo mierda lograría recuperar lo que con tanta soberbia había perdido, pero él no había llegado hasta allí para rendirse. Estaba listo para seguir enfrentando cada una de las malditas batallas que librarse.

—Lo hiciste cuando aceptaste venir a Rusia conmigo. Mis actos te han demostrado que puedes hacerlo. Y juro que te lo seguiré probando todas las veces que sean necesarias.

Consciente de sus mejillas mojadas, Brenda se revolvió una vez más, rabiosa.

—Ni se te ocurra pensar que estoy llorando por ti, estúpido.

Triel no pudo dejar de prorrumpir en una carcajada baja y, tomándola de la barbilla, bajó la cabeza hasta rozar su mejilla con la de él.

—No se me ocurriría —musitó, y la besó una vez más. Y al hacerlo perdió contacto con todo lo que no fuese ella.

Percibió la rigidez de su cuerpo en un intento por seguir oponiéndose a él, pero continuó devorando los labios que lo llevaban al centro del universo. Poco a poco, en una agonía sin pausa, advirtió que Brenda comenzaba a entregarse. Con un gemido de alivio, enredó los dedos entre los mechones de la larga y gruesa cabellera y atrajo su rostro para profundizar el contacto. Deseaba sentirla cerca y saber que era de carne y hueso y no una imagen que, como tantas noches en aquellos angustiosos meses, había visto frente a sí sin posibilidad de tocarla. Aspirar el perfume de su piel era la droga que necesitaba para seguir viviendo, aquella que le había sido negada durante tanto tiempo mientras había gritado contra la almohada y hasta el cansancio que solo con ella podría continuar. Y muchos podrían haberlo catalogado de enfermo dependiente, pero Gabriel y Damián le habían hecho comprender

algo crucial: los machos de la Estirpe se asemejaban a los lobos, porque una vez que reconocían a sus compañeras, se entregaban a ellas para siempre.

Por eso, cuando había sido un completo ignorante de todo ello, había luchado hasta el cansancio para no experimentarlo. Como la mayoría de los humanos, había estado seguro de que amar a una persona significaría exponerse a miedos, muchos de los cuales desconocía, como los que había visto reflejados en los ojos de su madre ante el maltrato de su padre. Pero durante los meses en que había perdido a su señora álmica, se había dado cuenta de algo: su verdadero miedo había radicado en la falta de conocimiento de sí mismo. Brenda había sido el bendito y sagrado espejo capaz de reflejar los aspectos de él que necesitaban ser transformados para un mayor crecimiento. Y de la trillada y poca ingeniosa idea de que el amor significaba una cárcel, había descubierto, por el contrario, que podía ser la llave necesaria para abrir las puertas hacia una profunda libertad. Absorto y humilde por primera vez en muchas centurias, se sintió desnudo a los ojos de esa mujer. Y no le importó. Era el regalo que quería y podía ofrecerle, aun cuando ella no estuviese preparada para recibirlo.

Profundizó el beso reverenciándola con su toque. Y como separarse de esos labios significaba lo inconcebible, se dedicó a recorrerlos con fruición hasta que ella los entreabrió apenas y pudo introducir la lengua en busca de la suya. Por fin, las manos de Brenda, en vez de golpearlo, se introdujeron por debajo de la camiseta que llevaba puesta para acariciarlo. Y gimió de deleite. Le recorrió con las uñas la espalda, al mismo tiempo que él le llenaba de besos la garganta, y la clavícula, donde se detuvo a recorrer los diferentes ángulos con la lengua. Cuando la escuchó suspirar de placer, creyó que se volvería loco. Una fogata como no había vivido se prendió en medio de sus piernas y solo supo que, si no hacía algo para apagarla, moriría consumido en cenizas.

Descubrió los hombros suaves al bajarle la camiseta que llevaba puesta, y se detuvo en ellos para rendirles pleitesía con la boca y las manos. Las respiraciones frenéticas se mezclaban con el ruido del mar, que parecía haber

aumentado su poder y golpeaban con tal fuerza que rasguñaban las piernas enredadas. Con delicadeza, Triel sacó de su escondite uno de los increíbles pechos y lo abarcó con toda la capacidad de su mano. Gimiendo de gozo, Brenda arqueó la espalda y Triel acercó a sus labios el manjar por el que había clamado durante la angustiada separación. Y se lo colocó en la boca para succionarlo con devoción. Ella se curvó tanto que, pasándole un brazo por la cintura, la ayudó a entregarse más a él. Ardiente, le bajó la prenda hasta la cintura para exponer la otra fruta deliciosa, que podría haber hecho caer de rodillas a cualquier ser de su mismo género. Llena su mirada de las dos lomadas, gruñó y las atacó de lleno, masajeándolas y comiéndoselas con todas sus ganas. Ante la reacción de Brenda, que llorisqueaba y se retorció debajo de él, volvió a subir y tomó sus labios sin dejar de acariciarle los senos. Después de un rato, Triel se arrodilló y, llevando a la joven con él, la aferró de la nuca y la volvió a besar con empeño. Ella comenzó a tironearle la cabellera, sujeta en una media cola, hasta que logró deshacerla. Al caer los mechones por la espalda y los hombros, los dedos de Brenda se entremezclaron en ellos. Triel la cogió de las nalgas y la atrajo más hacia él. Al hacerlo, su miembro rozó su femineidad, cuyo perfume comenzó a ejercer el poder de los señores álmicos cuando se apareaban. La espiral.

Las cadenas de luz comenzaron a envolverlos y Triel recordó lo que haría que su señora álmica dejase de resistirse a la unión sagrada. Envolviéndole las mejillas con las manos, susurró:

–Brenda, mírame.

Y cuando lo hizo, Triel no pudo evitar que sus ojos se humedeciesen. Ella demostraba en esa mirada lo que él en un principio había descalificado y ultrajado, pero que en ese momento le resultaba el milagro más preciado. La energía cálida y sagrada ascendió por sus torsos: el de ella, libre y expuesto al fulgor del cielo, y el de él, aún con su camiseta, aunque ella tironeaba para que se la quitara. Con un movimiento rápido así lo hizo, y dejó al descubierto el tatuaje de su legado. Cayeron en la arena otra vez, pero ya no en una



contienda, sino en un remolino de regocijo y satisfacción.

Envueltos por la espiral de luz, Brenda y él dieron rienda suelta a su pasión. El agua se sacudía con ímpetu, y las infinitas lágrimas que la conformaban cayeron sobre sus cuerpos semidesnudos, que volteaban sobre la arena como si pretendiesen ingresar en uno y otro. Sin saber cómo, se quitaron el resto de las ropas, y en un amasijo de brazos y piernas se adoraron con las manos y las bocas. No hubo un rincón de piel que no tocasen ni saboreasen durante las siguientes horas. No hablaron ni tampoco rieron. Solo trataban de nutrirse el uno del otro como podían.

Triel no tenía suficiente del cuerpo de su mujer. Lo había idolatrado en todas las posiciones posibles y recorrido como un viajero errante por toda su geografía. Lo único que no se había permitido era haber ejercido el derecho a la penetración. Damián y Gabriel habían explicado la sacralidad que existía en la cópula entre los señores álmicos —no obstante, haber jugado a hacerse el indiferente cada vez que lo hacían para no quedar al descubierto—, y recordaba que ambos habían esperado a que sus señoras álmicas los hubiesen reconocido como tal para llevar a cabo la totalidad de la unión. Y con Brenda aún no había llegado a esas instancias. Cerró los ojos para entregarse al cielo azul, que descollaba por encima de ellos, y anheló gritar de felicidad ante el roce de los labios que mimaban su miembro, reverenciándolo como si fuese lo más delicioso. Volvió a gemir cuando la lengua lo recorrió de arriba abajo y después jugó con la punta como si estuviese cubierta de miel. Al abrir los ojos y bajar la mirada, se encontró con las pupilas que lo contemplaban con embeleso. Las nalgas firmes elevadas al cielo, los pechos apoyados sobre la arena y la lengua juguetona que recorría su eje, hicieron de esa imagen una de las más bellas que había presenciado en su vida. Se inclinó sobre la joven y, al apoderarse de los senos, firmes y suaves como la seda, creyó morir. Mientras se llenaba las manos con ellos, la boca de Brenda lo engulló y él comenzó a mover las caderas en su interior. Siguió así durante un rato hasta que, en medio de un gruñido ensordecedor, desparramó su semilla. Y la tierra

vibró por lo bajo.

Sin detenerse, tomó a Brenda de las piernas y, tirando de ellas, la hizo acostarse en el suelo para abríselas con suavidad. Amasándole los pechos, que se extendían un poco hacia los costados, inclinó la cabeza para succionarlos con ansias hasta escucharla gemir de nuevo. Triel bajó el cuerpo y se detuvo en los pálidos pétalos que cubrían lo que había codiciado desde que Brenda había aparecido en su vida. Los contempló como un goloso y, cuando ella levantó las caderas hacia él, decidió responder a su pedido. Enterró la cabeza entre los pliegues, embebidos de la esencia que solo él podía percibir. Se llenó la boca del elixir que caía a gotas de la grieta suave y que recopilaba con la lengua. Brenda se retorció frenética. Volvió a llenarse los dedos de los globos que le pertenecían por derecho de la naturaleza y, atacada por tantos frentes, la observó contorsionarse, enardecida, hasta que estalló en un quejido bajo con las uñas clavadas en sus hombros.

Ajeno al dolor de los rasguños, no dejó de mimarla hasta que la energía de la espiral comenzó a disminuir de intensidad. Triel se estiró a lo largo de ella y, aferrando sus muñecas, se las colocó por encima de la cabeza y entrelazó los dedos de las manos con los suyos. Quería sentirla por completo. Examinó sus ojos, que ya no mostraban la misma luz que antes, y supo de inmediato por qué. Brenda lidiaba con sus propios demonios. No quería saber nada de él, pero la atracción irresistible había sido demasiada y al claudicar, se llenaba de culpas.

—Esto es lo que somos, Bren —murmuró sobre sus labios, y la besó con delicadeza.

Ella intentó rehuir la mirada, pero Triel, en vez de enfurecerse, sonrió un poco. Podía percatarse de que todas las células de los músculos y tejidos de ella se extendían hacia él, pero, aun así, lo desafiaba. Mujer terca... y adorable.

\*\*\*

Cuando iba a besarla de nuevo, la vibración comenzó a cambiar de frecuencia y, de súbito, escuchó un ruido de algo que caía muy cerca de ellos y que conocía a la perfección.

—¡Caídos! —bramó, y se levantó de un salto aferrándola a él. La hizo correr unos pocos metros hacia un saliente del acantilado, detrás del cual se acuclillaron—. Nos han disparado con silenciadores. Espérame aquí mientras investigo cuántos son.

—No voy a quedarme de brazos cruzados —contestó Brenda juntando la ropa, que había quedado bastante cerca de ellos, y se vistió de inmediato. El impacto de un nuevo proyectil levantó un poco de arenisca a su lado.

—¡Agáchate! —ordenó él reteniéndola del brazo y haciendo que ambos se resguardaran de los disparos. Miró hacia atrás y detectó sus armas, que sobresalían de debajo de los pantalones desparramados en la arena. Gateando, llegó hasta ellas, de las que se apoderó de inmediato, pero cuando quiso tomar sus pantalones, los nuevos proyectiles se lo impidieron. Priorizando las armas, dejó la prenda donde estaba y regresó con rapidez hacia donde se hallaba Brenda, cuyo rostro se había cubierto de frialdad profesional—. Tenemos lo que necesitamos para enfrentar a esos malditos.

—¿Qué es? —preguntó mirando lo que tenía entre las manos.

—Dos navajas, una pistola M17, otra M18 y dos granadas.

—Dame una cosa de cada tipo.

Aceptó con la cabeza y le entregó un cuchillo y la M17.

—Las granadas me las quedo yo. Y disculpa mi falta de vestimenta, pero esos hijos de puta me prefieren en bolas.

\*\*\*

Brenda sonrió con dificultad. Le había sido imposible resistir al caminante. Aunque había estado furiosa por su traición durante todo el tiempo en que habían estado separados, jamás había logrado extirpar, ni siquiera por un solo

instante, lo que se había instalado en su corazón hacía tiempo y contra lo cual había luchado tanto, pero perdido como la peor. Aunque en ese segundo, a un paso de la muerte, quizás era bueno reconocerlo de una vez: estaba enamorada de Triel Di Mónaco. ¡Y de qué manera! Ni la terrible afrenta de amenazar a su hermanito con un arma, ni su endiablada obsesión por adueñarse del símbolo, así como tampoco las terribles mentiras seductoras que había utilizado para llevársela a la cama habían sido suficientes para evitar que, una vez más, hubiese caído redonda a sus pies. Y se sentía terrible por la falta de lealtad a sus principios. Pero también debía reconocer, aunque no le gustase, que la ayuda que le había brindado con su madre redimía un poco la imagen de él.

Una nueva lluvia de balas la trajo al presente.

—Me gustaría saber cuántos de esos malnacidos hay allí —refunfuñó Triel.

Cuando escuchó esas palabras, a Brenda se le ocurrió una idea. Clavó la vista en la arena y escaneó cada rincón hasta que se topó con lo que necesitaba. Estirando el cuerpo un poco, extendió la mano.

—¿Qué haces, Bren? —preguntó Triel reteniéndole la muñeca con decisión—. ¡No quiero que te expongas!

—Debo usar mi don

—¿A qué te refieres?

—Mira y verás. —Brenda apoyó la yema de los dedos sobre un proyectil que había caído bastante cerca y de inmediato obtuvo la información que necesitaba—. Son veinte, Triel. Ocho, ubicados detrás de los arbustos de la izquierda y el resto, en cuclillas detrás de los árboles de la derecha. Están armados hasta las muelas.

Triel la contempló pasmado, de seguro preguntándose cómo había podido obtener esos datos. Pero en vez de atosigarla a preguntas, en su lugar asintió y clavó la mirada en dirección a los dos sitios exactos que le había detallado. Sin demora, Brenda lo vio quitar los seguros de ambas granadas y, a toda velocidad, arrojarlas hacia sendos escondites. A los pocos segundos, dos

espeluznantes estruendos y los cuerpos de varios caídos lanzados por todas partes, así como sus gritos de agonía, llenaron el área. De un salto, Brenda salió del refugio y, corriendo a toda velocidad, se dirigió hacia los enemigos que debían estar aturcidos a raíz de las explosiones.

\*\*\*

Triel juró y se precipitó tras ella. En ese segundo, su atención se vio interrumpida por la presencia de un caído que apuntaba a Brenda con un rifle. Emitiendo un grito de guerra, saltó a velocidad sobrenatural y, sin dar tiempo a que el tipo reaccionara, cayó sobre este, haciéndole perder el equilibrio. Sin demora, le arrebató el arma de las manos y, enlazándolo por el codo, lo arrojó al suelo como si fuese un peluche. En medio del vapor de plata que despidió por la boca y con un movimiento seco del brazo, le quebró el cuello. Cuando buscó a Brenda con la mirada, la encontró enzarzada en una trifulca con dos individuos que eran del doble de tamaño que ella, pero, aun así, a uno le clavaba el codo en la nariz y al otro le daba una patada en medio de las pelotas. Apenas cayeron, Triel la ayudó y, aferrando los cuellos de ambos, los partió como si fuesen ladrillos.

Pero esos tipos no tenían suficiente, y otros dos enormes se sumaron a la pelea. Brenda y Triel se miraron y, asintiendo con la cabeza, se posicionaron frente a cada uno. Brenda arqueó la espalda hacia atrás para eludir los puños de su enemigo y de inmediato pegó un salto en el aire, desde donde descargó un puñetazo en el rostro del sujeto, que cayó desplomado al suelo. Aprovechando su ventaja, le propinó una patada en la mandíbula que lo redujo a la inconsciencia. Por su parte, el rival de Triel había logrado aferrarlo de la cintura con los brazos y lo arrastraba hacia atrás, pero antes de caer al suelo, el caminante alcanzó a golpearle el hígado con el codo, lo cual provocó que el caído lo soltase con un gemido de agonía. Lanzando un rugido espeluznante, Triel se giró y alzó al tipo como un saco de patatas

sobre los hombros, y desde ahí lo lanzó contra unas piedras. El estallido de los huesos de la espalda del sujeto decidió su final.

Un dolor espantoso lo hizo gruñir. La sangre plateada que comenzó a drenar de varias partes de su cuerpo significaba que una buena cantidad de disparos habían dado en el blanco. Si bien el mecanismo de reparación se activaría, tantas heridas a la vez demandarían su tiempo, y no era una buena noticia cuando necesitaba proteger a Brenda. Desesperado y como pudo, Triel salió en su busca, pero cuando la encontró, el corazón se le detuvo. Su señora álmica luchaba por escapar de tres caídos que la sostenían, dos de las piernas y el otro de los brazos.

Lleno de cólera e ignorando el tormento que le ocasionaban las heridas, corrió hacia ellos, pero casi al llegar, un nuevo grupo de unos cincuenta caídos cargados de armas y de rabia surgieron del bosque. Sabiendo que aquello podría significar el final de Brenda y de sí mismo, se apresuró a emitir un llamado telepático a los demás silverwalkers para que acudiesen en su ayuda. Aunque muriese, necesitaba asegurar el bienestar de su mujer. Peleó como un poseso contra una cantidad desmesurada de caídos, a algunos de los cuales pudo quebrarles los cuellos y a otros solo desmayarlos. De la manera que fuese, tenía que llegar a Brenda, que pateaba como una fiera tratando de liberarse de las garras de los malnacidos. Un terrible golpe dado con la culata de una ametralladora contra su cabeza lo derribó al suelo. Con semejante golpazo y la pérdida constante de sangre, Triel se sintió aturdido. Pero un alarido de Brenda lo obligó a levantar la cabeza. Al verla en el suelo y con los caídos, que reían y la miraban con lujuria, una ira desconocida comenzó a eclosionar en su interior. Intentó incorporarse, pero diez guerreros lo apuntaron con las armas.

—Quédate quieto, idiota —le dijo una voz entre divertida y furiosa—. La chica que los jefes quieren está bien. Nos advirtieron que estuviese viva, pero nunca nos aclararon que no podíamos divertirnos un poco con ella.

—Si la tocan, los mato como a sapos —siseó Triel escupiendo sangre por la

boca.

El tipo rompió en una carcajada a la vez que hacía una seña con la cabeza a alguien por detrás de él. Un nuevo golpe, brutal, estalló sobre su nuca y, sin poder evitarlo, incrustó la cabeza en la arena en medio de un estado de semiinconsciencia. A través del sopor en el que se encontraba alcanzó a ver a seis caídos que se inclinaban sobre Brenda, quien berreaba iracunda, y al segundo de escuchar varios cachetazos, sus preciosos pechos quedaron expuestos a la lascivia de esos enfermos.

Se desgañitó como un demente procurando ir a su encuentro, pero otro tortazo volvió a noquearlo. Cada vez eran más caídos, y él estaba solo. Sin importarle las risotadas, comenzó a arrastrarse de nuevo, pero un chillido de aflicción de Brenda lo detuvo. Con el corazón que latía a toda velocidad y tratando de enfocar la mirada, contempló asqueado cómo uno de los salvajes le sobaba la punta de uno de los senos. Fuera de sí y con una furia inusitada, se entregó sin reservas a lo que ya había vivido una vez cuando había perdido a Brenda.

Un bramido de angustia y de fiereza salió expelido de su garganta, y todo alrededor perdió color y textura. De cada poro de su piel, así como de cada tejido y órgano que conformaban su cuerpo, estalló un resplandor platino que impulsó al mecanismo de reparación a funcionar a una velocidad exorbitante. Al mismo tiempo, una energía de un poder superior reptó por sus piernas, por las manos y por la cabeza y comenzó a generar tejidos, músculos y huesos, que encajaron en toda su magnificencia.

\*\*\*

Brenda apenas si podía mantener los ojos abiertos a causa de los golpes que le habían propinado esas bestias, pero, aun así, se dio cuenta de que algo que no era ella había captado la mirada de sus enemigos y había hecho posible que la dejaran de lado de momento.

«Por favor, que no maten a Triel», rogó angustiada con las lágrimas desbordándose de sus ojos. Se acomodó la blusa como pudo, aunque, rasgada como estaba, poco podía hacer. Aterrada, buscó la figura de Triel, implorando por encontrar su mirada irónica o la sonrisa torcida que tanto había detestado en el pasado. Lo amaba con toda el alma y, aunque no estuviesen destinados a estar juntos, solo anhelaba que saliese con vida de esa masacre. Y ella lo ayudaría. Juntando fuerzas, se irguió apoyándose en los codos y cuando lo vio, la circulación de la sangre se le detuvo.

Tirada en la arena, su figura inerte se había cubierto de una esfera de energía que aumentaba de iridiscencia hasta tal extremo que, de repente, todos los caídos se habían reclinado hacia delante con los brazos sobre los ojos. Incluso ella debió levantar la mano frente a sí para protegerse mientras las lágrimas seguían cayendo por sus mejillas. Algo en su interior se acoplaba a lo que sucedía frente a todos y la llenaba de una mezcla de congoja y admiración. Los hombres, aterrados, comenzaron a diseminarse por todos lados.

—¡Atrás! —ordenaba uno de ellos entretanto huía despavorido—. ¡Esa *cosa* tiene por lo menos quince metros de largo!

Sin saber de qué hablaban, Brenda pudo captar por entre los dedos de su mano la estampa de algo inmenso que se erigió y empezó a chillar, emitiendo un siseo que sin ninguna duda podría perforar los oídos de todos. Ayudándose con los pies, se arrastró hacia atrás, consciente de que tenía muy pocas fuerzas para escapar de lo que se encontraba a pocos metros de ella. Cuando la *cosa* de la que los caídos escapaban se alzó del todo y tapó el sol que brillaba detrás, Brenda pudo ver de qué se trataba. Y al hacerlo, su boca se abrió por completo, desencajada, recordando lo que había leído en el libro que había encontrado en la biblioteca de Gustav Chavanel:

«Como una joven princesa, la cámara de Alfhild estaba custodiada por una serpiente que asustaba a los enemigos».

«Dios», balbuceó moviendo la cabeza de un lado a otro. Triel ya no era él,



sino una serpiente monstruosa y gigantesca que se elevaba frente a la inmensidad que los rodeaba y cuyas pupilas alargadas, como el reptil que era, permanecían clavadas en las de ella. Los caídos, que se habían rearmado, empezaron a disparar contra el animal, lo cual provocó que este desviara su atención de ella y, con toda furia, se lanzara a por ellos. En su increíble magnitud, inclinó el cuello y, con la boca, de la que sobresalían dos colmillos agudos, atrapó a varios de ellos, a los que engulló vivos.

Brenda se cubrió la cara con las manos ante la cruenta matanza. Aunque había sido entrenada para lo peor, lo que sucedía frente a ella escapaba a toda su comprensión y se sentía perdida. En medio de los disparos, que no hacían mella sobre el monstruo, escuchó unos nuevos que provenían de otro sector y, a continuación, las voces de Ruryk, Damián y Gabriel. Se descubrió la cara, suspirando de alivio. Los silverwalkers habían llegado.

«El portal de Astos», pensó agradecida. Como si supiese de su arribo, la serpiente dejó de atacar a los enemigos que aún quedaban y, con los ojos, la buscó hasta que dio con ella. Manteniéndole la mirada, como si pretendiera hipnotizarla, comenzó a reptar en su dirección sacando la lengua por la boca. Brenda no podía creer lo que sucedía, porque, aunque sabía que debería sentirse aterrada, algo en su interior, que empezaba a constituirse en una afirmación, le susurraba lo contrario. Y de súbito, ella, Brenda Mori, supo con toda convicción que, aunque alguien la declarase demente, seguiría creyendo que esa bestia no le haría daño.

Conteniendo el aliento ante semejante revelación, siguió sin bajar la vista del animal, que se había detenido a solo unos metros de ella. Este volvió a sisear e, inmerso en un nuevo estallido de luz, la rodeó y el voluminoso cuerpo escamado giró con cuidado alrededor del de ella, como si tuviese la intención de protegerlo. «¿Existirás en su interior, Triel?», se preguntó quitándose las lágrimas con el dorso de la mano.

Sin obtener una respuesta, y en medio de la batalla campal que aún se libraba en las cercanías, la serpiente se lanzó de nuevo a atacar a los

enemigos, tragándose a algunos con la boca o desmembrando los cuerpos de otros con los golpes de la cola. Al cabo de unos pocos minutos, y cuando ya no quedaban caídos vivos en el lugar, escuchó el grito de los silverwalkers que anunciaba que la batalla había culminado.

De inmediato, la serpiente volvió la cabeza hacia ella y, con una delicadeza inconcebible, la tomó de la cintura con la lengua. Brenda emitió un chillido agudo de terror. Si bien hasta ese momento se había sentido cuidada por el animal, aquello era diferente y no sabía a qué atenerse. ¡Podía comérsela de un bocado! No solo eso, sino que cuando se dio cuenta de que se dirigían al mar, empezó a pedir auxilio a los silverwalkers vociferando con todas sus fuerzas. Pero estos, parados en la costa, no hicieron nada, salvo contemplarlos como si estuviesen en trance.

Cuando se disponía a insultarlos por cobardes, sin saber cómo, fue lanzada por la bestia a la parte superior de su cabeza, donde pudo aferrarse a unos pequeños cuernos que sobresalían a los costados. Y al instante siguiente, se sumergió en las frías aguas del mar.

## Capítulo 42

Aterrada se sentía. Y desde hacía un buen rato, había perdido la noción de las horas en las que permanecía adherida a la serpiente. La velocidad a la que se desplazaba era extraordinaria y, debido al impacto del viento, Brenda casi no podía abrir los ojos. Las inmensas olas nacían del centro del colosal cuerpo, que se movía en forma sinuosa a través del agua, y se expandían hacia afuera, agradecida de que no estallasen sobre su cabeza. Tenía mucho frío y sus manos se habían entumecido por aferrarse a los cuernos del animal. Como si supiese de su existencia, no se había sumergido, sino que, por el contrario, permanecía flotando sobre la superficie azul.

Al oír un estruendo, se asustó, y lo que comenzó a erigirse frente a ella la dejó sin aliento. Masas inconmensurables de tierra y de piedra se elevaban desde el fondo del mar y, con un ruido similar a un lúgubre quejido, se retorcieron para conformar un canal que les permitió avanzar sin desviar el curso. El elemento que Triel manejaba se manifestaba una vez más, esta vez para facilitarles el viaje.

El frío apabullante cesó un poco, pero, después de tantas horas de pánico, las fuerzas de Brenda se agotaron. Y sin darse cuenta, cerró los ojos y se quedó dormida.

\*\*\*

Una sacudida la obligó a abrir los ojos. El gran volumen de agua había desaparecido y, en su lugar, una majestuosa playa de color manteca se prolongaba hacia el horizonte. Por detrás, un bosque de hayas y abedules extendía sus brazos como si tuviese la intención de cobijarla.

«¿Dónde estamos?», se preguntó. La serpiente zigzagueó sobre la arena y al llegar al borde de la vegetación, inclinó el cuello y apoyó la cabeza en el suelo. Brenda se apeó tratando de mantener el equilibrio. Su cuerpo temblaba de terror e incertidumbre ante un muy posible ataque de esa alimaña. Pero apenas apoyó los pies en la arena, esta se irguió y desde las alturas la contempló con las pupilas dilatadas.

—Triel —susurró, incapaz de creer que, en el interior de ese depredador, existiese la persona a quien le había entregado el corazón.

Tímidas lágrimas se derramaron de sus ojos. Habían sucedido tantas cosas en tan poco tiempo que su corazón se sentía a punto de explotar. Y lo que veía frente a ella... «¡Dios!», la enfrentaba con el lado oscuro del silverwalker. Pero ¿podía juzgarlo cuando una bestia tan escalofriante vivía en su interior?

Agotada, cayó de rodillas. Por su parte, la serpiente se desplazó hacia un costado y se enroscó con sigilo, como si temiese asustarla más aún.

Brenda se sentó y, doblando las piernas, las envolvió con sus brazos y apoyó el mentón sobre las rodillas. Su cuerpo no dejaba de tiritar y los dientes se entrechocaban. Pero no le importaba. Lo único que la afligía era saber si Triel estaría bien. ¿Qué podía hacer para ayudarlo?

«Solo esperar, Bren», escuchó dentro de su cabeza. Y se asustó.

—¿Eres tú? —exclamó mirando hacia el animal. Pero no recibió ninguna respuesta.

Se enjugó las lágrimas con los dedos y decidió seguir los consejos de esa voz. Estaba segura de que había sido él. Se cubrió el cuerpo de arena, que todavía le resultaba cálida, y aguardó. Y lo que podrían haber sido minutos se transformaron en horas hasta que el monstruo, en medio de siseos, empezó

con estertores. Brenda se arrastró hacia atrás al ritmo de los latidos de su corazón y se refugió detrás de unos arbustos. Pero la bestia no se movió. En cambio, empezó a evidenciar una transformación. Desde el centro del pecho, una luz iridiscente se propagó hacia el exterior y, conformando una burbuja, se proyectó sobre su cuerpo. Retorcía y golpeaba la cola contra la arena, que salía disparada hacia todas direcciones, como si se sintiese dolorida.

De pronto, y acompañando las embravecidas olas del mar que rompían contra la costa, el animal abrió la boca y, mostrando los colmillos, pareció que iba a gritar. En cambio, un aura de energía explotó. Si bien Brenda se apresuró a colocar las dos manos frente a sus ojos para protegerse, alcanzó de todas maneras a ver lo que sucedía al frente. La envergadura de la serpiente había disminuido y en su lugar sobresalía la figura de un cuerpo masculino repleto de escamas que, recostado sobre un montículo de arena, respiraba con dificultad. Brenda se acercó manteniendo una distancia prudencial. Gimió y emitió un sollozo bajo al corroborar lo que había sospechado.

—Triel —musitó. El silverwalker, con los ojos cerrados y la respiración ralentizada, emitía un ronco quejido por el dolor. Lo que sucedía, y que Brenda no sabía cómo llamar, lo hacía padecer.

De súbito, el caminante clavó las pupilas sobre las suyas. El impacto de verlas convertidas en dos líneas plateadas produjo un vacío en su vientre, y un cúmulo de lágrimas cayó de sus ojos. Gobernada por una fuerza diferente que nacía de sus entrañas, Brenda se obligó a dar unos pasos en dirección a Triel. A medida que se acercaba, se dio cuenta de que las placas comenzaban a desaparecer y una casi imperceptible ternura se reflejó en la mirada aún animalesca.

«¿Será posible que sepas quién soy?», balbuceó para sí, y nuevas lágrimas arrasaron. Se detuvo y pudo apreciar que donde antes había habido heridas profundas, en su lugar la piel sana las iba reemplazando. Pero la bestia seguía padeciendo.

Ver a Triel tirado en ese estado destrabó, de repente, sus resistencias. ¿Qué

más podía exigir de él? Había sido un canalla, pero también había dado todo de sí para ayudarla. Y el animal mitológico frente a ella, en condiciones de extrema debilidad, representaba la expresión visible de las penurias que el caminante acarreaba en su alma. Y con ese entendimiento, se produjo el milagro. Las barreras de su interior se alzaron para dar paso a un fuego abrasador: la llama de la redención de Triel. Y Brenda fue consciente de que en sus propias manos radicaba el permiso para que se llevase a cabo.

Se arrodilló y acercó su rostro. Triel la observaba con una agonía que le partía el alma y, sin dudarlo, estiró la mano y le acarició la mejilla. Gruesas gotas se derramaron de los ojos, que, poco a poco, volvían a ser negros, y se unieron a las de ella. Se acostó a su lado y colocó la cabeza sobre el pecho firme. Cuando sintió las caricias suaves en su pelo, Brenda sonrió. Había llegado a casa.

## Capítulo 43

**F**runció la nariz. Con la mano intentó quitarse lo que le hacía cosquillas, pero sin éxito. Se obligó a abrir los ojos. Y con lo primero que se encontró fue con un torso amplio sobre el cual descansaba su mejilla. Levantó la cabeza sobresaltada.

—No tengas miedo —dijo Triel con ternura—. Ahora sabes lo que soy.

Desnudo, el caminante yacía acostado a su lado y le acariciaba el rostro con la yema de los dedos. Sonreía apenas, expectante. Quizás esperaba que lo rechazase como tantas veces antes, con razón. Pero después de lo vivido el día anterior, Brenda había comprendido muchas cosas de Triel. Y no sentía miedo de afrontar esa verdad. Su capacidad de perdonar había cambiado de dimensión y estaba segura de por qué.

—¿Los señores álmicos? —preguntó con un nudo en la garganta. El caminante asintió y la contempló con intensidad. Pero aún no estaba preparada para discutir sobre algo tan delicado—. ¿Y qué fue esa serpiente? —quiso saber en cambio.

—Lo que intuiste hace un instante: la manifestación de un legado.

—¿Tiene que ver con el símbolo impreso en tu cuerpo?

Brenda se lo acarició con las yemas de los dedos.

—Sí. Es un don recibido por los miembros de la estirpe que hemos atravesado vivencias traumáticas. Si bien nos han fortalecido para la lucha, también nos han colmado de demonios interiores, representados por el animal

mitológico impreso en nuestra piel. Experimento en mi cuerpo y en mi alma el precio de mis actos.

—¿Qué es lo que activa ese legado?

—Cualquier situación que nos supere.

—¿Cuándo se activó el tuyo?

Lo escuchó tomar aire muy profundamente. Estaba segura de que le costaba decirlo.

—Cuando pensé que no podría recuperarte.

—Dios...

Brenda contuvo el aliento. Triel había llegado a lo más hondo de su alma por ella. Y se sintió humilde.

—¿Alguna otra pregunta? —lo oyó decir. Lo percibía vulnerable y debía respetarlo.

—¿Todos los silverwalkers poseen uno?

Triel negó con la cabeza.

—Hasta ahora solo Damián y yo, aunque en la historia de la estirpe ha habido otros que también lo han portado. Es un llamado de nuestra existencia que nos recuerda que debemos superar lo que nos limita.

—¿Entonces Maia...? —No podía imaginar lo que habría significado para su tierna amiga aceptar algo así.

Triel emitió una pequeña carcajada.

—Ella sabe muy bien cómo manejar a Damián cuando se transforma.

—¿Es un dragón?

—Sí.

—Dios mío...

—Quédate tranquila. Mi hermano y su animal aman a Maia con locura.

Brenda se detuvo en su mirada. Triel comenzaba a cobrar ante sus ojos un sentido por completo diferente. La complejidad en la que vivía era tan profunda que recién en ese momento empezaba a dimensionar su verdadera esencia. Tratar de medirlo con la misma vara que a un ser humano era un



imposible. Su existencia exigía otra clase de empatía. Y ella podía hacerlo.

Aliviada, respiró profundo. Apoyó la cabeza sobre los pectorales y con cuidado tocó el vello suave que los cubría.

–No te he preguntado cómo estás.

Los dedos de Triel se movieron con delicadeza entre sus cabellos.

–Admirado por tu valentía y generosidad.

Sonrió.

–Me refiero a tu cuerpo.

–En pelotas.

Brenda estalló en una carcajada baja.

–No hace falta que me lo digas. Me refiero a lo que ha atravesado con la conversión.

–Tu presencia ha hecho que se produjera a una velocidad superior de la normal y el dolor ha sido menor.

–¡Fui testigo de tu agonía!

Triel sonrió.

–Puedo asegurarte que no fue nada en comparación con las veces anteriores.

–¿Y eso por qué?

–Porque tú eres mi señora álmica.

Se quedó en silencio, evaluando la respuesta.

–Me gustaría que me explicaras con mayor detalle qué son las señoras álmicas.

Asintió.

–Hay de dos tipos. Las denominadas «señoras álmicas» a secas, que son las mujeres exclusivas para cada varón de la estirpe. Y las «señoras álmicas de plata», que son las féminas destinadas a los silverwalkers, aunque en el día a día las llamemos de la misma forma que el primer grupo. Estas últimas son dueñas de una biología excepcional y compatible solo con la nuestra. La unión de nuestras almas generará una unidad de conciencia superior dentro de

la casta de los silverwalkers y de toda la Estirpe, así como la posibilidad de la procreación. Por eso, para que la unión se produzca, hace falta aceptar «el camino del reconocimiento», que implica identificar a la pareja complementaria. A través de estos vínculos sagrados, surgirá una nueva raza de silverwalkers, con una mayor conciencia y comprensión, que perfeccionará el modo de operar de la casta e impulsará su evolución hacia niveles superiores.

»Aniel, Maia y tú son almas enlazadas a nosotros por un poderoso y delicado entramado de finas hebras de plata, que han permitido nuestra reunión. Pero no todos hemos sido conscientes de esto, por lo que el camino del reconocimiento ha demandado tiempo y esfuerzo. —Respiró profundo y la miró con detención—. Por eso los jerarcas nos advirtieron hace tiempo que el encuentro y reconocimiento de los señores álmicos de plata implicaría experimentar un amor en donde nadie pertenece a nadie. Se trataría, en última instancia, de una elección.

Bajó la mirada, consciente de que necesitaba asimilar toda esa información.

—Hay algo que no sé si comprendí bien —dijo cambiando el rumbo de la conversación.

—Dime.

—Si ustedes se unen a mujeres que no sean señoras álmicas, ¿se puede dar la reproducción?

—No.

—¿Y eso?

—Nuestra biología es un poco diferente de la del resto de la Estirpe. Y por completo selectiva. Debido a eso, solo se producirá la procreación si nos emparejamos con la señora álmica de plata que nos corresponde por derecho natural. Es el caso de Aniel y Gabriel, que son padres de León. Y tengo noticias. —Brenda levantó las cejas, expectante—. Maia está embarazada de Damián.

Una sonrisa brillante se dibujó en su rostro.

—Nuestra adorada pequeña —susurró emocionada—. ¿Se encuentra bien?  
¡Tu hermano es enorme para ella!

Triel le acarició la mejilla con los labios, y Brenda comenzó a temblar.

—Maia no puede estar en mejores manos. Damián daría la vida por ella.

Un dolor agudo se instaló en su pecho. Las cuatro amigas se habían jurado que nunca tendrían hijos, pero allí estaba, siendo la tía postiza de uno y de otro en camino. Sin embargo, se encontraba lejos de Aniel y Maia. Sacudió la cabeza, decidida a continuar escuchando la historia que Triel le revelaba.

—¿Y qué pasa con la gente del resto de la estirpe?

—Las reglas son diferentes. Pueden emparejarse con otros que no necesariamente sean señores álmicos, aunque los matrimonios más prósperos son entre estos. Pero como no todos los respectivos compañeros están vivos, pueden unirse a alguien que no lo sea.

—¿Y funcionan estos vínculos?

—No siempre.

—¿Existe el divorcio?

—Sí, si hay acuerdo previo entre ambas partes.

Brenda se quedó detenida en sus pensamientos, hasta que quiso saber:

—¿Pueden engendrar hijos?

—Sí. Mis padres, por ejemplo, no eran señores álmicos, pero nos tuvieron a Damián y a mí. —Brenda levantó la cabeza y lo escrutó. Tenía algo en la punta de la lengua, pero no sabía cómo expresarlo—. Puedes preguntarme lo que quieras.

Respiró profundo ante su amabilidad.

—¿Por qué dices que soy tu señora álmica de plata?

—Porque el día que desapareciste, se expuso la evidencia concreta de quién eras.

Lo miró confundida.

—¿A qué te refieres?

Triel la observó con intensidad.

—La respuesta puede parecerle un poco imprudente.

—No me importa. Quiero conocerla.

—Un silverwalker puede llegar a la eyaculación de forma natural exclusivamente con su señora álmica. La cópula con una mujer de otra esencia hace imposible este hecho.

Los ojos de Brenda se abrieron como platos.

—¿Me estás diciendo...?

—Que, por primera vez en setecientos años, derramé mi semilla cuando me masturbaba pensando en ti.

Un escozor en la garganta la hizo toser. Se incorporó e intentó hacer entrar aire a sus pulmones en tanto Triel le palmeaba la espalda con cuidado y sonreía. Cuando se sintió más aliviada, lo miró con cautela:

—¿Y qué sucede cuando una señora álmica de plata se une a alguien que no sea el silverwalker que le corresponde?

—Conllevaría la esterilidad y, en la mayoría de los casos, la muerte.

—Terrible... —balbuceó choqueada.

—Por lo tanto, sé que jamás has estado con alguien.

—Quizás he quedado estéril —lo desafió.

Los músculos de la mandíbula de Triel se contrajeron. Conocía lo celoso que podía llegar a ser, pero, contrario a lo que esperaba, se mantuvo bajo control.

—No. Pude sentirlo y verlo cada vez que ingresaba energéticamente en tu interior —respondió—. La espiral de luz, la que intentaste describirme en el Delta y no te permití hacerlo, es infalible. Me di cuenta de ello a medida que comprendía mejor nuestra relación.

¿Qué podía decirle? ¿Mentirle? Nunca se había sentido atraída por nadie, ni siquiera por John. El único que le había provocado un estallido en el alma era él.

—Es verdad.

Triel la acomodó mejor en sus brazos y Brenda apoyó la cabeza en el hueco

de su hombro.

—Entonces, ¿has visto la espiral?

El caminante asintió.

—La primera vez que sucedió fue la noche en que me di cuenta de que eras mi señora álmica. —Permanecieron en silencio durante un buen rato, absortos en sus pensamientos. Brenda no tenía la menor idea de dónde se encontraban, pero la playa y el mar eran los acompañantes perfectos para ese momento de revelaciones—. ¿En qué piensas? —le preguntó Triel, y al hacerlo, el aire de sus pulmones retumbó en su oído.

—¿Dónde están tus padres?

Percibió su desazón y se sintió mal por su imprudencia. No habían hablado con anterioridad de ellos, pero después de lo que había experimentado con su madre, sentía que quería descubrirlo como el Triel niño que alguna vez había sido.

—Muertos.

Su respuesta fue como un mazazo a su estómago.

—¿Los caídos?

—No.

Era evidente que era un tema que quería obviar. Y se obligó a frenar su curiosidad. Triel hablaba muy poco, y menos de sus cosas. Sin embargo, desde que se habían reencontrado, el caminante hacía enormes esfuerzos para poder comunicarse. Y lo valoraba con toda su alma.

—Soy una entrometida. Te pido disculpas.

—No hay nada que disculpar, Bren. Es una historia larga y compleja. Mis padres, al no ser señores álmicos, padecieron lo suyo. Mi padre se unió a mi madre cuando su verdadera compañera había fallecido y, desconsolado, buscó refugio en sus brazos. El problema es que nunca superó la muerte de su señora álmica y nos hizo padecer a los tres su dolor. Era un tipo muy violento y descargaba su furia en mi madre y en mí de forma permanente.

Brenda contuvo el aliento. Había estado tan absorta en sus propias

emociones que no se había dado cuenta de que Triel también acarrearba lo suyo.

—¿Y Damián?

—Era el que lo enfrentaba. Solo es un par de años mayor que yo, pero fueron suficientes para que se hubiese atrevido a hacerlo. Damián se consideraba responsable del bienestar de nuestra familia.

—¿Y tu mamá?

—Era muy buena, pero débil. Vivía aterrada por Fulco, así se llamaba nuestro padre. Un día, se presentó de la nada el señor álmico de mi madre, quien vino a reclamarla. Furioso, Fulco lo retó a un duelo. Te aclaro que en la estirpe los enfrentamientos no son a muerte, pero cuando lo perdió, se puso tan iracundo que mató a su enemigo por la espalda. Al poco tiempo, mi madre murió de pena. No pudo resistir la pérdida de su verdadero compañero.

—¿Y Fulco?

—Fue desterrado de la estirpe por traición y asesinato, por lo que se volvió loco. Antes de partir, intentó asesinarme porque me parecía mucho a mi madre, pero cuando estaba a punto de hacerlo, Damián acudió en mi auxilio y acabó con él.

Las lágrimas de Brenda se derramaron incontrolables. La vida de Triel estaba cargada de tormentos y ella comenzaba a comprender. Un alma castigada de esa forma no siempre podría escuchar razones y procedería desde sus carencias. Triel, sencillamente, había crecido sin amor. Y las palabras de su madre regresaron a su memoria:

*«Por favor, si algún día el amor llega a tu puerta, no lo desoigas. Recíbelo, porque es un regalo que pocos tienen la capacidad de dimensionar hasta que lo viven. Y te transforma, hija. Te juro que lo hace».*

Limpiándose las lágrimas con las yemas de los dedos, lo miró con detención.

—Lo siento tanto.

Triel le devolvió la mirada con un fulgor diferente. Uno que jamás había

visto con anterioridad.

–Te amo, Brenda.

Había anhelado tanto escuchar esas palabras que no podía creer que fuesen ciertas.

–Por favor —rogó, y las lágrimas arreciaron—. No se te ocurra mentirme.

Triel se incorporó y le tomó el rostro con las manos con extrema delicadeza.

–Lo que acabo de decirte es lo más sincero que he expresado en mi vida, Bren. Te lo juro por mi madre.

–Pero la confianza...

La acercó más a él hasta casi chocar sus narices.

–No he sido creado para las palabras. Tampoco sé si después de lo que has visto de mí tenga derecho a pedirte algo. Pero mi genética está basada en pelear hasta conseguir lo que quiero, aun cuando muchas veces me haya equivocado de la manera más ruin al hacerlo. Por eso, lo único que me queda es, como mi cuerpo en este instante, desnudar mi alma ante ti y rogar por que me permitas demostrarte con acciones lo que ha salido de mi boca.

No pudo contener un sollozo bajo. Triel la miraba enfebrecido sin dejar de envolverle las mejillas.

–Pero quizás lo que distinga solo sean mis propias ilusiones, Triel. Y no quiero más de eso.

–No, Bren. Tú eres la única que sabe con exactitud quién soy y, por lo tanto, la que puede decidir de aquí en más. Te otorgo ese poder. Es tuyo.

–Pero ¿en qué momento cambió todo, Triel?

Él le secó las lágrimas que caían por sus mejillas.

–Cuando te perdí.

Y los ojos negros se volvieron acuosos.

–Si todo esto tiene que ver con el símbolo, sabes perfectamente que no sé de qué se trata. Es más, si algún día se revela, puedes quedártelo. No lo quiero. El dolor que he experimentado por su culpa es demasiado grande y su

sola mención me provoca náuseas.

—Somos dos —musitó Triel—. Después de amenazar a tu hermanito y arrojar el arma hacia algún lugar, renuncié a esa cosa. No la quiero, Bren. Dásela a quien tú desees. —Las pupilas refulgieron de plata.

—¿Por qué tiraste al arma?

—Porque me sentí el ser más despreciable del planeta.

—Pero estaba cargada y alguien podría haber hecho un mal uso de ella.

Triel negó con la cabeza.

—Nunca lo estuvo.

Brenda lo miró con los ojos como platos.

—¿Cómo?

—El arma estaba vacía. Fui un cretino.

—Dios...

Triel la aferró con más fuerza.

—No hay más secretos. Te he mostrado de todas las formas posibles el monstruo que puedo llegar a ser, sin embargo, ese monstruo te ama y anhela tu perdón.

Envolvió las manos en las de él.

—Te he perdonado, Triel.

La escrutó con la mirada durante un tiempo que le pareció eterno.

—Aunque no tenga derecho, quiero pedirte que te quedes a mi lado.

Brenda aspiró hondo y respondió con un nudo en la garganta:

—Tengo miedo de entregarte mi corazón de nuevo.

El caminante apoyó la frente contra la de ella y con la voz quebrada susurró:

—Te prometo que derrumbaré con cada uno de mis actos tus resquemores.

—Se quedaron en silencio, abrumados por la amargura. De repente Triel alzó la cabeza y la escrutó con detención—. Te propongo algo.

—¿Qué?

La voz de Brenda estaba por completo congestionada de tanto llorar.



—Tomemos lo que nos pasa sin prisa porque, sobre todas las cosas, deseo que te quedes tranquila y te sientas segura. Por cada bendito día que pases a mi lado, serás tú la que decida si quieres permanecer conmigo o no. Estoy dispuesto a esperarte el tiempo que haga falta.

Brenda se quedó absorta por sus palabras, porque era lo que necesitaba escuchar. Si debía ser honesta consigo misma, su corazón siempre había sabido quién era Triel, pero su mente también debía aceptarlo. Y esas palabras le daban paz, lo cual, quizás, auguraba un buen comienzo.

Asintió despacio. Al hacerlo, una lágrima gruesa surcó la mejilla del caminante. Y en voz muy baja pero firme, este afirmó:

—Me rindo, Bren.

## Capítulo 44

*Isla de Bornholm, mar Báltico*

— ¡Tienes cabañas en todos lados!

Triel sonrió. Desde hacía dos días Brenda y él se encontraban en la isla a la cual la serpiente los había llevado, llamada Bornholm. Quizás el animal, extenuado y con el instinto de proteger a la joven, había intuido que ahí encontrarían lo necesario para abastecerlos y por eso se había detenido. Su relación con la serpiente era muy reciente y no estaba seguro de cómo manejarse con ella.

—Nuestras misiones nos llevan a muchas partes del mundo, por lo que las necesitamos. Disponemos también de otras clases de viviendas y de vehículos. Lo has constatado con el hotel y la camioneta en Rusia.

Brenda asintió.

—Te comprendo, porque la corporación en la que trabajo también tiene lo suyo.

Triel le sirvió una taza de café que la joven aceptó con mucho gusto. Desde el día que llegaron, y después de la charla en la cual se habían puesto de acuerdo con el tipo de relación que iniciarían, la actitud de Brenda había cambiado. Se mostraba más alegre, abierta y dispuesta, casi como cuando la había conocido, aunque solo le permitía besarla o abrazarla. Cuando habían ingresado a la cabaña y le había enseñado las habitaciones, Brenda había escogido una separada de su dormitorio para dormir. Y se conformaba. Si

bien él la había elegido, todavía quedaba esperar el veredicto final de parte de ella.

—Al menos no me tienes que ver desnudo por todos lados.

Una carcajada llenó el lugar. Y su espíritu. Esa mujer, definitivamente, obraba milagros en él.

—Fue lo primero que pensé cuando vi el guardarropa de tu habitación.

Se sentó frente a ella y, de pronto, la miró con seriedad.

—Nunca te mostré la foto del individuo que intentó secuestrarte.

—Tu teléfono se perdió con tu ropa en Rusia.

—¿Crees que tengo solo uno? —La observó asombrado—. Vamos, Brenda. No me digas que a ti no te pasa lo mismo y que no tienes varios en diferentes partes del mundo con la misma información.

La chica sonrió y los hoyuelos le provocaron una inevitable erección.

—Tienes razón.

Triel se levantó para ir a su habitación y regresar con un dispositivo. Buscó la foto y se la mostró. Cuando Brenda la miró, su rostro evidenció un cierto recelo.

—Me recuerda a alguien, pero no sé exactamente a quién.

—Pensé que me contestarías algo así.

—¿Qué quieres decir? —preguntó confundida.

—Que Chavanel y Drage mantienen ocultas sus sorpresas.

—Ya sabemos que están detrás de todo esto.

Triel la escudriñó y, de repente, supo lo que tenía que decir. Necesitaba abordar el tema, aunque le resultase difícil.

—Prometo que hablaremos de este asunto más tarde, pero ahora me urge tocar otro punto.

—A ver.

—Hemos permanecido en esta isla el tiempo necesario para reponernos de lo que vivimos hace dos días. Te prometí también que partiríamos lo antes posible para reunirte con Seber. —Brenda asintió—. Pues quiero

acompañarte.

Lo miró con los ojos grandes.

—¿No tienes misiones que cumplir?

—La única que me importa es la que tiene que ver con la chica que está sentada al frente mío. —No le pasó desapercibido el brillo de satisfacción en su mirada—. Deseo pasar tiempo a tu lado para que veas que voy en serio. Además, le debo una disculpa a Seber.

Brenda lo observó con atención.

—Nada me gustaría más —contestó al fin.

Triel sonrió y estiró la mano sobre la mesa para abarcar la de ella, que le devolvió el gesto. Al percibirla cercana, una urgencia creció en su interior. La atrajo hacia él y la obligó a sentarse a horcajadas sobre sus muslos. Sin perder un segundo, le envolvió la cara con las manos y la besó. Devoró hambriento los labios y entrelazó los dedos en la cabellera que caía sobre sus muslos. Brenda se aferró a él con la misma intensidad y le devolvió el beso. Cayeron desplomados sobre la alfombra y Triel acomodó el cuerpo sobre el que tanto amaba y que lo excitaba como ningún otro. Enredó las piernas con las de ella para sentirla más cerca y se entregó a la frenética pasión que lo consumía desde que se había topado con esa mujer.

Su lengua invadió el interior de la boca de Brenda y no se detuvo hasta encontrar la de ella, que lo recibió con anhelo. Envolvió su cabello en un puño y tiró hacia atrás para exponer el cuello con olor a lavanda. Repartió besos a lo largo de la piel suave al mismo tiempo que con la otra mano bajaba el tirante de la camiseta hasta encontrarse con los senos llenos. Los abarcó con las manos y gozó de su calidez. Sin demora, le arrancó el sostén y se llevó a la boca uno de los pezones, erectos como frutillas, que se comió con gusto. Brenda gimió y curvó la espalda para exponer sus pechos aún más. Los adoró por un largo rato hasta que las uñas de ella se enterraron en su espalda.

Dolorido y con la entrepierna a punto de estallar, se colocó de rodillas y la llevó con él, sin dejar de atender los senos hinchados. Era tal el fuego que lo

abrasaba, que Triel creyó desintegrarse en los brazos de su señora álmica. Todo lo que Damián y Gabriel le habían explicado sobre la sacralidad de esa unión comenzaba a tener sentido. Siempre había querido a Brenda, pero aceptar que la amaba con cada fibra de su alma lo unía a ella de forma categórica. Y su cuerpo lo sabía. Reaccionaba con una urgencia que jamás había experimentado.

Le aferró las mejillas para obligarla a mirarlo y exclamó con voz grave:

—¡Brenda! Te amo. —Los ojos color café se cuajaron de lágrimas—. No lo dudes, mi amor. Nunca más.

Y volvió a besarla. Brenda atrapó su melena y tironeó con fuerza. El dolor lo embriagó y lo enardeció de una forma indescriptible. Nada de lo que sucedía entre los señores álmicos podía explicarse con palabras. Solo se trataba de sentir.

De forma repentina, un estallido sacudió la cabaña.

—¡Nos atacan! —bramó Triel, quien, levantándose con urgencia, arrastró a Brenda con él.

Intentó correr hacia la habitación donde tenía las armas, pero no llegó a tiempo. En un estruendo, la puerta de la vivienda cayó despedazada y a través de ella ingresaron cinco hombres. El último de ellos provocó que Brenda empalidciera.

—John —susurró.

Triel colocó su gigantesca figura entre Brenda y el tipo al que hacía rato quería tener enfrente.

—¿Qué quieres?

Carter sonrió de lado.

—A ella.

\*\*\*

Brenda aprovechó ese momento para ubicarse a la par de Triel, que parecía

una estatua de mármol con la vista detenida en John.

—Por favor, John. No te preocupes, que está todo bien. ¿Y quiénes son estos señores? —preguntó señalando a los otros cuatro individuos a los que no conocía. O, al menos, no creía haberlos visto en la corporación.

—Ven conmigo, Bren.

—Ella no se mueve de aquí —siseó Triel.

Sabía que, de no actuar enseguida, esos dos iban a terminar mal, y era lo último que deseaba. A Triel lo amaba y a John lo consideraba su mejor amigo.

—Te lo ruego, Triel. Déjame manejar esto a mí.

—No confío en él.

John emitió una carcajada baja y replicó:

—Lo bien que haces.

—¡John! —exclamó Brenda—. Deja de decir tonterías y escúchame. Triel me ha ayudado y le estoy profundamente agradecida. Así que vuélvete por donde has venido, que yo regreso en unos días. Triel me acompañará para encontrarnos con Seber...

—¡Ni se te ocurra!

El bramido de su amigo la preocupó. Nunca lo había visto en ese estado.

—Si no dejas de gritarle, te juro que voy a destrozarte —musitó Triel.

—Pero ¿qué te pasa, John?

Brenda se sentía recelosa porque algo no estaba bien. De súbito, el rostro de su amigo cambió de semblante por completo. Le recordó un demonio oscuro.

—Me cansé, Brenda. Y las cosas se complican cada vez más.

—¿A qué te refieres?

John la escrutó con unos ojos diferentes. Percibió maldad en ellos y se le hizo un nudo en la garganta.

—He venido a buscarte a ti y a lo que viene contigo.

—Brenda te ha dicho muy claramente lo que ella y yo haremos, así que márchate.

—¡Cállate! —gritó John, y desvió la mirada hacia Brenda—. Quiero el símbolo.

Brenda sintió que las piernas se le volvían gelatina, y hubiese caído al infierno si no hubiese sido por los brazos de Triel que la sostuvieron junto a él.

—¿Tú también?

Los ojos se le humedecieron. Estaba harta de esa cosa y de lo que generaba en la gente a su alrededor. John sonrió.

—Siempre, Bren.

—No la llames así, cretino —advirtió Triel.

—¿Y tú qué? ¿Acaso no quieres lo mismo?

Percibió los músculos del cuerpo del silverwalker tensarse por la furia.

—Ya no.

John emitió una fuerte carcajada.

—Así que te ha tocado duro, ¿no? Pues ¡bienvenido al club!

Triel amagó con lanzarse hacia John, pero Brenda lo tomó del brazo con fuerza y exclamó:

—¡No! Esto es entre él y yo. —Y miró al que alguna vez había sido su amigo del alma, pero que en un instante se había convertido en un verdadero desconocido—. ¡Explícate!

John la sondeó y después de un rato, respiró hondo.

—Está bien. Te contaré todo para que sepas que quiero ir de frente contigo.

—Has esperado seis años para ello —susurró devastada.

John asintió.

—Todo ese tiempo he trabajado contigo con la intención de prepararte para este momento. Porque siempre supe quién eras.

—¿Y quién soy, según tú?

—Una mujer de la Estirpe de Plata. —Brenda contuvo el aliento, y una angustia le recorrió la espalda. Triel la acercó aún más a él, con seguridad porque la había captado—. Te he investigado de todas las maneras posibles

hasta que corroboré que eras una guardiana.

—Nuestra organización desconoce este tema, John. Entonces, ¿de dónde obtuviste la información?

—De los caídos.

Tragó en seco. ¿Sería posible que John...?

—Sí, Bren —le susurró Triel al oído. Una vez más, había leído sus pensamientos.

—¿Tienes una alianza con ellos?

—Exacto. Con Gustav Chavanel y Brad Drage.

—¿Dónde está Seber? —gritó espantada. ¿Su hermanito habría caído otra vez en manos de esos desalmados?

—Tranquila.

—¡Te mataré, traidor! —chilló, y se abalanzó sobre él. Pero un brazo de hierro la aferró de la cintura—. ¡Creía en ti!

—Y podrás seguir haciéndolo, pero a mi lado, como mi compañera. Y el símbolo será nuestro.

—Antes tendrás que matarme —alegó Triel mientras intentaba retener a Brenda, que se revolvía como una fiera.

—¡Jamás! Y escúchame bien, ¡nunca te perdonaré esto! —bramó colérica.

Estaba harta de que los hombres a los que quería la traicionasen de alguna forma. Pero lo de John era todavía peor, porque había planeado durante años su golpe y había escondido su podrida alma detrás de una fachada.

—Sé que no lo entiendes ahora, pero imagínate lo que podríamos lograr con el símbolo en nuestras manos.

Se detuvo, cansada de forcejear con Triel, que, estaba segura, no la soltaría.

—¡No sé de qué se trata!

—Pues nosotros conocemos lo suficiente.

—Ilumíname —exigió Brenda con ironía.

—Con el símbolo limitaríamos el poder de los silverwalkers y los caídos nos empoderaríamos a niveles tan insospechados que podríamos destruirlos



por completo. Incluso Mónica ahora pertenece a nuestro grupo.

Brenda negó con la cabeza, frenética.

—Deja a mi madre fuera de esto, cabrón. —Y de repente, se quedó sin aliento al recordar la cara del sujeto de la foto—. ¡Ese hombre que me quiso secuestrar era uno de los de nuestra organización! Por eso no detecté su energía.

John asintió.

—Te cruzaste con él un par de veces en algunas de nuestras misiones. Su fracaso contigo casi me cuesta la cabeza. Drage estaba realmente furioso.

—¿Y qué más hiciste contra mí? O, mejor dicho: ¡déjame adivinar! Porque siempre me quedé con la intriga de algo que puede cobrar sentido ahora. ¿Eras tú el que manejaba el coche negro en Stjær antes del ataque de los caídos? ¿Fuiste tú el que les informó de mi paradero?

El muy crápula sonrió.

—Has acertado. Cuando partí de tu casa, me subí a otro vehículo y te seguí. Como todavía soy humano, tu cuerpo no me reconoció, y por lo tanto no vibró como lo hace cuando identifica a los caídos. Después intercambié el vehículo con el de ellos.

—¿Todavía humano? —repitió confundida.

John asintió.

—He solicitado transformarme en un caído, lo cual me permitirá prolongar mi existencia y tener mayor fortaleza física para ayudarte cuando se produzca la revelación del símbolo. De esa forma tú y yo podremos formar una pareja memorable, capaz de dar un nuevo rumbo a la raza de los caídos.

Un gruñido ronco de la garganta de Triel le advirtió que el caminante debía de estar haciendo un esfuerzo loable para no atacar a esa porquería que tenían delante.

—Drage y Chavanel me quieren muerta, John.

—Jamás te tocarán si permaneces a mi lado. He hecho un pacto con ellos.

Brenda entrecerró los párpados.

—Entérate, John. Nunca tendrás el símbolo. Y menos a mí.

La expresión en el rostro del hombre se volvió más demoníaca.

—Entonces no me dejas otra opción.

John hizo seña con la cabeza a sus hombres y dos de ellos acarrearón un bulto, envuelto en sacos de arpillera, que se movía. Al depositarlo en el suelo, Brenda supo de quién se trataba. Y no pudo evitar un sollozo bajo, ante lo cual Triel la aferró con más fuerza contra sí.

Uno de los tipos quitó el saco y el rostro cansado de su hermano salió a la luz.

—¡Seber! —gritó, y Triel la soltó para que se acercase a él. Brenda se acuclilló y abrazó al jovencito que seguía amordazado—. Tesoro mío, ¿cómo estás? —susurró con las lágrimas que se derramaban sobre las mejillas mientras le quitaba la venda de la boca.

—No te preocupes, Bren.

Seber era el epítome del coraje, y como siempre le pasaba con él, su pecho se hinchó de admiración.

—¡Carter! —escuchó a Triel exclamar por detrás, y se volvió a mirarlo. La expresión de su semblante era tan dura que supo que estaba dispuesto a entregar su vida por ellos. Y su corazón lo adoró—. Te has empeñado en manifestar lo niño que eres. Así y todo, me gustaría darte la oportunidad de demostrar que, quizás, aún tienes pelotas.

John lo observó con saña.

—No tengo tu fuerza, así que no soy idiota.

—Entonces elige a unos cuantos que quieran enfrentarme y probemos. Si gano, Brenda y Seber quedan libres.

Aprovechando el desafío, Brenda intentó aflojar las cuerdas que retenían el cuerpo de Seber sin que nadie se diese cuenta. Los varones estaban atentos al enfrentamiento y debía utilizar esos segundos para llevar a cabo el plan que se le había ocurrido. Apenas logró desanudar algunas, Seber asintió con disimulo. No bien quedase en libertad para escapar, ella podría ayudar a

Triel.

—A la cuenta de tres —musitó sin que los demás la escuchasen—. Uno, dos..., ¡tres!

En ese exacto momento, Triel se transformó en una máquina de pegar y aniquilar. ¿La habría oído? Admiró la capacidad de pelea del silverwalker; era tan soberbio y demoledor que, en otras circunstancias, se habría detenido a contemplarlo embobada. En cambio, se obligó a entrar en acción. Buscó con la mirada a Seber, quien, en vez de haber escapado, luchaba a la par de Triel.

«Recuerda encerrarlo en su habitación durante un mes cuando esta pesadilla pase», se dijo. Y con un grito de guerra, se abalanzó contra los hombres.

—Hola, *sister*.

—¡Vete, Seber! —gritó Brenda, pero este sonrió. Parecía disfrutar de noquear a sus enemigos.

Dos tipejos atacaron desde atrás a Triel, quien se agachó y los hizo caer al suelo. Con un rápido movimiento, y expulsando el vapor de plata, les quebró el cuello. Y así continuó. Brenda, por su parte, ya había aniquilado a varios.

De repente, y por la espalda, alguien la cargó sobre su hombro y salió corriendo con ella hacia el exterior. John.

Un alarido de Triel paralizó su lucha por clavar los dedos en los ojos de su captor. Cuando este llegó hasta un vehículo, pretendió empujarla hacia el interior, pero, tan pronto como tocó el suelo, Brenda comenzó a demostrar que sus años de entrenamiento no habían sido en vano.

Lo atacó con todas las técnicas que conocía, aunque John había sido su entrenador. Furiosa, combatió con todas sus fuerzas y, aunque su adversario era ágil y versado, logró lastimarlo en varias partes del cuerpo. De improviso, y como un jugador de *rugby*, John cargó contra ella y la derribó de espaldas sobre la arena, donde prosiguieron la pelea. Hasta que un dolor agudo cruzó su rostro y la dejó atontada. John, a mano cerrada, le había descargado un buen golpe. Y siguió otro. Y otro más.

—Odio hacerte esto, pero después lograré que me perdones —espetó el malnacido.

Brenda pensó que en poco tiempo iba a perder la consciencia, pero la imagen de su hermanito y de Triel la impulsó a seguir intentando sacarse a ese gusano de encima. Recibió un nuevo golpazo. Y un grito mortal tronó en sus oídos.

«Llegó tu hora, hijo de puta», pensó con satisfacción. A través de la pequeña rendija que podía mantener abierta en sus ojos, observó el rostro de su captor, que, sentado a horcajadas sobre ella, miraba aterrorizado hacia arriba. Un siseo conocido endulzó sus oídos, aunque pareciese una locura. Y el cielo se cubrió de oscuridad.

John se levantó y, gritando despavorido, salió corriendo. Brenda se volvió y, apoyada sobre el estómago, contempló a Triel, o en quien se había convertido. Seber, en la puerta de la cabaña, hacía lo mismo con la boca abierta.

El animal observó a su presa con las pupilas transformadas en una línea.

«Que pases a una mejor vida, John. Aunque no lo merezcas», susurró.

Inclinando la cabeza a toda velocidad, la inmensa víbora engulló de un bocado al que ella, alguna vez, había considerado su mejor amigo.

## Capítulo 45

—Qué susto me diste —susurró Triel sobre su oreja mientras la llenaba de besos en los párpados y en las mejillas.

Brenda sonrió. Hacía tres días que su caminante no hacía otra cosa que cuidarla del maltrato al que John la había sometido.

—No fue para tanto —susurró, y se arrellanó en el hueco de su brazo.

Era de noche. Con el cielo tachonado de estrellas y la luna brillando en todo su esplendor, permanecían sentados, vestidos con sus trajes de baño, en la playa de arena blanca y fina, disfrutando del mar, cuyas olas golpeaban sobre la orilla. Brenda adoraba esos momentos de tranquilidad, donde Triel y ella comenzaban a plasmar lo que por fin era un hecho: el enorme amor que se tenían.

—¿Que no lo fue? Casi te pierdo.

—Estás exagerando... —contestó, y no pudo dejar de reír—. Al final me has resultado bastante dramático.

Un gruñido bajo le causó mucha gracia. Triel no dejaba de ser en extremo protector con ella. Y le gustaba.

—Tu hermano luchó como un experto. En verdad tiene unas condiciones extraordinarias y me ha pedido que lo aceptemos en las filas de la estirpe para convertirse en un gran guerrero.

—Yo que soñaba con que fuese médico o cantante de *rock*.

Triel sonrió.

—Ha sido su decisión, Bren. Si alguna vez la modifica, tú y yo seremos los primeros en apoyarlo.

Volvió a sonreír. La camaradería entre ambos la colmaba. El camino del reconocimiento había sido arduo, pero empezaban a grabar sus huellas en él. De repente, un halo de tristeza la invadió y Triel lo percibió enseguida.

—Dime.

Siempre con las mínimas palabras, el silverwalker era capaz de abrir su alma para que el torrente que habitaba en su interior se desbordase.

—Siento mucho haber perdido a John.

—Ese crápula... —siseó.

—Entiéndeme bien —intentó aclarar—. Fue mi amigo durante años. El hombro en el cual me apoyé y me hice fuerte.

—Te traicionó.

Se limpió las lágrimas con los dedos.

—Lo sé. Y por eso tengo un cúmulo de sentimientos encontrados. John fue muy importante para mí. Él representaba una solidez que, en realidad, jamás existió, y me duele.

Triel la acercó más hacia él y le dio un beso en la mejilla a la par que el viento desparramaba su cabellera.

—Yo soy tu nuevo apoyo. —Brenda lo miró con ternura y asintió—. Sé que has perdido a tu amigo y, de alguna manera, a tu madre. Pero también has recuperado a Seber, que te adora sin condiciones, y a Maia y a Aniel, que, me consta, han sufrido lo suyo por no poder estar cerca de Jackie y de ti. Además, tendrás la protección permanente de cada uno de los silverwalkers.

Brenda asintió por completo conmovida.

—Gracias.

Triel la abrazó con fuerza y se dejó ir. Tenerlo a su lado era una bendición que no había esperado recibir de la vida. Y la honraba.

—Ahora ven, que quiero demostrarte lo que acabo de decirte —puntualizó Triel. Y sin darle tiempo a nada, la levantó en sus brazos.

—¡Ey! —exclamó, y se aferró a su cuello—. ¿Qué haces? —gritó, pero Triel ya corría a toda velocidad e ingresaba en el agua fría.

Brenda se desternilló de la risa al observar la expresión traviesa en su compañero. Jugaron un rato, hasta que finalmente cayeron desfallecientes en la orilla, anudados en un abrazo. Comenzaron a desnudarse y, con las caderas y las piernas en el agua, se acariciaron, en tanto las pequeñas olas golpeaban sus cuerpos entrelazados.

—Soy tuyo —dijo Triel sobre su oreja, y Brenda creyó morir.

—Yo también, mi guerrero.

El brillo de los ojos y las cabelleras aumentó de intensidad, y la espiral de energía, irradiando su fulgor hacia las aguas del mar, inició su giro a través de sus cuerpos.

\*\*\*

Triel se concentró en su don, acrecentado con la activación del legado, y solicitó permiso a la tierra para recibir su protección. Sin dejar de contemplar los increíbles ojos de su señora álmica, el elemento comenzó a irrumpir desde sus entrañas, en clara respuesta a su solicitud, como si unas manos lo elevasen y lo moldeasen para conformar un muro que los protegiese de las miradas extrañas. Y sonrientes y cubiertos de luz, se entregaron a los brazos de la pasión.

Triel yacía sobre Brenda y mimó con las yemas de los dedos la espalda suave y mojada mientras le llenaba de besos el cuello. Ella hacía algo similar, aunque le clavó las uñas varias veces sin causarle demasiado dolor. Y en vez de enfriarlo, lo prendía como un petardo.

Un oleaje bravo rompió contra ellos y obligó a Triel a agarrar las caderas de Brenda, quien entrelazó los brazos por detrás de su cuello. El guerrero besó los labios llenos con devoción. Con las manos recorrió la cintura estrecha hasta llegar a los melocotones que parecían no dejar de gritar su nombre. Los

llenó de arrumacos, abarcándolos y sopesándolos, hasta que no aguantó más e, inclinando la cabeza, se alimentó de ellos como un hambriento. Al oírla sollozar, Triel la incorporó y la sentó a horcajadas sobre él. Brenda se arqueó hacia atrás, y el guerrero, incapaz de resistirse a su precioso regalo, lo devoró a su antojo sin dejar de acariciar las nalgas firmes que sobresalían apenas del agua. Sintiendo a su señora álmica por completo entregada a él, buscó con los dedos la corola que resguardaba sus pétalos más tiernos. Al encontrarla, dejó con renuencia los senos y subió la cabeza para toparse con la mirada de la mujer que había dado vuelta su vida por completo. Se quedaron contemplándose como en trance, al mismo tiempo que Triel introducía con cuidado un dedo en su interior. Apenas lo hizo, los ojos color café se agrandaron y emitieron un fulgor desconocido.

—Te amo —susurró sobre la boca que lo trastornaba.

Al ver los hoyuelos, Triel se sintió transportado al nirvana y al *naraka* a la vez. Brenda le tomó el rostro y lo besó. Goloso y perdido en una pasión arrolladora, sumó otro dedo al interior y su compañera empezó a mover las caderas en un vaivén que enardeció su entrepierna. Las bocas se fundieron desesperadas, solo dispuestas a separarse para llenar de aire los pulmones.

De súbito, Triel se recostó sobre la arena y acomodó a Brenda mejor sobre él. Con las palmas abiertas, acarició los pechos enhiestos. Brenda inclinó la cabeza hacia atrás y, como si fuesen alas de mariposas, las puntas de su cabellera rozaron sus muslos. Cuando los movimientos de la cabalgata se hicieron más intensos, Triel supo que colapsaría de no cumplir con lo que había esperado por tantos siglos. Se alzó y, abrazándola, susurró contra su rostro:

—Brenda, por Dios, debes escucharme.

Ella le acarició las mejillas con los dedos.

—Aquí estoy, mi amor.

La sonrisa deslumbrante le dio coraje.

—Te adoro con cada fibra de mi alma y de mi ser. Y hoy es un día sagrado



para nosotros.

Brenda asintió, con los ojos llenos de lágrimas.

—Sé lo que te preocupa, mi guerrero.

—No quiero hacerte daño —balbuceó con un nudo en la garganta.

—No me lo harás.

Triel movió la cabeza de un lado al otro.

—La primera vez puede que... —Pero no pudo continuar porque dos dedos de Brenda sobre sus labios le impidieron continuar.

—Soy tuya, Triel. Y confío en ti.

Al oír aquello, tímidas lágrimas se asomaron a los ojos negros. No tenía palabras para expresar lo que significaba para él que su señora álmica, por fin, confiase en él.

—Solo deseo hacerte feliz, Bren.

Ella asintió sonriente.

—Entonces no esperes un segundo más para comenzar a hacerlo.

Y lo besó. Sumergidos en el agua hasta las caderas, Triel la giró y, colocándola de espaldas a él, apoyó su miembro en la unión de las nalgas. Al moverse, Brenda gimió. Con los ojos cerrados y la boca entreabierta, envolvió los brazos alrededor de su cuello y, expuesta de esa forma a él, Triel masajeó sus senos y repartió besos en un costado de su cuello. Ansiosos, los dedos de una mano bajaron al centro íntimo y se detuvieron ahí. Con los de la otra, cubrió un seno inflamado de deseo, por lo que Brenda, acometida desde todas partes, se volvió frenética.

Un fuego irracional lo invadió. Su mujer movía las caderas y apretaba las nalgas contra su miembro de tal forma que Triel pensó que volaría en pedazos. Pero quería más de ella. Al girarla de nuevo hacia él, Brenda le enlazó los brazos al cuello y le atacó la boca. Triel devolvió el beso como un poseso y se detuvo a degustarlo por un largo rato.

De pronto, se apartó un poco y la miró con infinita ternura. Brenda asintió. Había llegado la hora.

Los ojos de Triel se llenaron de lágrimas, pero esta vez, fueron imposibles de contener. Mientras caían lentamente por sus mejillas, recostó a su amada sobre la arena con el ruido de la brisa del viento y el movimiento del mar a su alrededor. Se humedeció los dedos con la lengua y lubricó su centro femenino. Cuando oyó el gemido de Brenda, acomodó con extremo cuidado el miembro a la entrada y, con delicadeza, comenzó a ingresar. Ella lo contemplaba como si estuviese hechizada. A medida que se abría paso, repartía mimos con la boca y las manos para prepararla para la unión final, hasta que no pudo avanzar más. Y se detuvo. Los ojos de Brenda refulgieron.

—Mi amor —susurró Triel estrechándola entre sus brazos—. Te pido que me perdones.

Ella lo contempló con adoración.

—Quiero ser tuya por completo.

El guerrero se pasó la lengua por los labios para arrastrar las lágrimas que se habían detenido en sus labios y asintió. Envolviéndole las mejillas con las manos, la besó. Y la espiral volvió a danzar. Insaciables, se comieron la boca.

Sumergidos en un placer inagotable, Triel aferró las caderas de su señora álmica y, con un solo movimiento, atravesó el sagrado recinto. Al oír el grito de Brenda, se detuvo de inmediato.

—¡No! —exclamó ella con los ojos cerrados y los pómulos húmedos.

Triel le acarició el rostro con las yemas de los dedos.

—¡No quiero hacerte sufrir más, por Dios!

La melena caoba se sacudió de un lado a otro.

—Llévame contigo, mi amor.

Con esas palabras, Triel no pudo resistir más. Despacio, inició el movimiento de las caderas, pero a medida que el goce de Brenda era mayor, aumentó el poder de los embistes. Los gemidos de placer lo enardecieron aún más, si algo así podía ser posible, y de un rápido movimiento la sentó a horcajadas sobre él, lo que provocó que la unión fuese completa. No existía ningún espacio en el interior de Brenda que no hubiese sido llenado por él.

Triel se mordió el labio inferior y, con el sudor cayendo por sus sienes, continuó arremetiendo. Los pechos de Brenda se bamboleaban frente a sus ojos, por lo que, arqueando la cabeza, se apoderó de ellos con la boca, primero uno y después el otro, y los succionó con ansias. Entretenido en ello, no dejó de aumentar la velocidad de la pelvis, lo cual hizo que el cuerpo de Brenda subiese y bajase como una boya en aguas embravecidas. A continuación, ella se inclinó hacia atrás y apoyó la espalda sobre sus piernas. En esa posición, Triel se entretuvo en acariciar la pequeña cintura y los pechos inflamados hasta que el gemido de Brenda le indicó que estaba al borde de alcanzar su orgasmo. Viró sus cuerpos y, colocándose sobre ella otra vez, entrelazó las piernas. Al incrementar los embates, la escuchó sollozar de placer. Y él gruñó. En medio del fragor salvaje de la unión, Triel entendió que había llegado el momento de imprimir en el cuerpo de su señora álmica la marca del vínculo para toda la vida.

Febril y fuera de sí, sus pupilas se volvieron de mercurio. Y por primera vez y sin haberse convertido, Triel hizo visibles los fuertes colmillos de la serpiente y los clavó en la tierna carne del cuello de Brenda. Al hacerlo, escuchó un pequeño quejido de ella, que, junto con cada estocada, fue como una letanía que recordaba a quién pertenecía.

Sudado y animado por los gemidos de Brenda, Triel continuó sin descanso hasta que ambos entraron en una combustión que los engulló por completo. Y en un grito, estallaron en millones de fragmentos junto con la tierra, que, protectora, cubrió los cuerpos desnudos.

No supo cuánto tiempo pasó, pero cuando sus respiraciones comenzaron a volver al ritmo normal, Triel retrajo los colmillos y abrazó a Brenda. La besó una y otra vez, con besos largos y profundos.

–Te amo, mi guerrero.

Ante las palabras de Brenda, una luz incandescente los encegueció, y la noche estrellada se volvió de marfil. Tomaron sus ropas y se vistieron con rapidez. Un resplandor más potente puso en acción a Triel, quien protegió

con su cuerpo el de su señora álmica. Cuando los ojos de ambos se posaron en el cielo, surgió ante ellos la figura fulgurante de un estandarte con una serpiente alada enroscada a lo largo. Por detrás se hizo visible la figura de una mujer de larga cabellera caoba y ojos verdes platinados que anunció:

—Paz para ti, Triel, guerrero silverwalker, y para Brenda, tu señora álmica. Soy una sacerdotisa informante del plan superior y comparezco ante ustedes para dar fe. —Miró a Brenda y sonrió—. Tú, querida hija, eres una descendiente de la princesa Alfhild. Si bien ella no pertenecía a la Estirpe de Plata, una de las niñas que nació varias generaciones después se unió a un varón que sí lo era, y que resultó ser su señor álmico. De ese matrimonio nació tu bisabuela, que también se vinculó con su señor álmico. Y lo mismo sucedió con tu abuela, con tu madre y ahora contigo.

»Sé que esta información abre las puertas a grandes incertidumbres, pero la vida es una caja de sorpresas. —Y señaló a Triel—. El guerrero que te acompaña es aquel que, para poder recibirte y valorarte como el verdadero ser que eres, ha debido comprender en su propio cuerpo quién es en realidad: tu guardián. Así como sus ancestros lo fueron con los tuyos. Porque los guardianes de Alfhild tenían que ver con los legados de la Estirpe. Eran almas de nuestra raza que cumplían con sus misiones, aunque en aquel entonces no existiese el concepto de los señores álmicos que se reveló en la Estirpe de Plata en generaciones posteriores. Por ende, y respondiendo a tu genealogía, Brenda, las mujeres descendientes de Alfhild fueron las que pudieron acceder a la posibilidad de unirse a verdaderos señores álmicos, porque antes había sido sencillamente imposible.

»A su vez, tú eres la guardiana de un símbolo, y Triel es el guardián de lo sagrado y expuesto a partir de este instante. Ambos serán responsables de ese símbolo que tiene como baluarte la fertilidad y la protección. Su energía se verá manifestada a través de la transformación de la serpiente del legado de tu señor álmico en una que porte alas, y que podrá ser conducida por un solo jinete: tú, amada Brenda. Podrán viajar no solo en la tercera dimensión, sino

también en la multidimensionalidad, como una unidad sagrada donde brindarán custodia y fecundidad a quienes lo necesiten. Además, tendrán acceso a la cuarta dimensión, que es el tiempo. El pasado, presente y futuro se reunirán en ustedes como tiempo circular y no lineal, por lo que podrán transportarse a las épocas que deseen. Y, por último, se les otorga la capacidad de ser videntes extraordinarios y de escuchar lo que las diferentes eras deseen transmitirles. Pero, por supuesto, existe una condición: la información que llegue a ustedes no podrá ser entregada al mundo hasta que ambos estén de acuerdo en que así sea. Si existiese alguna discrepancia acerca de su divulgación, el mensaje quedará guardado en sus corazones.

»Todas estas maravillas son posibles ante el poder de la energía del uno a partir de dos.

Al finalizar sus palabras, la mujer estiró la mano y un rayo de luz cayó sobre sus cuerpos. Triel percibió un calor vibrante, y se dio cuenta de que Brenda experimentaba algo similar. Al instante siguiente, el tatuaje impreso en su cuerpo se había transformado en una serpiente alada.

—Mi espalda —se quejó Brenda.

Triel le dio la vuelta y contempló que el estandarte con la serpiente alada se acababa de imprimir en la piel de su señora álmica.

—El símbolo también se ha revelado en ti, mi amor.

Brenda asintió sonriente y Triel la abrazó. Ambos observaron a la mujer, que, antes de retirarse con una inclinación de cabeza, dijo lo siguiente:

—Los dos nuevos vigilantes del conocimiento secreto de nuestra estirpe quedan en ustedes instaurados.

Acto seguido, unos ancianos vestidos de plata surgieron en su lugar. Y uno de ellos habló:

—Salud, queridos hijos, y bienvenidos al nuevo universo descubierto por la fuerza del amor. Soy el jerarca Johan, de la Orden Superior de la Estirpe. En nombre de todos los jefes, quiero agradecerles por aceptar el camino del reconocimiento y a los señores álmicos en ustedes. A ti, querido guerrero

silverwalker, te honramos por transitar un camino difícil y confuso, pero que en su final te brindó la recompensa de ser merecedor del amor de la hermana Brenda. —Detuvo la mirada en la joven—. Tú, querida hija, recibe nuestra más profunda admiración. Primero, por haber aceptado a este terco —y señaló a Triel—, pero, además, porque has pasado de guardiana a iniciarte como la tercera mujer silverwalker en la historia de la casta de los caminantes. Te bendecimos.

—Es una honra para mí —respondió Brenda, por completo conmovida.

—Antes de despedirnos, queremos darte algo. —Brenda asintió, expectante. El anciano estiró la mano y depositó sobre la de ella un pedazo de papel—. Deberás leerlo solo cuando sientas que ha llegado el momento.

Sonrió. Y los rostros de los ancianos desaparecieron de forma paulatina hasta no quedar ningún vestigio de ellos.

## Epílogo

*Delta del río Paraná. Un mes después*

—**A**cabo de descubrir que entre la cabaña y la guarida principal existe una conexión. Recuerdo que Jackie y yo nos quedamos asombradas al ver a Damián cambiar de un lugar a otro en unos segundos. Y no entendíamos cómo.

Aniel y Maia levantaron la mirada y sonrieron ante la imagen de Brenda, que se acercaba sonriente. Esta le dio un beso a León y, después de repartir sendos abrazos a las hermanas, se sentó en el sofá junto a ellas.

—Exacto. Se trata de un pasadizo subterráneo que une ambas viviendas.

—¿Y cómo está el pequeñín?

—Creciendo a pasos agigantados —contestó Aniel, que jugaba con el niño sobre su falda.

—¿Y la tuya?

Maia sonrió y se acarició la panza. Brenda aún no podía creer que su amiga, a la que habían creído tan frágil durante toda la vida, estuviese embarazada de un coloso como Damián. Con los dones que poseía, Maia había detectado el sexo de su bebé de inmediato. Y se la veía radiante de felicidad.

—Te aseguro que llevará a su padre de las narices.

Las tres estallaron en una carcajada.

—Pues ¡bienvenidos al gremio! —respondió Aniel—. Gabriel se ha transformado en un peluche cuando se trata de León. Adoro verlos jugar o

cuando Gabriel intenta darle de comer. Ya le he dicho que se ponga un delantal para protegerse la ropa y una máscara para la cara.

—¿Y tú, Bren?

La pregunta de Maia no le sorprendió. El día anterior las tres se habían puesto de acuerdo para reunirse y mantener una de sus charlas de chicas, como solían hacer en el pasado, cosa que no habían podido llevar a cabo desde la llegada de Brenda y Triel de Bornholm al Delta. Además, si bien a Maia la había visto hacía muy poco, no había sucedido lo mismo con Aniel. Con ella el reencuentro se había dado después de muchísimo tiempo y había sido muy emocionante para las tres. Ver a Aniel como madre de un niño fascinante la había apabullado, y a Maia esperar una niña, la había desarmado por completo. Brenda suspiró.

—He estado muy focalizada en Seber y en su inserción en la estirpe.

—No podía ser de otra manera, tesoro. Me imagino que habrás renunciado a la corporación para la que trabajabas, ¿no?

—Sí, Aniel. Ahora mi hogar está aquí. Y como me he convertido en una longeva como ustedes, podremos gozar de nuestra amistad por muchísimo tiempo.

Las hermanas le regalaron una brillante sonrisa. Maia se puso de pie y le dio un estrecho abrazo.

—¡Ey! ¡No hay derecho! Empiezan con los arrumacos cuando tengo que hacer dormir a este gordo divino.

Brenda y Maia rieron y contemplaron a Aniel acomodar a León entre sus brazos. Brenda se acercó a su rubia amiga y le dio un beso en la mejilla.

—Aquí tienes un poco de cariñitos, loca.

—Gracias, amor.

—Ahora, Bren, cuéntanos de tu primer mes de pertenencia al mundo silverwalker.

Respiró profundo. La pregunta de Maia la conectaba con lo mejor que había experimentado en su vida.



—Me siento feliz, chicas. Triel es un compañero maravilloso. Me cuida y me mima demasiado.

En los ojos de sus amigas, Brenda percibió un brillo de reconocimiento. Sabían de primera mano a lo que se refería.

—Estábamos seguras de que cuando Triel encontrase la horma de su zapato, todas sus barreras caerían como montañas de papel.

—Hasta Ruryk, que no admite la posibilidad de emparejarse con alguien y encontraba en Triel un aliado, se había dado cuenta de lo enamorado que está nuestro amigo —acotó Maia.

—No voy a negar que confrontar su lado más oscuro no me fue fácil. Pero pudimos superarlo.

Las jóvenes asintieron.

—Nunca le hubiésemos dicho dónde encontrarte si no hubiésemos estado seguras de quién eras tú para él —aseguró Maia—. Triel lo estaba pasando tan mal que nos asustamos. Un señor álmico sin su compañera puede verse conducido a la muerte, Bren. Y no pudimos dejar de intervenir.

Los ojos de Brenda se humedecieron y recordó al instante aquel sueño en el que ellas le habían rogado que escuchase los susurros de su corazón.

—Se lo agradezco de verdad. Estaba tan enojada con él que, de no haber sido por ustedes, no hubiésemos tenido una nueva oportunidad.

—Triel jamás hubiese permitido que te le esfumasen de los dedos —aseveró Aniel—. Pero es verdad que cuando lo vimos tan venido a menos, no pudimos dejar de darle un empujoncito.

Brenda sonrió y las tres se miraron con la camaradería que siempre las había unido.

—¿Te duele mucho la espalda? —preguntó Maia preocupada.

—No. Solo al principio, cuando el símbolo se imprimió en mí. Pero al cabo de un rato, mi cuerpo ya estaba acostumbrado a él. —De repente, su mirada se tornó mustia—. A propósito, chicas. Temo por Jackie.

Sus amigas asintieron preocupadas. Los ojos de Maia se llenaron de

lágrimas y murmuró:

–Se ha quedado sola.

–Sigo en contacto con ella a través de los sueños.

–¿Y qué le has dicho, Bren? Debió de haberse puesto histérica al darse cuenta de que Seber había desaparecido.

–En realidad, utilicé una mentira piadosa. Decirle la verdad hubiese significado que Jackie saliese tras nuestros pasos de inmediato. Por eso, en su lugar, le expliqué que, con la ayuda de John, Seber había venido a visitarme a la organización porque me echaba de menos.

–¿Y se lo creyó? —preguntó Aniel sorprendida.

–No lo sé. Pero le aseguré que Seber estaba siendo preparado como guerrero en nuestras filas y que yo volvía a mis andanzas de amiga fantasma. Que, por lo tanto, debía partir de inmediato hacia una nueva misión que me tendría ocupada por bastante tiempo. No se me ocurrió qué otra cosa decirle.

–Entonces ¿no piensas contarle que el traidor de John ha muerto?

–No. Como les dije, la prioridad es que Jackie esté tranquila.

–Quizás se entere por boca de otros.

Brenda suspiró.

–Pues me haré cargo de eso cuando sea necesario.

–Metanón la sigue buscando —puntualizó Aniel.

–Es bueno saberlo, porque no le hará daño. Aunque nuestra amiga no lo sospeche, Metanón la protegerá de cualquier peligro, máxime ahora que Brad Drage ha regresado.

A Brenda no le pasó desapercibida la expresión de miedo en el rostro de Maia. La historia de su adorada amiga con ese perverso le había dejado secuelas que quizás no podría olvidar.

–Tienes razón. Aunque Jackie deteste a Metanón, este no deja de ser un gran escudo protector para nuestra volcánica amiga.

El ruido de la puerta interrumpió la conversación.

–Fin de la reunión de chicas —advirtió Aniel con una sonrisa.

El primero en aparecer fue Seber, quien, vestido con ropa deportiva, se sentó en una silla con una expresión de satisfacción. Brenda estaba segura de que su hermanito, una vez más, había tenido una sesión de entrenamiento con sus tíos en la que se habría destacado. Es lo que Triel le había comunicado cada día desde que Seber había comenzado su preparación como guerrero de la estirpe. Por detrás venían Gabriel y Damián con Rosarito de la mano y, por último, Triel cuya eterna expresión cautelosa, al clavar la vista en ella, se suavizó.

Al ver a su madre, Rosarito corrió a su encuentro y le dio un beso en la panza. Ante el gesto de la niña, todos sonrieron y Maia la acomodó entre sus brazos. Gabriel se sentó al lado de Aniel y le pasó un brazo por los hombros. Por su parte, Triel hizo lo mismo con ella. Por suerte el sofá era inmenso, por lo que había espacio suficiente para casi todos. Damián se acomodó en el suelo y apoyó la espalda en las piernas de Maia, quien empezó a hacerle masajes en los hombros. En ese instante, Brenda escuchó que alguien chistaba muy bajo y, asombrada, comprobó que se trataba de Seber, quien llamaba a Rosarito. Cuando la niña levantó la mirada y la depositó en la de su hermano, sonrió, y de inmediato se dirigió hacia él para sentarse a su lado.

—¿Futuros señores álmicos? —le preguntó Triel al oído.

La voz de su compañero la mojó por completo, máxime cuando sabía que se acercaba la hora en que mantendrían uno de sus encuentros apoteósicos. Triel era insaciable y a ella le venía muy bien. Luego de su conversión en mujer silverwalker y de la revelación del símbolo, la sexualidad de los dos se había incrementado a niveles insospechados.

—Por Dios, Triel. ¡No empieces con eso! Seber y Rosarito son primos.

—Como tú digas. Aunque te recuerdo que no son primos de sangre.

Sin poder evitarlo, la expresión en el rostro de Brenda debió de traslucir la intranquilidad que sentía.

—Ven, amor. Sé que hay algo que te preocupa. —Triel podía leerla y no era una novedad. Se levantaron del sofá y se ubicaron en la cocina, abierta, a

unos pocos metros de los presentes, pero los suficientes como para hablar de forma privada. Brenda aún no era capaz de explicar muchos de sus secretos a los demás, ni siquiera a sus amigas, por lo que Triel era el único que gozaba de ese derecho—. ¿Es por lo que dije de Seber y Rosarito?

Brenda negó con la cabeza.

—No, cielo. Se trata de lo que el jerarca nos dijo acerca de los señores álmicos el día que se manifestó el símbolo. Y no puedo quitarme de la cabeza la frase donde comentó que mi madre se había unido a uno. Debe de ser Nandor, Triel. Y es un caído.

—Ya lo hemos hablado, Bren. Y como te dije aquella vez, presumo que Nandor lleva genes de la Estirpe. Y no sería el primer caso. El propio Brad Drage pertenecía a nuestra gente, pero prefirió unirse a los caídos.

—Lo sé. Pero él no se ha vinculado a ninguna mujer de la Estirpe. En cambio, Nandor lo ha hecho con mi madre. Imagínate que pudiesen procrear niños con nuestra genética, que es lo que los caídos desean.

—No sabemos si tu madre querrá tener nuevos hijos. Tampoco conocemos la opinión de Nandor.

—Es posible, pero al ser longevos no me extrañaría que mamá quisiera tener una nueva oportunidad.

Triel asintió, con el rostro adusto.

—El panorama no es muy promisorio. Nuestra genética ha superado la barrera de nuestro pueblo, y es un desafío al que deberemos enfrentarnos en algún momento.

—¡Pero esos niños crecerían bajo un modelo donde el crimen es normal!

Triel le acarició la mejilla con ternura.

—Tu madre y Nandor pueden llegar a fomentar una educación diferente en sus descendientes.

—Quizás debería hablar con ella.

Su compañero negó con la cabeza.

—¿Por qué no confías en tu madre, Bren? Por primera vez está aprendiendo

de sí misma y, sobre todo, a sentirse amada. Démosle tiempo. Además, Andrey nos mantiene informados sobre los dos.

Bajó los ojos, consciente de tantas cosas que la apabullaban. Las manos enormes de Triel le envolvieron la cara y se la levantaron para toparse con los ojos negros más hermosos que había visto en su existencia. Conmovida, murmuró:

—¿Te has puesto a pensar en lo que sucedería si Nandor no llevase genes de la estirpe? ¿Estaríamos frente a un nuevo caso de señores álmicos?

El caminante la observó con un destello plateado, y supo de inmediato que no tenía una respuesta.

—Como te dije, hay sucesos a los que deberemos hacer frente cuando llegue el tiempo. Y no te olvides que primero deberemos aprender a manejar nuestro símbolo, que tiene un alcance impredecible.

Triel la abrazó. Ese hombre le daba paz, y aún le resultaba increíble. Le devolvió el abrazo con todo el amor que su corazón sentía por él.

—Tú y yo deberemos ser conscientes de cuándo utilizar un poder así. Podremos viajar en el tiempo y a distintas dimensiones, Triel.

—Tu hogar es a mi lado. Así que nos dedicaremos a ello.

Y de súbito, Brenda se olvidó de todo, salvo de la oleada de calor que invadió su espalda. Percibió lo mismo en Triel y su ropa interior se humedeció por completo.

—Pronto, mi amor —prometió el caminante.

Brenda tragó en seco y los pezones se le pusieron erectos. Triel la acomodó entre sus brazos de tal forma que evitó que los demás se diesen cuenta.

—Una última cosa —susurró Brenda sobre sus labios.

Triel la miró con curiosidad.

—Dime.

—Se trata de la historia que te conté sobre la princesa Alfhild y el guerrero que se empeñó en ir tras ella.

El caminante sonrió.

—Gracias a ese relato pude comprender mejor el mensaje de la sacerdotisa. A propósito, aún no puedo creer que hayas descubierto el libro en el despacho de Gustav Chavanel.

—Pero nunca pude saber el final, debido a que faltaba la última hoja.

—De alguna manera la historia de ellos se parece a la nuestra.

—¿En serio?

El guerrero asintió.

—Primero nos enfrentamos por el símbolo y después debí perseguirte por todos lados y pelear contra tus resistencias para demostrarte mi amor.

—Tengo el papel que el jerarca Johan me entregó y he decidido leerlo hoy. Tengo una corazonada.

Con los ojos entornados, el caminante respiró profundo.

—A ver si es la misma que la mía.

Brenda sonrió. Del bolsillo del pantalón extrajo su teléfono móvil y, del interior del estuche, sacó el papel doblado en cuatro.

—Es la hoja de un libro —confirmó Triel.

Lo desdobló con cuidado y leyó:

«Alfhild, que reconoce que Alf le ha ganado de buena ley, decide despedirse de su ropa de guerrera y seguir a Alf hasta Dinamarca, donde se casan».

Y en el pie de la hoja, una frase escrita a mano:

«Los jerarcas también podemos ser traviesos».

Estallaron en carcajadas, lo cual provocó que los demás los mirasen con curiosidad.

—Prometemos que después les explicamos —aseguró Triel con una sonrisa.

Los presentes se encogieron de hombros y continuaron con lo que estaban haciendo.

—¡Los jerarcas fueron los que robaron la hoja del libro del despacho de Gustav! —exclamó Brenda entre risas bajas.

Triel la abrazó de nuevo y le susurró al oído:

—Ellos sabían de nuestra unión, pero a su vez eran conscientes de que no estábamos preparados para comprender algo así.

—Por algo son jerarcas, amor.

El gigante le tomó las mejillas con las manos y la aproximó a él.

—Entonces deberíamos completar la historia.

Brenda lo observó con los ojos entornados.

—¿A qué te refieres?

Los labios de Triel se posaron sobre los suyos y le dio un beso largo y húmedo. Después de un rato, y a regañadientes, se apartó, y con la nariz pegada a la suya preguntó:

—¿Quieres casarte conmigo?

Gruesas lágrimas de felicidad cayeron de los ojos de Brenda.

—Nada me gustaría más.

Volvieron a besarse con ganas, indiferentes al resto del mundo.

—Dentro de dos días —susurró Triel cuando separaron las bocas—. Astos me prometió que será el Maestro ceremonial. Después de la conversación que tuve con él acerca de cómo te permitió huir de mí, es lo menos que puede hacer.

—¿Y qué te contestó?

—A lo primero, que me felicitaba. Y a lo segundo, que me lo merecía por idiota.

Brenda prorrumpió a reír.

—Supongo que no te importará que no tenga traje de novia.

—Puedo solicitarle a Astos que te confeccione uno.

—¿Es modisto también? —preguntó perpleja.

—No. Pero se le da bien crear ropas en minutos. Tú sabes, tiene sus poderes.

—¿Te ha dicho algo del nuevo tatuaje impreso en tu cuerpo?

—Sí. Que era muy bonito.

Volvieron a carcajear. Astos era el tipo más irónico que conocían de la estirpe.

—Como todo tú —murmuró Brenda.

La mirada de Triel se volvió un océano plateado. Y la besó de nuevo con absoluta entrega. Se demoraron en ese beso todo el tiempo que desearon, porque no tenían suficiente el uno del otro. Hasta que Triel se apartó apenas y la contempló con devoción.

—Te amo.

—Y yo a ti, mi guardián —contestó Brenda con un nudo en la garganta, conmovida—. Pero te advierto una cosa.

El caminante elevó el cejo y la escrutó con cautela. Podía haber cambiado mucho con ella, pero nunca dejaría de manifestar su verdadera naturaleza combativa.

—Soy todo oídos.

Los ojos de Brenda se cubrieron de acero.

—Jamás dejaré mi traje de guerrera.

Una media sonrisa se plasmó en el rostro que tanto amaba. Triel envolvió los brazos por detrás de su cuello y con adoración, musitó:

—No se me ocurriría pedírtelo, mi valquiria. Pero también tengo una advertencia para ti.

—¿A ver?

—Quiero hacerte mía enseguida.

Brenda percibió sus pechos pesados y su intimidad, caliente.

—No perdamos más tiempo, amor.

—¿No te importa dejar la charla con las chicas?

—Ya escuchaste a Aniel. La hemos dado por finalizada el día de hoy.

Triel sonrió de lado a lado.

—Entonces, vayamos a nuestra habitación de inmediato.

—A la orden, mi guardián.

Tomados de la mano, se encaminaron hacia la salida, pero cuando llegaron a donde el resto se encontraba charlando animosamente, Triel se detuvo y anunció:



–Prepárense. En dos días habrá boda.

Y antes de atravesar la puerta, las voces a sus espaldas estallaron en un jolgorio de felicidad.

Fin

## Glosario

### Términos que encontrarás en la serie de Los silverwalkers

**Estirpe de Plata:** raza milenaria de miembros longevos, que pueden vivir tanto en el plano físico como suprafísico.

**Casta de los silverwalker:** es la conformada por cinco guerreros silverwalkers.

**Guerrero silverwalker o caminante:** cada uno de los cinco varones especialmente seleccionados por los jefes de la Orden Superior, para la protección de la Estirpe y para la entrega de las almas de los miembros de la Estirpe que han sido asesinados o han elegido pasar a la multidimensionalidad. Se llaman también «caminantes» porque, cuando entregan almas, caminan junto a ellas hasta alcanzar la multidimensionalidad, donde el alma se queda mientras que el guerrero regresa a la realidad física.

**Camino de la ascensión:** camino que cada silverwalker recorre junto al alma que debe entregar a la multidimensionalidad.

**Multidimensionalidad:** plano sutil que resguarda la sabiduría espiritual de la Estirpe y donde viven los jefes de la Orden Superior. También es el plano donde se entregan las almas.

**Orden Superior de la Estirpe de Plata:** conformada por los gobernantes de la Estirpe de Plata, llamados **jerarcas**.

**Símbolos:** son cinco y han sido desparrramados en el mundo por los

ancestros de la Estirpe de Plata. Cada símbolo guarda un secreto que, al manifestarse, otorgará al que lo posea mayor sabiduría, longevidad y fortaleza. Los silverwalkers son los responsables de hallarlos y, cuando eso ocurra, la Estirpe podrá conquistar su propia paz.

**Guardianas:** son cinco mujeres que protegen cada uno de los cinco símbolos. Ellas no saben que lo son.

**Pareja álmica:** es la pareja conformada por dos señores álmicos de la Estirpe.

**Señores álmicos:** son los miembros de una pareja álmica. La atracción entre una señora álmica y un señor álmico es total y única. Del mismo modo ocurre con parejas del mismo sexo.

**Señora álmica de plata o señora en la tierra:** son las cinco mujeres destinadas pura y exclusivamente a cada uno de los cinco guerreros silverwalkers.

**Caídos:** enemigos acérrimos de los silverwalkers y de la Estirpe de Plata. Alguna vez fueron humanos. Ellos también desean apoderarse de los símbolos y de las guardianas. Además, intentan cazar las almas de la Estirpe que los silverwalkers deben entregar a la multidimensionalidad para obtener la energía de plata.

**Energía de plata:** es la energía que posee cada alma de la Estirpe y que es absorbida por los caídos cuando estos logran cazarlas. Es esencial para los caídos porque les da fortaleza física, longevidad y una mayor destreza.

**Legado:** es un don que solo algunos de los silverwalkers acarrean. Los caminantes que lo hacen son considerados por la Estirpe como guerreros formados por experiencias difíciles y traumáticas, que, aunque los han fortalecido para la lucha, también los han colmado de demonios interiores. El legado está representado por el animal mitológico impreso en sus cuerpos.

## Nota de autora

¡Muchas gracias por haber leído la historia de Triel y Brenda! Espero que la hayas disfrutado tanto como yo cuando la escribí. 😊

Si quieres saber más sobre mi carrera como escritora y los libros que ya tengo publicados en Selección BdB y en Selecta, de Penguin Random House, me encantaría invitarte a que te pases por mi blog:

<https://chrisdewitromance.wordpress.com>

También puedes encontrarme en Facebook: Chris de Wit:  
<https://www.facebook.com/profile.php?id=100015193534151>

y Chris de Wit Romance:

<https://www.facebook.com/chrisdewitromance/>

Por último, si tienes tiempo y te apetece, me gustaría que me cuentes qué te han parecido mis historias. Tu opinión me ayudará, sin ninguna duda, a enriquecerme y a evolucionar como escritora.

Una vez más, y de verdad, muchas gracias. 😊

## Agradecimientos

Quiero agradecer infinitamente a:

Mi amada familia (la de aquí y la de allá).

La maravillosa llegada de Bauti. 😊

Mi querida Lola Gude y todo el equipo de Selecta, de Penguin Random House.

Mi incansable Érika Gael.

Mis queridísimos lectores.

Mis entrañables compañeros y amigos escritores.

Mis incondicionales lectoras cero: Juana, Viviana y Carla.

Susana y su enorme generosidad.

Mimi Romanz y su fantástica creatividad.

María Inés y Marcelo.

Mis amigos (¡chicas!).

Ana, Águila Blanca y el manantial.

Si te ha gustado esta historia no puedes dejar de leer *Tras el muro de tus sueños* y *El legado de Damián*, de la misma serie Silverwalkers.

Si te ha gustado

*Cuando te rindas*

te recomendamos comenzar a leer

*Un chantaje arriesgado*

de *Eneida Wolf*



# 1. Rozar las alcantarillas

*El matrimonio es como una jaula; uno ve a los pájaros desesperados por entrar, y los que están dentro igualmente desesperados por salir.*

Michel de Montaigne

*25 de mayo de 1814, Inglaterra.*

Las calles de Londres estaban mojadas y poco iluminadas; no serían más de las doce, pero había gente rondando por los callejones sucios y algo apestosos. Rose escuchaba perfectamente las risas provenientes de una esquina y el ruido de pasos de la calle de arriba. Se puso la capucha de la capa de terciopelo y salió del carruaje con el corazón latiéndole deprisa.

Pagó al cochero y este se alejó de allí, dejándola con un nudo en el estómago. No era la primera vez que iba por las calles del Londres más oscuro y temido; el West End sin duda no era lugar para una dama como ella, pero debía estar alerta y sabía que era peligroso, no podía confiarse yendo por esos sitios. Iba con una capa hasta los pies y una capucha abundante de color negro como la noche que la envolvía. Aquella era la dirección, no había duda de ello. Era un tugurio, un andrajoso y pestilente tugurio, pero hizo de tripas corazón y entró, no tenía alternativa.

Antes de moverse, inspeccionó el lugar desde la puerta: había mesas con hombres jugando a las cartas y bebiendo, también pululaban a su alrededor las mujeres ligeras de ropa tentándoles con su presencia. Esperó cerca de la puerta, ya casi era la hora acordada y, aunque no sabía quién la había citado, sí sabía de sobras que el otro la reconocería. Las damas de clase alta no solían pasearse por esa zona a menos que fuese un asunto de causa mayor, como era el caso.

Rose aguantó la respiración e intentó girarse para no ser reconocida. De todos los hombres de Londres que podían hacerlo, ese era con el que menos le apetecía lidiar. O, concretamente, con el que le costaría más.

Estaba de espaldas a la pared, pero pudo oler su inconfundible mezcla a humo de puro y esencia de especias, ese peculiar perfume que adoraba y que se le había quedado memorizado en la nariz.

Maldijo interiormente, pues ya era tarde. La había reconocido enseguida y se estaba acercando. Se dio la vuelta dando pequeños pasos hacia el otro extremo del local, pero una mano la detuvo cogiéndola por la muñeca.

—Te preguntaría qué estás haciendo aquí, pero dudo que me respondas.

Rose ladeó su rostro encontrándose con el sujeto en cuestión, George Frayes.

—Un placer volver a verte, Frayes. Ahora, si me disculpa, tengo asuntos personales que atender —dijo ella pareciendo indiferente.

Pero George no se movió. Estudiaba su rostro como el más aplicado de los alumnos, y es que la lección en sí lo fascinaba. Hacía dos años que no se encontraban a solas, dos años en los que creía que se volvería completamente loco. Entonces, de nuevo, la tenía delante en una situación de la que no le sería fácil rehuirlo, como siempre hacía cuando se habían encontrado en sitios públicos.

—Sigues siendo demasiado bella para este mundo, flor de primavera.

Al oír uno de sus halagos, se enfadó. ¿Con qué derecho se creía, diciéndole eso? Él, que había sido el culpable de todo; el culpable indirecto, pero seguía siéndolo. Debería odiarlo, de por vida, pero lo cierto era que le costaba hacerlo.

—Ni se te ocurra tomarte ninguna confianza, Frayes. Ha pasado demasiado para eso —advirtió Rose, alzando la mano y señalándolo con el dedo.

—Aunque pasen diez, veinte o treinta años, sería capaz de ver lo que se te pasa por la mente con solo observarte durante un segundo, Rose —murmuró George, escrutando esos ojos que habían sido y seguían siendo su faro



particular.

—¿Por qué no me sorprende que sigas teniendo tanta labia? Hazme un favor, vete y engatusa a otra —dijo ella.

Estaba cansada y no se veía capaz de lidiar con él, y tampoco quería descubrirse pues, si había alguien más del *beau monde* rondando por allí, los chismorreos no tardarían en desatarse, así que pensó que lo mejor que podía hacer era largarse de allí.

—No quiero a otra, te quiero a ti —susurró cogiéndola por la muñeca y arrastrándola hacia el exterior.

—Suéltame, Frayes. —Intentaba liberarse de su agarre, pero sin éxito.

—Voy a llevarte a casa. No sé qué haces aquí pero seguro que no es algo bueno.

—Si fuese tan buena como aparento ser no habría sucumbido a tus encantos hace años —le echó en cara ella, desistiendo de ser arrastrada por las poderosas manos de George.

Una vez estuvieron frente a su carruaje, abrió la puerta y la alzó, metiéndola dentro. Después de darle la dirección al cochero, entró él. Rose permanecía sentada lo más alejada posible, con los brazos cruzados y la capucha aún puesta. Se sentó a su lado y se la quitó, admirando de cerca esa belleza hipnótica que poseía.

Seguía frunciendo el ceño al enfadarse, una expresión que a él siempre le había parecido graciosa. Su tez habitual era blanquecina, pero notó que, además, estaba algo demacrada y se le notaban ciertas ojeras púrpuras bajo aquellos ojos muy azules, casi transparentes.

—Rose, dime una cosa —habló, cogiéndole de la mano.

—¿Qué? —respondió molesta, sin saber a qué atenerse.

—Necesito saber algo. Me he estado torturando día tras día durante estos dos años, y quiero que me respondas sinceramente.

Ella observó cómo sus ojos, serenos y calmados, se daban cuenta de su nerviosismo. Pero era inevitable para ella no temblara ante su presencia.

Había sido así desde que tenía ocho años y se decía que el hombre es un animal de costumbres. Sin embargo, intentaba no hacerlo, pues no había nada en el mundo que hiciera desaparecer su dolor.

—Tienes que olvidarlo, George. Tienes que olvidarte de todo lo que pasó entre nosotros. Yo ya no soy esa Rose y tú no eres ese George.

—Patrañas, Rose. Sigo estremeciéndome si estás a esta distancia de mí, sigue embriagándome tu perfume de lavanda. Ahora dime, ¿por qué te casaste con Essex?

Rose quería gritarle toda la verdad, quería hacerle sentir culpable y regodearse en su culpabilidad, pero a la vez le dolía tanto tenerlo a su merced que no pudo hacerlo. Juró que se llevaría el secreto a la tumba y así lo haría. Tenía que pasar página, que su dolor desapareciese, y con George pisándole los talones no podía.

—Tú no pediste mi mano cuando te dije que lo hicieras, y Essex lo hizo una semana después. Te lo dije, George, y me ignoraste —dijo con amargura.

—Tú no le querías.

—Te recuerdo que tú no querías casarte conmigo.

—Quería esperar... —Empezó a justificarse, pero ella no lo dejó.

—¡Pues Essex se te adelantó! Así que deja de recriminármelo, porque fue culpa tuya, cerdo asqueroso. —Sus palabras salieron casi a tropezones, igual que lo hicieron sus lágrimas.

George jamás había visto a Rose en un estado tan vulnerable, y enseguida se acercó a ella, abrazándola mientras acunaba su rostro entre sus manos contra su pecho.

—Lo siento, fue culpa mía. No hay un día en que no me arrepienta de ello, lo juro. Fui un necio, y un inmaduro.

Sus palabras eran todo lo que necesitaba para que su alma, poco a poco, se fuese reconstruyendo. Estar entre sus brazos de nuevo hizo que no pensase en nada más, y por un momento olvidó todos sus problemas, se olvidó de todo lo que había tenido que pasar durante esos dos años y fue como si el tiempo se

hubiese detenido en aquella fiesta en los jardines de Vauxhall, la última de las noches en que fue verdaderamente feliz.

—George, yo... —Quería decirle demasiadas cosas, tantas que las palabras se le encallaron en el cuello y se las tragó.

—No tienes que decirme nada, lo sé. Voy a quedarme contigo, Rose. Te prometo que esta vez no voy a dejarte escapar.

Y hablaba muy en serio.

Se permitió todo lo que duraba el trayecto estar entre sus brazos, sentirse protegida y amparada por él. Su calor corporal le transmitían una tranquilidad pacífica y duradera.

No recordaba el momento exacto en el que conoció a George Frayes, era demasiado pequeña y los momentos de esa época eran imprecisos y borrosos. Algunos vagos instantes sí le venían a la mente, como ella persiguiendo a George y a Edmund para jugar, otros más cercanos como cuando se escapaba para encontrarse con ellos y le contaban cosas sobre el colegio al que iban. Ya de adolescentes, en los eventos privados, antes de ser presentada en sociedad, escabulléndose de los salones, leyendo libros prohibidos, experimentando sentimientos prohibidos...

Siempre lo había querido, sentía una devoción por él muy especial. Todo se trataba de que él, desde pequeña, la había hecho sentir especial. Tenía esas pequeñas atenciones, detalles y gestos que la enamoraban por completo. Cómo tomaba el pelo a la gente con una sutileza innata y su aura misteriosa, y su temple ante cualquier situación. Su inteligencia sutil y enérgica perseverancia también eran cualidades que admiraba de George.

Una noche en la que Edmund había sido castigado por su hermano y no pudo escaparse, se encontraron los dos en su jardín burlándose de gente demasiado formal y dando sorbos a una botella de licor que George había cogido de su casa a escondidas. Ella tenía solo diecisiete años, pero ya sabía lo que era amar. Sabía que ese nerviosismo al verle, el temblar solo con su roce y quedarse embelesada mirándole era estar enamorada. Shakespeare lo

decía, y solía tener razón en eso del amor.

Fue allí donde, presa de una valentía inaudita, le pidió que le diera su primer beso y él lo hizo. No hablaron de ese beso después, ella se sentía avergonzada y él... quién sabe. Entonces todo cambió, Edmund y George se quedaban en Londres por largas temporadas y no se reencontraron hasta que fue presentada en sociedad dos años más tarde. La muerte de su padre lo retrasó todo, pero le gustó que a su abuela no le salieran los planes tal y como los había concebido.

Tenía diecinueve años, una belleza que muchas matarían por tener y el mundo a sus pies. A pesar de eso, solo seguía teniendo ojos para George. No, ya no era una cría, sus caderas se habían ensanchado, sus pechos habían crecido y su cara no era tan aniñada. Velada tras velada, ella, George y Edmund recobraron su amistad, siendo también la envidia de muchas de las muchachas que esperaban congraciarse con el género masculino en las fiestas.

Todo podía haberse quedado así, pero en un baile de disfraces George la llevó a una sala desierta y, después de confesarle que solo podía pensar en ella y que recordaba a la perfección aquel beso de hacía dos años, empezaron un *affaire* secreto que terminó con su matrimonio con Essex.

Supo que había llegado a su destino cuando el carruaje se detuvo. A su pesar, se separó del cuerpo de George para salir del carruaje, pero su mano la detuvo.

—Espera. —No estaba dispuesto a dejarla ir así como así—. Quiero que me tomes en serio, Rose. Voy a enmendarlo todo, te lo prometo.

Ella lo observó como si despertase de un sueño. Sí, aquel momento ajeno al espacio y al tiempo había sido igual que una ilusión, efímera y pasajera. Estaba volviendo a la realidad, y no era todo tan sencillo.

—No tengo ganas de hablar, no ahora —dijo con sinceridad.

Los párpados le pesaban, solo deseaba tumbarse en la cama e ignorar los últimos acontecimientos.

—De acuerdo, no hablaremos.

Se aferró con las manos a su cintura y la besó con suavidad. El inigualable sabor de Rose hizo que se estremeciera, hasta sus dientes tiritaron de la emoción que lo embargaba. Era su Rose, tan volátil como el viento. No sabía cuánto la amaba hasta que la perdió, hasta que no sintió su vacío no comprendió la magnitud de sus sentimientos.

Ella le devolvió el beso con ansias, hacía tanto tiempo que no la besaban con tanta ternura que ya había olvidado cómo hacerlo. Un escalofrío le recorrió el cuerpo y se sintió en su hogar. Besar a George era como volver a casa tras una larga ausencia.

Pese a eso, deslizó su mano hasta la manilla de la portezuela del carruaje y la abrió mientras se separaba de él.

—No puedo hacerlo —murmuró antes de salir del carruaje dando un salto, dejando a George confuso y demasiado atolondrado como para pensar.

Llegó hasta el lateral de su casa en Hyde Park y, subiéndose a uno de los árboles, trepó hasta su ventana. Tenía que hacerlo así para no levantar sospechas, escaparse era su mejor baza y única opción. Nadie entraba en sus aposentos, nunca lo habían hecho a menos que ella misma llamase a la doncella, que solamente entraba para despertarla por la mañana y después de la cena, para ayudarla a desvestirse. Elsbeth era una muchacha muy joven, había entrado recientemente a servir en su casa y estaba segura de poder cultivar su simpatía para, si alguna vez lo necesitaba, que la cubriese.

Entró con ligereza por la ventana y se desabrochó el vestido, sacándose toda la ropa hasta quedarse desnuda. Disfrutaba de esa paz de ponerse el camisón y meterse dentro de la cama con una vela encendida y un libro hasta dormirse. Pero esa vez no podía concentrarse en la lectura, cosa que no entendía pues, pese a tener todos los problemas que tenía, siempre lograba desconectar, pero no esa noche. Seguía teniendo el olor de George en la nariz y parecía no tener ganas de desaparecer.

Era una realidad, todavía albergaba sentimientos hacia él, pero esos

sentimientos albergaban también rencor y odio. No, las cosas no eran tan sencillas. Y en ese momento todo se estaba complicando al recibir aquella misteriosa carta con solo su nombre en el sobre.

*Sé lo que pasó. Venga a verme a medianoche a Fresnor's Tabern.*

Era lo único que decía. Sospechaba qué era lo que quería, y no podía dejar que esa persona hablase con los agentes de la ley. Suponía que, por el sitio que le había propuesto y por querer hablar con ella primero y no con las autoridades, no era nadie importante y se movería en las esferas bajas de Londres. Y eso no sabía si era bueno o malo.

En teoría, cuando una mujer se quedaba viuda, tenía mucha más libertad para todo, con la ventaja de no tener a un marido que la controlase, y pese a alegrarse de esto último, dicha libertad aún no la había saboreado del todo.

Nunca había querido a su marido, pero no sería la primera ni la última esposa que se sentía de esa forma. Por eso deseaba olvidar esos años que estuvo prisionera en ese matrimonio y dejarlo atrás cuanto antes. Pero tampoco creía que casarse de nuevo fuese la solución, además de que apenas habían pasado seis meses y debía cumplirse al menos un año de luto, y necesitaba respirar, resolver sus problemas y, una vez libre de todo yugo, ya pensaría de nuevo en el matrimonio.

Pero Mary Leverton no pensaba lo mismo, y en esos momentos estaba bajo su protección. Sí, la viudez podía parecer un sueño hecho realidad si tenías dinero suficiente, pero parecía que no era el caso. Porque a la muerte de su marido, no encontró ni un real en toda la casa. Tuvo que pagar el entierro vendiendo cuadros y muebles, así como alguna que otra deuda que tenía Essex. Viéndose ante tal tesitura, había decidido contárselo a su hermano mayor, Franklin Leverton, quien no había dudado en ofrecerle cobijo y protección. Lo único malo de esa protección era su abuela Mary, por supuesto.

Y George... siempre sería su debilidad. Antaño le costó cara esa debilidad y

en ese instante no pensaba cometer la misma locura. Tenía que mantenerse alejada de George Frayes, al menos hasta que hubiese solventado todo. O incluso para siempre, no estaba segura de nada.

Apagó de un soplido la vela y se dispuso a dormir, soñando con el hombre de quien debía alejarse.

\*\*\*

Sentada en el salón, Rose se ahogaba igual que si fuese un cadáver en vida encerrado en un mausoleo elegante, brillante e indeciblemente ornamentado. La profusión de espejos no dejaba que nada se escapase a su vista y todo parecía resplandecer. Hastiada de todo, no tenía la mejor cara, y, por si fuera poco, debía llevar el inconfundible negro de luto que se esperaba de una viuda desconsolada, cuando no lo era.

El negro no le sentaba bien, la hacía parecer aún más pálida de lo que ya era y encima daba calor, en esos días en los que el buen tiempo se aproximaba.

Pero no se quejaba, era lo que había querido desde el primer instante en que había dado su consentimiento a aquel enlace para nada deseado, pero necesario. Se había convertido en la duquesa viuda afligida, pero no por mucho tiempo, pues el duque tenía un hermano menor, Robert, y el título y todo su patrimonio pasarían a él al no tener un heredero.

Ya solo le faltaba oír la lectura de las últimas voluntades del duque, es decir, el último resquicio de esperanza de que le hubiese dejado una suma decente. Era una ilusa, Essex no era este tipo de hombre, ni siquiera le tenía un mínimo de aprecio. Era de la clase de hombres que tienen a las mujeres como meros objetos, un elemento más del patrimonio y su valía estaba en la concepción de un heredero que nunca llegó.

Solo tenía dos opciones: o vivir en la calle o volver al amparo de los Leverton, lo que se traduciría volver al ahogo matriarcal de su abuela Mary Leverton, peor que las Siete Plagas, la Guerra de los Cien Años y Napoleón

juntos.

Así que allí estaba, posando para la galería, aparentando ser la Rose frígida, delicada y moralmente correcta, la princesa del *beau monde* que antaño había fingido ser. Cumplía su papel a la perfección y tenía una reputación intachable. Su abuela no tardaría en llamarla para que volviese a bailar con alguien a quien probablemente despreciase e insinuarle que debía darse prisa para volver a casarse, que una mujer sin hijos no era de gran valía.

Franklin se dejó caer a su lado con una copa de vino en la mano y la expresión turbada. Su hermano mayor era el hombre más exasperante que había conocido. Totalmente opuestos, se llevaban muy bien. Solía pensar que era el único que realmente la quería. Su amor por la rutina y por la buena sociedad a veces la exasperaban, al igual que su rectitud. De aspecto eran parecidos: altos, de porte elegante y ojos azules clarísimos. Sin embargo, ella había heredado el rubio de su madre y Franklin el cabello negro oscuro de los Leverton.

—La noche se está haciendo tediosa —comentó con cierta amargura.

—Últimamente es todo muy... monótono —asintió él, debatiéndose entre tomar otra copa y bailar o evadir sus responsabilidades y volver a casa.

Desechó la idea.

—Qué raro que tú digas eso. Oh, *lady* Georgiana te está buscando, le prometiste un baile. ¿Quieres huir? Yo te cubro —le ofreció, viendo su cara de pánico al ver a *lady* Georgiana acercarse.

—Que Dios me pille confesado —suspiró, levantándose a su encuentro.

Ella ya se habría desvanecido, si no fuese porque su abuela la estaba acribillando a miradas para que se acercase. Resignada, así lo hizo. Se acercó a ella, colocada estratégicamente en el punto del salón donde podía observarlo casi todo.

—Lord Crawford ha preguntado por ti —susurró Mary Leverton en cuanto se acercó.

Sabía exactamente qué era lo que su abuela quería decirle. Llevaba



veintidós años interpretando sus tonos y sonidos exactos y ese, concretamente, era que no debía estar sentada sino coqueteando con todos los solteros disponibles. Solteros ricos, por supuesto, como si los Leverton no estuviesen ya podridos de dinero.

—Daré una vuelta a ver si tropiezo con él.

Tropezar por casualidad solía significar poner a un hombre en busca y captura por el salón hasta hallarlo, acorralarlo igual que si de una simple cebra se tratase y la dama fuese el león, y darle muerte tortuosamente con su charla insustancial hasta matarlo de aburrimiento.

No conocía a lord Crawford. Mentira, podría conocerlo, pero no se acordaba de él así que se limitó a pasear por el extremo del salón observando cómo las mejores familias de Inglaterra se hallaban reunidas en un punto tan concreto del país. Algunos conversaban animadamente, otros bebían mientras fingían hacerlo y otros bailaban como si no hubiese un mañana.

Lo cierto era que no le apetecía bailar con lord Crawford, no dudaba de que sería algún caballero que habría heredado recientemente algún título y una fortuna considerable, de aspecto pomposo y lechoso, de buena familia, aunque algo endogámica. Las familias de linajes nobles más antiguos solían serlo. Así sería la suya propia si su abuelo, el fallecido duque de Kengsinton, no hubiese sido un romántico de la vieja escuela y, contra los designios de su padre que quería casarlo con su prima Eleonor, lo hizo con Mary, la hija de un Baronet de extraordinaria belleza.

«Mary Leverton, experta en belleza y manipulación, por supuesto».

—*Lady Rose*, qué pacer verla por aquí.

La voz de un extraño la despertó de sus pensamientos y sus ojos cayeron en un hombre algo más bajo que ella, con un atuendo ribeteado en plateado y un cabello algo grasiento.

—Lord Crawford. —Se la jugó, pero estaba demasiado segura de que sería él.

Hizo una pequeña reverencia, disimulando el desagrado que sentía. Notó

con incomodidad cómo los ojos del caballero recorrían su figura, pero siguió sonriendo. Le habían enseñado desde cría cómo debía comportarse y mostrar desagrado no estaba permitido.

—¿Le apetece bailar? —preguntó, y sabiendo que su abuela estaría la acecho, asintió.

— Por supuesto.

Alzó el brazo para que el caballero la tomase, pudiendo notar la humedad en su palma de la mano a través de los guantes. El asco se le subió por la garganta, pero permaneció impasible. Se deslizaron por la pista de baile, permaneciendo callada. Era de las que no le importaba conversar bailando, pero si su pareja carecía de conversación, no sería ella quien llevase la voz cantante.

Se recordó a sí misma que podía ser mucho peor. Hacía tan solo seis meses que estaba en el mismo infierno, y aunque algunos decían que las temporadas eran una verdadera tortura, aquella afirmación carecía ya de validez para ella. Cuando la música cesó, lord Crawford se dispuso a llevarla a un rincón para poder conversar, supuso que agasajarla e intentar algún movimiento indecente, pero alguien se lo impidió.

De la nada, George Frayes estaba frente a ellos impidiéndoles el paso. Normalmente lo tenía localizado, era fácil debido a su altura, bastante más alto que la media, pero aquella vez se le había pasado.

—Lord Crawford, es un placer verle por aquí. ¿Qué tal se encuentra? ¿Descomposición, fue?

Rose le reprochó con la mirada su presencia, aunque rio para sus adentros de la jugada que hacía mientras el pobre lord Crawford enrojecía.

—Mucho mejor, lord Frayes.

—Me prometió un baile, *lady* Rose, y vengo a reclamarlo —dijo él, convencido.

—No le prometí tal cosa.

Era cierto, no lo había hecho y, aunque estaba siendo muy sugestivo huir de

lord Crawford, bailar con Frayes no era para nada algo bueno. No podía caer en la tentación de nuevo.

—Sí lo hizo, al principio de la velada. Me comentó que había estado en un local nuevo de la ciudad hace relativamente poco, no recuerdo la zona.

Tendió su mano hacia ella, que acabó cogiendo. Lo maldijo con la mirada, pero sin hacerlo con su boca.

—Tiene razón, ¡qué despistada! Discúlpeme, lord Crawford.

George puso una mano en la cintura de la joven y la apretó contra su cuerpo disfrutando de la vista que tenía de su escote ante su altura. Ella se dejó hacer, pero se aseguró de apretarle bien la mano hasta pellizcarlo.

—No eres de las que muerden, flor de primavera —le susurró al oído.

—Te equivocas. ¿Qué pretendes? Te dije que me dejases en paz, George —murmuró, intentando que su rostro permaneciese impassible, que no se le notase el enfado.

Su sola presencia la desconcertaba. Era el suave aroma que desprendía, su mirada vivaz lo que la ponía nerviosa y le hacía perder los papeles. Y ella nunca los perdía, al menos no la Rose que fingía ser.

—Ni lo sueñes. ¿Crees que después de ese beso voy a dejar que te me escapes? No suelo cometer dos veces el mismo error —le advirtió él.

—Yo tampoco —aseguró Rose, intentando mantener la compostura.

—Lo nuestro no fue un error. Ni lo insinúes —contestó él, serio como nunca.

—El error fue confiar en ti. «Ambos lo estamos deseando Rose, te prometo que no pasará nada.» Al día siguiente no tenía ni inocencia, ni prometido ni nada.

No hacía falta que se lo repitiese hasta la saciedad, pues él mismo ya lo había hecho durante esos dos años. Se había torturado, maldecido y condenado miles de veces por haber sido un inmaduro.

—¿Podríamos dejar de hablar del pasado y mirar al futuro? —dijo en un intento de salir de esa conversación.

Rose dejó una sonrisa amarga.

—No te lo he perdonado, Frayes. No sé si voy a perdonártelo.

—¿Y qué tengo que hacer para que me perdones? Estoy dispuesto a redimirme, Rose. Estoy dispuesto a todo. No dejaste que me acercase a ti en esos dos años, y lo entendí, pero ya no.

—No lo sé. No sé si estoy preparada para perdonarte, ni para lo que tú quieres.

No, no estaba preparada para nada de lo que él pudiese ofrecerle.

—Pamplinas. Voy a bailar contigo en cada baile, a perseguirte por toda la ciudad si es necesario.

—George, no lo hagas. Solo... déjame.

No quería discutir con él, porque sabía que sería él quien acabaría ganando todas las discusiones, por el mero hecho de que no quería decirle nada.

—¿Me vas a decir qué te pasa? ¿Por qué estabas anoche en aquel sitio?

—No voy a hacerlo.

Por suerte para ella la melodía terminó y se alejó de él tanto como pudo. Huyó entre la multitud hasta llegar a un sitio apartado. Allí, detrás de una de las columnas de mármol que condecoraban el salón, respiró apresuradamente, intentando calmarse. Estaba preocupada, pues finalmente no había acudido a la cita y temía que aquella persona hiciese una tontería. Esperaba que no.

Cuando se hubo calmado, miró hacia la gran sala. Su abuela estaba demasiado entretenida charlando con dos mujeres para percatarse de su ausencia, el pobre Franklin seguía bailando con *lady* Georgiana y George... ¿qué demonios?

George y Edmund estaban paseando cogidos del brazo de una chica, muy distraídos. No la conocía... o sí. Por supuesto, cabello marrón oscuro, vestido afrancesado con un corsé ceñido y ese descaro del que carecían las inglesas, al menos las que solían acudir a estos eventos de la realeza. Era esa española, la nieta de Rowina Clayton recién llegada. A Mary Leverton su arribada no le hizo ni pizca de gracia e incluso alentó a Rose a que fuese mezquina con

ella.

Estaba demasiado metida en sus asuntos como para preocuparse por si la sociedad estaba siendo invadida por una católica sin modales, y no le prestó demasiada atención. Pero eso que estaba viendo era otra cosa. Ese era su terreno.

No le gustó que estuviese allí, charlando animadamente con sus amigos. Al menos Edmund seguía siéndolo, George... siempre había sido más que un amigo.

No era fea, la condesa no era fea en absoluto. Con rasgos dulces, cara aniñada y porte orgulloso, su atractivo era algo exótico. De Edmund se lo esperaba, no tenía ni pizca de moralidad en lo que a eso se refería, pero lo bueno era que todas sabían lo que había, no las engañaba con falsas promesas de amor. Tampoco ninguna estaba deseosa de casarse con él, pues sabían que su fidelidad duraría poco.

Pero George no era como Edmund. Sí que le habían llegado rumores de que lord Frayes se había vuelto un tarambana cuando ella se había casado, pero sabía que, desde que pronunciase el sí quiero, lo habría perdido para siempre. No se atrevería a reprochárselo, pero pasar de haberle dicho eso a pasearse del brazo de aquella mujer, era otra cosa.

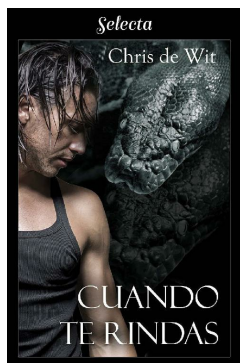
«Cerdo inmundo, no te puedes fiar de los hombres. Bailan contigo y te dicen que irán a por ti y al segundo coquetean con otra».

Quería salir de allí, desaparecer de Londres y no volver. Pero no podía hacerlo, carecía de medios y estaba totalmente atrapada.

Tomó la decisión de que no entraría en ese juego. Si lo estaba haciendo para ponerla celosa, no funcionaría. Al fin y al cabo, había decidido que debía alejarse de George y eso iba a hacer, aunque le costase horrores.

No, no tenía tiempo para esas tonterías, eran minucias comparadas con sus problemas, que sí eran reales e importantes. Y debía resolverlos cuanto antes.

## El juego se ha iniciado y las cartas están echadas



Brenda Mori es una joven agente encubierta que trabaja para diferentes gobiernos. Un día recibe la llamada de su compañera Jackie, quien le solicita ayuda para ir a rescatar a dos de sus amigas, quienes han caído prisioneras de unos asesinos implacables, los Silverwalkers. Brenda y Jackie salen en su búsqueda, pero cuando logran dar con los malhechores, Brenda se da cuenta de que el más temible de ellos, Triel Di Mónaco, despierta en su cuerpo una atracción

desbordante que la confunde.

Triel Di Mónaco es un guerrero silverwalker cuya única meta en la vida es preservar el bienestar de la Estirpe de Plata. Su corazón ha muerto desde hace mucho tiempo y no está dispuesto a vincularse con ninguna mujer. El problema es que, cuando se topa con la efervescente Brenda Mori, las barreras impenetrables que protegen su corazón parecen comenzar a resquebrajarse, y eso es algo que Triel, bajo ningún concepto, está dispuesto a permitir.

A la vez, un enemigo común acecha y los obliga a unir fuerzas. Brenda y Triel deberán emplear las tácticas que hagan falta para lidiar contra aquello que ponga en peligro sus intereses, pero, por encima de todo, para afrontar lo que más temen: la poderosa e irresistible pasión que estalla en ellos cada vez que se ven.

NOTA: Todas las obras de la serie Los Silverwalkers pueden leerse en forma independiente.

**Chris de Wit** Nací en Córdoba, Argentina pero crecí en Paraná, Entre Ríos. Allí ejercí mi profesión de ingeniera agrónoma por muchos años hasta que emigré de mi país para casarme con mi esposo, que vive en Dinamarca. Tenemos dos hijos maravillosos, y gozamos de la compañía de nuestra perra y tres gatos. Hace unos años, me licencié como pedagoga y trabajo en una escuela, donde también doy clases de teatro y español. Medito y estoy muy conectada con la cultura maya. Desde muy pequeña he sido una voraz lectora de libros de diferentes géneros, pero es en el año 2010 donde descubro el género de la novela romántica y me apasiono completamente con él. Al poco tiempo, decido escribir mis propias historias.

Edición en formato digital: noviembre de 2018

© 2018, Chris de Wit

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17540-67-8

Composición digital: leerendigital.com

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial



megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

## NOTAS

### Capítulo 2

[1] Mezcla de azúcar con miel de caña, muy usada en repostería.

### Capítulo 5

[2] Crónica de semificción de la historia danesa hasta finales del año 1100, escrita por Saxo Grammaticus.

### Capítulo 21

[3] Especies de árboles, en especial del género *Ficus*, que, al ser epífitas en su estadio juvenil, llegan a matar al árbol que parasitan en busca de luz solar. Comunes en selvas de la zona intertropical.

# Índice

Cuando te rindas

Prólogo

Primera parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27  
Segunda parte  
Capítulo 28  
Capítulo 29  
Capítulo 30  
Capítulo 31  
Capítulo 32  
Capítulo 33  
Capítulo 34  
Capítulo 35  
Capítulo 36  
Capítulo 37  
Capítulo 38  
Capítulo 39  
Capítulo 40  
Capítulo 41  
Capítulo 42  
Capítulo 43  
Capítulo 44  
Capítulo 45  
Epílogo  
Glosario  
Nota de autora  
Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro  
Sobre Chris de Wit  
Créditos  
Notas